



MEROUVEL

LA LEYENDA
DE CHEVAGNES

2

PQ2625

.E53

L48

v.2



1020027064



LA LEYENDA DE CHEVAGNES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor 19567
Núm. Adq. 30560
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha 1958
Clasificó 29
Catalogó _____

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

LA LEYENDA DE CHEVAGNES
(LOS TREMOR)

NOVELA ORIGINAL DE

CHARLES MEROUVEL.

VERSIÓN CASTELLANA

DE

«EL COSMOS EDITORIAL»

TOMO SEGUNDO



UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALF 85598

APR. 1925 MONTICANEL, MEXICO

MADRID.

«EL COSMOS EDITORIAL»

Arco de Santa María, 4, bajo.

1892.

30560

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

LA LEYENDA DE CHEVAGNES
(LOS TREMOR)

NOVELA ORIGINAL DE

CHARLES MEROUVEL.

VERSIÓN CASTELLANA

DE

«EL COSMOS EDITORIAL»

TOMO SEGUNDO



UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALF 85598

APR. 1925 MONTICANEL, MEXICO

MADRID.

«EL COSMOS EDITORIAL»

Arco de Santa María, 4, bajo.

1892.

30560

843 P. Q. 2625

M. - E 53

L 98



*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO EL MAGNO"
FONDO RICARDO DE ARRIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

LA LEYENDA DE CHEVAGNES

LA HONRA DEL NOMBRE.

I

Era un domingo.
El tiempo estaba tan malo y tan frío, que apenas se veía gente en las calles.
En Cormeilles, donde hay tanta actividad, nadie trabajaba en las faenas del campo.
Toda aquella población de abejas laboriosas se había refugiado en sus colmenas.
Era la mala estación, la estación muerta y el malhadado año de 1870 iba á principiar.
A eso de las diez, dos mujeres, envueltas ambas en mantones negros se encaminaban de la estación de Sannois á Cormeilles.
La más joven, que era muy hermosa, se apoyaba en la otra con marcado sentimiento de abandono y gratitud.
—Sobre todo, nada de debilidad— decía la anciana.— Ese hombre es el enemigo. No cedas; si vuelve, se postrará á tus pies. Aplástalo.
La joven escuchaba, sin tratar de comprender nada. Estaba completamente entregada

la felicidad de volver á ver á su hijo, ¡aquel niño, causa de sus desgracias y al cual adoraba como adoran las madres, que es cuanto hay que decir!

La anciana, que no era otra que la *Bigornia*, supo tomar la apariencia de la mujer sencilla que pasa inadvertida entre la multitud.

Poco tardaron en llegar frente á una casa de modesto aspecto.

—Aquí es,—dijo Solange muy emocionada.

La puerta de la casa hallábase cerrada.

Llamaron, y nadie contestó.

Entonces decidieron entrar.

Lo cual era fácil, pues no había más que levantar un pestillo.

El interior era pobre, pero muy limpio.

Solange se dirigió á una cuna que había en el fondo de la sala.

Se puso á escuchar la respiración, casi imperceptible de un niño, y recorrió la colgadura con todo género de precauciones para no despertar á aquel ser querido.

Todo su corazón estaba allí. Olvidó sus penas, su desesperación, su deshonra.

Hubiera querido que se despertara, y besarle y abrazarlo; y que él la correspondiese con una sonrisa, esa encantadora sonrisa del niño, que compensa á su madre en un instante de todo lo que haya podido sufrir en años.

Pero no quiso turbar su sueño.

En esto llegó la nodriza. Esta mujer tendría unos cincuenta años; el rostro era sim-

pático y de aspecto sano. Al ver á las dos mujeres se avergonzó.

—Debeis odiarme, señorita—empezó diciendo.

—¿Por qué?

—Os he escrito una carta desapiadada; ¿pero qué quereis? ¡No soy rica, y la necesidad!... Podeis, no obstante, estar tranquila. Yo no hubiera sido capaz de abandonar á ese inocente. No tengo tan mal corazón, y además, le profeso cariño, os lo aseguro.

Hubiera podido añadir que al amenazar á Solange seguía las instrucciones de Felisa, quien había vuelto á ver al marqués y quería á toda costa que su antigua discípula capitulara.

—No creais que me hallaba lejos de aquí—repuso excusándose;—había ido á casa de una vecina, que vive á dos pasos de aquí, para pedirle que tuviera cuidado del niño; pues yo tengo de precisión que ir á Montigny.

—Id, señora Collet—dijo Solange muy satisfecha de quedarse sola.—Puesto que estamos aquí nosotras, no hace falta nadie más.

La *Bigornia*, en tanto, alineaba quince sillas sobre la mesa.

—Tomad—dijo—lo que se os debe y algo más adelantado. No tengais cuidado. Cuando eso se acabe, habrá más.

La nodriza se puso muy contenta.

Se preguntaba si la madre del niño habría heredado, cuando ahora no sólo saldaba su deuda, sino que también pagaba demás.

Contemplaba á la *Bigornia* con admiración.

Ella tomó por tía de Solange, una buena campesina, que acudía en auxilio de sus límites.

Recogió al dinero y dijo á las dos mujeres: — Quedais en vuestra casa. Yo me voy. Estaré de vuelta á las doce, lo más tarde.

Poco después de haberse ido la nodriza, entró en su casa un hombre.

Solange, al verle, exhaló un grito.

La anciana, en pie, á su lado, la cogió un momento y la dijo al oído, por la décima vez, desde la víspera:

— ¡No tengas miedo, por Dios! que yo estoy aquí.

Aquel hombre era Román Tremor.

El pobre muchacho no era precisamente miedoso, sino lástima lo que inspiraba.

La presencia de Simona, en vez de intimidarle, le infundió algún valor, y le dijo:

— ¡Estaba seguro de que sabíais más de lo que me decíais!

— Es verdad. ¿Pero á qué volveros á ver? El obstáculo está allí: no es posible destruirlo.

Y le señalaba la cuna del niño.

Él bajó la cabeza, y en voz muy baja, contestó:

— Ya lo sé.

— Entonces, ¿por qué venis á martirizarla?

Solange se había sentado en un rincón, cerca de su hijo.

No se atrevía á mirar á Román.

El repuso alzando la voz:

— Si he querido hablar á Solange, es para que se persuada de que no he dejado nunca de pensar constantemente en ella. Estoy loco y tengo el corazón destrozado á fuerza de sufrir. Me digo á cada instante que es una bajeza pensar en la mujer que me ha engañado, y no tener fuerza de voluntad para huir de ella. ¡Pero esto es imposible! Día y noche la tengo ante mis ojos, mirándome como me miraba en Chevagnes, cuando paseábamos por el bosque; y me parece que se apoya aún en mi brazo; que sus ojos están fijos en los míos, y creo también oír su voz... ¡Recuerdo sus palabras, sus sonrisas, sus promesas! Y lo recuerdo todo tan bien, que me es imposible pensar en nada más, ni querer á nadie... Sólo sé que pierdo el juicio. Por este he tomado una resolución, y antes de llevarla á cabo, he querido ver á Solange por última vez.

— ¿Por qué?

— Para despedirme de ella.

— ¿Y luego?

— Me iré al Priorato á abrazar á mi padre y á mi hermano...

— ¿Y después? — siguió preguntando la *Bigornia*.

— Al bo-que, á cazar...; un accidente sobreviene en seguida. No se sabe cómo. No se sospecha la causa... Procuraré que así suceda. Tenía otra idea. Pero es demasiado difícil, y renunció. Además, no puedo, por el placer de vengarme, deshorrar á mi familia.

Una amarga sonrisa se dibujó en los labios de Solange.

—Hay un medio de evitar todo eso—dijo ella.

—¿Cuál?

—¡Amar á otra mujer!

—¿A otra?—preguntó él, sin medir la intención de su amada.

—Por ejemplo, la que paseaba de vuestro brazo la otra noche.

—¿Juliana?

—¡Ella ú otra! ¿Qué importa!

El contestó con el mismo tono lento y triste:

—Lo he intentado. El día en que me cercioré de que el marqués de Tannay había subido á vuestra casa de la calle de la Sourdière, tuve esa idea. ¡Es una fatalidad! ¡No puedo! ¡Ah! si yo hubiese tenido la suerte de ligarme á alguien, á algo, hubiera hallado un remedio ¡y quién sabe si hasta la salvación para mí!... Pero no tengo valor para tanto. Todo lo que deseaba de Juliana era que me diera noticias vuestras, y que me pusiera en vuestro camino. Por ella he sabido que estabais aquí hoy. Os juro que no quería nada más. Y, sin embargo, si ¡el amor de una mujer hubiera podido reemplazar el vuestro, si otra hubiera ocupado un lugar en este corazón estúpido, donde reinais sola y siempre, qué suerte para mí!

—¡En fin! ¿qué quereis?—preguntó Solange conmovida.

El se acercó.

—Puedes salvarme—dijo, animándose.

—¿Cómo?

—Es indigno, lo confieso; me avergüenzo de mí mismo. No tengo valor. Me cuesta mucho, no precisamente abandonar esta miserable vida, sino perderte.

Y bajando la voz, como si lo ahogara la vergüenza, añadió:

—Si accedieras á vivir conmigo en un pueblo, el más ignorado del mundo, yo renunciaría á mi familia, al Priorato, á mi patria. No tengo más idea que esa. ¡Cuánto me atormenta! He reflexionado. Todo lo perdonaré. No me oirás jamás la menor queja ni reconvencción ninguna. Escucha: ese niño dormido, ¡el hijo de otro! ¡es horrible pensar en esto!, vivirá con nosotros y lo educaremos. Le daré mi nombre... No te separarás de él... Te propongo esto temblando, pues temo inspirarte el mismo desprecio que yo me inspiro. Pero... no puedo vivir sin tí. Y á pesar de todo, te veo siempre tal como eras en Gué-aux-Biches, sencilla, buena, amante. No puedo apartar de la memoria los días felices en que me prometías ser mía... Pues bien, cumple esa promesa... Júrame que serás una mujer honrada. Borremos el presente y vivamos sólo en el pasado... ¿Será preciso que te lo pida de rodillas?...

Ella se alejó unos pasos.

—¡Me amais—exclamó,—y me creéis culpable?...

—¡Ten piedad de mí, Solangel! ¡Destrozado... loco... sé acaso si creo ó dudo?

Ella movió la cabeza y murmuró:

— ¡No!... ¡No!...

— ¿Quiere decir que me rechazas, que todo ha concluido entre nosotros?

Román se levantó.

Su emoción era tan terrible, que Solange tuvo miedo.

— ¿Me queréis matar, quizá?

— No lo creas. No tengo valor para verte padecer. Te amo demasiado.

Ella se suavizó. El acento de Román llegaba al alma.

— Pensad—dijo Solange—que la vida que me proponéis sería el infierno. En el arrebatado de ese amor de que me habláis, aceptareis condiciones que debéis rehusar. Pero luego renacerán esas dudas. Unos celos feroces se apoderarán de vos. El fantasma de ese pasado que ofrecéis perdonarme—añadió amargamente—se os aparecerá siempre. Si teneis la delicadeza de callar, sufrireis más todavía. Será una secreta enfermedad, que acabará por mataros. Y odiaríais á ese niño, porque os estaría recordando siempre lo que llamáis mi falta! A pesar vuestro, quizá, yo no inspiraría más que desprecio. Siempre habría algo que nos separara. Sois honrado, leal, recto y altivo, Román. ¡Es preciso que todo sea claro y digno entre nosotros! Hoy por hoy no soy más que una muchacha perdida, á los ojos de la sociedad, se entiende. No puedo, no debo ser vuestra mujer. ¡Si sufrís, tened valor! ¡Creed que yo también lo necesito! Esperad. ¿Quién sa-

be lo que el porvenir nos tiene reservado?

— ¡No me has amado nunca!—contestó él.

— ¿Queréis un juramento?

— Habla.

— ¡Os juro que no he amado á otro!

— ¡Cómo creerte!

— Ya lo veis; ¡la duda no muere!

La *Bigornia* hubiera podido sacar de su error á Roman. Casi presenció la escena de Gué-aux-Biches. Le constaba que veinticuatro horas antes Solange se moría de hambre. No era, pues, la querida de Tannay. Pero como Felisa, aunque por distintas razones, temía mucho que el amor de Solange á Roman lo echara todo á perder. Así es que la escuchaba con ansiedad. ¡Temía que fuera débil! Si estos se reconciliaban, sería forzoso renunciar á vengarse del marqués; ¡tenía que borrar el pasado!

Y la *Bigornia* no estaba por eso.

Seguía odiando á los Tannay y á todo lo que tuviera relación con ellos. La muerte de Labranche no había extinguido sus rencores.

Por una seña, y mirando á la cuna dió á entender á Solange que se acordara de su hijo.

— ¿Qué decidis?—preguntó Roman.

Un coche particular se acercaba; el caballo iba al trote.

Solange tuvo un presentimiento. Corrió hacia la ventana.

— ¡El marqués de Tannay!—dijo.

— Tanto mejor—exclamó con rabia Roman—llegó la hora de queuviéramos una expli-

ecación. Yo quería matarme. ¿Por qué he de morir solo? Eso fuera estúpido.

Solange se echó en sus brazos.

—Roman—dijo muy de prisa—por lo más sagrado para vos, por nuestro antiguo amor, os prohibo tocar á ese hombre y atentar contra su vida.

—Ah! ¡le amas!—contestó él rechazándola con violencia, y como nunca amenazador.

—Entrad ahí—ordenó ella, señalándole una habitación contigua—y vais á saberlo todo. ¡Dios es quien envía aquí á ese hombre! Simona, véte. Escondéos los dos y dejadnos solos. Cuidado con pronunciar una palabra, ni dar un grito... Si algo de esto hacéis no me volveréis á ver, Roman.

El cupé se detuvo á la puerta.

Román Tremor, vencido por el imperioso ademán de Solange, salió de la sala con la *Bigornia*.

Solange continuaba junto á la cuna de su hijo.

Pálida, temblorosa aún, por la emoción terrible que acababa de experimentar, no dijo una palabra y aguardó.

Oliverio estaba muy contrariado. Su orgullo padecía mucho al dar aquel paso.

—¿Estais sola, Solange?—empezó diciendo con voz breve.

Ella se inclinó para asentir.

—¿No esperabais volverme á ver?

—No.

—¡Habreis creído que os había olvidado! Pues nada de eso.

Solange no hizo el menor movimiento.

—Seré sincero—repuso el marqués.—He querido permanecer alejado de vos, pero no he podido lograr mi propósito. ¡No sé adónde me llevará la pasión que me inspirais! Me someto. Imponedme todo género de condiciones.

—Nada os pido.

—Os he ofendido mucho. Nuestro amor empezó mal, ¡por una violencia indigna!, lo confieso. Reflexionad lo que os digo. Todo cuanto exijais para vos, para ese niño, queda concedido de antemano. Vos mandais y yo obedezco.

—No puedo creerlo. Es un lazo que me tendéis, y en él no he de caer.

—Os doy mi palabra de caballero.

Solange sonrió desdeñosamente.

—¿Os portais como un caballero acaso?—dijo ella.—¡Vos, que despues de haberme ultrajado tan miserablemente, tratais de atraerme sitiándome por hambre!

—Me desafiásteis. Y esto me obligó á apelar á medios indignos de mí. ¿No os pruebo así la fuerza del amor que siento?

Solange contestó:

—¡Singular amor peor que el odio, por el lo he perdido todo: honra, felicidad, patria, familia!

—No está en mi mano borrar el mal que he causado, y por el cual os pido perdón. Dejaos ya de inútiles reconvenções, y ordenad. Nada me parecerá imposible tratándose de obedeceros. ¡No sé qué tienes en esos ojos! ¡Eres capaz de condenar á un santo!

Quando ya el marqués estaba lejos, salió la *Bigornia* del cuarto donde estaba escondida, y estrechando á Solange entre sus brazos, la dijo satisfecha:

—Hija mía, has hablado muy bien.

Román Tremor, pálido y consternado, permanecía en el dintel de la puerta.

—Os pido mil perdones, Solange—dijo.—
Olvidad mis injurias. ¡Los celos trastornan!
¡Quando se ama, se duda de todo! Debí conocerlos mejor. ¿De suerte que os casareis con él?

—Si queda libre, sí.

—¿Con ese hombre, por el cuál estamos separados, y que ha sido nuestra perdición?

—Sí.

—¡Es imposible! No podeis amarle.

—¿Qué necesidad hay de eso, y quién os ha dicho que se trate de amor?

—¿Entonces!...

—Lo que ante todo quiero, Román, es un nombre para este niño, ¡el nombre de su padre! Después no sé lo que sucederá. No me lo preguntéis, no podría decíroslo. Yo misma lo ignoro. He ofrecido casarme con el marqués de Taunay, el día que lo exija, después de haber cumplido la condición que le impongo, eso es todo lo que sé. Hoy por hoy no soy más que una madre; no puedo pensar más que en mi hijo.

—Mas para que todo eso suceda, es necesario que la marquesa desaparezca...

Ella, poniéndose en pié, y en actitud alta-
nera, golpeó el suelo con el pié y dijo enco-
larizada:

—¿Pues qué, conozco yo acaso á esa mujer?
¿Le han preocupado á ella mis asuntos? ¿Sabe
siquiera la marquesa de Taunay-Coulanges
si yo vivo ó muero? ¿Pertenece á la mis-
ma clase? ¿Depende de mí que tenga ó no sa-
lud? Dicen que está sentenciada por los mé-
dicos. ¡Podrá ser verdad, ó podrá no ser-
lo; No seré yo, ciertamente, quien la mata.
Como no le he robado tampoco el amor de
su marido; no me ha ofendido en nada. Pero
á ese hombre le considero como á un enemi-
go. Su odiosa violencia amargó mi vida. (Aho-
ra no dudareis de mis palabras, ¿no es ver-
dad?) Ha destruido todas mis esperanzas.
Y por él me ví obligada á abandonar á mis
padres, á huir, escondiéndome vergonzosa-
mente, el día en que la señorita de Roche-
vieille, triunfante, era conducida al altar,
arrullada por un concierto de felicitaciones,
para que todo un obispo bendijera su unión...
Y la ví vestida de blanco, arrastrando in-
mensa cola, y ostentando orgullosa la flor
de azahar... El señor de Taunay me ofrece
una reparación. ¡Y he de ser tan insensata,
que la rehuse, para que un día este mismo
niño, cuando sea un hombre, me pida cuentas
de las vejaciones de que sería objeto! ¡Un
bastardo! Supongo que no creereis que me
detendrán inútiles escrúpulos, ni que trataré
de informarme de si la marquesa de Taunay
siente ó no pena por la conducta de su mari-
do. Convengamos en que eso fuera una irri-
sion. No sé mentir; y os confieso que si ayer
estaba desesperada, hoy me considero casi

dichosa. Se me figura que voy á tomar la revancha de un momento á otro...

—Solange...

—Considerad, Román, que he tenido que huir de mi pueblo; que no puedo abrazar á mis padres; que hasta mi madre duda de mi inocencia... ¡Ah! nada se me oculta; sé perfectamente lo que piensan los demás. Cuando sucede una desgracia así á una pobre muchacha de mi clase, no es al culpable, sino á ella, á quien se acusa. Creen á piés juntillas que ha sido víctima de su propia coquetería, de su desmedida ambición, de su vanidad... No me hubiera atrevido á defenderla, á excusar mi conducta ante vos, si no hubiérais asistido á mi entrevista con el marqués y escuchado su confesión. Si me veis contenta, satisfecha, Román, no es solamente por mi hijo, es también por mí. ¡Se me figura que me elevó á vuestros ojos; y por lograr esto, hubiera yo dado diez años de vida, la mitad de mi sangre, y toda ella, si no la necesitara para esta criatura, que no puedo dejar de adorar! Ahora quizá os arrepentireis de aquellas palabras vuestras que me destrozaron el alma: «¡Mujer perdida, mujer que se vende!» ¡Oh! ¡no he podido olvidarlas!

—Perdóname.

—¡No os guardo rencor! ¡Estaba afligida, pero no enojada! ¡La desgracia que nos persigue ha sido la causa de todo! Vuestros insultos no han conseguido más que aumentar la aversión que siento hacia el autor de nuestro infortunio.

Su exaltación fué poco á poco desapareciendo, á medida que estudiaba la fisonomía de su antiguo novio, que revelaba la mayor desesperación y las ideas más siniestras. Al mirarle, sentía que todo su corazón se entregaba á la ternura.

—Te he oído—dijo Román,—y comprendo tu indignación y tus deseos. Pero lo que esperas es imposible. ¡Odias al marqués y piensas en ser suya! ¿Crees que yo podré soportar eso? O no le amas, y en este caso no puedes entregarte á él, ó le amas, y... ¡te advierto que antes de que llegue á tí ese hombre, pasará por mi cadáver! ¡No! Yo no he de ver que ese maldito te entregue el anillo de boda; y si lo veo, le mataré al salir de la iglesia. ¡Tú podrás ser su mujer y llamarte marquesa de Taunay, pero habrás enviudado antes de llegar á tu casa!

Solange temblaba.

Miró á la *Bigornia*.

Esta, impassible en apariencia, no perdía un solo detalle de aquella explosión de celos.

Las dos se comprendían.

Román Tremor, al hablar así, ¿despertaría en ellas alguna idea nueva, ó sin saberlo, realizaba el plan que ambas se forjaron de antemano?

Sea lo que sea, es lo cierto que Solange, como si agradeciera aquella violencia de sentimientos, pudiéndose considerar siempre amada, se sentó y le hizo seña de que él hiciera otro tanto en una silla cerca de la suya.

—Hablemos con el corazón en la mano—

díjole.—Confío en que ahora me creereis, si es digo que mi corazón es siempre el mismo, á pesar de la herida que solo el tiempo puede cicatrizar. Tengo un deber que cumplir para con este niño, carne de mi carne, sangre de mi sangre! Despues, seré libre. Hasta entónces, os suplico, Román, que renunciéis á vuestros propósitos. ¿Será preciso que yo, una débil mujer, sin más apoyo en el mundo que el de esta pobre Simona que me ha salvado, os tenga que dar ejemplo de valor? He tenido, mas que vos, mis horas de desahento y desesperación. No voy á hacerme más valerosa de lo que soy. Quiero ser franca. Mi mayor pesar, en medio de tantos otros, ha sido el de creer que me habíais olvidado, y pensar que me juzgábais culpable y no victima, y... en fin, que amábais á otra. Tened la seguridad, Román, de que ni las riquezas del marqués, ni su título, ni las promesas que siempre me ha hecho, consiguieron deslumbrarme. No he olvidado nunca nuestro amor, y he llorado siempre por nuestras perdidas ilusiones. Pero qué quereis; ¡tengo sangre corsa en las venas! Ahora no puedo pensar más que en llevar á cabo lo que me he propuesto. No me habléis de amor, de alegrías, ni de ternuras; no hay lugar para ellos mientras tenga el corazón lleno de hiel. Pero podeis vivir tranquilo, amigo mio... No temais que el marqués consiga nada... Con el tiempo quizá pueda dar una gran prueba de cariño, de amor, y será á vos, á vos solo, siempre que, sin reconvenções ni quejas, me dejes

acabar mi obra. De lo contrario, al menor disgusto que yo experimente por causa vuestra, bastará para que no nos volvamos á ver.

Román la escuchaba extasiado.

Ella le dirigió una mirada tan expresiva, tan dulce, que conmovió todo su ser.

Y para que tengais paciencia—añadió Solange— escuchad esto último: No sé si el porvenir nos reñirá; pero os juro por este niño, ¡mi hijo! que seré vuestra, ó de nadie.

—¿Y si os casais con el marqués...?

—Aun cuando me case con él. No me preguntéis nada más. No os he de contestar.

Román se dejó caer á sus pies.

—¡Eres un ángel!—exclamó.

—¡Arrojado del cielo!—contestó ella tristemente.—Y ahora, adiós.

El sonrió con amargura; dió la mano á Simona y obedeció á Solange.

En aquel momento partió de la cuna un vajido, que parecía el gorgceo de un pájaro cuando se despierta.

Solange separó las colgaduras, se acercó á la sonrosada carita de su hijo, y apoyando los labios en su frente, le dijo, despues de un prolongado beso:

—¡Cuántos sacrificios me cuestas!

II

Al regresar á Paris el marqués no podía fijar sus ideas.

Llevaba en el corazón, como un puñal cla-

díjole.—Confío en que ahora me creereis, si es digo que mi corazón es siempre el mismo, á pesar de la herida que solo el tiempo puede cicatrizar. Tengo un deber que cumplir para con este niño, carne de mi carne, sangre de mi sangre! Despues, seré libre. Hasta entónces, os suplico, Román, que renunciéis á vuestros propósitos. ¿Será preciso que yo, una débil mujer, sin más apoyo en el mundo que el de esta pobre Simona que me ha salvado, os tenga que dar ejemplo de valor? He tenido, mas que vos, mis horas de desahento y desesperación. No voy á hacerme más valerosa de lo que soy. Quiero ser franca. Mi mayor pesar, en medio de tantos otros, ha sido el de creer que me habíais olvidado, y pensar que me juzgábais culpable y no victima, y... en fin, que amábais á otra. Tened la seguridad, Román, de que ni las riquezas del marqués, ni su título, ni las promesas que siempre me ha hecho, consiguieron deslumbrarme. No he olvidado nunca nuestro amor, y he llorado siempre por nuestras perdidas ilusiones. Pero qué quereis; ¡tengo sangre corsa en las venas! Ahora no puedo pensar más que en llevar á cabo lo que me he propuesto. No me habléis de amor, de alegrías, ni de ternuras; no hay lugar para ellos mientras tenga el corazón lleno de hiel. Pero podeis vivir tranquilo, amigo mio... No temais que el marqués consiga nada... Con el tiempo quizá pueda dar una gran prueba de cariño, de amor, y será á vos, á vos solo, siempre que, sin reconvenções ni quejas, me dejes

acabar mi obra. De lo contrario, al menor disgusto que yo experimente por causa vuestra, bastará para que no nos volvamos á ver.

Román la escuchaba extasiado.

Ella le dirigió una mirada tan expresiva, tan dulce, que conmovió todo su ser.

Y para que tengais paciencia—añadió Solange—escuchad esto último: No sé si el porvenir nos reñirá; pero os juro por este niño, ¡mi hijo! que seré vuestra, ó de nadie.

—¿Y si os casais con el marqués...?

—Aun cuando me case con él. No me preguntéis nada más. No os he de contestar.

Román se dejó caer á sus pies.

—¡Eres un ángel!—exclamó.

—¡Arrojado del cielo!—contestó ella tristemente.—Y ahora, adiós.

El sonrió con amargura; dió la mano á Simona y obedeció á Solange.

En aquel momento partió de la cuna un vajido, que parecía el gorgceo de un pájaro cuando se despierta.

Solange separó las colgaduras, se acercó á la sonrosada carita de su hijo, y apoyando los labios en su frente, le dijo, despues de un prolongado beso:

—¡Cuántos sacrificios me cuestas!

II

Al regresar á Paris el marqués no podía fijar sus ideas.

Llevaba en el corazón, como un puñal cla-

vado en la llaga, el recuerdo de Solange y de su belleza, soberbia, altanera, casi amenazadora. E imposibilitado de pensar en otra cosa, no podía coordinar las ideas.

Además, desde la aventura de Montalambert estaba, poco más ó menos, en aquel estado, que trataba de disimular, gracias á la proverbial actitud, fría y correcta, de hombre de su clase.

Durante unos días—pues todo pasa y todo se gasta,—no se hablaba de otra cosa en el círculo que de Solange.

En cuanto entraban Montalambert y Tallévaude, les preguntaban:

—¿La habeis visto?

Todo esto exasperaba al marqués, cuyos celos eran cada vez más profundos.

Pero después de la ida á Cormeilles estaba más tranquilo. Volvía con una promesa: Solange sería suya. ¡Pero á costa de qué.

¿Cuánto tiempo tendría que esperar? La desgraciada Elena estaba condenada, su enfermedad no tenía remedio. Esta terrible sentencia era indudable, y ¡causaba alegría á aquel hombre! Sin embargo, la vida tiene sus milagros de tenacidad. ¡A veces, los que menos salud tienen, son las que más viven! Como la caña de la fábula, se doblan, pero no se rompen.

Si Elena viviera años... lo cual estaba en lo posible, ¡qué intolerable suplicio!

Y las palabras de la modista zumbaban en los oídos de Oliverio.

¡Y pensaba en ellas demasiado!

Si de un soplo hubiera podido suprimir á aquella tierna é inofensiva criatura, que maldecía porque se colocaba entre él y sus deseos, lo hubiera hecho sin titubear.

Después de todo, ¿en qué circunstancia retrocedía ante los escrúpulos de conciencia? ¿Cuándo le contuvo el deber? ¿No era su ley la de que el fin justifica los medios?

¿Por qué esa excepción con Elena?

Pero... ¿y los medios?

Y siempre se detenía en este punto, que era lo único que le inquietaba.

No tenía por costumbre oír los gritos de la conciencia.

Cuando llegó á la plaza de la Opera se apeó del coche, indeciso por si entraría ó no en el Círculo; al fin decidió ir á pié á su casa.

En vez de entrar por la puerta principal lo hizo por una de las interiores, por la que da al jardín.

Fue directamente á su habitación, que comunicaba con las de la marquesa, por la biblioteca que daba al gabinete-tocador de Elena y éste á un saloncito donde solía ella estar siempre.

Las mullidas alfombras y los gruesos cortinajes ahogaban el ruido de los pasos.

El marqués se quitó el sombrero y el abrigo, y pasó á la biblioteca.

En ella encontró á Servais, muellemente sentado en un sillón y abstraído en una lectura sin duda muy interesante, puesto que no advirtió la presencia de su amo.

Fue preciso que Oliverio le pusiera la ma-

no en el hombro para sacarle de su abstracción.

Servais se levantó sobresaltado.

— Suplico al señor que me perdone, pero estaba abismado con una cuestión de derecho... palpitante.

— ¡Diablo! ¿Qué cuestión es esa?

— La de saber si un marido puede matar á su mujer en el caso de sorprenderla en flagrante delito de adulterio.

— ¿Y á vos que os importa eso, Servais, si no estáis casado?

— Es una cosa que suele llegar cuando uno menos se espera.... Puedo elegir mujer, como cualquier otro, y es bueno irse preparando. Además, el señor marqués sabe que soy muy aficionado á la lectura.

— Y ¿qué habéis sacado en limpio?

— Que hay derecho.

— De suerte que si os casais y llegais á sorprender á vuestra mujer....

— Comprendo que esa ley es muy dura, y yo no tendría valor....

Servais miraba al marqués con cierta expresión de malicia.

— Bueno — dijo Oliverio. — ¿La señora ha salido?

— No, señor; la señora marquesa está en casa.

— ¿Sola?

— Acaba de entrar visita.

La fisonomía de Servais era cada vez más maliciosa.

— ¿La baronesa de Montalambert?...

— No, señor marqués.

— ¿La señora Severin?...

— Tampoco, señor marqués.

— Entonces, ¿quién?...

— El señor conde de Souvray, el primo del señor.

— Yo le creía en Morván.

— Ha vuelto. Y hace muy poco tiempo que está de visita. ¿El señor marqués vuelve satisfecho de su expedición?

Oliverio alzó los hombros y no contestó.

Servais volvió á colocar el libro en el estante.

— Opino que el señor hace mal en no pensar más que en esa muchacha. Yo aconsejaría al señor marqués que buscara distracción en las ciencias, en el estudio. No se sabe bien toda la luz que una biblioteca como esta puede dar á la inteligencia. Esto debe ser una dicha para los sabios. ¿El señor marqués tiene algo que mandar?

— En este momento, no.

Después de la charla del criado, Oliverio reflexionó. Servais no solía hablar por hablar. Siempre llevaba alguna idea. Al nombrar á Souvray lo había hecho de cierta manera, como con segunda intención.

¿Sospecharía el astuto criado? ¿Sería con fundamento?

Un rayo de luz iluminó el cerebro del marqués.

El medio que buscaba al salir de Cormeilles, quizá se lo proporcionara la casualidad. Era absurdo creerlo.

¡Qué locura! Elena, aquella virtud, á la cual estaba obligado á rendir tributo, aquella pureza sin mancha, se hallaba al abrigo de toda sospecha.

Por miserable que él fuera, retrocedió ante semejante ofensa.

Matarla, era posible; calumniarla, no.

Pero las palabras del criado se habían clavado en su imaginación, y concluyó por ceder al influjo de ellas.

Abrió uno de los cajones de un riquísimo mueble estilo Luis XVI y, con previsión, sacó una pistola de doble cañón, verdadero milagro del arte, fabricada hacia treinta años por Desvímes; la observó atentamente para ver si estaba en buen estado, la cargó y guardó-sela en el bolsillo.

Se avergonzaba de sí mismo; se estremecía al considerarse tan envilecido, tan degradado, desempeñando el odioso papel de espía por primera vez en su vida.

Pero una especie de fatalidad le impulsaba.

Abrió, con las precauciones del ladrón que penetra de noche en una casa habitada, la puerta que separaba la biblioteca del gabinete tocador, se ocultó detrás de un cortinaje de seda brochada, parecida á las telas antiguas de Lyon, que se hacían para palacios é iglesias, y esperó.

La puerta de la salita estaba entreabierta, y pudo oír perfectamente lo que hablaban dentro.

El señor de Souvray estaba, efectivamente, con Elena.

Esta, sentada al piano, preludiaba una romanza de Mendelshonn, su autor favorito.

Roberto, en pie, á dos pasos de ella, apoyado en el respaldo de un sillón, la contemplaba con tanta ternura como tristeza.

La enfermedad hacía rápidos progresos en la ya debilitada naturaleza de la desgraciada Elena.

Su marido podía estar satisfecho.

Mas á pesar de su demacración, estaba muy bonita; parecía la estatua, en mármol, de una santa.

Y levantando la mano del teclado, dirigió á su primo una mirada suplicante.

—No quiero que me abandoneis, Roberto, —le dijo.—Os lo prohibo. Después de todo, no tardaré mucho tiempo en dejaros libre...

—¡Elena!

—He perdido todas mis ilusiones, amigo; todas, una tras otra —repuso sonriendo dulcemente.— Han caído poco á poco, como las hojas de los árboles en otoño. ¡Pero es en la primavera de mi vida cuando las he visto destruidas! ¡No me queda ninguna! El médico viene á verme casi diariamente, y no parece descontento; me infunde valor con sus palabras; pero el otro día le vi que no pudo reprimir un movimiento de inquietud. Lo vi por el espejo. ¡Qué pérdidas son los espejos! De algun tiempo á esta parte paso horas enteras contemplando el retrato de mi madre. ¡Cómo nos parecemos! Y no ceso de preguntarme cuánto tiempo tardaré en ir á reunir-me á ella.

Y enseñaba á Souvray un hermoso cuadro de Winterhalter, representando una mujer en el apogeo de la belleza y de la juventud, pero en cuyo semblante se hallaban ya impresas las huellas de la enfermedad que debía llevarla al sepulcro.

—Es mi madre á los veinte años. ¡Cuatro después, la perdí! Yo no viviré tanto.

Y continuó como si hablara consigo misma, volviendo á preludiar la romanza poco antes interrumpida que apenas se oía:

—Ella tuvo al menos la suprema felicidad de verse amada, adorada. Ninguna mejor que ella conoció el amor casto y legítimo de dos seres que se estiman y pertenecen por entero. ¡Bendita sea la memoria de mi padre, que la hizo tan dichosa, pues no se llevó al morir ninguna pena. ¡Así le sonreía! A mí, en cambio, un pintor no podría darme otra expresión que la que infunden la pena, el hastío y el desfallecimiento. ¡Oh! ¡morir sin llevar en los labios un beso de amor sincero! ¡Morir en la desesperación de haber sido desdenada, pospuesta, ultrajada!

Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y cerró los ojos como si quisiera huir de la realidad, y contemplar la dicha á que aspiró.

De pronto sintió que dos vigorosos brazos enlazaban su delgada cintura.

Roberto estaba á sus pies.

—¡Elena!—exclamó—no sois vos quien únicamente sufre. Si me alejé tan bruscamente, si me fui de París llevando la desesperación en el alma, es, no quiero callároslo

por más tiempo, porque me era imposible permanecer aquí sin confesaros que no vivo más que para vos, y que os amo. ¡Era superior á mis fuerzas! ¿A qué atormentaros con tales quimeras? Si el amor puede devolveros la salud, si la certeza de tener un corazón que os pertenece, dispuesto á verter la última gota de su sangre á fin de evitaros el más mínimo pesar, y que ameis la vida, ¡no moriris! Pero creed que si llegais á morir, no tardaré en reunirme á vos; y os expresaré en la otra vida, puesto que somos creyentes, cuánto os he amado en esta, cuánto sufro al veros desgraciada y con qué alegría hubiera soportado mil muertes con tal de ser vuestro un día, una hora, ó de saber que erais dichosa aunque fuera en brazos de otro!

Y la estrechaba apasionadamente contra su corazón.

Elena se abandonaba á las dulzuras de un éxtasis, de una alegría que esperaba hacia tiempo. Sus mejillas se coloreaban. Todo su ser revivía. Roberto podía escuchar el acelerado latir de su corazón.

—¡Oh!—exclamó ella.—Repíteme esas palabras que me causan tanto bien. ¡Vivo, se me figura que resucito!... Yo también te amo con todas las fuerzas de mi alma, con todo mi ser. Y si me muero es porque no puedo soportar la fatalidad que nos ha separado.

Oliverio se había acercado. Escuchaba á los dos amantes, escondido entre los pliegues de uno de los *portiers* del saloncito, favorecido por la oscuridad del gabinete-toca-

dor, cuyas persianas permanecían cerradas.

Era en verdad una escena odiosa.

Se explican los crímenes del amor. La violencia de los celos lleva en su ceguedad la disculpa; pero el acto del marqués de Taunay, oculto como un ladrón, espiando la hora de herir, no para vengar su honra ultrajada, sino para librarse de una mujer que, si llegaba á faltar á su deber, era impulsada por las tristezas de la vida, era un acto cobarde y fuertemente meditado, que no tenía disculpa.

Roberto seguía arrodillado á los pies de Elena, contemplándola absorto.

—No puedes tener idea—repuso ella—de lo feliz que soy. Esperaba ansiosa este momento. Era mi única felicidad. Y estaba segura de que llegaría. Siempre te he amado. Mi alma fué á ti desde el momento mismo en que despertó á la vida del sentimiento. En cuanto te conocí, supe apreciar lo que valías. Comprendí que eras cariñoso, leal, generoso é inteligente. Tu silencio me contrariaba mucho, y, no obstante, hacía que te estimara más aun. ¿Era á mi á quien correspondía hablar! ¡Pobre Roberto! ¡Qué orgullo para mí si hubiera podido dar mi fortuna á un hombre tan digno como tú! ¡Qué vida tan feliz habiéramos pasado! ¡Cuánto bien habiéramos esparcido á nuestro alrededor! Cuando mi tío me propuso que me casara con Oliverio, sentí como si el alma se me desgarrara de pena. Eso era renunciar á todas mis esperanzas. Pero cuando no se tiene experiencia ninguna y ¡muy pocos años, ¡se es muy débil!

Y cedi cuando creí que no me querías, y obedecí con repugnancia, por cobardía, por despecho. Y, sin embargo, lo juro, al dar mi mano, la di lealmente, dispuesta á cumplir mi palabra, á sacrificarme con sinceridad, dispuesta á llevar con dignidad el nombre que aceptaba, que es nuestro, Roberto, puesto que somos del mismo tronco.

Elena se levantó de repente. Le sobrevino un golpe de tos. Llevóse la mano á la garganta.

—Sufro cada vez más—dijo.—Siento como si me destrozaran el pecho. ¡He tenido tantas penas! No he merecido á ese hombre ni las atenciones que se tienen con cualquier visita; me ha demostrado tan descaradamente su indiferencia, cuando con el más mínimo detalle de consideración siquiera, me hubiera hecho soportable la vida! ¿Por qué, si no me tenía afecto ninguno, se casó conmigo?... ¿Eso ha sido un crimen, una infamia, un robo! ¿Por qué exigir de mí que sacrificara mi libertad, cuando no quería darme nada en cambio, y no perdió él la suya? ¡Ojalá me hubiera casado con un hombre pobre, pero honrado, que hubiera sido para mí, para mí sola, el más tierno y generoso de los maridos! ¿Pero á qué pensar en lo imposible?

Y se dejó caer en un sillón, extenuada por la fatiga.

—¿Qué he dicho?—repuso.—No lo sé. Se ha apoderado de mí la embriaguez... Lo olvidé todo. ¡Hecheche mal!

—¿Por qué! ¡Es imposible que amar así

sea una falta! Si he resistido tanto tiempo á la fuerza que me ha hecho caer hoy á vuestros pies, Elena, es porque os considero un lirio immaculado, y representáis á mis ojos todo lo que una criatura del Señor nos ofrece de más casto, más puro y más divino. Pero si este sentimiento existe en nosotros, si una voz interior nos dice que hemos nacido el uno para el otro, ¿por qué no escuchar esa voz? Elena, os juro que no amo en el mundo más que á vos. ¡Jamás ninguna otra mujer ha conmovido este corazón, que es y ha sido sólo vuestro! ¡Qué nos importa el mundo! ¡Olvidemos el universo! ¡Sólo sé que estoy loco, y no quiero saber más sino que te amo, que te adoro, y que por un minuto de tu existencia, daría veinte de la mía!

La estrechó en sus brazos; ella no tuvo fuerzas para resistir.

—¡Oh, sí!— balbució Elena con apagada voz, —tienes razón, Roberto, esa es la felicidad!

Y de súbito echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos, y si el conde no la hubiera sostenido, hubiese caído inerte sobre la alfombra.

Se había desmayado.

En aquel mismo instante Roberto creyó haber escuchado algo así como el ruido que se produce al montar una pistola.

Instintivamente, dejando á la marquesa en un sofá, trató de protegerla con su cuerpo.

Y, pálido como un muerto, esperó un instante.

Vió que una de las cortinas se movía.

Un sudor frío inundó su frente.

—¡Nos escuchaban!— pensó.

Vacilante, sin atreverse á abandonar á Elena, no sabía al principio qué hacer; pero luego se precipitó en el gabinete-tocador.

Y con mano febril levantó el *portier*.

Nadie se ocultaba detrás.

Entonces registro el gabinete y el dormitorio.

No había nadie tampoco.

La puerta de la biblioteca estaba cerrada.

Se creyó víctima de una alucinación, y volvió al lado de Elena. Su respiración era tan débil, que parecía la de un moribundo. La palidez era mortal.

Trató de volverla á la vida.

Y no volvió en sí hasta pasados unos instantes que á él le parecieron siglos.

Un cruel desfallecimiento se apoderó de ella. Aquella debilidad anunciaba su próximo fin. Elena no podía tener fuerzas para soportar las emociones más deseadas, más deliciosas de su vida.

Al volver en sí, él, apoderándose de sus manos las cubrió de besos, pidiéndole perdón por haber turbado su tranquilidad.

Ella le miraba con tanto amor como gratitud.

—Te amo— le dijo— y nada tengo que perdonarte. No hay más sino que este desfallecimiento es una advertencia, Dios no quiere que al ir á El tenga que acusarme de una falta. Si deseas que yo muera tran-

quía, deja que cumpla, mi deber hasta el fin.

El conde era hombre fuerte y valeroso.

Y, sin embargo, estaba llorando como un niño.

Elena le presentó la frente y él puso en ella sus labios.

El conde de Souvray no se había engañado.

Oliverio había estado á punto de consumir un crimen; pero en el crítico instante, retrocedió ante el horror de semejante asesinato.

Al ver á Elena desvanecida, pensó que iba á matar á una moribunda; que, despues de todo, tardaría poco en ser libre, pues su mujer estaba gravísima; y tambien se acordó de la relación de la polaca y del fin del príncipe en Venecia.

El secreto de Miska podría, en último caso, evitarle el escándalo de un asesinato.

A esto debieron su salvación Roberto y la marquesa.

Oliverio pasaba, y no sin motivo, por uno de los más hábiles tiradores de pistola, en París. Y tenía tambien fama de espadachin. Habiera sido temible en un duelo.

Gracias á la indecisión del conde, le fué posible desaparecer ántes de que se precipitara aquél en su busca; consiguiendo refugiarse en la biblioteca.

El conde estaba tan turbado que adivinó el ruido, pero no pudo cerciorarse de nada, y quedó en la mayor incertidumbre.

Al abandonar el hotel de Tannay, iba inquieto, receloso desesperado, pues, á más de

todo, los más sombríos presentimientos agitaban su espíritu. ¡Amaba á Elena con toda su alma; ella le correspondía ¡y estaba condenado á perderla!

¿Cuánto tiempo resistiría ella los sufrimientos físicos y morales que minaban su existencia?

E iba andando tristemente, con la cabeza baja, cuando al volver la esquina de la calle de Mironomesnil, tropezó con un sujeto que iba en sentido opuesto.

Evitó el choque por un movimiento instintivo, y al levantar la cabeza conoció á Román Tremor.

—¿Sois vos, señor de Souvray?—dijo casi alegremente el morvanés.

Souvray quedó sorprendido del cambio operado en la fisonomía de Román.

¿Qué motivaba aquella satisfacción?

Y como se hallaran á la puerta de *El fiel cochero*, dijo Román:

—¿Quereis concederme el honor de entrar un momento?

III

El restaurant prosperaba por días.

Los dos hombres se sentaron ante una mesa bastante apartada de las demás, colocada en un rincón.

Briehet, como es natural, se apresuró á servirles.

Para él el conde de Souvray no era uno de tantos clientes, sino persona que le merecía

la mayor consideración, y Román era un Dios.

—¿Qué se os ofrece?—preguntó.

—Lo que quieras, muchacho—contestó el conde con su proverbial bondad.

—Lo mejor que haya en la casa—añadió Román en tono jovial.

Brichet se hizo la misma reflexión que el conde; su amo parecía otro hombre.

Bajó á la cueva y sacó de allí una botella.

—¡Oporto superior!—dijo riendo.

—Está bien—repuso Román.—Vé á tus asuntos.

Los asuntos del buen Brichet eran, no solo los del comercio, sino los del corazón.

En la sala contigua á la en que se hallaban el conde y su compañero, había una media docena de bebedores al rededor de una mesa casi totalmente ocupada por vasos y botellas.

La mayor parte de aquellos clientes, eran los mismos que asistieron al almuerzo con que los obsequió mister Stripp; pues, entre otros, se hallaban el alegre cochero del baron de la Briche, y Servais. El sexo bello estaba dignamente representado por dos ó tres camareras, entre las cuales descollaba Susana, como siempre encantadora.

Se oía su argentina voz contestando ingeniosamente á las galantes insinuaciones del gascon, mientras que de una sola ojeada buscaba á su Brichet, como para decirle:

—Puedes estar tranquilo. Todo esto se lo lleva el viento. Tú eres el único...

Pero Brichet tenía que entrar á cada rato en la sala para ver á su adorada paisana.

Era el hombre feliz por excelencia.

—¿Dónde está mister Stripp?—preguntó diferentes veces el cochero del barón.

—Salió con el señor marqués esta mañana y cuando yo vine no había vuelto aún—contestó Susana.

—No tengais cuidado—dijo Servais—ya lo volvereis á ver; no se ha perdido.

—¿Quereis que os diga á dónde ha ido ese Strip?—preguntó Román á su compañero.

El conde comprendió en seguida que Román se proponía algo, pues en eso se parecían uno y otro; no hablaban en balde.

—¿Lo sabeis?

—Sí.

—¿Y por eso es por lo que pareceis tan contento?

—¡Contento!—dijo Román suspirando.—No lo estoy tanto como parece. Tengo sobradas razones para estar triste... Pero he sabido cosas... que han sido, en cierto modo, un bálsamo para mi corazón.

—Más vale así, amigo mío! ¡Todo suele ser tan lúgubre!...

—¡Os entiendo! Pensais en la señora de Taunay.

—Salgo en este momento de su casa.

—¿No mejora?

—¡Oh! ¡no!

—Eso decía Susana hace poco á Brichet. Pero añadió que esta mañana estaba casi contenta, también ella...

—¿Por qué?...

—Porque esperaba veros.

—La he visto, y me separo de ella desolado.

—¿Su mal se agrava?

—A pasos agigantados. Hasta ahora se podía dudar, esperar... ¡pero ya no es posible forjarse ilusiones!

—¿Hay gentes que se alegran de eso?

—¿Quién?

—¡Un monstruo!—dijo Román categóricamente.

—¿Su marido?

—¡Sí, su marido! ¡El señor marqués!

—¿Cómo sabeis eso?

—Os pregunté si queríais saber á dónde había ido Stripp, para deciros que llevó á su amo, en el coche, á Cormeilles. Yo le vi. Debe estar de vuelta desde hace una hora.

Souvray pensó en seguida en el ruido que partió del gabinete tocador.

—¿Una hora?—preguntó.

—Lo menos. Sus caballos corren mucho.

Y qué tenía que hacer Stripp en Cormeilles?

—El, nada, pero su amo tenía un asunto. Allí es donde la pobre Solange—la voz de Román se alteró—ha dado á criar á su hijo.

—Es verdad. ¿En dónde tengo la memoria?

—Es el caso que el marqués y yo tuvimos idéntica idea: ver á Solange, que lo mismo huía de él que de mí. Fuimos á casa de la nodriza, confiados en que se encontraría allí. El domingo está libre, y era natural que fuese á abrazar á su hijo. ¡Una madre es siempre una madre!

—¿Y encontrasteis al marqués en casa de esa nodriza?

—Sí y nó. Llegué el primero. Solange estaba allí. Tuvimos una explicación. ¡Qué queréis! ¡No he podido dejar de amarla! La creí culpable. Eso era indigno de mi parte, pero no lograba convencerme de lo contrario. Mientras hablábamos, llegó el marqués en su cupé, que guiaba, como siempre, Stripp. Solange me escondió entonces en una habitación contigua, y entonces fué cuando supe...

—¿Qué?—preguntó el conde.

—Quizá me guardéis rencor, señor Souvray—repuso Román.—Las familias deben ayudarse mutuamente, es lo natural. Si me hablaran mal de mi hermano, yo me enfadaría, y aquel que se atreviera, os aseguro que lo pasaría mal.

—Vuestro hermano Juan es un hombre honrado, Román, y nadie puede decir lo contrario.

—Es verdad. Yo quisiera poder decir otro tanto de vuestro primo, el marqués de Taunay. Más por desgracia no puedo. Tanto peor. Como entiendo que tenéis interés en estar al corriente de cuanto ocurre, voy á confiároslo todo, comenzando por deciros que desconfiéis de vuestro pariente Oliverio, pues le creo capaz de todo.

—¿Qué sabeis, Román?

—No puedo ocultaros nada. Ya sé que amais á vuestra prima, la señora de Taunay. El conde palideció y nada dijo.

30560

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTEVIDEO, URUGUAY

—No soy ciego. Vuestra tristeza, vuestro alejamiento del pueblo, donde tan á gusto viviais, las palabras que, á pesar vuestro, se os escapan, cuando me proporcionais la satisfacción de pasar un rato conmigo, merecen una revelación; tanto más, cuanto que ambos nos hallamos en el mismo caso. La mujer que vos amais y la que yo amo, son dos víctimas de ese miserable, ¡él nos las ha robado! Pero hay una diferencia. Esa desventurada Elena, que es un ángel, accedió á casarse con él por un acto de abnegación, por obediencia al hipócrita de su tío, y quizá también contrariada por vuestro silencio. Pero, en fin, la señorita de Rochevieuille, después de todo, se casó porque quiso. La otra, Solange... ¡no se entregó! ¡Fué á la fuerza! No lo dudeis. Ha tenido el valor de no defenderse luego. Comprendió que nadie la creería. Ha soportado su vergüenza. Y, no obstante, es inocente. Ahora lo sé todo.

—¿Cómo?

—¿Cómo? Es muy sencillo. Y por esa y por otras razones es por lo que me veis menos triste, menos hartó de la vida que otros días. Me costaba mucho creer que esa pobre muchacha, á quien he conocido desde niña, que ha crecido á nuestro lado, á nuestra puerta, casi en nuestras rodillas, tan franca, tan jovial, tan pura, se volviese de repente embustera, coqueta, hipócrita y... una desdichada, por último. Simona, á quien ya conocéis, la mujer del herrador, trató de persuadirme de que Solange no era lo culpable que parecía; yo

hacía lo que vos, escuchaba cuanto me decían, pero pensaba lo que quería pensar. ¡Y he necesitado oír al mismo marqués confesar sus culpas! Entónces comprendí que era completamente cierto lo que Simona me refirió. Ese Oliverio fué á Gué-aux-Biches, mañana en que ella estaba sola en su casa. Hallábase en su cuarto vistiéndose para ir al Priorato.

El echó la puerta abajo. Comenzó suplicando en todos los tonos, y ofreciéndola cuanto quisiera. La pobrecilla rehusó. Entónces quiso hacer uso de su autoridad... ¡Ya podreis calcular! ¡El amo! Ella se resistió, suplicó, le prometió no referir á nadie aquella baja... ¿Creéis que eso le hizo desistir y comprender que cometía una infamia? No, señor. Se abalanzó á ella como un loco, como un bruto... Solange, sin embargo, seguía defendiéndose... ¡Oh! ¡el cabello se me eriza al considerarlo! Yo sería feliz si pudiera ahogar á ese infame; ¡y acabaré por hacerlo! Y como la pobre niña luchaba con todas sus fuerzas, comprendiendo él que no iba á poder lograr sus deseos, ¿sabéis qué hizo? Casi la asfixió, cubriéndole el rostro con una falda; y viéndola sin fuerzas, y que apenas respiraba, abusó de ella.

Román hizo una pausa.

Vertía abundantes lágrimas.

—No hagais caso, señor Roberto—prosiguió.—Son lágrimas de rabia. ¡Ah! ¡si yo hubiera estado allí, y hubiese oído sus quejas! Una escopeta, un palo, un cuchillo, todo

reunido me hubiera parecido poco. Lo hubiera destrozado y hecho mil pedazos para pisotearlo después. No había nadie allí más que la *Bigornia*, que estaba en el camino. He oído cómo el mismo Oliverio pedía perdón á Solange. Después de esto es cuando ella me lo ha referido todo. No quiso exponerse á que no la creyera. Así es que solo se confió á Simona, porque ésta acertó á entrar en aquel momento y lo adivinó todo al ver, no solo la desesperación de Solange, sino el desorden en que quedó la habitación después de aquella innoble lucha.

Y desde ese día Solange fué otra; de alegre que era tornóse sombría, melancólica; huía de todos y pasaba los días enteros en el bosque buscando los lugares más escondidos.

¡Para colmo de desdichas estaba en cinta! Nadie sospechó esto. El marqués, avergonzado sin duda de su cobarde acción, no hizo más que ir á Chevagnes, pero no conseguía verla. Yo le pedí que se casara conmigo y rehusó. Luego se vino á Paris, acompañada hasta el tren por Servais, el complaciente criado del marqués.

Al cabo de seis meses hice lo que vos. Desesperado, vine también á esta ciudad acariciando un solo pensamiento; verla, hablarla. ¿Con qué propósito? No hubiera sabido decirlo.

Al fin esta mañana logré, por vez primera, encontrarla. Y ahora ya sabeis algo de lo que oí. He aquí la conclusión, que es lo que os interesa. Es preciso velar por vuestra

amiga, por vuestra prima la marquesa de Taunay.

—¿La amenazan?

—No sé tanto; pero digo que desconfío del marqués, frenético como se halla por las negativas de Solange. Esta, exasperada después de dos años de sufrimientos y al ver á aquel niño por el cual está dispuesta á sacrificarse...

—Acabad.

—El marqués la suplicó esta mañana que olvidara sus ofensas y aceptase sus ofrecimientos, es decir, todo cuanto dinero quisiera, y que fuese su querida. Como siempre, ella rehusó. El volvió á la carga. Hablaba en tono imperioso, creyéndose el amo, lo cual no venía bien con los ruegos de amor! Y ella, al fin, contestó:

—Casaos conmigo, dad un nombre á vuestro hijo, y cederé. ¡Es mi única condición! Si no es así, nunca.

—¿Qué contestó él?

—Creí que iba á negarse; pero aceptó.

—¡No es libre!

—Pues por eso es preciso estar en guardia, porque querrá serlo.

El conde no replicó; estudiaba la fisonomía de su interlocutor.

Román se puso de repente muy triste; era indudable que no lo había dicho todo.

—Pero entonces... si ella consiente...

—¿Qué quereis que haga? —dijo Román con viveza.— Después de todo, si el marqués no es libre, ella lo es. Poneos en su lugar. No

vive sino para realizar su idea, ni tiene más interés que uno: el de ese hijo, que no ha deseado, pero que es suyo... ¡y con esto está dicho todo! Quizá ha soñado en ese matrimonio, como un medio de venganza... como una reparación... No sé nada.

Id á preguntar el móvil de sus actos á una muchacha indignada, herida, enferma, con los nervios excitados de verse lejos de su pueblo, á causa de su deshonra y de verse además en la miseria, pues le sabido, tambien esta mañana, que ha pasado días enteros sin comer. Habladle del interés de los demás, de la señora marquesa de Tannay, por ejemplo, una santa, no lo niego, pero que lleva un nombre que ella odia; y os contestará que nada le importa, ni reconoce nada, ni se ocupa de nada y, en una palabra, que no quiere á nadie, como no sea á su hijo, y que todo lo demás le es igual. En fin, ella consintió. No os digo mas, sino que la promesa está hecha. Por lo cual os repito: ¡tened cuidado! No es á Solange á quien hay que temer. ¡Pobre muchacha, empujada por la fuerza de los acontecimientos! ¡Ella no los ha preparado, pero los sufre! Pero él está ahí; y cuando un hombre de su rango y de su carácter se humilla hasta ese extremo para poseer á una mujer, aun cuando ésta lo odie, estoy seguro de que es preciso temerle todo. Ya estáis advertido.

Souvray, como Román, era un hombre del campo, consumado cazador.

Y todo cazador del interior de las provincias tiene algo de furtivo.

Un carácter así es, en general, tan temible entre los hombres, cuando se trata de rivalizar con ellos en astucia y disimulo, como entre los j. ballies y lohos que ojea y quiere cazar.

Roberto comprendió perfectamente que Román no se lo había dicho todo, pero que era inútil tratar de averiguar lo que callara, porque no lo diría.

Después de todo, ya sabía lo bastante.

Reflexionó mucho acerca de los acontecimientos de aquel día.

No pudo creer que fuera una ilusión... Se refería á la escena del gabinete.

El marqués, entrando en el hotel cuando él estaba de rodillas á los pies de Elena, debió penetrar en aquella habitación y sorprender su secreto.

El ruido del gatillo de la pistola, ruido á que, como buen tirador, estaba muy acostumbrado, no podía engañarle.

Y adivinó claramente el plan del marqués; y que si había retrocedido había sido por el horror de cometer tan escandaloso asesinato.

Y sin decir una palabra, presa de las mayores preocupaciones, se levantó, tendió la mano á Román, y salió.

Se cruzó, á la entrada, con Stripp, que llegaba, y cuya aparición fué saludada por sus camaradas, con gritos de entusiasmo.

IV

Solange Fargeas al marqués de Tainay.

«16 de febrero 1870.

»No quiero aceptar nada de lo que teneis la generosidad de ofrecerme, señor marqués. La reducida habitación que ocupo ahora, en el cuarto piso de la calle de Provence, me basta. Debo á la generosidad de una amiga de Morvan, á quien yo atendí en otra ocasión, y á quien la suerte pone hoy en condiciones de hacer mucho más por mí de lo que yo hice por ella, los muebles que me faltaban, y un hogar en donde vivo á gusto.

»Además, como ya sabéis, vuelvo á estar colocada en casa de mi antigua maestra Felisa. Me tratan bien y gano lo suficiente para mi hijo y para mí.

»No quiero que, si cumplis vuestra promesa, podáis decir que habeis dado vuestro nombre á una *entreténida*, que es, según creo, como llamáis á esas... desgraciadas.

»Hasta ese día no habrá nada que me acerque á vos.

»Solo la enormidad de vuestro sacrificio puede hacerme olvidar la enormidad de la ofensa y los tormentos que os debo.

»En tanto, no teneis que exigirme ni ofrecerme nada.

»Los sufrimientos y privaciones de los días terribles me han herido, pero no vencido;

así es que los gozos y las tentaciones de la fortuna no lograrán seducirme.

»SOLANGE FARGEAS.»

El marqués de Tainay, á Solange Fargeas.

«17 febrero.

»No comprendo por qué os obstináis en no ceder. Esto me affige y desespera.

»¿No estamos mutuamente ligados? ¿Sereis capaz de dudar todavía del cumplimiento de promesas tan reiteradas en las cartas que os escribo diariamente?

»No podeis figuraros qué alegría tan grande fuera la mía si me permitiérais desde ahora rodearos de ese lujo para el cual habeis nacido, ya que mi buena estrella me permite proporcionároslo.

»He encargado á Servais, que es muy fiel para mí, que os busque un hotelito en un barrio céntrico y sano. Ha descubierto uno que se vende en las mejores condiciones.

»Ese nido de flores se halla cerca del Arco de la Estrella y del Bosque.

»Tiene magnífica estufa, que da al salón.

»Todo está admirablemente dispuesto, con irreprochable gusto.

»De allí vengo.

»Estareis allí con vuestro hijo (¡el mío, Solange!) servida por gente vuestra, más libre que ahora, puesto que nadie tendrá derecho á mandar en vos, y en cambio vos lo tendreis

para mandar en los demás. ¡Qué diferencia de la existencia que lleváis y que debe pesaros tanto.

»Si me permitís ir á veros, y pasar algunos momentos, todos los días, á vuestro lado, no habrá felicidad comparable á la mía.

»Confío en que llegaría á extinguir por completo vuestros resentimientos, borrando to la huella, y que con esto se haría menos penoso el tiempo que hay que esperar.

»Os amo con ardor, con verdadera furia.

»¿Por qué os mostráis tan implacable? ¿Por qué retardáis el momento de reunirnos? El consentimiento está dado; ¿qué falta, pues, para sellar este lazo, más que una formalidad, que os juro cumplir gustoso tan pronto como los acontecimientos, impacientemente esperados, me hayan devuelto mi independencia.

»¿A qué me habláis del mundo, si no se ocupa de nosotros ni de nadie, ni agradece sacrificio alguno y lo olvida todo?

»En fin, si lo que os detiene á admitir ese hotel, ese nido encantador, es el temor de que yo abuse de vuestra condescendencia, al penetrar en él, os ofrezco no poner los pies allí.

»Me conformaré con veros desde lejos; pero me cuesta mucho trabajo resignarme á que la mujer á quien he ofrecido mi nombre, que he de elevar hasta mí, que es mía, y, por mi deseo, la única, la verdadera marquesa de Taunay, ¡viva trabajando para comer!

»Reflexionadlo bien, y contestadme.

»Os amo, os adoro, Solange.

»OLIVERIO.»

Solange Fargeas al marqués de Taunay.

»30 de enero.

»No estoy descontenta de mi situación. Sin duda está lejos de valer tanto como aquella cuyas ventajas me pintáis, pero me sería muy duro caer desde la posición brillante que entonces tendría á la humildad de la esfera en que viva.

»¿Quién lo impediría?

»¿Cómo podría yo evitar las consecuencias de un capricho? ¿Y quién me dice que este capricho, á merced del cual estaría, no me habría de arrojar cualquier día de un paraíso que no me seduce?

»Por ahora vivo con arreglo á mis recursos, y mi hijo está educado como lo puede estar el hijo de Solange Fargeas, descendiente de un pobre guarda de Morván y empleada en un almacén de modas con un sueldo de ciento veinte francos mensuales.

»No trateis de hacerme cambiar de resolución, porque sería inútil.

»Mantendré mi palabra en la forma en que la he comprometido.

»Deseo que no os ofendáis; pero conoceis demasiado mis verdaderos sentimientos para ignorar que este sacrificio, realizado en favor de un hijo, inocente de los actos de su padre, ha costado más de una pena al corazón de la madre.

»SOLANGE FARGEAS.»

BIBLIOTECA INTERNACIONAL
"ALFONSO REYES"
16 de 1825 MONTERREY, MEXICO

El marqués de Tannay á Solange Fargeas.

«9 de Febrero 1870.

»Sois impladable y quisiera odiaros como mereceis.

»¿No desmentís la sangre de que procedeis, ni el suelo granítico y endurecido que os ha servido de cuna!

»Ayer estuve durante dos horas en el salón de Felisa. De fijo que os figuráis que iba allí solamente por vos, y que mi visita no tenía más objeto que veros aun cuando sólo fuera un momento... De esta contemplación hubiera sacado un poco de paciencia, si á lo menos con una mirada hubierais dulcificado la amargura de una separación que cada vez me es más insoportable.

»Ni siquiera esa limosna habeis querido darme: ibais de un lado á otro, indiferente, altanera, tentadora, como un dorado racimo sobre un alto emparrado, fuera del alcance de la mano que pretenda cogerlo.

»Os lo ruego, Solange, cesad en este feroz entretenimiento.

»¿Es coquetería? ¿Es todavía odio?

»Sed franca y contestad.

»OLIVERIO.»

Solange Fargeas al marqués de Tannay.

«10 febrero del 70.

»No desciendo nunca hasta el fondo de mi

corazón; tengo miedo de descubrir en él sentimientos que me asustarian.

»Sin embargo, voy á ser sincera.

»La generosidad de vuestras promesas en lo que concierne á mi hijo, me parece que ha desarraigado mis antipatías.

»Pero tengo el alma demasiado enferma todavía para que experimente otras sensaciones que no sean el aburrimiento y la fatiga.

»El tiempo me curará.

»SOLANGE.»

El marqués de Tannay á Solange Fargeas.

«Febrero 20 del 70.

»¡Tened cuidado! No sabeis á qué excesos podeis arrastrarme si me seguís desesperando. Os lo ruego: ceded á mi súplica; es la última que os dirijo.

»OLIVERIO.»

Solange Fargeas al marqués de Tannay.

«21 febrero 1870.

»No comprendo vuestras amenazas. ¿A quién se dirigen y qué pretendeis hacer? No deseo el mal para nadie y no querría, ni para mi más cruel enemigo, la décima parte de los tormentos que he sufrido desde hace dos años.

»Imitadme, pues, y tened paciencia.

»SOLANGE.»

Felisa al marqués de Taunay.

«26 febrero 1870.

» Conforme deseábais, he sondeado á Solange con el mayor detenimiento, y he abogado por vuestra causa con un talento digno de mejor suerte.

» ¡Debo declarar que no obtendréis, nada, nada, nada!

» En lo que se refiere al porvenir, ella no faltará á su palabra.

» Es un bloque de mármol, pero del mármol más puro y que mejor realiza la belleza ideal.

» En resumen; por ahora nada: para el porvenir todo.

» Atadme, si me equivoqué, á la cola de un caballo sin domar, como Brunehaut ó Mazepa. Os autorizo para ello.

» FELISA. »

V

M. de Taunay llegó á un estado tal de excitación, que le privaba de toda libertad de espíritu.

El, para quien desde su nacimiento todo era sonrisas y alabanzas, se estrellaba contra una resistencia fría, inflexible.

Todo el mundo conoce el horrible episodio de los *Misterios de París* en que el notario

Santiago Ferrand se entrega á la voluptuosa Cecilia, en la cual el novelista ha querido encarnar la sensualidad devoradora y mortal, encendida en el fuego de los trópicos.

Se sabe la terrible impresión causada en este paisaje novelesco por la criolla cuya mirada magnética, negros cabellos, labios de húmedo coral y sonrisa insolente y amorosa, le hicieron pasar por todas las torturas de los deseos no satisfechos que le matan en el monstruoso suplicio del *delirium* de la lujuria.

Lo que era posible con un hombre del temple de Santiago Ferrand, no lo era tratándose de uno de gustos tan refinados como el marqués de Taunay.

Oliverio no tenía ni el carácter del notario, que brota lleno de vida de la imaginación del célebre escritor, ni sus pasiones brutales que no se encuentran en grado tan alto sino en un mundo quimérico.

Sin embargo; estaba ébrio, trastornado por la belleza de Solange; un encanto fatal se la recordaba á cada instante y esto era para él un suplicio continuado.

Era demasiado excéptico; poseía un cerebro demasiado firme para caer en brazos de la locura causada por la pasión; pero su deseo era bastante violento para absorberle y bastante poderoso para impulsarle á realizar los actos más criminales desde el momento en que se creyera seguro de cometerlos en la sombra.

Una sola cosa le preocupaba: la impuni-

dad, y con este objeto meditaba y maduraba su proyecto.

Sus amigos notaban las distracciones en que incurria; en algunos momentos se hubieran dicho que le había acaecido un vértigo. Por la mañana iba á casa de Felisa como en otro tiempo, con la esperanza de obtener de Solange una sonrisa. La joven pasaba por su lado indiferente y distraída sin aparentar ocuparse de su presencia. Por la noche, al ir al círculo, paseaba bajo sus ventanas, acechando la débil claridad que se filtraba á través de los visillos.

Muchas veces la esperaba en su camino para acompañarla hasta su puerta. Ella misma la rechazó; le respondía con afabilidad; pero se negaba á dejarlo entrar en el pequeño departamento que la Simona había alquilado para ella en la misma casa y que estaba amueblado con cierta coquetería.

Dos ó tres veces por semana le enviaba él un billete de la Opera ó los Franceses y desde su butaca de orquesta se complacía en el murmullo lisonjero que saludaba su entrada cuando llegaba acompañada por Felisa.

Con el fulgor de las arañas parecía divinamente hermosa y lo era en efecto.

Gracias al dinero de la *Bigornia*, nada le faltaba y llevaba encantadoras *toilettes* con exquisito gusto.

El marqués se clavaba por su propia mano la flecha que le desgarraba cada vez más el corazón.

No había más que un medio de salvarse; la

figa; pero se habría guardado mucho de apelar á ella.

No tenía ni fuerza ni voluntad.

Por fin, una conversación que tuvo con el célebre doctor Durand, el médico de la marquesa, dió al traste con sus vacilaciones.

Desde la escena que hemos relatado, Elena y su primo no se separaban.

Roberto consideraba como un deber dulcificar cuanto pudiera los restos de una vida sentenciada.

Elena era tan dichosa á su lado, y se mostraba tan sonriente, que al cabo de poco tiempo comenzó á tener alguna esperanza.

Obedeciendo á sus ruegos, á sus órdenes, la hablaba como en otro tiempo, cuando se paseaban por las alamedas de Chevagnes ó corrían á caballo, como hermanos, á través de la floresta.

Bien pronto el mismo médico fué engañado por los síntomas que se manifestaron. La joven parecía revivir; la sangre volvía á colorear sus mejillas; sus ojos tenían mucha más vivacidad.

Quizá todo esto no era todavía la salud, pero sí la dicha que es lo que suele devolverla.

Se hubiera creído que era una planta muerta á la cual una lluvia bienhechora reanimaba.

Se sentía amada, y lo era con profundo é inalterable afecto.

El doctor prescribió la residencia en Cannes, las islas Hyeres ó la Provenza; y consi-

tado por el marqués, reservadamente, afirmó que la enferma viviría.

Oliverio reprimió un movimiento de sorpresa, quizá de despecho.

La mirada penetrante del médico adivinó la causa. Conocía demasiados secretos para ignorar las escandalosas relaciones del marqués con la princesa Cavalli; pero la discreción es una virtud necesaria para estos consejeros de las familias.

Se contentó con insistir acerca de sus esperanzas.

—La marquesa es un ángel—dijo terminantemente,—pero no la creo próxima á subir al cielo. Temblaba por ella, pero mis temores se han desvanecido.

Sería imposible pintar la alegría profunda que inundó el alma del conde de Souvray. Si hubiera adivinado lo que pasaba en la de su primo, de seguro que le hubiera matado en el acto como á una bestia feroz.

El doctor Durand acababa, sin saberlo, de pronunciar la sentencia de su cliente.

El marqués disimuló su emoción y hasta pareció encantado por aquella mejoría y mostró una alegría inusitada ante la marquesa y el conde, y comprometiendo con sus instancias á Souvray para que los acompañara en su viaje al Mediodía.

—Partiremos cuando queráis,—dijo á Elena.

Y se consagró á forjar proyectos de su instalación futura; propuso como residencia la soberbia posesión de su amigo el barón de

Tallevande en el golfo Juan, elogiando su parque lleno de naranjos y limoneros y la situación de aquel lugar de delicias.

Elena, como no estaba acostumbrada á tales agasajos por parte de su esposo. Quedó aturdida.

Souvray se preguntó qué nueva perfidia se ocultaba bajo las caricias del marqués y se propuso vigilar.

Una hora más tarde, Oliverio se hacía anunciar en el gabinete de la princesa Wanda.

Su pasajera alegría había desaparecido.

Su fisonomía era tenebrosa.

La polaca le recibió muellemente reclinada sobre un ancho diván de raso azul.

Todo era azul en aquel *boudoir* lleno de perfumes discretos y destinado á hacer resaltar su belleza de rubia vaporosa.

Allí era donde le gustaba recibir á su amante.

—¿Qué os sucede?—preguntó, tendiéndole una mano, que él llevó á sus labios.

—Nada.

—Eso se dice cuando se quiere que á uno le arranquen algún secreto.

—Nada, os lo repito. Una contrariedad....

—¡Ah! ya veis...

—Sí, pero se trata de una de esas contrariedades que nadie se atreve á confesarlas y contra las cuales no sirve hacer nada.

—Me haceis temblar con vuestras reticencias, amigo mío.

—Pues si hablase, temblarías con más motivo.

La polaca atrajo con ademán violento á su amante, y mirándole á los ojos, exclamó:

—Vamos; nada de rodeos. Hablad con franqueza. El mérito de la lengua francesa es la claridad. Sed claro.

—No insistais; os causaría un disgusto y...

—Preferis dejarme atormentada por las más desconsoladoras suposiciones. Hablad; lo quiero.

—Pues bien; nosotros formamos un proyecto...

—¿Un proyecto?...

—Y es preciso renunciar á él.

De un salto se puso en pie la polaca.

—Me atormentas—exclamó.—Yo no recuerdo más proyecto que uno serio, un propósito que me absorbe toda, una idea que me turba...

—¿Y es?...

Ella le pasó los brazos alrededor del cuello, diciendo:

—El de amarte siempre; ser tuya, enteramente tuya; llevar tu nombre, poder publicar mi amor, enorgullecerme paseando de tu brazo sin temor á las críticas...

—Pues justamente ese ensueño es el que es preciso olvidar.

—¿Por qué?

—Porque nos hemos forjado ilusiones al suponer á la marquesa desahuciada, siendo así que, por el contrario, parece seguro que puede vivir muchos años.

—Eso es imposible. ¿Quién lo ha dicho?

—¿Quién? El doctor Durand.

—Se engaña.

—Le he consultado seriamente y en secreto. Cree que las probabilidades de una curación completa son muchas. Receta el Mediodía y vamos á partir.

—¿Alejarte? ¿Dejarme?... ¿Y tú has creído que yo consentiría?

—Es preciso reflexionar. Sólo es por un poco tiempo. Me es imposible no acompañar á la marquesa. ¿Qué diría la sociedad?

—Sí, ¡qué diría la sociedad!—repetía ella con desdén.—Esa es vuestra preocupación.

—Yo no puedo desear la muerte de la pobre Elena—replicó él con intención.

—Y sin embargo yo he dado muerte á mi marido para no dejarte—contestó ella con voz sorda.

—¡Oh! para no separarte de mí y para guardar la fortuna del príncipe—dijo él como si le regocijara el provocarla.—Además, vos, Wanda, sois una oriental déspota, cruel, sin leyes y sin freno. Nada os asusta, ni la opinión ni los magistrados, ni la justicia de Dios ni la de los hombres. Sois una hija de la naturaleza; no tenéis, y por ello estais envanecida, nuestras tontas delicadezas, ni nuestros escrúpulos...

—¿Es por bromear por lo que me hablas así?

El cambió bruscamente de tono y añadió:

—No; trato de parecer indiferente y sufro

más que tú, pero hay necesidades ante las cuales debemos inclinarnos.

Después de todo, quizá esté engañado el doctor.

—¿Afirma que vivirá?—preguntó ella con la frente surcada por un pliegue profundo.

—Sí.

—¿Y tú tienes confianza en él?

—La merece.

—¿A qué atribuye él ese cambio?

—¿Quién lo sabe? A la juventud...

—La baronesa de Montalambert dice que parece dichosa desde hace algún tiempo...

La princesa, al decir esto, hundía la mirada de sus verdes pupilas en los ojos de su amante.

El marqués se puso á jugar con las sortijas de su amada para disimular su turbación.

—Me has jurado ser mi esposo,—añadió.

—Sin duda; pero no soy libre.

—¿Y si lo fueras?

—No hay que pensar en ello. Yo no deseo la muerte de nadie...

—Pero, en fin, si lo fueras—repitió ella con vehemencia—¿cumplirías tu palabra?

—¡Qué violenta sois, princesa!—dijo con una sonrisa de tierna compasión.—¡Qué nervios tan irritables! ¡Qué ardor!

Y aproximándose á ella en el diván, poniéndole cogida una mano, continuó: «Sí, yo te amo; yo te daría mi nombre con regocijo. Yo seré lo que tú quieras que sea, porque eres raramente hermosa, me fascinas y me

vences. Alguna vez se llegan á maldecir tus caprichos, tus despotismos, pero es necesario volver á tus plantas como un perro apaleado por su amo lame la mano que le castiga.

—¿De veras?

—¿Lo dudas?

—Algunas veces. Me parece que estás preocupado y que tu espíritu está muy lejos de aquí. Yo querría seguirle hasta donde vá. Me digo que mientes, que me engañas: en una palabra, estoy celosa. Me parezco á los avaros que no duermen tranquilos; quisiera que siempre estuvieses á mi lado. ¡Oh! no separarme jamás, vivir uno al lado del otro, el uno para el otro, en libertad, lo mismo en un *chalet* á la orilla del mar azul, que en un palacio de Venecia, ó en cualquier rincón perdido en los bosques, ó en las montañas; por todas partes adonde la fantasía pueda llevarnos, ir siempre unidos; ¡qué felicidad! Y esto, que es lo que yo deseo, y lo que espero, ¿sería preciso renunciar á ello?

Y lo miraba, envolviéndole en las irradiaciones de sus ojos, deseosa de penetrar su secreto, porque adivinaba, vagamente aun, que él ocultaba alguno bajo su máscara de despreocupación y aburrimiento.

—No creas—continuó ella—que yo consentiría en esa renuncia sin luchar. ¡Pero es imposible que ella haya cambiado de un modo tan brusco y sin causa! ¡Que la vida renazca de sus cenizas! Confíesalo: tú quieres ponerme á prueba.

El contestó secamente:

—No.

—¿Has dicho la verdad?

—Por desgracia.

—¿El doctor afirma que curará?

—Sí.

—Vamos, eso es una broma. El médico habrá querido tranquilizarte. Tú la amas quizá ó él lo cree.

—No la aborrezco. ¿Por qué había de odiarla? Es inofensiva; es la dulzura personificada.

—Pero vive—murmuró la princesa, á la cual se le escapó esta frase terrible.

—¡Si eso es un perjuicio!...—dijo Oliverio sonriendo.

—Lo es á mis ojos—contestó ella cínicamente, con la feroz violencia que le era tan natural.

Luego añadió, bajando la voz:

—No creo en los médicos. Nunca les he visto curar á nadie. Lo único que hacen es calmarnos los nervios con venenos que nos matan. Todos son unos charlatanes. Sin embargo, puede suceder que el doctor Durand, ese ilustre empírico, haya visto bien por primera vez en su vida.

Estas palabras fueron dichas con un tono sarcástico, á través del cual se escapaba su reconcentrada cólera.

—¿Y qué?—preguntó Oliverio.

—Yo quiero convencerme, por mis propios ojos, de lo que debo esperar ó temer. Soy como los herederos que cuentan con la fortuna, y calculan hasta los latidos del corazón del pariente del cual la esperan.

Y diciendo esto, se levantó, dió algunos paseos por el gabinete, y se apoyó sobre un lambrequín de la chimenea.

—La marquesa os ve raras veces—objetó Oliverio.

—Raramente, en efecto. Evita hasta saludarme cuando la casualidad nos pone frente á frente; y si se ve obligada á ello, lo hace de tan mala gana, que su saludo puede pasar por una injuria.

—Entonces no veo el modo de reuniros.

—Lo busco. ¿Creeo que lo he encontrado!

La polaca había cogido un abanico, y lo manejaba con abandono; nadiera hubiera dicho que meditaba una acción detestable.

—El invierno se despide. ¡Si yo diera una gran fiesta! ¿Cuándo partireis para el Mediodía, Oliverio?

—Dentro de algunos días.

—No os faltarán pretextos para retrasar el viaje, siquiera quince días...

—Eso es mucho; además, no conozco vuestro proyecto.

—Si la marquesa asistiese á esta fiesta, yo la estudiaría á mi gusto y creo que puedo deciros que tengo la mirada tan penetrante como el doctor Durand.

—Ese proyecto es impracticable.

—¿Por qué?

—Porque Elena se negará á venir aquí.

—¡Oh! ¡si vos insistieseis! Teneis mucho influjo sobre ella... y si yo os lo rogara bien... un marido tiene derechos...

—¿Cuándo dareis esa fiesta?

- Cuando os acomode.
 —Dentro de ocho días...
 —Sea.
 —Pero con una condición.
 —¿Cuál?
 —Que la señora marquesa de Taunay-Coulanges vendrá á ella.
 —Ella pretextará nuestras... relaciones.
 —Negadlas.
 —Su salud...
 —Decidle que es excelente.
 —Teneis respuesta para todo. En fin... ¿lo quereis decididamente?
 La princesa volvió al divan y dijo fingiendo estar fatigada, con su melodiosa voz de mezzo-soprano:
 —Absolutamente.
 —Pues vendrá,—afirmó Oliverio.—¿Qué puedo yo rehusaros?
 —Ya sabía yo,—repitió ella con pérfida intención,—que me concederíais ese favor.
 —¿Pero la fiesta será de tal naturaleza que justifique esta exigencia?
 —Soberbia; os juro que dará que hablar. El marqués no pudo contener un estremecimiento.
 Una doncella levantó el portier y preguntó:
 —¿Quiere recibir la señora princesa?
 —¿A quién?
 —A la señora baronesa de Montalambert.
 —El cielo me la envía.
 —La señora de Montalambert viene con su marido.
 —Razón de más. Que pasen.

Wanda puso el dedo sobre los labios, significando el silencio.

La recomendación era supérflua.

Aquellos dos seres eran tan depravados y tan fuertes el uno como el otro. Solo que la princesa, astuta, feróz, con sus pasiones arrebatadas é innobles, era casi inconsciente.

La baronesa entró, como siempre, lo mismo que una avalancha, y se lanzó al cuello de la polaca.

—¡Ah! ¿sois vos, marqués?—exclamó en seguida. Es una fortuna el encontraros. Veo con placer que el sol resplandece en vuestro rostro, muy oscuro desde hace algún tiempo: hoy es un paréntesis de las habituales tristezas. Es lo que le pasa al barón: miradle. Parece que sigue el fúnebre cortejo de alguno de esos parientes de los cuales no se hereda. Y, sin embargo, hay quien me dice que cuando no está conmigo, en el club, por ejemplo, es de una alegría ruidosa y de un humor...

Al decir esto, le amenazaba con el dedo.

—¡Ah, cara mía!—murmuró Montalambert con tono doliente.

—¡Oh! yo soy confiada, sencilla—dijo ella,—se me puede engañar, pero solo una vez... Cuidado, pues, amigo mío. Es como vuestra salud: no me sorprendería que, á pesar de vuestros lamentos, fuera excelente.

Varió la conversación, eligió otro tema, se extasió contemplando algunos *bibelots* que la princesa había comprado, habló del teatro, de las carreras, y de repente dijo:

—¡Ah! no se distrae una.

—¿Qué queréis?—dijo el barón.—Princesa, os tomo por juez. ¡Dos bailes por semana! ¡Siete comidas! Tres días de Opera y los Franceses cuando se puede. Conozco de memoria todos los teatros pequeños... En fin, que estoy extenuado.

—¡Los bailes!—replicó irónicamente Luisa.—Mejor que bailes han de llamarse reuniones de pensionistas. Lo que yo querría es una gran fiesta que causara sensación. He hablado de ello á mi madre. La he dicho: «Mamá, tenemos un hotel enorme, salones que no se sabe donde terminan... ¿para qué nos sirve todo eso?»

—Madama Severin, ha eludido la indirecta. Quiere el reposo mi madre política.

—¿Os quejais de ello?—dijo su marido.

—¡Dios me libre! Al contrario, hago su elogio. Ella comprende que una gran fiesta en una casa produce un trastorno de todos los diablos, y altera las costumbres de las gentes pacíficas.

—Tiene razón.

—No nos entenderemos vos y yo nunca, amigo mío.

La princesa cortó este debate conyugal.

—¿Queréis una fiesta, querida amiga?

—Sí.

—En casa de los demás, pase—dijo el barón.

—Pues bien, yo me sacrificaré.

—¿Dareis una, después de veladas tan brillantes?...

—No hay nada que yo no haga con tal de distraeros. ¿Qué día queréis que se celebre la fiesta?

—¡Qué amable y qué generosa sois!

—Es el modo que tiene una extranjera de corresponder á la encantadora hospitalidad de los parisienses. Dispensar el bien divirtiéndose.

Cuando una hora más tarde la baronesa ocupó su coche, estaba convencida de que el hotel Cavalli sería invadido diez días después por la crema de la sociedad parisiense, y que la princesa daría una de esas noches de fausto y grandeza que lleva la alegría al comercio y forman época en el recuerdo del *todo París* de la nobleza y de la banca.

Cuando quedó sola la princesa, dejó su sonriente careta como una cómica que vuelve á su cuarto, fatigada por un prolongado esfuerzo.

Sus facciones tomaron una expresión cruel. Puso el dedo sobre un timbre, y momentos después reapareció la doncella.

—Llamad á Miska—dijo la princesa.

Y cuando llegó la bohemia:

—Ven—la dijo, señalándole un cojín que estaba á sus pies;—tenemos que hablar.

VI

Las recepciones de la princesa Cavalli gozaban de gran favor en la sociedad brillante del final del Imperio.

Ella sabía darles un sello artístico que,

—¡Ah! no se distrae una.

—¿Qué queréis?—dijo el barón.—Princesa, os tomo por juez. ¡Dos bailes por semana! ¡Siete comidas! Tres días de Opera y los Franceses cuando se puede. Conozco de memoria todos los teatros pequeños... En fin, que estoy extenuado.

—¡Los bailes!—replicó irónicamente Luisa.—Mejor que bailes han de llamarse reuniones de pensionistas. Lo que yo querría es una gran fiesta que causara sensación. He hablado de ello á mi madre. La he dicho: «Mamá, tenemos un hotel enorme, salones que no se sabe donde terminan... ¿para qué nos sirve todo eso?»

—Madama Severin, ha eludido la indirecta. Quiere el reposo mi madre política.

—¿Os quejais de ello?—dijo su marido.

—¡Dios me libre! Al contrario, hago su elogio. Ella comprende que una gran fiesta en una casa produce un trastorno de todos los diablos, y altera las costumbres de las gentes pacíficas.

—Tiene razón.

—No nos entenderemos vos y yo nunca, amigo mío.

La princesa cortó este debate conyugal.

—¿Queréis una fiesta, querida amiga?

—Sí.

—En casa de los demás, pase—dijo el barón.

—Pues bien, yo me sacrificaré.

—¿Dareis una, después de veladas tan brillantes?...

—No hay nada que yo no haga con tal de distraeros. ¿Qué día queréis que se celebre la fiesta?

—¡Qué amable y qué generosa sois!

—Es el modo que tiene una extranjera de corresponder á la encantadora hospitalidad de los parisienses. Dispensar el bien divirtiéndose.

Cuando una hora más tarde la baronesa ocupó su coche, estaba convencida deque el hotel Cavalli sería invadido diez días después por la crema de la sociedad parisiense, y que la princesa daría una de esas noches de fausto y grandeza que lleva la alegría al comercio y forman época en el recuerdo del *todo París* de la nobleza y de la banca.

Cuando quedó sola la princesa, dejó su sonriente careta como una cómica que vuelve á su cuarto, fatigada por un prolongado esfuerzo.

Sus facciones tomaron una expresión cruel. Puso el dedo sobre un timbre, y momentos después reapareció la doncella.

—Llamad á Miska—dijo la princesa.

Y cuando llegó la bohemia:

—Ven—la dijo, señalándole un cojín que estaba á sus pies;—tenemos que hablar.

VI

Las recepciones de la princesa Cavalli gozaban de gran favor en la sociedad brillante del final del Imperio.

Ella sabía darles un sello artístico que,

unido á la belleza de una mujer, verdaderamente digna de su fama, atraía á todo aquel que tenía nombre en la banca, la aristocracia y las artes.

El hotel de la avenida Montaigne fué uno de los últimos en donde hubo diversión. Por eso la fiesta anunciada por todas las trompetas de la fama era el tema obligado de todas las conversaciones.

La baronesa de Montalambert recogió los frutos de aquella amistad mundana y llegó á ser la dispensadora de los favores de la política.

Se hicieron las invitaciones, en preciosas tarjetas grabadas por Stern, que un advenedizo hubiera pagado más caras que un palco de la Opera en una noche de estreno, ó en una función de gala.

Tres días antes de la fiesta, la marquesa de Tamay estaba sentada, sola, en su alcoba al amor del fuego que irradiaba un suave calor desde la chimenea de mármol rosa.

Su vieja encargada acababa de dejarla.

Susana, la amiga de Brichet, que dormía en un amplio gabinete al lado del pequeño salón de su ama, había salido por una ó dos horas, con permiso especial de Elena, que gozaba con la dicha de cuantos la rodeaban.

Inútil es añadir que estaba en casa de Roman Tremor ó, mejor dicho, en casa de Brichet, hablando inocentemente del porvenir que se abría para ella con tan rientes colores.

El casamiento estaba acordado en principio; sólo faltaba designar la fecha.

Las diez de la noche sonaron en un reloj de péndulo del más puro estilo Luis XV, que medía el tiempo sobre un zócalo maravillosamente trabajado y parecido á esos dibujos que adornan maderas caprichosamente labradas.

El conde de Souvray había partido hacia casa de media hora, despues de haber comido en el hotel.

Iba lleno de una alegría profunda, inmensa.

El doctor Durand había asistido á aquella comida, confirmando sus pronósticos.

Garantizaba la curación de la marquesa.

Y, en efecto, no era preciso tener vista de lince ni la penetración de un práctico consumado, para observar el extraño y sorprendente cambio que se había operado en la enferma.

Elena había explicado este fenómeno á su amigo aquella misma tarde, con un enérgico apretón de manos.

Le había dicho:

—Quiero vivir.

Quería vivir porque se sentía amada, porque estaba segura del afecto, del sacrificio, de la ternura infinita de aquel hombre para el cual representaba ella el universo.

Acababa Elena de adormecerse en el bienestar de su templada habitación, dudando si ganar el lecho, bajo y mullido, que le esperaba en el fondo, en la sombra; bajo una nube de encajes, cuando le pareció que alguien se acercaba á la puerta.

Incorporóse en su butaca y prestó atención.

—¿Quién podía ir á su cuarto á aquella hora?

Iba á llamar, cuando el portier se levantó y apareció un hombre.

Era el marqués.

Estaba aun de levita y corbata blanca como en la comida.

Elena no estaba acostumbrada á tales visitas.

Desde hacía mucho tiempo no se veían más que en la mesa, y aun así siempre buscaban pretexto para no encontrarse.

Instintivamente se le oprimió el corazón. Sintió una vaga inquietud y se incomodó por aquella irrupción que alteraba su tranquilidad y turbaba la serena calma de aquella noche.

La división entre los esposos era tan evidente, el foso abierto tan profundo, que era imposible toda conciliación.

No hizo un gesto ni dijo una palabra.

Pero Oliverio había visto el brazo extendido hacia el cordon de la campanilla.

—No lianeis—dijo sonriendo;—soy yo.

—¿Os asusta mi presencia?

—Era tan imprevista...

La marquesa estaba envuelta en una bata de terciopelo granate. Sus cabellos castaños caían en espesas trenzas sobre su cuello de alabastro, cruzado por azuladas venas. Su cara pálida y sus ojos dulces hubieran enternecido á una roca.

—Vengo á haceros una súplica—exclamó

Oliverio con voz en la cual se notaba cierta emoción.

—¿Una súplica á mí?

—Por lo pronto quiero confesar mis faltas respecto de vos. No os he tratado siempre como hubiera debido; pero es preciso culpar al siglo en que vivimos, aun cuando no estoy seguro de que hayan sido mejores los precedentes. Se nos casó de improviso; se han reunido dos fortunas sin molestarse en averiguar si teníamos los mismos caracteres. He apreciado demasiado tarde vuestras encantadoras cualidades, vuestra casi inagotable bondad. Yo las rindo homenaje, y á esa bondad es á la que en éste momento apelo.

La joven se envolvió en el terciopelo de su bata. La presencia del marqués le causaba una sensación de frío.

Esta dulzura extremada en un hombre á quien ella podía considerar como su capataz ó su verdugo, le hacía reflexionar.

Fijó su vista en las rojas cenizas del hogar y no la levanto de ellas.

—¿Qué iba á exigir? ¿Qué nuevo sacrificio tenía que hacer?

No tardó en saberlo.

—La princesa Cavalli da una fiesta magnífica dentro de tres días,—dijo Oliverio.

Elena se puso en pié.

—Supongo que no vendreis á decirme que asfsta.

—Venía justamente á rogároslo.

—Exigid cuanto os plazca, caballero; pero eso no.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado humillante. ¡Vos no queréis desonrarme!

—Sin duda que no.

—Nadie ignora que la princesa Wanda es vuestra... amante.

—Se dice por ahí—repuso friamente el marqués;—pero eso no es una razón para que lo sea. No existe ninguna prueba. Si fuera preciso no visitar todas las casas de los amigos por una frase ligera, por la calumnia ó la maledicencia, no se podría ir á ninguna parte. Podeis creerlo.

—Tengo el sentimiento de no estar de acuerdo con vos en ese punto.

—¡Oh!—dijo Oliverio con amarga ironía—ya sé que dais gran importancia á tonterías que en nuestra esfera se debieran despreciar. Existen prejuicios que es preciso dejarlos á los campesinos. Nuestros abuelos no los conocían ó no hacían caso de ellos. Vuestras abuelas, Elena, eran de distinto modo de pensar que vos, acerca de la forma en que es necesario vivir cuando se llama la persona marquesa de Faunay-Coulanges ó duquesa de Rochevieille.

—¡Ah!—exclamó Elena llevándose la mano al corazón.—¿A qué venirme á hablar de esas cosas? Aquí no me queda sino el reposo; dejádmelo, por favor.

—¿Por qué rehusarme lo que os pido? Se habla, en efecto, de mis relaciones con la princesa Wanda; circulan algunos rumores sin motivo. El mejor medio de cortar el es-

cándalo, si existe, ¿no es el aparentar ignorarlo? En cuanto se os vea en su casa, se supondrá que esas maledicencias, insignificantes después de todo, no tienen el menor fundamento.

—No; es imposible.

—¡Ah! cara mía, sois intratable. Hacedis mal, en verdad, creyendo que habeis nacido con sangre distinta del resto de los mortales.

Al oír este insulto, Elena se levantó, y apoyándose en el respaldo de su butaca, fijó en su marido los bellos ojos preñados de lágrimas y prontos á derramarlas abundantemente.

—¡Ah, caballero!—dijo.—¡Plugiuese á Dios que yo fuera nacida en otra esfera, entre gentes sencillas, honradas, enemigas ó ignorantes de estas intrigas, que me han perdido entregándome á vos! ¡Plugiera á Dios que me hubiese casado con un hombre nacido entre esos burgueses modestos, á que vos tratais con tanto desdén, pero que me demostrase un afecto sincero, una amistad leal; que no me hubiera colocado desde el día siguiente del matrimonio, en segundo término, por seguir á una mujer que ni en este momento habeis tenido el pudor de abandonar; que, en fin, me hubiera tratado como á una esposa y no como á una asociada! Estas indignas cuestiones me repugnan; pongamos término á una conversación que no puede conducir á nada; ahorradme escuchar súplicas á que no puedo acceder. No iré á casa de la princesa Cavalli.

El marqués se paseó un instante por la habitación, con las manos á la espalda, los dedos agitados por violenta contracción, y con aire de contrariedad no disimulado.

—Yo esperaba algo de vuestro carácter y de vuestra prudencia.

Elena habia vuelto á su butaca.

La pobre niña no habia nacido para la lucha.

Sus lágrimas corrieron lentamente, una á una, por sus pálidas mejillas.

—Sois una paloma que se suble va—dijo el marqués con tono menos duro—y cedereis.

—No lo esperéis.

—Cedereis por que yo os lo ruego.

Elena movió negativamente la cabeza.

—Entonces—dijo Oliverio recobrando su acento imperioso—será porque yo lo quiero.

—No puedo; no debo ir.

—Me obligais con esa obstinación á que emplee un argumento ante el cual retrocedía.

—¿Qué argumento es ese?

—¿Persistís en vuestra negativa?

—Persisto.

—Pues bien; obedecereis, porque si, como vos decís, la princesa Cavalli es mi querida, esto no sería todavía motivo bastante para impedirnos ir á su casa.

—Lo que decís es insensato.

—Vos podeis ir muy bien á casa de mi querida, cuando yo recibo á vuestro amante.

La marquesa no se alborotó.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho, murmurando:

—¡Ah, Dios mío! ¿en qué lodazal he venido á caer!

Oliverio estaba de pié frente á Elena.

—¿Qué teneis que contestar?—dijo.—Hablad, que os escucho.

Y como dudase,

—Hablad—exclamó con imperio.

—Sea—dijo Elena,—puesto que lo exigís; sin embargo me cuesta mucho deciros lo que guardo en el fondo de mi alma; pero no soy yo quien ha provocado la cuestión. Creo que me hareis la justicia de reconocer que no os molesto con mis quejas, y que si haceis que mi vida sea insoportable, tengo el pudor de ocultar mis heridas. Creo que el mundo apenas lo sospecha, porque no le he tomado por confidente. Mi mejor amiga, Luisa, ha podido adivinarlas, pero yo no las he revelado... En cambio, vos me habeis ultrajado dos veces seguidas ahora mismo: la primera, hablando de mi sangre; la segunda, diciéndome que tengo un amante.

En las venas, caballero, llevo la sangre de un hombre digno y de una mujer honrada: de esta sangre tengo, por lo menos, el orgullo de mi raza; ella me ha dado el valor de callarme, y á ella debeis el encontrarme en esta casa, testigo de vuestros desdenes.

No he querido dar el escándalo de discusiones públicas que mancharan vuestro blason, y he guardado, sin mancha, el nombre que llevo. Si este nombre está manchado, espero no ser yo quien tenga la culpa. ¡Mi amante!... ¡Ah, caballero, podiais haberme

ahorrado esta injuria!... Sí, hay un hombre á quien amo y estimo profundamente, no tengo miedo de confesarlo. Todos los días espero con impaciencia su llegada, y le veo alejarse con pena. Cuando está á mi lado me parece que respiro mejor; cuando le oigo, su voz me encanta... Le he amado siempre. Cuando se trató de casarme, le consulté: habíamos nacido el uno para el otro. Yo admiraba la elevación de su carácter, su lealtad, su rectitud; me amaba tanto como yo le amaba.

Me preguntareis quizá por qué no me casé con él; pues fué porque tuvo la delicadeza de no pedir mi mano á causa de mi dote, y yo tuve el pudor de no ofrecérsela. ¡Cuánto lo he sentido después! Él hubiera podido impedir este matrimonio que me ha sido tan funesto. Después me fué preciso obligarle á que frecuentase mi casa. Me ocultaba su amor, pero mis ojos se abrieron y lo adiviné. Un día por poco caigo en sus brazos; se le había escapado su secreto y yo experimenté durante un minuto el vértigo de los amores dichosos. Dios no ha querido que tenga nada de qué acusarme.

Me desvaneci á sus piés; si hubiera muerto en aquel instante, aquel minuto me hubiera hecho olvidar muchas lágrimas. Volví á la vida y aquel momento de debilidad fué una advertencia para nosotros. Le amo y no hablamos nunca de nuestro amor. Sois libre de creerlo ó de dudarlo. ¿Por qué había yo de mentir? ¿Qué consideración había de hacerme callar? ¿Sois vos un marido para mí? ¿Soy yo

una esposa para vos? No os preocupais en nada de eso y estais demasiado atento á otras cosas, para tener ni la más remota idea de volver á mi lado. Esta es la verdad.

Y con una tristeza que hubiera desarmado al más mortal enemigo, añadió:

—No tengo ya familia, no tengo hijos; solo tengo un amigo. ¡Si es un crimen, que me castigue Dios!

El marqués experimentó algo parecido al remordimiento, pero estaba resuelto á no retroceder.

Una sonrisa sardónica plegó sus labios.

—Hé ahí una historia perfectamente compuesta—dijo.—Por lo demás, una mujer nunca confiesa la verdad; por desgracia yo estaba allí; he visto y he oído. Hubiera podido mataros. Durante un segundo, rápido como el relámpago, tuve ese pensamiento. Después me dije, que no estando yo exento de pecado, debía disculpar las faltas de los demás. Esta indulgencia bien vale una concesión. Espero que ireis á casa de la princesa.

—No.

—Lo exijo.

—Y yo me niego. No desciendo á defenderme; mi conciencia me basta.

—¿Es vuestra última palabra?

—Sí.

Oliverio continuó su interrumpido paseo por la habitación, con las manos á la espalda y los labios apretados convulsivamente.

Era evidente que la cólera aumentaba en

su corazón, y que hacía esfuerzos sobrehumanos por contenerse.

—Es preciso acabar—dijo deteniéndose.—
Haceis mal en desafiarme. He aquí el convenio que os propongo: quiero que se os vea en esa fiesta, y tengo mis razones para desearlo, pero no las diré. Si consentís de buen grado, mi casa queda abierta á M. Souvray; si no, le escribo dos líneas para rogarle que cesen sus comprometedoras visitas, y la carta irá en términos concisos é incisivos, os lo prevengo. Roberto es valiente y pundonoroso, me enviará sus padrinos; nos batiremos, y creo que le mataré, porque he pasado mi vida en las salas de armas. Es preciso ser, cuando haga falta, dueño de la vida de un hombre y del honor de la mujer, ¿comprendeis?

—Perfectamente.

—Y decid...

—Que sois un hombre bien infame. ¿Qué fin os proponéis? ¿Habeis resuelto matarme? Si tal fuera vuestro propósito, no obraríais de otra manera.

—¿Sí ó no?

—Me atormentais horribilmente.

—Contestad.

—Sea—dijo al fin Elena con voz apagada.

—Iré; no porque tiemble por la vida de monsieur Souvray, que él sabría defender: es el sacrificio último que hago por el honor de vuestro nombre, por el mio, por mi misma, porque decididamente creo que seríais tan cobarde, que vos mismo calumniaríais á la marquesa de Taunay.

—¿Señora!...

—Separémonos, caballero. Basta de infamias, basta de tormentos. Ya no tengo fuerza para soportarlos.

Y llamó violentamente.

Como cayera sobre la butaca, Oliverio quiso sostenerla, pero ella le rechazó con un gesto.

—No me toqueis—murmuró;—me causais horror. ¡Salid! Dejadme sufrir en paz. Viene gente.

Se oían, en efecto, pasos cerca de la habitación.

El marqués desapareció en el momento en que Elena, agotadas sus fuerzas por la emoción, cerraba los ojos, y Eugenia Larruette y Susana entraban cada una por su lado.

Al día siguiente por la tarde, la joven, muy débil todavía, quebrantada por la impresión de la noche anterior, estaba recostada sobre un canapé en el gabinete.

Roberto estaba sentado á su lado, manifestando viva inquietud por aquella recaída.

Ella trataba de tranquilizarle.

—¿Pero ireis á esa fiesta?—preguntaba él.

Elena contestó con indiferencia perfectamente fingida.

—Mi marido lo quiere.

—Es una debilidad indigna de vos.

Una sonrisa impregnada de anargura se dibujó en los labios de la enferma.

—¿Lo creéis así?—preguntó con tono que encerraba todo un misterio.

El conde se impresionó profundamente.

—No me decís toda la verdad, Elena—dijo.

—Pero... amigo mío...

—Me ocultáis algo.

—¿Por qué creéis eso?

—El marqués os ha exigido esa concesión.

—En efecto; pero el motivo es plausible.

Mi presencia en esa fiesta desmentirá ciertas suposiciones que han circulado.

—¿Os lo ha dicho?

—Claro está.

—¿Y habéis consentido?

—He dado mi palabra.

Una viva ansiedad invadió el espíritu del conde.

Ciertamente Souvray estaba lejos de pensar en la posibilidad de un crimen; pero el doctor había prohibido las emociones, las fatigas... El estado de Elena exigía un reposo profundo, una calma absoluta.

¡Si hubiera podido, al menos, acompañar á su amiga y protegerla contra toda sorpresa!

Mientras reflexionaba, Susana anunció á la baronesa de Montalambert.

Era una coincidencia dichosa.

Luisa la abrazó con efusión.

—Vengo de casa de la princesa—dijo la recién llegada.—La hermosa Wanda está loca de alegría al saber que te humanizas con ella, que te vuelves razonable. Se trata de una verdadera conversión. He sabido también la gran noticia por Oliverio. Ya sabes que la fiesta va á ser soberbia. Una orquesta excelente, la de la corte. Flores profusamente esparcidas en el vestíbulo, en la escalera,

en todas partes. Será el acontecimiento de la ciudad. ¿Has pensado ya en tu tocado? El mío ya está dispuesto. Ya lo verás. Espero que esta vez lucirás los diamantes de la corona. En tu lugar querría parecerme á una constelación.

La baronesa charló durante un cuarto de hora, con una volubilidad extraordinaria; contó que había llegado á ser una persona de viso, y que se cometían infinidad de bajezas para arrancarle invitaciones.

—Hasta los puritanos de Saint Germain hacen lo mismo, querida.

De pronto se levantó, lanzó un pequeño grito y pretestó que tenía que hacer una verdadera peregrinación á casa de costureras y floristas.

—Te dejo—añadió con gran sentimiento.

—Ponte muy hermosa; tienes que eclipsar á todas.

Abrazó á Elena dos veces y se marchó.

Ya en el umbral volvióse hacia su amiga y exclamó:

—Decidme, M. Souvray, ¿quereis admirar á vuestro ídolo en su cielo?

—Pero...

—Iba á olvidaros; ¡tengo tanto en qué pensar! Sereis de los nuestros.

—No me ocupaba en ello,—repuso el conde ruborizándose por la mentira, pero si quereis...

—¿Cómo si quiero? Ya lo creo que quiero, y hasta os comprometo para un vals. Ya sabéis que os quiero mucho. ¿Bailais?

—Un poco.

La baronesa sacó un cuadermito de hojas de marfil y escribió:

—El quinto vals, con M. Souvray. Ya está.

Y de una carterita sacó una invitación, escribió un nombre y se la entregó á M. Souvray.

—Estais, pues, obligado á venir. Adios. Cuida de tu prendido, Elena; que rabien de envidia las demás. Eso es muy divertido.

Y desapareció veloz como una golondrina. Souvray guardó la satinada tarjeta diciendo:

—No la abandonaré! Es preciso velar por ella.

VII

El día 13 de marzo, á cosa de las diez de la noche, era casi imposible circular por la Avenida Montaigne.

Habia una aglomeración de landós, cupés y berlinas con relucientes faroles y hermosos caballos, que piafando de impaciencia metían las arrogantes cabezas en el coche que les precedía.

Todos estos vehículos acababan de ponerse en fila ante la escalera del hotel Cavalli.

Este hotel era magnífico.

Se hubiera creído que la fachada era obra del lápiz de un Orcagna y de un Brunelleschi, á juzgar por sus hermosas líneas y por la gallardía de su construcción, puramente italiana.

El príncipe Cavalli había querido dar á su hotel el sello de su país.

A través de los treinta balcones de aquella fachada monumental, una luz intensa, tamizada por delicados transparentes, derramaba sobre la calle hermosa claridad.

Una masa de curiosos, estacionada en las inmediaciones del hotel, espiaba la llegada de los carruajes y nombraban inmediatamente á quien de ellos descendía.

Lo más selecto de la colonia extranjera, americana ó rusa, italiana ó eslava, concurría á aquella solemnidad mundana, mezclándose en los lujosos salones del hotel con los hombres más célebres de la diplomacia y de la nobleza de raza ó del dinero.

Los hombres estaban en mayor número que las mujeres.

La notable belleza de Wanda atraía á los hombres como mariposas, pero repelía á las damas, que temían su rivalidad.

Algunas no iban á causa de la reputación de la polaca.

Los curiosos se apretaban para ver mejor: eran gentes de la vecindad la mayor parte; ayudadas de cámara, porteros y pinches de cocina, que contentos por los municipales para que no se aglomerasen á la puerta, se desahogaban haciendo comentarios cuando un nuevo invitado llegaba á la opulenta mansión.

—Oye—decía uno.—ese es el príncipe Gouffo, el de las cejas de cepillo. Valiente traza tiene el mozo; parece un cosaco. Es tan avaro como rico.

—Un poco.

La baronesa sacó un cuadermito de hojas de marfil y escribió:

—El quinto vals, con M. Souvray. Ya está.

Y de una carterita sacó una invitación, escribió un nombre y se la entregó á M. Souvray.

—Estais, pues, obligado á venir. Adios. Cuida de tu prendido, Elena; que rabien de envidia las demás. Eso es muy divertido.

Y desapareció veloz como una golondrina. Souvray guardó la satinada tarjeta diciendo:

—No la abandonaré! Es preciso velar por ella.

VII

El día 13 de marzo, á cosa de las diez de la noche, era casi imposible circular por la Avenida Montaigne.

Habia una aglomeración de landós, cupés y berlinas con relucientes faroles y hermosos caballos, que piafando de impaciencia metían las arrogantes cabezas en el coche que les precedía.

Todos estos vehículos acababan de ponerse en fila ante la escalera del hotel Cavalli.

Este hotel era magnífico.

Se hubiera creído que la fachada era obra del lápiz de un Orcagna y de un Brunelleschi, á juzgar por sus hermosas líneas y por la gallardía de su construcción, puramente italiana.

El príncipe Cavalli había querido dar á su hotel el sello de su país.

A través de los treinta balcones de aquella fachada monumental, una luz intensa, tamizada por delicados transparentes, derramaba sobre la calle hermosa claridad.

Una masa de curiosos, estacionada en las inmediaciones del hotel, espiaba la llegada de los carruajes y nombraban inmediatamente á quien de ellos descendía.

Lo más selecto de la colonia extranjera, americana ó rusa, italiana ó eslava, concurrió á aquella solemnidad mundana, mezclándose en los lujosos salones del hotel con los hombres más célebres de la diplomacia y de la nobleza de raza ó del dinero.

Los hombres estaban en mayor número que las mujeres.

La notable belleza de Wanda atraía á los hombres como mariposas, pero repelía á las damas, que temían su rivalidad.

Algunas no iban á causa de la reputación de la polaca.

Los curiosos se apretaban para ver mejor: eran gentes de la vecindad la mayor parte; ayudadas de cámara, porteros y pinches de cocina, que contentos por los municipales para que no se aglomerasen á la puerta, se desahogaban haciendo comentarios cuando un nuevo invitado llegaba á la opulenta mansión.

—Oye—decía uno.—ese es el príncipe Gouffo, el de las cejas de cepillo. Valiente traza tiene el mozo; parece un cosaco. Es tan avaro como rico.

—La marquesa Landini—exclamaba otro.
—¡Esto es la mar! ¡Tiene el cuero curtido y lleva un vestido blanco! ¡Valiente mamarracho!

—¡Cuántos diamantes, Dios mío!

—Y ninguno falso; verdaderos de toda verdad, muy apropiado para tenerlos bajo llave.

—Savard! El ministro de Comercio. ¿Qué vendrá á hacer aquí?

Un cocinero vestido de blanco, con el delantal remangado, empezó á reir estrepitosamente.

—Yo sí que haría un tratado de comercio con el ama de la casa. ¡Diantre, y qué hermosa es! Esa es la que atrae al ministro.

La baronesa de Montalambert llegó acompañada de su madre, la señora Severin.

Iban resplandecientes: la madre hecha un sol y la hija un lucero.

El barón descendió penosamente del carruaje y dió la mano á su suegra, al propio tiempo que lanzaba un gemido.

Se hubiera creído que estaba próximo á espirar.

—¡Farsante!—dijo uno.—¡Valiente boda ha hecho! Está anémico como yo.

Luisa oyó esto.

Buscó con la vista al propietario de la voz, porque el timbre no le era desconocido.

Era, en efecto, ia de un antiguo ayuda de cámara despedido por el barón, y que ahora se vengaba.

Ella pasó mordiéndose los labios.

Algunos débiles ecos de la orquesta, situada en una tribuna que dominaba el gran salón, llegaban á la calle en medio del ruido sordo de los coches, que se sucedían sin interrupción.

Y siempre en la muchedumbre se oían nombres pronunciados á media voz:

—¡La princesa Doria!

—¡El general Robert!

—¡La señora Rosway, la americana de los millones, la reina del petróleo!

—¡El conde Borouski!

Era un desfile espléndido, interminable.

Las mujeres, á pesar de la envidia que les producía la riqueza y la belleza de las demás, lanzaban gritos de admiración cuando un tocado notable salía de los coches, algún solitario lanzaba de las orejas rayos de luz y subía la propietaria con un *fru, fru*, producido por el raso al rozar con las gradas de mármol, atravesando por dos filas de criados vestidos con tanto dorado, que, más que otra cosa, parecían capitanes generales.

Esto pasaba, sobre todo, cuando la dama era joven y bonita.

La belleza no pierde nunca sus derechos.

Se impone.

A las diez y media, un hombre alto y fornido llegó á pie.

El tiempo estaba seco, y la acera limpia como el pavimento de un salón.

Un criado pronunció con voz retumbante el nombre del recién llegado:

— El señor conde de Souvray.

Y el conde se perdió inmediatamente entre la multitud, que engrosaba por minutos.

Algunos instantes después, un cupé negro, tirado por dos caballos tordos, magistralmente guiados, se detuvo delante del hotel Cavalli.

El lacayo saltó del pescante, mientras M. Stripp, porque él era, se mantenía tieso mirando todas aquellas cabezas con los ojos dirigidos hacia un mismo punto.

El marqués de Taunay era muy conocido en el barrio. La curiosidad de la gente aumentó cuando vieron que bajaba del coche.

— El rey de la fiesta — dijo uno.

Pero el sarcasmo se heló inmediatamente.

Un sentimiento de respeto y de simpatía circuló como un escalofrío entre la multitud al ver á Elena, muy pálida, salir del carruaje de la mano de su marido, mientras el lacayo llevaba la cola del blanco vestido que salía por bajo de la aterciopelada piel de una capa de nutria.

Los cabellos de la joven se arrollaban al rededor de su marmórea frente, sobre la cual resplandecía una corona de brillantes.

Su dulce y resignado rostro imponía una especie de tierna conmiseración.

— ¡Pobre jovenita! — murmuró un portero, que estaba al corriente de muchas historias. — Su marqués la hace ver...

En el barrio querían mucho á Elena por sus obras de caridad, que eran grandísimas.

Jamás se dirigió en vano nadie á ella y el

gusto con que socorría aumentaba el valor de sus limosnas.

Cuando entró en los salones, después de dejar la capa, con su vestido de larga cola que iba barriendo la alfombra, del brazo de Oliverio, estaban ya en el palacio casi todos los invitados.

Un movimiento de sorpresa invadió repentinamente los grupos.

— ¡La marquesa de Taunay en casa de la princesa Wanda!

Esto era casi un escándalo.

Quizá todo lo que se habia dicho carecía de fundamento. ¿Cómo explicar de otro modo la osadía del marqués? ¿Se hubiera atrevido á poner frente á frente á su querida y á su esposa?

Esto causó estupefacción en aquella multitud constelada de diamantes, y en la cual se mezclaban en abigarrado conjunto los severos trajes negros de los hombres y los escotados vestidos de las damas, hombros resplandecientes y pedrerías lanzando reflejos de todos colores como un ramo de fuegos de artificio.

En cuanto vió al marqués, Wanda se separó del pequeño círculo que la rodeaba, compuesto del barón Simeón, riquísimo hacendista, Mad. Rorway y los Doria, y se adelantó al encuentro de Elena.

La tendió las manos y dijo muy alto.

— Me proporcionais un verdadero placer, marquesa, y no sabeis cuanto os lo agradezco.

Elena balbució algunas frases confusas; y una oleada de sangre le subió á la cara coloreándola intensamente.

Estaba en un suplicio.

La polaca, por el contrario, conservaba una serenidad completa.

Es preciso convenir en que la querida eclipsaba á la mujer legítima con el esplendor de sus treinta años, la edad de la perfección en las mujeres verdaderamente bellas.

Elena parecía casi mezquina enfrente de aquella soberbia hija del Norte, blanca como la nieve, brillante como una aurora boreal, esbelta y fuerte, espiritual y elegante.

Montalambert observaba el encuentro.

El barón tenía sus defectos; sus vicios, si se quiere, pero no carecía de ciertas buenas cualidades.

Comprendió todo lo que tenía de cruel aquella escena para la joven y acudió á su socorro, mientras Souvray devoraba su cólera.

Con el brazo arqueado avanzó hacia la princesa.

—Me permitís—le dijo—que pasee á madama de Taunay por los salones para enseñarle las maravillas que encierran?

Elena le dirigió una mirada de reconocimiento y se alejó apresuradamente.

—Os he obedecido, princesa—dijo Oliverio.

La polaca siguió con los ojos medio entornados, cubiertos por largas pestañas, casi negras, que les daban un brillo singular, el camino que había tomado su rival.

Se mordía los labios y parecía reflexionar.

Hubiera podido leerse en el rostro del marqués, á pesar del dominio que tenía sobre sí, viva emoción.

Era una escena odiosa que se representaba entre dos seres, en apariencia sonrientes y felices, en aquel salón deslumbrante de luces y de artísticas arañas, bajo techos en que los amores jugaban con guirnaldas de rosas; en una atmósfera llena de perfumes y coreada por las notas de una orquesta que con extraordinaria viveza interpretaba uno de los más bonitos vales de Strauss.

Y como la princesa no contestase á la interrogación de su mirada, dijo sencillamente:

—¿Qué hay?...

Wanda estaba preocupada.

—El doctor tiene razón—contestó al fin.

—¿Cómo?

—Un poco débil, pero vivirá.

Y sin añadir una palabra, sin que el menor pliegue frunciera su rostro, ni que una indiscreta sonrisa viniera á revelar su pensamiento, se unió de nuevo al grupo que acababa de abandonar.

El barón Simeón decía al conde Borouski:

—Hay puntos negros en el horizonte.

La princesa sonrió.

—¿Jugais, pues, á la baja, barón?—dijo con tranquilidad perfecta.

Pero en el propio instante su mirada se cruzó con la de la bohemia, que aparecía semioculta entre los pliegues de un portier, y con un signo imperceptible dió una orden á Miska.

Peanudó la interrumpida conversación.

—Deciais...—preguntó al gran hacendista.

A media noche la fiesta estaba en su apogeo.

Se bailaba en los salones y en la galería que les unía á la *serre*, que era un verdadero museo lleno de obras maestras de los mejores artistas de la escuela florentina.

Oliverio había desaparecido entre la multitud de invitados y cubría su agitación interior bajo su tranquilo continente.

Daba el brazo á una joven y paseaba con ella, cuando notó en el hueco de un balcón á un hombre que se apoyaba en el muro y parecía vigilarle.

Este hombre era Roberto de Souvray.

Cambiaron dos miradas llenas de electricidad, de esas que matarían, si pudieran.

El conde dió instintivamente un paso al encuentro del que justamente consideraba como un enemigo; pero en el mismo instante la baronesa de Montalambert se lanzó aturdidamente entre ellos.

—¿En qué pensais, querido amigo?—dijo á Souvray.—¿Olvidais que este vals es el quinto y que estais comprometido á bailarlo conmigo?

Aquella intervención no pudo ser más oportuna. Así se explica el gusto con que el conde se lanzó con su pareja entre la alegre turba de bailarines.

¿A qué tener un choque con el marqués?

Sin embargo, la alegría había desaparecido de su corazón.

Hubiera querido que Elena estuviera lejos

de aquellos salones, en los cuales sospechaba un peligro, poseido por uno de esos presentimientos que oprimen el pecho y lanzan en el alma una oleada de temor.

A pesar de todo, ¿qué podía temerse en una reunión compuesta de los mejores apellidos de la nobleza y de la banca?

El aspecto de la princesa hubiera debido tranquilizarle.

La triunfante Wanda predicaba con el ejemplo la alegría.

Tenía frases graciosas para todos, y era materialmente imposible soñar una cara más apacible, más reposada. Parecía completamente dichosa.

El conde temblaba, hasta cuando formaba parte del pandemonium sedoso y perfumado que seguía el paso de la baronesa mundana que no conocía la fatiga y que se abandonaba al placer, su natural elemento, como el pájaro al aire que lo sostiene.

En los giros caprichosos del baile, llegó á encontrarse al lado del barón de Montalambert que valsaba con Elena, la cual no había querido rehusar á su protector de un instante este favor calurosamente solicitado.

Entonces de una á otra pareja salieron frases chispeantes y exclamaciones graciosas.

La baronesa acribillaba á epigramas á su esposo, sorprendido en flagrante delito de ruptura de sus costumbres higiénicas.

—No hariais otro tanto por mí—decía.

—¡Toma! Mi carraca se emancipa—añadía.

Al propio tiempo dirigía á la marquesa las mayores felicitaciones:

—Realizas milagros, querida. Curas á los valetudinarios.

Montalambert no tardó en eclipsarse; llevando galantemente á Elena hacia el *buffet*.

Roberto hubiera querido seguirles; pero la baronesa, que parecía al avaro Aqueronte, no abandonó su presa.

—Otro poquito—decía girando como un silfo y con creciente velocidad.

Estaba encantadora con sus hermosos ojos, brillantes como luciérnagas, su talle esbelto, sus maneras seductoras, su eterna alegría, su sonrisa constante y con su propósito de no tomar de la vida más que lo que tuviera de agradable, como las abejas, que sólo liban de las flores los aromas que destilan.

No permitió á Roberto ni un segundo de descanso hasta tanto que los violines dejaron oír su último trémolo en la nota final.

Solo entonces pudo Souvray imitar al barón y conducir al *buffet* á su incansable pareja.

Estaba situado éste en el comedor, pieza monumental con techo labrado como encaje, dividido en artesones con arabescos de oro.

Esta habitación estaba tapizada de cuero labrado y dorado, que brillaba al choque de la luz que derramaban veinte candelabros.

Vasos de plata sobredorada resplandecían sobre los estantes de madera tallada.

Los pisos estaban sostenidos por amorcillos y mujeres encorvadas como cariátides.

El efecto era mágico. Se sentía uno trasportado á la corte de los duques de Ferrara ó de Florencia, en el siglo xvi.

¡Cualquiera podría pensar allí en la realización de un crimen vulgar, entre aquellas magnificencias, cuando la música os mece en su ritmo seductor, cuando no veis á vuestro lado más que jóvenes soberbiamente hermosas, exaltadas con la animación de aquella fiesta real, y la producida por el espumoso Champagne, electrizadas por las frases ingeniosas, por las declamaciones y los furtivos madrigales que deslizan en sus oídos la pasión y el entusiasmo!

Y sin embargo, acababa de cometerse uno muy semejante á los que aterrizaraban á los invitados de los Borgias, de los cuales eran algo parientes los Cavalli.

Quando Montalambert llegó al *buffet* abriendo paso á la marquesa, en medio del pasteles asalto general á los *sandwichs* de *foie gras*, de trufas y pollos fiambres recostados en su gelatina, quiso ofrecer á su pareja una copa de Champagne.

—No—dijo—prefiero un vaso de agua.

Un criado de cabellos blancos y de apacible cara, espía la llegada de Mad. de Tannay, y fué el que en una copa de plata sobredorada echó el agua pedida por Elena, y que esta bebió con avidez.

Luego se alejó, cogida del brazo de Montalambert, que había restaurado sus fuerzas comiendo unos *sandwichs* y apurando varias copas de Roederer.

El barón se había convertido en protector de la marquesa, y ésta le daba gracias por sus atenciones con afectuosas sonrisas que le conmovían extraordinariamente.

¡Qué cosa tan extraña es la humana naturaleza! Montalambert, llevando del brazo á aquella dulce criatura, no estaba lejos de execrar al marqués de Taunay, su buen amigo.

— Abandonar así á una mujer tan encantadora — pensaba — y ¿por qué?

Y lanzaba miradas furibundas á la princesa cada vez que pasaba por su lado, y no pensaba que él, con menos pasión sin duda, pero con más ligereza, ya por hábito de juventud ó por fanfarronada del vicio, abandonaba también á su mujer, Luisa Severin, que le había llevado con una fortuna que reemplazó á la suya, evaporada en el humo de las orgías, sus veinte años, su alegría y la indulgencia de un corazón de oro.

Cuando en el umbral de la puerta del comedor Montalambert se cruzó con la baronesa y Souvray que les buscaban, llevóse bruscamente Elena la mano al pecho.

Souvray la vió palidecer.

— ¿Qué tenéis? — preguntó.

Ella balbució algunas palabras.

— Nada... no lo sé... un desvanecimiento... el calor tal vez...

Algunos pasos más allá, sus piernas se doblaron; hizo un esfuerzo y se repuso.

— Estoy mejor — dijo. — Ya pasó.

El barón la llevó á la *serre*, abierta en la galería en que acababan de entrar.

Esta *serre*, alta como la nave de una iglesia, estaba llena de las flores más raras, de plantas tropicales y de lianas enlazadas á las esbeltas columnas que sostienen una cúpula de cristal.

Tan hermoso departamento estaba casi vacío. Solo alguna que otra pareja paseaba por allí, huyendo sin duda del ensordecedor ruido que reinaba en el salón.

Alrededor de Elena, sentado sobre un banco de doradas cañas, no había más que su amiga Luisa, Souvray y el barón.

Creyeron estos que se trataba de una indisposición pasajera, pero bien pronto en vez de disiparse, el mal pareció que se agravaba.

La marquesa, medio desvanecida, murmuraba palabras incoherentes y llevaba sin cesar la mano al pecho.

— Aquí — decía, — aquí es donde yo padezco.

Souvray la examinaba atentamente con el corazón oprimido por una ansiedad que aumentaba por segundos.

De pronto Elena cayó, lanzando un prolongado gemido, sobre el respaldo del banco, y exclamó con voz desgarradora:

— ¡Ah, Dios mío!

El conde se arrojó á sus piés.

— Se muere — gritaba. — ¡Un médico!

Y levantándose con una exaltación que podía tomarse como la locura de la desesperación:

— Montalambert, — dijo muy deprisa — no

la abandoneis. Yo tomo un coche y corro á casa del doctor Durand y le traigo. Aquí hay que temerlo todo por ella.

Poco á poco fué Elena dejando de quejarse.

Se hubiera dicho que había bebido algún licor estupefaciente.

Sus ojos estaban cerrados; no quedaba un átomo de sangre bajo su piel, que había adquirido la palidez del mármol de las estatuas. De sus blancos labios se escapaba una respiración jadeante.

Y siempre, instintivamente, como si hubiera querido arrancar de su pecho una serpiente que lo devorara, llevaba allí sus crispados dedos y ahondaba bajo el raso del vestido, cuyas blondas destrozaba.

Nadie se ocupaba de ellos.

Las parejas que en el momento de su entrada se paseaban bajo el abanico de las palmeras de redondeadas copas y de liazas arrolladas á los pórticos y á las columnas esbeltas, bajo las canastillas colgadas de la bóveda y llenas de orquídeas y begonias, habían desaparecido buscando más lejos, en el fondo de aquel jardín de invierno, un rincón aislado para terminar cualquiera intriga comenzada en las enervantes familiaridades del baile.

El barón y Luisa trataban de volverla á la vida. Ella, que apenas les oía, buscaba á alguien con los ojos llenos de lágrimas medio apagados como antorchas que vacilan, y preguntaba:

—¿Dónde está?

—¿Tu marido?—dijo Luisa.

—No, él, él: Roberto.

El corría como un loco, no fiando se más que en la velocidad de sus piernas, á casa del doctor. Hubiera sacrificado su vidapor salvar la de Elena, por ahorrarle un sufrimiento, que vagamente comprendía estaba perdida al caer en un espantoso lazo.

El doctor Durand, vivía en la calle Royal.

Al entrar en su casa, el conde apenas podía hablar.

No pudo hacer más que gritar al propio tiempo que rechazaba al criado, y abría la puerta, del gabinete:

—¡Doctor, venid, venid; va á morir; se muere!

VIII

El doctor Durand era uno de esos antiguos prácticos que conservan, aun en su edad avanzada la vivacidad de la juventud y que unen á una acción profunda, la sólida experiencia de una vida entera.

Preguntó algunos detalles que el conde le dió rápidamente; se proveyó de diversos objetos que introdujo en los bolsillos de su abrigo, montó en su coche y á todo galope llegó al hotel Cavalli.

Su entrada causó sensación.

Aquel hombre de gran talla, de cabellos grises y cuyo traje severo contrastaba con los fracs y las corbatas blancas de los baila-

rinas, heló la fiesta en el momento de atravesar el gran salón.

—¿Qué ocurre?—preguntó la princesa á Souvray que precedía al doctor.

—¿Lo ignoráis?

—¿Quién es ese hombre?

—Un médico.

—¿Para quién?

—Para la señora de Taunay, que agoniza.

La polaca desempeñó su papel como una actriz consumada.

—¿Es posible?

—Es verdad.

—¿Dónde está?

—En la *serre*.

—Silencio—dijo simulando sorpresa.—Corro allí.

Cuando el doctor apareció, la baronesa y su marido lanzaron un suspiro de satisfacción.

La ausencia del conde, á pesar de ser corta, les pareció una eternidad.

Habían trasportado á la marquesa á un diván de terciopelo, una especie de cama, desde la cual muchas veces había aspirado la princesa los mil perfumes penetrantes de las vainillas y de las orquídeas, que vivían en la ficticia primavera de su jardín, cerca de una pila de mármol sobre la cual se expansionaban, regadas por las cascadas de un murmurador salto de agua, las ninfas de rosadas flores y el nenúfar de anchas hojas.

El señor de Taunay, á quien se acababa de avisar, estaba allí pálido como un espectro,

no atreviéndose á aproximarse á su víctima.

La audacia de este crimen, que él había inspirado, como sugiere el demonio tentaciones á los creyentes, le petrificó.

Quedó allí, clavado al suelo, incapaz de moverse de pronunciar una palabra, osando apenas mirar á aquella desventurada cuya juventud había aniquilado, y á la cual había arrancado las ilusiones, roto el corazón y, por último, la había muerto con tanta seguridad como si hubiera sido él quien la hiriera con un puñal ó envenenado con un tóxico.

La princesa, por el contrario, parecía tan tranquila como si fuera extraña á aquel fin que ella sabía que era inminente.

Con una mirada quiso devolver á Oliverio la tranquilidad y la sangre fría.

El médico, inclinado sobre la enferma, contaba los latidos del pulso, que iba debilitándose.

Evidentemente no entendía nada del mal que, como un rayo, mataba á aquel cuerpo tan delicado.

Fijó sus ojos grises, penetrantes, en el marqués y la princesa:

—Esta crisis ha sido provocada—afirmó;—no es natural. ¿Qué habeis dado á la señora de Taunay?

El barón de Montalamber fué el que contestó:

—Nada, doctor: yo estaba precisamente en el *buffet*, y no ha tomado más que un vaso de agua.

—¿Pura?

—No; perfumada con una esencia cualquiera.

—¿Podría encontrarse ese vaso?

—Quizá.

—Que se me traiga.

—Un pliegue sarcástico frunció los labios de Wanda, pero nada objetó?

—¿Qué suponeis doctor?—preguntó la baronesa.

—¿Yo?—dijo el práctico.—Creo sencillamente en un crimen.

—¡Un crimen!—exclamó Luisa aterrorizada.

—¿Por qué no?

—¿Qué crimen?

—Un envenenamiento.

—¿Con un simple vaso de agua?—dijo con desden la polaca.

Montalamber había salido, pero volvió inmediatamente.

Traía una copa de plata sobredorada, cincelada artísticamente; uno de esos objetos antiguos de un capricho y un trabajo exquisitos.

—¿Se os ha servido en esta copa?—preguntó el médico á la enferma.

Esta movió la cabeza afirmativamente.

—¿Qué sentís?

—Aquí—murmuró señalando al pecho,—tengo fuego.

La voz era tan débil, que el doctor se vió obligado á aproximar el oído á los labios de Elena.

Al propio tiempo examinaba la copa.

No quedaba ninguna huella de líquido, sino un olor balsámico que le extrañó.

—¡Oh! las precauciones están bien tomadas,—dijo.

Una ironía desdeñosa, una sombra pasó por la fisonomía de la polaca.

—Vuestras palabras son graves, doctor,—exclamó.—Formulais una acusación. ¿Contra quién?

—Yo no acuso á nadie. Buseo la verdad en frente de una moribunda, y por lo tanto, el remedio; el estado de esta delicada criatura ofrece todos los síntomas de un envenenamiento por una mezcla de sustancias vegetales.

Volvió á coger la copa, echó en ella una poca agua y unos polvos que se disolvieron en el acto.

Después levantó la cabeza de Elena y logró hacerla beber algunos cortadillos de líquido.

Entonces se produjo un fenómeno singular.

Los ojos de la joven, envueltos ya en una espesa niebla, se abrieron.

Su desvanecimiento se disipó poco á poco.

Sus facciones, contraídas por un sufrimiento sordo y latente, por decirlo así, se distendieron.

Ella, que apenas entendió lo que se la preguntaba, y respondió con una voz ininteligible, tomó un poco de fuerza.

Elena vió á su alrededor, en aquella inmensa *serre* llena de verdura y de flores, á su amigo Roberto de Souvray, agobiado por el do-

lor; á su marido y á la princesa, inmóviles, con los ojos extraordinariamente fijos y abiertos, espantados de esta resurrección ó de una acusación terrible que podía surgir contra ellos, y por último á Montalambert y Luisa aterrados por aquel espectáculo que les desolaba.

Wanda perdía su firmeza.

—¿Es que la ciencia había descubierto un remedio contra aquel veneno desconocido?

Ninguna de estas impresiones se escapó á la vista del médico.

De rodillas al lado de la enferma, la interrogaba con dulzura.

—¿Qué olor tenía el agua que bebisteis?

Ella hizo un esfuerzo para acordarse.

—Creo que de vainilla.

—¿Qué dolor habeis sentido?

—Un desfallecimiento general, y aquí (señalando á la garganta) una quemadura.

—Os sentís bien ahora?

—Muy bien; me siento mejor, pero muy débil.

El doctor reflexionó.

Al cabo de un instante el rostro de Elena acusó la vuelta del sufrimiento.

—Doctor—exclamó,—me parece que me muero. Me cruzan sombras por los ojos y de nuevo... el fuego...

—Está perdida—dijo el médico con la cólera de la impotencia, que le arrancaba una lágrima.—Se la ha asesinado. Por mi honor, declaro que muere envenenada.

—¿Y quién es el culpable?—preguntó la princesa.

—La justicia se encargará de descubrirlo.
—¿Un crimen!—murmuró Elena tratando de levantarse.

—Quizá.

—¿Quién lo ha cometido?

—¿Quién? Gentes que os aborrecen, ó mejor dicho, porque no hay quien pueda odiaros, gentes que os envidian. ¡Infames!

—Así, pues... ¿yo voy á morir?

El doctor se mordió los labios hasta producirse sangre.

—Señor de Tannay—dijo Elena, con voz que se debilitaba por instantes,—se me ha dado la muerte; lo comprendí al instante. Una languidez sospechosa se apoderó de mí.

Este delito puede recaer sobre vos, sobre nuestra familia. Dadme papel... pluma... pronto; siento que me debilito... Daos prisa.

—Pero...

—Lo mando.

El marqués no encontró á mano más que una tarjeta suya con corona, y un portalápiz de oro.

—Dadme y sostenedme—y añadió:

—Oliverio, es por el honor...

Con mano temblorosa escribió estas dos líneas:

«No he tenido el valor de vivir. Que no se culpe á nadie de mi muerte.»

»ELENA DE ROCHEVIELLE,

»Marquesa de Tannay-Coulanges.»

—Y ahora—dijo,—dejadme morir en paz. Con un signo llamó al conde de Souvray. Él se arrodilló á sus pies, estrechó sus frías manos, y las embrió de besos.

Con un resto de fuerza le Elena atrajo más cerca de sí, puso los labios sobre su frente, y dijo con mirada de ángel.

—Adiós, Roberto, yo te amaba.

Después cayó en un sopor profundo.

Quejidos cada vez más débiles salían de su boca. Un instante luchó su espíritu en una convulsión suprema.

A la hora y media expiró sin sufrimiento aparente.

Roberto la cerró los ojos.

Parecía dormida.

En los salones se había olvidado el paso del doctor.

La orquesta tocaba la seductora polka de las máscaras y la fiesta continuaba.

Después de haber besado por última vez la helada frente de la muerta, el conde de Souvray desapareció.

IX

Al salir del hotel Cavalli, Souvray iba agitado por una de esas desesperaciones que conducen á los actos más trágicos de la vida.

Acababa de separarse dejándola helada, inanimada, inclinada sobre el terciopelo del diván, bajo las hojas de las palmeras y las esposuras de las lianas, amortajada con el traje de baile, al ángel de bondad y de gra-

cia que se llamaba Elena de Rochevieuille. Parecía dormida como una criolla entre los bananeros; pero sus ojos, de dulce mirar, ya no volverían á abrirse.

Dos miserables la habían asesinado.

Todo había concluido.

El conde no tenía la prueba material del crimen, pero no se podía dudar de su realidad.

Estaba seguro.

Todo lo afirmaba. Su instinto se lo había advertido desde el primer quejido de Elena.

Reconstituyó la trama del crimen con tanta precisión como si hubiera oído las conversaciones de los culpables.

El marqués de Taunay había sido el instigador del crimen.

La princesa Wanda lo había ejecutado.

Aquella fiesta no se había dado con más objeto que atraer á la víctima para que cayera en el lazo.

La extranjera no había retrocedido ante aquel execrable acto para poner su mano entre las de su amante, para llevar el nombre de los Taunay-Coulanges, que era como una parte de su patrimonio, para él vástago de una raza en otro tiempo valiente y leal, y deshonrada ya por aquel malvado, autor ó cómplice de un cobarde asesinato.

Y, sin embargo, no era á Wanda á quien más odiaba.

¿Qué era aquella princesa, bajo las apariencias más seductoras, mas que una salvaje sin freno ni ley, que no se asusta por nada,

—Y ahora—dijo,—dejadme morir en paz. Con un signo llamó al conde de Souvray. Él se arrodilló á sus pies, estrechó sus frías manos, y las embrió de besos.

Con un resto de fuerza le Elena atrajo más cerca de sí, puso los labios sobre su frente, y dijo con mirada de ángel.

—Adiós, Roberto, yo te amaba.

Después cayó en un sopor profundo.

Quejidos cada vez más débiles salían de su boca. Un instante luchó su espíritu en una convulsión suprema.

A la hora y media expiró sin sufrimiento aparente.

Roberto la cerró los ojos.

Parecía dormida.

En los salones se había olvidado el paso del doctor.

La orquesta tocaba la seductora polka de las máscaras y la fiesta continuaba.

Después de haber besado por última vez la helada frente de la muerta, el conde de Souvray desapareció.

IX

Al salir del hotel Cavalli, Souvray iba agitado por una de esas desesperaciones que conducen á los actos más trágicos de la vida.

Acababa de separarse dejándola helada, inanimada, inclinada sobre el terciopelo del diván, bajo las hojas de las palmeras y las esposuras de las lianas, amortajada con el traje de baile, al ángel de bondad y de gra-

cia que se llamaba Elena de Rochevieuille. Parecía dormida como una criolla entre los bananeros; pero sus ojos, de dulce mirar, ya no volverían á abrirse.

Dos miserables la habían asesinado.

Todo había concluido.

El conde no tenía la prueba material del crimen, pero no se podía dudar de su realidad.

Estaba seguro.

Todo lo afirmaba. Su instinto se lo había advertido desde el primer quejido de Elena.

Reconstituyó la trama del crimen con tanta precisión como si hubiera oído las conversaciones de los culpables.

El marqués de Taunay había sido el instigador del crimen.

La princesa Wanda lo había ejecutado.

Aquella fiesta no se había dado con más objeto que atraer á la víctima para que cayera en el lazo.

La extranjera no había retrocedido ante aquel execrable acto para poner su mano entre las de su amante, para llevar el nombre de los Taunay-Coulanges, que era como una parte de su patrimonio, para él vástago de una raza en otro tiempo valiente y leal, y deshonrada ya por aquel malvado, autor ó cómplice de un cobarde asesinato.

Y, sin embargo, no era á Wanda á quien más odiaba.

¿Qué era aquella princesa, bajo las apariencias más seductoras, mas que una salvaje sin freno ni ley, que no se asusta por nada,

ni le preocupa la opinión, ni los magistrados, ni la justicia de los hombres, ni quizá la de Dios? Una fiera nacida en el fondo de los bosques y sobre la nieve, habituada á considerar la vida de los demás como una materia vil, arriesgando, si preciso fuera la suya, para satisfacer sus negras pasiones; un ser de otra raza, de otra sangre y de otras costumbres que nosotros.

Y por ende, una mujer, es decir, un conjunto de nervios irritable, un cerebro exaltado y un corazón enfermo.

No; no era á ella á quien odiaba; no era á ella á quien quería castigar.

Por lo demás ella no había sido seguramente más que instrumento del otro, de aquel hombre que la engañaba y á quien ella tenía la debilidad de amar. El amor, esta razón suprema abogaba en favor suyo.

A él era á quien execraba; á aquel cobarde que le había usurpado la posesión de un ser que adoraba al cual rendía ahora el culto respetuoso debido á una mártir, solo para hollar y martirizar su corazón y para hacerla perecer, por último, violentamente, en el instante en que trataba de aferrarse á la vida porque el amor la inundaba con sus rayos.

¡Cómo la iba á vengar!

Pero ¿de qué modo? ¿Qué medios habría de emplear? Lo ignoraba; pero su vida iba á consagrarse únicamente á esta obra. No habría torturas bastante crueles para castigar á aquel pariente infame, á aquel envenenador

que arrastraba por un fango sangriento el blasón de su familia.

Pero antes de poner manos á la obra, necesitaba, este hombre recto y probo, tener absoluta certidumbre de la culpabilidad de Oliverio.

Si él se crigía juez de aquel delito que la sociedad no perseguiría y por el cual la propia víctima, en un sublime impulso de generosidad, había dado al criminal la absolución, quería, ya que no perdonaba, tener al menos una prueba de culpabilidad que tranquilizase todos los escrúpulos de su conciencia.

Esta prueba era la que iba á buscar.

En los Campos Eliseos tomó un coche, entregó al cochero un luis y le dió estas señas: —Calle de Provenza, número 47.

Con tal propina, no hay que decir el trote que tomó el caballo del automedonte; echaba chispas por los cuatro pies. ¡Tal era la violencia del choque de las herraduras!

Roberto dirigió una mirada hacia el hotel Cavalli. La luz que partía de sus balcones iluminaba la avenida Montaigne de un extremo á otro. Largas filas de carruajes alineaban por uno y otro lado las vivas luces de sus faroles.

El corazón del desdichado sufría horriblemente al alejarse de aquel cadáver que hubiera querido no abandonar jamás, y con el cual no hubiera vacilado en encerrarse en la tumba. El temor á una muerte tan horrible no le hubiera contenido.

Es imposible pintar la intensidad dolorosa

de los sentimientos que luchaban en su espíritu: la agudeza de su dolor, la violencia de su indignación, y sobre todo una desesperación inmensa.

Y sin cesar se acordaba del aviso de Román Tremor, aquel otro desesperado cuando le decía:

— ¡Tened mucho cuidado!

No le había engañado su instinto.

De pronto el coche se detuvo, antes de que el conde hubiera tenido tiempo de coordinar sus ideas.

Bajó, llamó, y después de haber dado al portero el nombre de la señorita de Fargeas, subió por la escalera alumbrándose con cerillas.

Le costó algún trabajo dar con la puerta.

Solange dormía.

El sueño es uno de los beneficios de la juventud.

Al oír sonar violentamente la campanilla, se despertó sobresaltada.

¿Quién se atrevía á llegar á aquella hora á su cuarto?

Nunca recibía á nadie.

Saltó á regañadientes del lecho; se puso apresuradamente una bata y corrió á la puerta.

— Abrid—dijo la para ella tan conocida voz de M. Souvray.

Solange obedeció en el acto.

El conde era uno de esos amigos de los cuales nada temía la joven.

— Dispensadme—dijo—que so venga á mo-

lestar en medio de vuestro sueño, á hora tan desusada; pero ya comprenderéis que para que venga á molestaros de esta suerte, es preciso que ocurra algo muy grave.

— ¿Qué pasa?—preguntó Solange, encendiendo una bujía.

Souvray no contestó inmediatamente.

Ella le miró y quedó aterrada al ver la alteración de sus facciones.

— ¡Dios mío! ¿qué sucede?—exclamó.

— Cosas horribles.

— Pero ¿qué?

— La señora de Taunay ha muerto.

— ¡Muerto!

— Acaba de espirar en el baile de la princesa Cavalli. Hace dos horas estaba llena de vida.

— ¡La han asesinado!

Este grito de Solange respondía á la convicción del conde; pero, como Elena, tenía que defender el honor de su familia, el honor de su casa.

— No sé nada—dijo.—Ha muerto; he aquí todo. Vengo á pedir os un favor.

— ¿A mí?

— A vos, Solange. ¿Queréis hacerlo?

— Si puedo, desde luego.

— Este favor puede seros útil. ¿Vais á casaros con el marqués de Taunay?

Solange quiso hablar y el conde la detuvo.

— Lo sé—afirmó.—Román Tremor, que estaba en Cormeilles me lo ha contado todo.

— Tengo un hijo y le defiendo.

— No os censuro, Solange; el marqués os

am con lecura; se casará con vos ahora que la recobrado su libertad. No quiero perjudicaros; os doy mi palabra de honor. Se os ha ultrajado, y por lo tanto se os debe una reparación. Hasta si es preciso os ayudaré á obtenerla. Pero teneis una rival terrible—añadió con amarga ironía.

—¿La princesa Cavalli?

—Sí, la princesa Cavalli. Si se queda en París no respondo de vuestra vida; pero quiero desembarazaros de la princesa.

—¿Cómo?

—¿Veis al marqués muy de tarde en tarde?

—Sí, muy rara vez Aquí nunca.

—Y sin embargo siente por vos una pasión violenta.

—Es verdad.

—Entonces lo viéndoos deberá escribiros. Solange se mordió los labios, y no contestó.

Tenia miedo.

¿Qué se quería hacer con sus cartas?

El conde se aproximó á ella y la tomó la mano.

—Escuchad—la dijo con vehemencia—comprendo vuestra desconfianza; estais sola, sin apoyo. Desde que conozco el raro valor de que habeis dado pruebas, os admiro. Teneis una obra de reparación que realizar, quizá de castigo. Yo tambien tengo una. Ayudadme hoy y yo os ayudaré despues. Os he dado mi palabra y os prometo no contrariar vuestros designios. Tened fé en mi amistad. No me preguntéis lo que quiero hacer, pero tened

por seguro que lo que haga os aprovechará; es lo juro. Estoy seguro de que el marqués os escribe.

—En efecto.

—¿Con frecuencia?

—Casi todos los días.

—¿Qué os dice?

—Que me ama, que está loco y que legítimaré á su hijo.

—¿Nada más?

—Me habla sin cesar de matrimonio para el tiempo, próximo, en que será libre.

—¿Conservais sus cartas?

—Todas.

—¿Dónde están?

—Allí.

—Las necesito por una hora. ¿Quereis confiármelas?

—Señor de Souvray—dijo Solange con dignidad,—he sido en efecto indignamente ultrajada por M. de Taunay, vuestro pariente. Para su hijo es para quien quiero un porvenir. Para mí, reposo y dicha se perdieron para siempre. Quizá dándoos esas cartas destruyo mis esperanzas porque, seguramente, no las pedis por mera curiosidad. Os habeis mostrado bueno para mí y voy á complaceros. ¡Si abusais de mi credulidad, que la desgracia de mi hijo caiga sobre vos!

Y abriendo el cajón de una mesa sacó de él un paquete de papeles y se los entregó.

Un relámpago de alegría brilló en el rostro del conde.

—Hélas aquí todas—añalió Solange.—

Usad de ellas como os plazca; leedlas y os probarán que yo soy extraña en absoluto á toda intriga. Sigo mi camino sin ocuparme de los demás. He á dicho al señor de Tannay que no seré suya sino con una condición, la de ser su esposa. Yo era libre. Pero no respondo de los actos de Oliverio ni de la princesa Cavalli. No soy más que un grano de arena que trata de no ser aplastado. ¿Es eso acaso un crimen?

El conde se había apoderado de las cartas; las había metido en su bolsillo; se inclinó sobre los cabellos de Solange y los besó respetuosamente.

Después se marchó; bajó á escape la escalera volvió á meterse en el coche y dijo al auriga:

—Hotel Cavalli; pero á escape tendido.

Cuando llegó á la Avenida Montaigne, las filas de coches eran menos largas y estaban fraccionadas en distintos puntos.

La fiesta estaba terminando.

El rumor de la muerte de la marquesa había corrido y los salones se desocupaban rápidamente.

Las últimas vibraciones de la orquesta resonaban todavía cuando Souvray atravesó el vestíbulo.

Corrió á la *serre*.

El cuerpo de la muerta se transportaba á su coche, en medio de un fúnebre acompañamiento, que bajaba por una escalera escusada, mientras los invitados salían por la principal.

Souvray acompañó á través del jardín á

aquella desgraciada joven, pasando bajo las descarnadas ramas de los árboles, hasta que sacaron el cadáver por una puertecilla situada en la calle de Francisco I, donde aguardaba el coche de la marquesa.

Roberto escuchó el ruido del coche, que se alejaba, llevando su fúnebre carga, y volvió á la *serre* por el mismo camino. Allí contempló, con los ojos llenos de lágrimas, el sitio en que Elena había espirado, y, por último, cuando creyó, por el silencio que invadía los salones, que estos estaban ya vacíos, los atravesó de un extremo á otro buscando con la vista á la princesa.

Por último, la halló sola en un saloncito cuyas arañas aun estaban encendidas.

Parecía sumergida en profundo estupor.

Estaba sentada cerca de un velador de laca negro, sostenido por un trípode de garras de león; tenía la frente apoyada en las manos.

Al ruido de los pasos levantó la cabeza.

Al reconocer al conde, sus ojos tomaron expresión cruel.

Evidentemente era un enemigo que se acercaba. Quiso evitar el ataque, y por eso tomó la ofensiva.

—¿Sois vos, señor de Souvray?—preguntó con tono agresivo.

—Sí, princesa.

—¿Qué quereis?

—Hablaros.

—¡A estas horas!

—Se trata de cosas que os interesan.

—No sé de qué.

—Puedo aseguraros que os alegrareis de haberme oído.

—Lo creéis así?

—Sólo que, lo que tengo que deciros, reclama imperiosamente el secreto...

—Despertais mi curiosidad.

—Es interés vuestro, princesa.

—Oh, mis intereses ya me encargo yo de defenderlos!

—Me atrevo á suponer que mi ayuda no os ha de ser inútil.

—Sea, puesto que lo queréis. Seguidme.

Los criados apagaban las luces del salón.

La polaca atravesó, precediendo á Souvray, una vasta galería, y al llegar al gabinete azul, abrió la puerta.

La bohemia la aguardaba acostada sobre una gran piel de oso.

Al ver al acompañante de su ama, pareció sorprendida; pero la princesa le dijo con dulzura:

—Véte, Miska, déjanos.

La bohemia desapareció tras de un tapiz.

—Y ahora—dijo la princesa recostándose indolentemente en el diván, despues de haber indicado un asiento al conde,—hablad; ya os escucho.

El silencio reinaba en el hotel en donde algunos momentos ántes estaba en su apogeo la alegría y el bullicio de la gente que se divierte.

La calle, casi desierta también, había enmudecido.

Un candelabro de plata sobredorada, de

cinco bugías, iluminaba el gabinete donde se iba á librar una lucha semejante á la del juez contra el reo.

La princesa, con los hombros al descubierto, blancos como la azucena, y cuyas líneas hermosas se perdian entre el terciopelo azul de su corpiño, con los brazos desnudos, su cuello de cisne medio vuelto, con la ecitad de la desconfianza, hácia aquella visita peligrosa, estaba realmente encantadora.

Souvray, por su parte, la estudiaba, tratando de penetrar las intenciones, los sentimientos de aquella esfinge, á la cual quería arrancar su secreto.

—Estoy esperando, caballera,—dijo ella para poner término á aquel exámen que la molestaba.

—Por Dios, princesa,—contestó Souvray con acento casi dulce, con gran sorpresa de la polaca,—os ruego que me perdoneis. Lo que tengo que deciros es tan grave, que busco las frases adecuadas para expresarlo, y francamente, me cuesta trabajo encontrarlas.

—Os dispenso de la forma; en mi país se emplean las palabras conforme vienen á la boca. Lo importante es hacerse comprender. No os molesteis, pues, y decidme lo que queráis.

El tono de la polaca era á la vez familiar y altanero, casi despreciativo, no respecto á la persona del conde sino á la amenaza que adivinaba como inminente y que estaba presta á salir de sus labios.

Era preciso creer que se encontraba completamente segura del misterio y de la impunidad.

—Os doy las gracias,—dijo Souvray.— Hé aquí lo que me ocurre. Anoche se ha cometido un homicidio en este palacio.

—¿En mi casa?

—Sí, en vuestra casa, princesa.

—¡Un homicidio!—repetía ella representando perfectamente el papel de sorprendida.

—O un asesinato, si así lo quereis; un envenenamiento.

—Comprendo. ¿Os lo ha dicho el doctor Durand?

—Quizá.

Ella sonrió irónicamente.

—El doctor Durand es médico—dijo,—pero los médicos se engañan con frecuencia. Esto es tan exacto, que no encontrareis dos de ellos que sean de la misma opinión, sobre todo si tienen fama de sabios y son miembros del Instituto.

—Dispensadme, princesa. No se trata para mí de demostrar á la justicia que la señora marquesa de Tannay ha sido víctima de un execrable crimen y obtener una sentencia contra los culpables. Hasta creo que sería imposible probar el hecho. Ya veis que soy sincero. Por otra parte, llevando este tenebroso asunto á los tribunales, yo mismo me deshonraría, puesto que M. de Tannay es próximo pariente mio.

—¿Le acusais?

—Espero que de vuestra propia boca saldrá esa acusación; pero no quiero que el marqués sea sentenciado, ni siquiera perseguido. Lo odioso del castigo recaería en mi misma familia.

—Entonces...

—Si el marqués, como casi tengo la certidumbre, es el verdadero culpable, yo sólo me encargaré del castigo.

—¿Provocareis al señor de Tannay?

—No, princesa; no se bate uno con un asesino... con un envenenador.

—Pnes ¿qué se hace?

—Se le mata.

—¿De qué modo?

—Lo ignoro; pero ya lo pensaré. Por lo pronto me hace falta una prueba.

—¿De un atentado imaginario?

—No; cierto, indiscutible.

—¿Lo creéis?

—Estoy seguro.

—Sois un hombre extraño.

Hasta aquí, la princesa y el conde habían hablado sin elevar la voz, familiarmente, con un acento irónico en las palabras de la extranjera, y un tono dulce, pero enérgico, en las de Souvray.

El reloj del gabinete, un soberbio reloj de Saint Germain, modelo único, compuesto de un grupo de bronce representando al Amor en los brazos de su madre, dió las cinco de la mañana.

—Señor de Souvray—dijo la polaca levantándose,—esta broma ha durado ya de-

masado tiempo. Ya es hora de separarnos.

—No se trata de una broma, princesa; y os vais á convencer inmediatamente.

—Pues hacedlo pronto, porque me caigo de sueño.

—Casi, casi, estoy seguro de que vuestra atención no se dormirá. Dejadme explicaros desde luego cómo han pasado las cosas.

—Resignémonos—dijo.

—Vais á casaros con el señor de Taunay, ó mejor dicho, él os lo ha prometido... Reconoced que esto es cierto.

—Es posible; continuad.

—El señor de Taunay ha venido á deciros, con pérfidas precauciones que el médico vaticinaba la salud á la infortunada que os hacía sombra.

—Sois adivino.

—Entonces ha germinado una idea en cierto espíritu; la de oponeros al restablecimiento de la mujer legítima que ocupaba un sitio que vos deseáis. Quizá la hubierais dejado morir tranquila, pero no podíais soportar que viviera.

—Está bien razonado todo eso.

—El príncipe Cavalli ha muerto repentinamente también y el hecho no es tan antiguo que no se le recuerde. Hay mucha semejanza entre su fin y el de la marquesa.

—¡Oh! una sola: que se ignora la causa de ellos y es probable que no se la conozca jamás.

—No se la conocerá, si persistís en callaros.

—Convenid en que sería sorprendente que me acusara yo misma.

—Vos no os acusareis, pero me direis á mi la verdad en secreto.

—¿Estáis loco!

—No; porque castigando al verdadero autor de la muerte de la marquesa de Taunay, os vengaré á vos misma.

—¿Y de quién?

—De un hombre que os engaña indignamente y al cual tenéis la locura de amar, por el cual descendéis, en la ceguedad de vuestra pasión, hasta el crimen; de un hombre que engaña al prometeros que sereis su esposa, que abusa de vuestra credulidad jurándoos que os adora y ofreciándoos su nombre y el lugar de la que ha muerto, cuando este sitio ha sido ya ofrecido á otra.

—¿Qué decís?

—Que habeis asesinado á Elena de Rochevieuille para que el señor de Taunay, ya libre, pueda casarse con una mujer de la cual está locamente enamorado, como vos de él. Que esa jóven, á la cual violó en otro tiempo, no quiere entregarse á él sino con la condición de que el marqués de Taunay eleve hasta sí á una hija del pueblo como ella, legitimando al hijo nacido de aquella infame violación.

—¡Ah!—gritó la princesa levantándose.—Mentís, señor de Souvray. Lo que decís es falso: es imposible.

El conde no perdió la calma.

—Bien pronto lamentareis haber pronun-

ciado tales palabras. No os he dicho nada que no pueda probar en el acto.

— Dadme esa prueba.

— ¿Y en cambio me servireis?

— ¡Serviros!... ¿de qué modo?

— Dándome la prueba del crimen cometido.

— ¡Eso sería perderme!...

— ¡Ah, ya confesais!

— ¿Es un lazo que me habeis tendido?

— No, princesa. Sois mujer y me avergonzaría emplear subterfugios para cojeros en contradicción. Lamento que os hayais prestado á un acto tan odioso, pero lo que yo quiero herir no es la mano que ha vertido el veneno, sino el brazo que lo ha dirigido. Me caillaré. Porque además, ¿para qué hacer público un secreto infamante para mi familia? El honor me sella los lábios, pero me he impuesto un deber. Heriré al hombre funesto que nos ha causado tanto mal. Sufrirá la pena del Talión. ¿Ha asesinado? pues yo le mataré ó perderé la vida, pero no quiero proceder á ciegas.

Ya que me erijo en juez, debo obrar con seguridad absoluta. Dadme la prueba de su crimen y os entrego la de su traición.

— Sea, — dijo ella. — Acepto.

El conde tomó el paquete de cartas dirigidas á Solange y sacó una al azar.

— ¿Reconocéis la letra? — preguntó.

— Sí.

— Leed.

— ¿Es de su propia mano?

— Sí.

Con profundo estupor y luego furor creciente leyó la polaca de la cruz á la fecha todas las misivas.

El marqués se expresaba en ellas con frases caldeadas por el fuego de la pasión.

En ellas se arrastraba á los piés de Solange, abrumándola en fuerza de ruegos. Todas las mujeres del mundo las ponía á sus piés y se las sacrificaba. Ella era la única á quien amaba, no siendo las demás amantes que había tenido sino caprichos efimeros, distracciones de las cuales estaba hastiado, y que no le causaban más que una impresión de fatiga, de disgusto y de fastidio.

— ¡Las demás, las demás! — gritaba Wanda, con la voz alterada por el dolor, el desengaño y la cólera.

El conde le fué dando las cartas una á una. En las últimas, Oliverio manifestaba su esperanza de ser bien pronto libre.

No existen términos para pintar la exasperación de la polaca. Una leona, á la cual arrancaran sus cachorros, no estaria mas furiosa.

— ¡Miserable! — murmuraba fijando en aquellas fatales cartas miradas llenas de fuego, y de rabia. — ¡Y ayer aun estaba aquí, en este sitio, á mis piés, deshaciéndose en juramentos, en promesas de amor! ¡Teneis razón; es un cobarde, un miserable! Mentía. Eso es bajo y vil. La mentira es despreciable. Pero juro á Dios que me vengaré.

Abrió un cajozcito y tomó un carnet, el

que llevaba un día á casa de Felisa y lo hojeó con mano calenturienta, arrugando su satinado papel.

—Ahora—dijo—me explico sus visitas á la calle de la Paz. Tenía el presentimiento de ello, pero no podía creerlo.

Leyó la nota que había escrito y la mostró al conde de Souvray.

—Solange Fargeas! la conozco. Esa era la joven á quien iba á ver todos los días. Sí, es hermosa, encantadora. Ya me había yo fijado en ella. Todo el mundo la admiraba, hasta las mujeres más envidiosas. ¡Ah! la ama; la ama y quiere casarse con ella; quiere hacerla marquesa. Y por ella me engañaba, por ella me abandona y por ella me ha impulsado á este asesinato; porque lo he cometido, es verdad, para romper los lazos que le separaban de mí. ¡Yo he sido la que lo ha hecho todo, y ella será la quien recoja el fruto! No importa, ella será la que pierda, porque dentro de poco estará fría y blanca como la otra y acostada, no en el lecho nupcial, sino en la tumba, en la tierra, en el negro agujero.

La princesa daba espanto en la explosión de su furor. No era entonces la mujer adorable y verdaderamente soberbia, de seductor aspecto, y cabellos de oro; era la encarnación de la cólera, de la rabia y del odio. Una furia, ante la cual se quedaría cualquier petrificado de terror.

Souvray dejó pasar el torrente de amenazas. Esperaba el momento de reacción plagando sus papeles y volviéndolos á su bolsillo.

Pronto llegó el instante deseado.

—¡Ah! ¡qué infame! —murmuró Wanda dejándose caer en el diván. — ¡Y pensar que yo le amaba, que lo hubiera sacrificado todo por él, ¡libertad, fortuna, honor! ¡No se tiene idea de las bajezas de que es susceptible una mujer! Yo hubiera vivido en una choza si él lo hubiera deseado, y si hubiera sido preciso para no separarme de él. Me hubiera cortado los cabellos como una religiosa, estos hermosos cabellos de que estaba tan envanecida; me hubiera mortificado la piel con cilicio; hubiera comido raíces tan solo y avena hervida como los miserables de nuestros desiertos, y hasta hubiese labrado la tierra como una bestia de carga, para mantenerle si hubiera sido pobre. ¡Qué estúpida he sido!

Wanda no derramó ni una lágrima.

Sin embargo, se adivinaba que debía sufrir horribilmente. Toda su vida se iba tras aquel desengaño.

—Querría dudar todavía —añadió— tan ligada á él estaba; pero nó, ¡sería menester ser ciega!

Volvióse de repente al conde le dijo:

—Me habeis dicho que me ayudaríais á castigar.

—Sí; al verdadero culpable.

—Al culpable y á la otra. Pensadlo; por ella sufriría Oliverio mucho; es preciso por lo tanto herir á Solange Fargeas.

—Al contrario; á ella es á quien es preciso proteger, princesa.

—Jamás: á los dos, y á ella ántes que él.

—¿La detestais porque creéis que quiere á vuestro amante?

—Y porque me lo quita.

—¿Y si yo os pruebo que odia al marqués más que vos?

—¿Es posible?

—Y que con su ayuda os vengareis más seguramente del hombre que ha abusado de vos.

—¿Qué decís?

—Escuchadme.

Souvray contó á la polaca la historia de Solange, sin omitir nada, con fechas, lugar y circunstancias. Habló de Roman Tremor, del niño criado en Corneilles.

El orgullo de Wanda, sangriento é irritado, vencido por aquellas revelaciones, cedió por fin.

Así procedía aquel hombre, del cual había hecho ella su Dios y por el cual había expuesto su vida, su honor y su fortuna, asesinando á su bienhechor, un príncipe bastante sensible á sus encantos y bastante generoso para dotarla de bienes inmensos, obras maestras de arte, hacerla una princesa, darle uno de los títulos mas antiguos é ilustres de Italia, la tierra clásica de los maestros del mundo; aquel hombre por quien ella había envenenado á una criatura angelical que no le había hecho mas daño que el de vivir oscuramente, encerrada en sus habitaciones y en sus tristezas, pero vivir; aquel hombre por el cual ella hubiera dado todo cuanto poseía, nunca la

había amado. Y en cambio adoraba á Solange, una campesina, una muchacha criada en la pobreza, en el fondo de los bosques, inculta y simple como una vaquera de oficio.

Oliverio no se había servido de Wanda sino como de una cortesana y de un instrumento servil para preparar su matrimonio con aquella rival indigna.

¿Como había caído en el lazo! ¿Con qué candidez se había dejado engañar!

Ella, la princesa Cavalli, la reina de la colonia extranjera y cuyo nombre era citado en primer término en todas las fiestas de la alta sociedad, con fortuna inmensa, palacio soberbio como pudiera tenerlo un Ferrara ó un Médicis, se veía humillada, deshonrada, envilecida hasta tal punto! ¿Qué vergüenza!

Ya no razonaba. Si el marqués de Taunay, su amante, su único amante, (hay que hacerle justicia porque en la multitud de cortesanos estáticos, ante su triunfadora belleza, ella no había distinguido á nadie más que á él), se hubiera presentado en aquel instante, le hubiese dado de puñaladas ó insultado como á un lacayo y echado á latigazos de su casa.

¿Como! Él la impulsaba al crimen sobreexcitando poco á poco sus malos instintos, sus celos, su ferocidad y todo en beneficio de otra, para no recojer el fruto sino los remordimientos de su crimen.

Pues bien, sí; era espantoso lo que había hecho. La luz se hacía en su entendimiento y la venda del amor caía de sus ojos.

—Escuchadme ahora—dijo con voz tem-

blorosa y la garganta seca por la emoción que la hacía estremecerse.

Y contó al conde de Souvray con toda ingenuidad su sorpresa con Oliverio, cuando su amante se despedía de ella en el palacio de Venecia, que ella dejó, para venir á París y recibir á aquella Solange que tan enamorado le tenía; las amenazas del príncipe que quería secuestrarla en las soledades de Polonia; su negativa á seguirle por no renunciar á su amante; el secreto de la bohemia y cómo se había servido de él para recobrar su independencia.

—No hacía más que defenderme—dijo con indomable fiereza.

Explicó á Roberto con cuánta doblez, con cuánto artificio la había llevado á este estado de demencia amorosa en que no se razona, y se pierde la noción del bien y del mal; cómo le había dicho que la marquesa se había curado, que viviría, que estaba obligado á seguirla al Sur de Francia, abandonando á Wanda, que no podía pasar sin él; cómo había excitado sus celos dejándola entrever que no estaba muy lejos de amar á Elena, y por último, cómo le había impulsado al pensamiento funesto de suprimir á aquella del mundo de los vivos, cuando, en efecto, solo á él perjudicaba su existencia.

—¡Mónstruo!—exclamaba en la exaltación de su vanidad, su orgullo y su amor heridos.—¡Quisiera llevarle al cadalso, aunque tuviera que subir con él!

Buscaba un medio de castigarle, pero tuvo

que confesar que no le encontraba, llena de ira por su impotencia.

De buena gana hubiera pagado gentes para que le matasen, costara lo que costase. ¿Acaso con dinero no se pueda hacer todo?

¡Ah! ¡si hubiera estado con ella en las estepas de Polonia!

Pero ahora él estará sobre aviso, y huirá de ella, y en París, con luz, gas, telégrafo y agentes, es difícil alcanzar á un enemigo.

Era una guerra imposible.

Souvray la escuchaba, admirado de la violencia de aquel temperamento de fuego, de aquella *bravura del crimen*, por decirlo así.

Estaba seguro de que Wanda no retrocedería ante ningún peligro, ni aun ante el deshonor de una pena infamante, con tal de vengarse.

La palabra venganza ha sido hecha sin duda para esta clase de espíritus arrebatados y salvajes.

Cuando acabó de hablar le dijo el conde:

—Yo seré el castigo, si quereis.

—¿Qué vais á hacer?

—Concededme el plazo de un año, y después, si no habeis quedado satisfecha, recobrareis vuestros derechos.

—¿Y quién me asegura que vos no faltareis á vuestros propósitos de venganza?

—Vos amabais al marqués y estais irritada por su traición.

—Es verdad.

—¿Le odiais ahora mortalmente por que os ha engañado?

—Mortalmente, en efecto.

—Pues bien; yo princesa, amaba con toda mi alma, con una pasión sin igual, á una mujer de una dulzura celeste, de una bondad divina. Esa mujer, que era un ángel sobre la tierra no ha faltado jamás á sus deberes por dolorosos que le fueran. Apenas si ellos dejaban escapar una tímida queja, cuando la cadena aceptada por ella le martirizaba las carnes. Yo me contentaba con verla y hablarla. Mi dicha se cifraba en verla alguna vez sonreír y esperar en el porvenir, un no sé qué misterioso que recompensase las privaciones del presente. Pero este hombre la ha asesinado cobardemente. La he visto expirar ante mis ojos sin poder librarla de la muerte horrible que me la arrebató. Hubiera sufrido menos si mi vida se hubiera escapado por mil heridas con la última gota de mi sangre. ¡Y creéis que yo perdonaría! ¡Por vuestro odio, juzgad del mío y decidme cuál de los dos debe ser el más tenaz y encarnizado!

—¿Qué debo hacer?—dijo la polaca ya convencida.

—Nada: desaparecer. Retiraos á donde os acomode vivir, á Roma, á vuestro palacio de Venecia ó á vuestras tierras de Polonia.

—Y vos mientras tanto...

—Yo, obraré. No estoy solo: otros resentimientos rodean y amenazan al marqués, solo que vivimos en un país civilizado en que el más legítimo castigo puede pasar por un atentado si no son los jueces los que lo aplican.

Nadie puede tomarse la justicia por su mano, sino en la sombra; pero la venganza más segura, ¿no es aquella que permanece secreta? Es preciso, pues, aguardar con calma una ocasión para aprovecharla inmediatamente. Estad tranquila, que llegará, y, ó yo me engaño, ó la haré surgir gracias á Solange, que llegará á ser mi mejor auxiliar, quizá sin darse cuenta de ello. Yo seguiré al enemigo con la paciencia del cazador. El ojo de los hombres no nos verá; en cuanto á la mirada de Dios espero que será clemente y que su justicia nos absolverá. No os pido, pues, princesa, sino que me atestigüéis que ese hombre es culpable.

—Ya lo he dicho.

—Necesito algo más que palabras.

—¿Qué necesitáis?

—Un escrito para enseñárselo el día de su ejecución.

—Ese escrito sería también mi sentencia.

—objetó Wanda, palideciendo.

—¿No os he prometido el secreto?

—Juradlo.

—¡Por lo que más he amado, por las cenizas de mi madre y sobre la cabeza de esa pobre muerta!

—Dictad, pues.

—Escribid:

«Declaro, para rendir tributo á la verdad, que á instigación del marqués Oliverio de Tannay, ha sido envenenada, en el hotel Cavalli, su mujer Elena de Rocheville, en la noche del 13 de marzo de 1870.»

—Firmad con vuestras iniciales.

La polaca obedeció.

—¡Es mi honor lo que os entrego!— murmuró Wanda.

—Vivid tranquila—dijo el conde;— que ningún recelo turbe vuestro sueño... ¡Antes de arrancarme este escrito, se me arrancará la vida!

Y añadió con profunda tristeza.

—Si fuerais hombre, nos hubiéramos batido á muerte... Os hubiera perseguido hasta el fin del mundo...; pero sois mujer, y os excuso porque amáis.

El aspecto de la pobre Elena hubiera debido, sin embargo, hacer temblar vuestra mano. Unicamente ella podrá entristecer vuestras noches, cuando su encantador y pálido rostro aparezca en vuestros sueños. Por mi parte, os perdono; pero temo á vuestro amor: puede renacer y volveros cobarde, como os ha hecho criminal. Partid, pues.

—Acepto. Además, la estancia en París me sería insoportable.

—Si dentro de un año, tal día como hoy, no he devuelto á ese hombre mal por mal, vos misma sereis el juez y recobraréis vuestra palabra, vuestro escrito y vuestra libertad. Adiós, princesa.

Saludó y salió.

El día comenzaba pálido y triste.

El viento se había cambiado de Norte en Oeste, trayendo gruesas nubes grises y pesadas cargadas de lluvia.

En vez de la estrellada noche, había una

aurora rojiza sembrada por una niebla espesa que envolvía á Paris como un sudario.

El conde llegó á su casa. Allí se encerró en su cuarto, y sentándose junto á una mesa, cerca de la ventana, reflexionaba.

¿Cómo cumpliría su doble promesa?

¿Cómo herir á este hombre omnipotente, dejando á Solange llegar á ser marquesa de Tannay?

Había en eso una contradicción flagrante, contra la cual debía fatalmente estrellarse.

Enervado, cansado de pensar, iba á renunciar á perseguir esta idea, cuando de pronto se dió una palmada en la frente, como un inventor que encuentra el secreto que se le escapaba.

Una viva luz iluminó su cerebro.

Había hallado el medio, confuso aún, pero que poco á poco se dibujaba más claramente, de un modo más neto y preciso.

La idea existía. No se trataba más que de ejecutarla, lo cual era cuestión de tiempo. Guardó cuidadosamente la declaración de la princesa Wanda con el retrato de Elena y una carta bastante larga á su hermano, y después de lacrado el sobre, le puso la siguiente dirección:

«A M. Hugo de Souvray, mi hermano, para que le sea entregado á él solo después de mi muerte.»

Después de tomada esa precaución dejó la levita, y poniéndose un gabán, salió de nuevo.

Eran las ocho de la mañana: á las ocho y

cinco llamaba á la puerta de Solange Fargeas, que ya estaba vestida y preparada á salir.

—Solange le dijo,—os doy las gracias. Aquí están vuestras cartas, y obrad ahora como mejor os plazca. Sois libre. Deseo tanto que seais marquesa de Tannay como podríais vos misma desearlo. Sólo me queda que pidiros un favor.

—¿Cuál?

—Cuando el marqués reclame el cumplimiento de vuestra promesa, consentid, pero con una condición.

—¿Qué será!..

—Que el matrimonio se celebre en el castillo de Chevagnes,

Ella le miró un instante, tratando de penetrar su pensamiento.

—¿Me prometeis no perjudicar á mi hijo?

—Vuestro hijo, Solange, estará, á cambio de este servicio, bajo mi protección y la de mi hermano el vizconde Hugo de Souvray.

Solange le tendió la mano.

—Haré lo que quereis—dijo.

—Y que este secreto quede entre nosotros.

—Está convenido.

Al día siguiente, los periódicos, al dar cuenta de la fiesta del hotel Cavalli, anunciaron la muerte de la marquesa de Tannay, sin comentarios; pero dos días después, un gran diario de la mañana, mejor informado que los demás y que estaba siempre á la pista de los escándalos mundanos, publicó un artículo que produjo gran efecto.

«El baile de la Avenida Montaigne ha sido contristado por un acontecimiento misterioso.

»Una joven que llevaba uno de los mejores apellidos de la aristocracia francesa, la marquesa de T... C..., ha sido atacada repentinamente por un mal desconocido. Apenas si el accidente dió tiempo para avisar al Dr. Durand y transportarla secretamente del comedor á la *serre*. El facultativo no pudo hacer más que presenciar los últimos instantes de su cliente, la cual á la media noche se había sentido atacada por repentina debilidad, que se acentuó rápidamente.

»Este desfallecimiento siguió muy de cerca á su paso por el *bufet*, en donde solo bebió un vaso de agua.

»La marquesa disfrutaba de poca salud. Sufrió desde hace algunos años una enfermedad del pecho, hereditaria sin duda, porque su madre murió á los veinticinco años, próximamente, á causa de una tisis que pareció haber sido transmitida á su hija.

»Pero los síntomas que han precedido al fin de esta desgraciada joven no tienen relación alguna con los que acompañan á la muerte de los tísicos.

»Además, desde hace algún tiempo, se nos asegura que la marquesa de T... C... parecía renacer. Los médicos creían que se salvaba.

»Los T... C... poseen una fortuna inmensa.

»La marquesa, que se apellidaba R..., se había casado con su primo hacía dos años tan solo, y era estimada y adorada por su

gracia é inagotable bondad en el *faubourg* de Saint Honoré, donde habitaba, en la Avenida Matignon, uno de los más bellos hoteles de París.

Se hacen infinidad de conjeturas acerca de este fin prematuro.

La marquesa ha exhalado el último suspiro en la estufa del hotel Cavalli, rodeada de flores, entre el ruido de los surtidores de agua y los ecos de la orquesta de Desgranges, que interpretaba en aquel momento, con entusiasta inspiración, la célebre polka de las *Máscaras*, de Strauss.

Ha circulado entre los grupos, en el momento en que corrió el rumor del trágico fin de la marquesa, la palabra suicidio.

Nada más inverosímil.

La señora de T... C... muy religiosa y educada por una familia muy cristiana, no hubiera recurrido á este medio, condenado por la iglesia, para desembarazarse de una vida que, después de todo, nada podía hacerle pesada.

Si se quisiera dar un color dramático á esta muerte, ocurrida en medio de las magnificencias de un palacio italiano, que se creería construido por los Erte ó los Grimaldi, se hablaría inmediatamente de veneno.

Pero esto sería una hipótesis gratuita y desprovista de fundamento.

Y el autor desconocido de este artículo, añadía esta intencionada frase:

¿Quién hubiera tenido interés en suprimir violentamente á una joven encantadora, tan

buena para los pobres, como para los opulentos, y cuya mejor oración fúnebre es la desesperación de algunos y el disgusto de todos los que la rodeaban y de su familia?

Este artículo, verdadero hasta en sus menores detalles, y hasta en las suposiciones, produjo un escándalo enorme.

La princesa Cavalli se aterró.

Durante algunas horas temió alguna requisitoria y tal vez una orden de arresto, pero en consideración á los nombres ilustres mezclados en este asunto, la policía solo intervino secretamente.

Sin embargo, se pidieron explicaciones al marqués de Tauuay y á la princesa.

La polaca contestó con desden que no sabía nada ni tenía nada que decir.

El marqués enseñó la declaración de Elena, que cortaba de raíz cualquier presunción contra él, y con esto se echó tierra al asunto.

Por un suelto del mismo periódico supo Oliverio la partida de su cómplice.

La hermosa Wanda realizó, sin dar cuenta á nadie, el convenio ajustado con Souvray.

Cuatro días después de la fiesta, abandonó su palacio de la avenida Montaigne y marchó, no á Venecia, sino á su casa solariega de Brauski, en Polonia, cerca de Cracovia, aceptando por sí misma la prisión en que el príncipe había querido encerrarla diez y ocho meses antes.

Se condenaba sin pena al destierro, que había rechazado con horror cuando amaba y quería vivir al lado de su amante.

A pesar de la ferocidad de su carácter, aquellas dos víctimas, aquellos dos atentados cometidos para acercarse á un ser despreciable que se burlaba de ella, gravaban su conciencia con horrible pesadilla.

Oliverio estuvo preocupado durante algunos días con aquella fuga inexplicable.

La princesa había dejado á París sin tratar de verle, sin escribirle, sin darle aviso alguno del lugar de su retiro.

Esperaba este aviso, pero no lo recibió.

Este silencio le inquietó durante algunos días.

Después interpretó como un efecto de los remordimientos que debían agitar á su cómplice.

De todos modos, se consideró dichoso con esta desaparición, que le libraba de un inmenso cuidado, porque temía la violencia de su peligrosa amante, y no veía sin terror acercarse el momento en que le pusiera en el trance de realizar promesas que ya no quería cumplir.

Su plan en este caso estaba trazado. Dejaría á París y se encerraría en Chevagnes ó en cualquier otra posesión para vivir con Solange, en quien no cesaba de pensar.

Una ruptura con la princesa, como la ocurrida, venía á colmar sus deseos y parecía un azar tan dichoso como inesperado.

Sin embargo, no se atrevió á hablar desde luego de matrimonio con Solange. Temía, con razón, descubrir el secreto de la muerte de Elena, y dar cuerpo á las sordas acusaciones que contra él circulaban.

Imitó á la princesa, y desapareció.

La traslación de los restos de Elena á Rochevieuille, donde por su testamento quería reposar eternamente al lado de su familia, le suministró un pretexto natural para alejarse de París.

Por una cláusula de este testamento, que se encontró en el *secretar* de la difunta, cedía esta tierra patrimonial á sus primos los Souvray con la carga de cuidar los panteones de familia y pagar unas pensiones á sus antiguos servidores.

El resto de sus bienes, á consecuencia de las estipulaciones matrimoniales, era para su marido, jefe de la familia de los Taunay-Coulanges.

Rochevieuille es, como Chevagnes, uno de los dominios más importantes del Morvan.

Un abuelo de Elena había levantado una capilla gótica en medio del parque, que era inmenso.

Esta capilla, casi cubierta por las ramas de las corpulentas hayas y seculares encinas, respira profunda melancolía.

Construída con granito negruzco é iluminada á través de cristales que representan escenas de la Biblia, la capilla es ignorada por casi todos los paseantes; se la distingue trabajosamente desde cualquier extremo del parque, que está lleno de árboles muy frondosos y cuyas ramas no caen más que de vejez.

Jamás el hacha ha tocado desde hacía cien años el tronco de un árbol.

Nada turba el religioso silencio de este punto solitario, mas que el murmullo de una fuente que vierte sus aguas sobre un lecho de guijarros y el canto de los pájaros en la entramada.

Allí era donde á fines de mayo reposaba la que había sido Elena de Rochevieuille, marquesa de Taunay.

Todos los días un hombre vestido de negro, con los ojos enrojecidos por constante llanto, iba á cumplir algún voto que se había impuesto.

Llegaba á caballo, á través de los bosques; ataba su montura á un árbol y se arrodillaba sobre las losas de la cripta donde dormía el sueño eterno la que había amado y seguía amando con un amor de los que absorben toda la vida de un ser.

Los remordimientos de sus matadores ya se habían extinguido.

El 4 de junio, con una temperatura primaveral, el cupé del marqués de Taunay, guiado por Mr. Stripp, se paró en la calle de la Paz, ante la casa de Felisa.

El marqués había vuelto el día anterior de una expedición á la Argelia.

Entró en el saloncito de la modista: algunos minutos despues, la dueña de la casa llamaba á Solange.

La joven llegó y permaneció de pie ante el marqués.

Oliverio le cogió la mano y ella no la retiró; sólo un estremecimiento involuntario la agitó de pies á cabeza.

—Solange—le dijo,—¿cuándo quereis ser marquesa de Taunay?

Ella repuso con voz firme:

—Dentro de seis meses.

—Es mucho plazo.

—La tumba de la muerta apenas está cerrada.

—¿Dónde quereis que se celebre el matrimonio?

—¿Me dejais la elección?

—No tengo más deseo que el de agradaros.

—Pues entonces, en Chevagnes.

El marqués se sobresaltó.

—Allí—dijo vivamente Solange—fué donde recibí el ultraje y allí quiero la reparación.

—Sea, pues.

Y apoyó la mano de Solange sobre sus labios, y allí la retuvo largo tiempo.

Ella se inclinó y salió.

Y sola ya en el gran salón, en el hueco de una ventana, limpió violentamente la mano con el pañuelo, como si hubiera querido borrar las huellas del beso.

LA LEYENDA DE CHEVAGNES

LA EOCHE DE BODA.

X

Solange dijo que se casaría transcurridos seis meses.

Por lo tanto, el matrimonio debía efectuarse á principios de diciembre.

Pero en este intervalo iban á tener lugar funestos acontecimientos.

No es nuestro objeto recordarlos. Es preciso creer, en honra del carácter nacional, que viven todavía en la memoria de todos.

Francia sufrió una serie de desastres sin nombre. En Sedan, en Metz, dos valientes ejércitos, abandonados por la suerte, capitularon. Paris estaba sitiado.

Los alemanes paseaban, casi sin lucha, por aquel suelo, donde la huella de sus pisadas no se ha borrado todavía.

¿Quién las borrará?

Era á últimos de noviembre.

El frío era intenso. Los soldados franceses,

prisioneros en Alemania, recuerdan todavía la glacial temperatura.

Una tarde, á eso de las cinco, tres hombres se hallaban reunidos en una sala baja, húmeda, oscura, sin mas ventana que una, estrecha y larga, de forma ojival.

Por toda luz tenían una vela de sebo colocada en un candelero de hierro.

Esta sala se hallaba situada en la planta baja de una especie de ciudadela, puro modelo de las construcciones militares del siglo XVI, bien conservada y provista de sus torres, almenas, poternas y caminos subterráneos. Estos eran una perfección en su clase; ¡difícil era que los encerrados allí pudieran escapar!

Esta fortaleza dependía de un pueblecito bávaro, muy tranquilo, cuyos vecinos suelen hallarse más á gusto en la cervecería que en el regimiento...

Este pueblo se llamaba Mittenberg y está situado á diez y ocho leguas de Munich, al Oeste, hacia la frontera suiza.

Los tres hombres estaban muy tristes.

Por sus deteriorados, aunque limpios uniformes, y por su fisonomía, comprendíase enseguida que eran soldados franceses.

Eran, en efecto, soldados de infantería prisioneros.

Se llamaban Hugo y Roberto de Souvray y Roman Tremor.

Desde el principio de la guerra se alistaron en el regimiento que mandaba el coronel Hennebon, pariente cercano de los Souvray.

Heridos Roberto de Souvray y Román Tremor en la batalla de Saint-Privat, fueron trasladados allí en una ambulancia de Metz; y Hugo que quizá hubiera podido huir, no quiso abandonarlos.

Nadie, después de todo, podía prever los espantosos desastres que se preparaban, y en los cuales los tres amigos habían de verse envueltos.

Presos en Metz, fueron encerrados, con docientos de sus camaradas, en aquella prisión de Mittenberg.

En medio de todo fué una suerte.

Comparado con las horribles barracas en las que sus otros compañeros estaban acorralados en Prusia, el antiguo castillo de Mittenberg era un paraíso, y el rey de Baviera un monarca generoso, si se pensaba en el indigno tratamiento ordenado ó tolerado por otros.

En el resto de Alemania los prisioneros morían de hambre y de frío.

No es esto decir que en Mittenberg se viviera bien; ya se comprenderá que se pasaba mal, muy mal.

Las patatas y las habichuelas escaseaban, la carne salada, no era siquiera fresca, y el pan no podía ser peor; pero se vivía.

El agua era excelente, y... casi la daban á discreción. Los del país pretenden que es un agua mineral digna de ser embotellada.

¡Pero los tres prisioneros pensaban más en las desgracias de la patria que en su bienestar!

Suspiraban por la libertad; hubieran querido recobrarla á costa de los mayores sacrificios.

Román Tremor, sobre todo, había caído en tan profundo abatimiento, que no hacía un movimiento, ni despegaba los labios.

Permanecía horas enteras con los ojos fijos en el techo del calabozo, sin más pensamiento que este:

— ¡Dentro de ocho días se casa!

Ella, Solange.

Se mordía los dedos de rabia. Parecía la estatua de Ugolino, en las agonías del hambre.

Pero á él le destrozaba el pesar de no poder hacer nada para impedir semejante mal.

Hubiera dado la mitad de su sangre por verse libre, tener un caballo y emprender vertiginosa carrera, en medio de una lluvia de balas, hasta sus montañas y bosques de Morvan, hasta Gué-aux-Biches, donde Solange se refugió al comenzar la guerra, habitando la casita donde nació, mientras llegaba el momento de ser la castellana del dominio. La dueña del castillo, la esposa del marqués Oliverio de Taunay.

Y se golpeaba la cabeza contra las paredes de la prisión.

Los tres intentaron fugarse, pero la conspiración fué descubierta por un bávaro que se apresuró á denunciarla al mayor Von Schwartz, un hombre de pelo en pecho que no se andaba en chiquitas, implacable en el servicio y que profesaba, no se sabe por qué,

odio terrible á los prisioneros que estaban bajo su fétula.

El mayor Von Schwartz, era un hombre de cincuenta años, de luenga y espesa barba, ruda fisonomía, ojos saltones, barrigudo y re-gordete.

Era sumamente envidioso. Desde su juventud no pensaba más que en hacerse rico, y jamás perdonó ocasión de conseguirlo.

Mas á pesar de todos sus esfuerzos, solo legó á reunir unos quinientos florines de paga.

Vivia humildemente de ese sueldo en compañía de su hija Suzel, muchacha muy bonita que le quedó de su matrimonio con una bávara rubia y sosa.

Suzel tenía veintidos años, y ¡no tenía dote!

Esto era muy sensible.

El mayor Von Schwartz hubiera libertado sus doscientos cautivos con tal de poder dotar, aunque fuera modestamente, á su pimpollo.

¡Y tenía encerrados á tres, que hubieran dado una fortuna por su libertad! Pero él lo ignoraba.

Al contrario, los encerraba y odiaba, en vez de entenderse con ellos...

¡La fatalidad intervenía en todo!

Para estos casos es oara cuando más falta hace un intermediario socarrón é inteligente.

Debian hallarlo.

Sepamos como.

Roberto de Souvray y su hermano tenían,

todavía, al llegar á Mittenberg, unos cincuenta luises.

No sabiendo á qué santo encomendarse, Roberto reparó, entre los curiosos que se detenían á ver á los prisioneros, en un hombre illo con ojos de ave de rapiña, amarillos y fosforescentes, tez verdosa y cabellos negros y espesos.

Aun cuando no le inspirase completa confianza aquella fisonomía, la necesidad no admitía dilaciones, y decidió hacer llegar á manos de aquel nuevo personaje cinco luises y una carta.

El hombre lo comprendió todo en seguida, escondió el dinero y la misiva, y cuando la ciudadela se hubo cerrado tras el convoy, leyó el sobre.

Decía en alemán:

«A la señora princesa Cavalli, castillo de Brauski, cerca de Cracovia.»

Aquella noche, el conde, en su calabozo, no cesaba de preguntarse si aquella carta habría llegado á su destino.

Hacia mal en dudar.

El hombre aquel fué un verdadero hallazgo.

Era judío y se llamaba Isaac Grúnder.

Este comprendió en seguida que se trataba de un buen negocio. El soldado que le daba cinco luises por tan sencilla comisión, y que escribía á una princesa, habitante en un castillo en Polonia, no era un hombre cualquiera, sino un ricacho, del cual podría obtener pingües beneficios.

Y no solamente echó la carta al correo, sino que por su cuenta escribió esta otra:

«Princesa:

«Si por casualidad tuviérais necesidad en la ciudad de Mittenberg (alta Baviera) de un hombre seguro y discreto (perdonad la inmodestia), hábil y entendido en negocios, como el más fino diplomático, de Munich, me pongo á vuestras órdenes y os serviré fielmente, mediante una pequeña comisión.

«Se me encuentra siempre, desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde, en mi tienda, en donde tengo toda clase de curiosidades, situada en la plaza de la Catedral. Después de las cuatro suelo ir á la cervecería de *El Elefante*, que todo el mundo conoce aquí.

Vuestro respetuoso y humilde servidor,

«ISAAC GRÜNNDER.»

XI

«Por una pequeña comisión!

Toda la diplomacia del judío dependía de esa frase y lo mismo toda su moral.

Verdad es que á muchos cristianos les sucede lo propio.

Por una pequeña comisión se hubiera dejado cruzar le cara en la cervecería del *Elefante*, en medio de todos los vecinos de Mittenberg reunidos.

Por una pequeña comisión hubiera vendido su alma al diablo, que no la hubiera querido, pues ni para el diablo servía alma tan gangrenada por la avaricia y la estafa.

El mismo día en que los tres prisioneros del mayor Von Schwartz se lamentaban de su suerte, alrededor de una mesa coja, y á la luz de la vela de sebo, Isaac Grünnder se hallaba en su tienda, un chiribitil inmundo, donde estaban aglomeradas las mercancías, que eran muebles antiguos, muy deteriorados, cuadros y otros objetos por el estilo.

Estaba ocupado en leer una carta que había recibido de su camarada, correligionario y consocio, Abraham Kreuznach, que estaba de expedición.

Este cuervo le anunciaba un envío de pianos, sillones, mesas, relojes y otros objetos, tomados en territorio enemigo, sin escrúpulo ninguno, y de cuyos objetos, sin escrúpulo ninguno también, esperaba obtener al venderlos beneficiosos resultados.

Abrióse la puerta, y una voz fresca é imperiosa preguntó:

—¿El señor Isaac Grünnder?

El judío alzó la vista y hallóse frente á una hermosa dama envuelta en magnífico abrigo, cuyo coste calculó en seguida en mil quinientos florines.

Isaac Grünnder era hombre perspicaz.

No se equivocaba fácilmente.

Y, además, al ver á aquella señora, comprendió en seguida quién pudiera ser, y dijo.

UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE LEÓN
"ALFONSO REYES"
Cdad. 1625 MONTERREY, MEXICO

—La princesa.

Era ella, en efecto, siempre hermosa.

La saludó en voz baja, pronunciando palabras de servil cortesía.

La Princesa no perdió el tiempo en preámbulos.

—Me habeis dicho que podeis serme útil..

—comenzó diciendo.

—Sí, princesa.

—¿Mediante qué condiciones?

—Eso depende del servicio.

—Es lógico. Hay tres militares franceses^t simples soldados, prisioneros en el castillo: quiero su libertad.

Isaac Grümder se rascó la cabeza.

—¿Es posible?—repuso la polaca.

—El dinero todo lo puede.

—¿Qué idea tan profunda! ¿Entonces todo es cuestión de precio? ¿Cuánto?

—¿Os interesa mucho esa libertad, princesa?

—Mucho. No acostumbro á perder el tiempo en rodeos.

—Es indispensable procurar su evasión.

—Eso es.

—Será preciso corromper á mucha gente.

—A una sola persona—dijo ella categóricamente.

—¿Cuál?—preguntó Isaac sorprendido.

—Al jefe.

El judío abrió mucho los ojos y contempló admirado á la extranjera.

Aquella mujer le pareció sublime, por lo concisa.

—No es imposible—contestó él;—pero ese será más caro que los subalternos.

—Más caro, pero más seguro—contestó Wanda.

La admiración de Isaac aumentó.

—¿Cómo se llama el jefe?—preguntó ella.

—El mayor Von Schwartz.

—¿Es rico?

—Pobre como Job.

—Entonces no hay dificultad ninguna.

—Perdonad, princesa; pero puede ser incorruptible.

—No lo será con la suma que yo señale.

—¿Qué suma?

—La que haga falta.

Isaac sentía deseos de postrarse ante aquella admirable criatura y besar el extremo de su abrigo.

Sin embargo, pensó que una hija de Israel hubiera encauzado el negocio de otro modo, tratando más duramente las condiciones; es decir, llegando al mismo objeto, pero á más bajo precio.

Decididamente, su raza era superior.

—¿Podeis encargarnos de arreglar el negocio?

—Mediante una pequeña comisión, excelencia.

—Ya me lo habeis escrito. La tendreis.

—¿Cuánto?

—Os aconsejo que confieis en mi generosidad. De otra suerte, nada me impedirá hablar yo misma con vuestro mayor... ¿Cómo habeis dicho que se llama?

— Von Schwartz.

— ¿Y qué vais á hacer?

— Lo veré, princesa, lo veré.

— ¿Cuándo?

— En seguida.

— ¿En el castillo?

— En el castillo.

— Entonces podreis entregar á los prisioneros un objeto que en nada puede comprometeros.

— ¿Qué objeto?

— Una sortija.

— ¿Dónde está?

La polaca se quitó del dedo un anillo de oro con una perla, y la envolvió en un bill de doscientos marcos, que entregó al judío, cuyos ojos echaban chispas.

— Con este pasaporte — dijo él — la sortija irá á todas partes. El dinero es como Dios.

Wanda alzó los hombros.

— ¿Cómo se llaman vuestros protegidos, alteza?

— Uno de ellos, Roberto de Souvray. Este os dirá cuáles son los otros.

— ¿Adónde quereis que os lleve la respuesta?

— Al hotel del Faisán. ¿Cuándo estareis de vuelta?

— Dentro de dos horas.

— Bien.

Isaac Grünader se puso el gorro, abrigóse el cuerpo con un carrick muy viejo, sucio y remendado, hizo profunda reverencia á Wanda y se encaminó hácia la ciudadela.

Iba loco de alegría.

Conocía la manera de conmover al mayor Schwartz, puesto que sabía cuál era su cuerda sensible.

Y ya que es preciso decirlo todo, no omitiremos que le tenía adelantadas algunas cantidades; esto era un detalle más á su favor, para contar con el militarote.

Este le recibió en seguida.

El mayor estaba sentado frente á una mesa-escritorio, de roble claro, manchada de tinta, y fumaba en una enorme pipa.

Al ver al judío se echó á temblar, pues se le figuró que iba á reclamarle los ciento cincuenta marcos que le debía desde haciaseis meses.

Y el mayor, no solo no poseía esta suma, sino que pensaba pedirle treinta marcos más, que le hacían mucha falta.

Pero pronto se tranquilizó.

Isaac no habló de eso, sino que comenzó diciendo:

— Teneis una hija, mayor Von Schwartz.

El oficial dió un suspiro.

— Una hija que es preciso ir pensando en casar.

— ¿Venís á burlaros de mi pobreza, Isaac?

— Dios me libre.

— No tengo ni un *Kreutzer* que dar á mi pobre Suzel.

— Es lástima, porque es muy bella.

— Precisamente me disponía á pedir os una pequeña cantidad, que os pagaré lo antes posible.... ¡Haceis buenos negocios este año, Isaac!

— Así, así.

—Si pudiérais prestarme algunos florines...

—No tengo ni uno solo.

—¿Es posible?

—Pero tengo algo mejor que ofrecer.

—¿A mí?

—A vos.

El judío acercó la silla, y con misterio, preguntó:

—¿Qué os hace falta para vivir desahogadamente?

—Os estais chanceando.

—Hablo seriamente.

—Pues no sé... dos mil florines...

—Sois demasiado modesto.

—Tres...—dijo vacilando el mayor.

—¿Qué diríais si fueran cinco ó seis mil?

—¡Oh! Isaac Grünnder, ¿tendréis quizá intención de corromperme, de exigir de mí algo contra la disciplina, contra el honor militar?...

El judío no se intimidó.

Aspiró un buen polvo de rapé, y quedóse mirando fijamente al mayor, que se puso rojo de vergüenza.

Y como Isaac no hablara, el militar repuso:

—Vamos, amigo mío, explicaos. Si la cosa no fuera muy grave...

—¡Y la recompensa enorme!—insinuó el judío.

Al bávaro se le subía la sangre á la cabeza y parecía quererle salir por los ojos.

Diríase que le iba á dar un ataque apoplético.

Pero nada de eso era efecto de la indignación...

—¡Seis mil florines! ¿Qué iría á pedirle Isaac Grünnder? ¡Con tal de que fuera posible!

—El negocio es el siguiente: me acaba de visitar una señora. Es una polaca. Se trata de un asunto amoroso. Poco trabajo me ha costado adivinarlo. Ama á un soldado, un simple soldado. Es rica, y quiere arrancarlo de vuestras garras, así como á sus dos compañeros.

—¡Ah! ¿dos amigos además?

—Soldados también como el otro. Ya comprendéis, mayor, no se trata de generales...

—¿Cómo se llaman?

—El principal, Roberto de Souvray. Los otros dos sus camaradas.

—Esperad, Isaac, esperad. Entiendo. Número 196, Souvray. Dos hermanos. ¡Han tratado de sobornar á un centinela! Y ahora quieren comprar al comandante—añadió mirando ferozmente á todos lados.

—Pensad en Suzel.

—¡No, no y no! ¡Están en el calabozo!

—¿No queréis?

—Por los mil diablos del infierno, no.

—En la vida hallareis otra ocasión de poseer semejante fortuna. ¿Y á cambio de qué? ¡De una bagatela! ¡Tres simples soldados! Una puerta abierta por desecido, mañana, antes de que amanezca. Trajes que se les pueden pasar cautelosamente. Yo me encargo. La señora esa les manda los caballos á las puertas de la ciudad. Ganan Suiza por la

montaña, y á vos no os sucede nada. No tenéis necesidad de avisar que se han ido. ¿Quién ha de inquietarse por eso? Y en último caso podeis hacer que les sigan del lado opuesto al que hayan tomado para fugarse... Pensadlo bien.

—No, no puede ser. Al menos por ese precio. ¡Si se tratara de diez mil florines siquiera!

—¿Diez mil!

—Ni más ni menos.

—¿Es una cantidad fabulosa!

—Y os dejo en libertad de arreglar el negocio.

—¿Diez mil!

—Ni un *thaler* menos. Arriesgo la carrera y, por lo tanto, el sueldo.

—¿Quién lo ha de saber?

—En fin, tratad el negocio, Isaac. Diez mil florines, puesto que la dama es rica.

—Haré cuanto pueda, mayor; pero sois inflexible.

—¿Y vos me dareis recibo de lo que os debo?

—Con mucho gusto, siempre que pueda hablar á esos soldados esta misma noche. Dadme una orden.

—En seguida.

—¿Y hareis abrir las puertas?

—Sí.

—¿Y cerrareis los ojos?

—Mediante buen dinero contante y sonante...

—Podeis estar tranquilo.

—Sobre todo, que esos franceses se fuguen sin ruido.

—De eso me encargo yo.

Diez minutos después, el judío entraba solo en la sala baja, donde los dos hermanos y Romón Tremor cenaban melancólicamente un plato de habichuelas cocidas en agua salada y un pedazo de pan de munición.

—¿Cuál de vosotros se llama Roberto Souvray? —dijo.

—Yo.

—He aquí una sortija que me han encargado os entregue.

—¿De parte de quién?

—De una dama.

El conde tomó el anillo, y lo miró.

A su alrededor había grabadas estas palabras en italiano: «Estoy aquí».

Al mismo tiempo examinaba al enviado.

Un vago recuerdo le dió luz.

Era el mismo hombre á quien había dado cinco luises y una carta.

En voz baja, y para que no lo oyesen los llaveros, que estaban cerca, añadió Isaac:

—Preparaos para huir.

El corazón de Romón dió un salto en el pecho.

—¿Cuándo? —preguntó el conde.

—Mañana, antes de que amanezca.

—¿No será un lazo?

—¿He enviado ó no fielmente vuestra carta?

—Es verdad. Servidnos y os recompensaré.

—¡El también!—pensó el judío.

—¿Cómo os llamis?

—Isaac Grünnder. Vivo en la plaza de la Catedral. Yo me encargo de todo. No os acostéis esta noche.

Cuando se hubo cerrado la puerta, los tres amigos se abrazaron.

—¡Salvados!—dijo Román.

—¡Todavía no!—añadió Hugo.

—Que nos veamos fuera, y os aseguro que si nos vuelven á prender, no será sin que haya mediado encarnizada lucha.

Y acabaron de cenar, bien distintamente de como habían comenzado.

Isaac Grünnder no perdía el tiempo.

Se dirigió al hotel del Faisán.

La polaca le esperaba en su habitación.

Estaba tan tranquila como el día en que hizo envenenar á su marido y á la desgraciada Elena.

Aquella mujer era de mármol. No había dudado ni un momento del éxito.

—¿Está hecho?—preguntó.—¿A qué precio?

—No me atrevo á decíroslo.

—Atreveos.

—¿Daríais quince mil florines?

—¿Cinco mil por cabeza?

—Sí.

—Es cosa hecha. ¿Eso es todo?

—Luego... la pequeña comisión.

—¿Cuánto?

—Lo que gustéis, alteza.

—¿Bastarán cinco mil florines?

—Cinco y cinco hacen diez—pensó Isaac.

—Tendré tanto como el mayor.

Y añadió en voz alta:

—Ya lo creo, alteza. ¿Cómo pagais?

—Dando. Entregadme los tres soldados, y tendreis el dinero.

—El mayor exigirá las arras...

La princesa echó sobre la mesa un paquete de billetes.

—Tomad la mitad de la suma—dijo—á cambio de un recibo, que os devolveré en el momento de la entrega.

El judío no se hizo rogar.

Luego concilió todo lo necesario para la evasión.

—Harán falta caballos—dijo.

La respuesta de la polaca fué breve:

—Los tengo.

—Y trajes.

—Los tengo.

—Armas, por si os atacan en el camino.

—Las tengo.

Isaac la contemplaba con creciente idolatría.

—¿Qué mujer de negocios hubiera sido!

De pronto añadió:

—Y cartas, mapas, princesa para saber la dirección que es preciso tomar.

—Tengo.

Inclinóse hasta el suelo, fascinado; ultimó algunos detalles, escuchó las instrucciones que ella, para terminar, le dió, y se fué.

—¿Qué hombre tan útil!—pensaba á su vez la polaca.

XII

A la mañana siguiente, y una hora antes de que amaneciera, la férrea puerta que guardaba la sala donde los tres franceses estaban presos, se abrió como por arte de encanto.

Una mano desconocida lanzó al interior, un fardo que contenía tres trajes completos, amplios y cómodos, que ellos se pusieron en seguida.

Una vez vestidos, parecían tres vecinos de Mittenberg, unos bebedores de cerveza; no llamaban la atención por nada.

Pero lo importante era salir de la ciudadela y franquear las tres ó cuatro poternas que les separaban de las tranquilas calles de la población.

Los dos Souvray y Román Tremor, á pesar del disfraz, estaban inquietos respecto de la manera de salir.

Advirtieron con satisfacción que los bolsillos de las chaquetas contenían objetos muy útiles para semejante caso: un revolver de grueso calibre y una especie de cuchillo de monte.

Notaron además que la puerta de la prisión no se cerraba, y que una cara barbuda se asomaba cual si esperara que hubiesen terminado sus preparativos.

Aquella cabeza, que llevaba un casco puntiagudo de cuero, recordaba la del judío.

Y se convencieron que era el mismo, cuando les preguntó á media voz:

— ¿Estais listos?

Ese centinela no era otro que Isaac Grümder, disfrazado de soldado.

Cuando los tres franceses, que andaban con la punta de los pies como las bailarinas, estuvieron cerca de la puerta, les dijo:

— Venid.

Isaac y su séquito atravesaron un largo corredor circular que da la vuelta al cuerpo

De vez en cuando, los centinelas interpelaban al judío, cuyo rostro apenas se distinguía, oculto por el casco, é Isaac les tranquilizaba deslizándose á media voz el santo y seña.

No tenían otra luz que la linterna llevada por el judío.

No era de día aún.

Cuando hubieron llegado al final del corredor, Isaac, valiéndose de una enorme llave, abrió una maciza puerta y los cuatro hombres se encontraron en un subterráneo abovedado, cuya atmósfera no podía ser más húmeda.

Después de haber recorrido cerca de doscientos metros, el guía les detuvo y les dijo:

— ¡Alto!

Se hallaban al borde de un precipicio.

Para salir al campo era preciso salvar un foso muy profundo.

Isaac había apagado la linterna.

Esperó unos instantes.

Oyeron á unos cincuenta pies, encima de aquella abertura, el cadencioso paso del centinela que iba y venía de un extremo á otro.

Una estrecha franja del color del carbon cuando se extingue, se dibujaba en el horizonte.

Román Tremor iba á descender al foso, á riesgo de romperse la erisma, cuando el judío le tocó en el hombro sin proferir una palabra y le enseñó una escala de cuerda, que sacó de uno de los bolsillos de su capote militar.

La desenrolló, sujetóla á una espiga de hierro, que parecía puesta allí con toda idea, y dijo á sus protegidos:

— Bajad pronto y sin ruido.

Esta operación quedó en seguida terminada.

La expedición concluyó felizmente.

Un cuarto de hora después, el conde y sus camaradas se hallaban al pie de un bosquecillo de hayas.

Isaac Grünnder silbó y en seguida, como en una obra de magia, se presentaron cuatro caballos convenientemente ensillados.

Los tres últimos los llevaban de las riendas otros tantos criados.

Un muchacho joven montaba el primero.

A los albores del día y á pesar de que eran muy ténués aún, no podía uno menos de notar que el ginele aquel era harto delicado y elegante para ser hombre, á pesar del traje masculino, de las botas y el sombrero.

El judío se le acercó, y le dijo:

— He cumplido mi promesa.

— Y yo cumplo la mia—repuso con voz de mujer.

Y al mismo tiempo entregó á Isaac una cartera repleta de billetes.

— Van contados,—dijo—pero si hay error, ya sabéis donde me encuentro. Adios.

— Hasta la vista, alteza, y feliz viaje.

— Caballeros,—ordenó la princesa—á caballo y de prisa. Tenemos que salvar un largo camino antes de poder cantar victoria. Si alguno nos sale al encuentro, ¡pobre de él!

El judío había ya entrado en la población acompañado de los dos criados.

Penetró en la trastienda, quitóse el disfraz de soldado, púsose el grasiénto carrick y volvió á la fortaleza.

El mayor Von Schwartz estaba loco de alegría.

Nadie había advertido la desaparición de los tres franceses.

Eran muchos ¡ay! los que había bajo la custodia del comandante, para que llamara la atención la falta de tres prisioneros. Pero Isaac Grünnder, á pesar del feliz resultado de su empresa, estaba pensativo y descontento.

Cuando regresó á la población, fué hablando con los lacayos de la hermosa Wanda, y lo que estos le dijeron le dejó aterrado:

— ¿Es muy rica vuestra ama?—preguntóles.

— Como las minas del Perú.

Y cuando se enteró de que poseía además un palacio en Venecia, un hotel en Paris y propiedades en todas partes, pataleaba de rabia.

No eran diez mil florines lo que debió exi-

gir, sino quince mil, veinte mil, una suma mucho más considerable.

Jamás se le volvería á presentar ocasión parecida.

Esto amargaba su victoria.

Y á la hora presente no se ha consolado todavía de no haber aprovechado en toda regla aquella ocasión.

Pero ya era demasiado tarde para reclamar.

Los caballos iban veloces como el viento hacia la frontera suiza.

Eran cuatro magníficas bestias de esa valiente raza de Ukraine, con las cuales un cosaco podría atravesar Europa entera de un extremo á otro.

La princesa Wanda parecía conocer á maravilla el itinerario, que no careció de dificultades.

Nadie interrumpió su marcha.

Iban de sorpresa en sorpresa; tal era la hermosura del paisaje.

Pero Román Tremor no podía apreciar nada de eso; su espíritu estaba muy lejos de allí.

La princesa tampoco despegaba los labios.

Entre ella y sus compañeros estaba el cadáver de Elena.

Comprendían que se había impuesto el cargo de libertarlos, pero con propósito de vengarse, y no por abnegación ni amistad.

A eso de las cinco de la tarde, cuando descubrieron las aguas del lago de Costanza, lo

quedaba por hacer más que un pequeño esfuerzo por parte de los caballos para estar en salvo.

Los animales galoparon y tardaron poco en llegar al patio del hotel de Saint-Jall, titulado *El Oso Coronado*, entonces respiraron con tranquilidad.

Ya estaban en salvo, ya eran libres.

La polaca presenció impasible y fría la satisfacción de sus compañeros.

Estaba muy hermosa vestida de hombre.

Aunque la odiaban, lo mismo Roberto que Hugo de Souvray, no podían dejar de admirarla por su energía, su bravura y su belleza.

—¡Cuánto bien pudiera haber hecho si hubiese querido!—pensar.

Al día siguiente por la mañana se reunieron á ella los criados.

Se dirigió á Roberto con su habitual franqueza, y le ofreció su cartera:

—Tomad cuanto necesiteis—dijo,—en calidad de préstamo. El dinero es el poder, es lo único.

Y añadió bajando la voz:

—¿El señor de Taunay se casa?

—Dentro de pocos días, princesa.

—¿He cumplido con mi deber?

—Ya lo creo: habeis ido más allá.

—Cuento con que vos cumplireis también el vuestro.

Roberto hizo una inclinación de cabeza.

—Adios—dijo ella.—¿Quereis darme la mano, señor Souvray?

Él titubeó un momento.

La polaca frunció el ceño y retiró su mano.

— No teneis razon! — dijo amargamente.

— ¿Quién sabe si de todo tiene la culpa el haber carecido de la amistad de un hombre honrado! Adios, caballero, y quién sabe si muy pronto.

Alejóse sin volver la cara.

XIII

Nos hallamos en uno de los últimos y más brumosos días de noviembre.

El agua negruzca del pequeño estanque que hay frente á la casa de los Fargeas, está inmóvil, pareció helada.

Todo es allí tristeza y desolación.

No cantan los pájaros, no hay vejetación, no hay sol!

Son las cuatro de la tarde, y ya es de noche.

Sin embargo, Fargeas no ha vuelto todavía á su casa.

El ánimo del guarda parece tan sombrío como el tiempo y la estación. Cada día prolonga más la ronda á través del bosque. Permanece en su morada el menos tiempo posible.

Sufre en su orgullo de padre, en su fiera de soldado, y huye de todo el mundo.

Las noticias son siniestras. Los prusianos avanzan al corazón de Francia. No basta que París esté invadido, Metz deshonrada, el Norte cubierto de esos insaciables enemigos,

sino que hasta el mismo Morvan, esa ruda y altiva comarca, cuyo aspecto salvaje, propicio á los golpes de mano de un pueblo exasperado, debiera arredrarles, se halla tambien amenazado como el resto.

No se habla de otra cosa que de las derrotas. El valiente ejército de Metz ha sido vencido. No hay tropas regulares. No hay más que niños mal armados que son conducidos á la matanza: y en la Nicore, cerca de los Fargeas, apenas hay familia que no esté de luto.

En el pueblo de Chevagnes no se sabe cuál ha sido la suerte de los dos Souvray ni Román Tremor, que partieron en cuanto comenzó tan funesta guerra.

No se ha recibido carta de ninguno de ellos.

¡Lo mismo que de tantos otros que no volverán!

Brichet, llamado á las armas, dejó el establecimiento, cada vez más próspero, bajo la dirección de uno de sus compañeros. Pelea del lado del Mans, en el ejército del Loire, después de haber escapado milagrosamente de la gran irrupción de Sedan. Rosa está en el Priorato, desolada y temiendo recibir una funesta noticia, puesto que los correos no refieren sino desastres.

Lucas Fargeas parece un perro rabioso.

Simón, que estaba sin trabajo, tornó á coger el fusil, una buena carabina de dos tiros, comprada con el producto de sus economías; pero no para cazar liebres, como otras veces, para lo que la queria.

No se separa del guarda.

Cuando piensan que el suelo de sus bosques, más querido aún que la patria misma, para ellos, pudiera ser profanado por los caballos de los invasores, no pueden resistir la indignación que sienten.

Eses son insultos que no deben sufrirse.

Con el fusil al hombro, van siempre por las alturas atentos al ruido que llega de lejos.

Para cazadores tan experimentados como ellos, habituados al silencio de los bosques y á la astucia de las liebres, el menor ruido, el más ligero temblor, son indicios exactos.

Están muy inquietos hace días.

Dijérase que allá, del Este, se escuchan rumores cada vez más próximos.

Fargeas, acercando el oído al suelo, dijo á Simón:

— ¡Se acercan!

Para él guarda aquel era un pesar inmenso, que se unía al que experimentaba desde que su hija les abandonó.

No perdona al marqués de Taunay, su amo, los dos años que lleva de vergüenza y de amargura.

Y, sin embargo, esa aversión debiera hallarse algo extinguida.

El casamiento de Solange se había anunciado públicamente.

Y tres días después, el 4 de diciembre, debía celebrarse en la capilla de Chevagnes.

El notario de Chateau-Chinon estaba citado para la mañana del día de la ceremonia, á

fin de formalizar el contrato por el cual el marqués llevaría á cabo su promesa de reconocer por hijo y heredero suyo al hijo de Solange.

Nada más cierto.

El marqués fué á Chevagnes unos meses antes, y no hizo misterio de sus intenciones.

Su *factotum*, Servais, se encargó de confirmarlas.

Luego partió el marqués á hacer un viaje por el Mediodía, del cual no regresará hasta la víspera del casamiento, para llevarse en seguida á Solange de aquel rústico paraje, é ir á Italia, donde se propone residir largo tiempo.

La estancia en París se le hacía insufrible por diversos motivos: los acontecimientos políticos lo primero, luego el ruido que no dejaría de hacer su boda y que solo el tiempo extinguiría.

Había un tercer motivo del cual no hablaba.

El recuerdo de Elena de Rochevieuille estaba muy vivo aún en el hotel de la avenida Matignon para que á pesar de lo acorazado que se hallara contra el remordimiento, se atreviera á llevar á la nueva marquesa, y que ésta ocupase la habitación de la otra, ¡su pura y angelical víctima!

Así, pues, encargó á Servais que alquilara, á orillas del lago Garde, á cierta distancia de Riva, en un sitio encantador, una villa que el inteligente criado alhajó con un lujo

digno de la riqueza de su amo y de la hermosura de la novia.

La razón del alejamiento del marqués cuando se hallaba próxima su boda, se explica fácilmente.

Oliverio no podía soportar el vivir cerca de Solange, cuyos rigores ponían á prueba sus deseos, exacerbándolos.

Ella no había de ceder.

A medida que la guerra se extendía, amenazando hasta los lugares más salvajes de la Nievre, suplicóle que renunciara á estar en Chevagnés y le siguiera al Mediodía.

Peró Solange no accedió.

Refugiada en Gué-aux-Biches, se encerró para no salir sino el día de su boda, cuando la campana de la capilla anunciara la hora de la ceremonia.

Sin embargo, su obstinación era tan dulce como firme.

Sabía excitar hasta el último grado los deseos de su adorador, mostrándose atractiva con él, escuchándole con paciencia, sonriéndole hasta con melancólica ternura, llena de encanto. Pero después de esas sonrisas, no había que exigir besos ni caricia alguna, ni protestas de ningún género, y, en fin, ninguna de las pruebas que se dan dos seres que han de pertenecerse y cuya unión se halla tan próxima.

Así es que el marqués tomó el mejor partido.

Se fué á viajar.

A semejanza de tantos otros que salieron

huyendo de la guerra, se fué á Niza y á Monte-Carlo, buscando en el juego y en otras distracciones la posible calma para esperar la llegada del día, que se acercaba á grandes pasos.

Al corriente de cuanto sucedía por Chevagnés, experimentó secreta alegría cuando supo la desaparición de Román Tremor y de los Souvray, cuya hostilidad presentía, por más que no la temiera.

La enemistad de un hombre no le asustaba, y la desgracia de los indiferentes ó de los enemigos, tampoco conseguía conmoverle.

Los Nerón y los Calígula de la antigua Roma debieron ser de ese temple.

Iba directamente á su objeto, sin detenerse á mirar á los que aplastaba en su camino. Pero su semblante guardó siempre la misma correcta impassibilidad y la misma distinción de siempre.

Lucas y Catalina debieran hallarse orgullosos.

¿Pudieron nunca soñar mejor posición para su hija? ¿Se atrevieron jamás á verla convertida en marquesa de Taunay?

Y, sin embargo, aquella prosperidad no les alucinaba.

Al contrario, les repugnaba.

El guarda, después de dos años de separación, acogió á su hija con frialdad, sin efusión alguna. Su ruda lealtad se rebelaba contra una boda tan desigual, y tan inmediata á la catástrofe de la muerte de Elena de Rocheville.

Este sirviente, á la antigua usanza, estimaba á su jóven ama, como la estimaban cuantos la trataron.

El extraordinario encumbramiento de su hija era una pena más para él.

Desde muy temprano se iba por los lugares más desiertos; iba con la cabeza baja, la mirada fija en el suelo, pensando en los enemigos, los malditos prusianos, que pisaban vencedores su territorio; y pensaba también en el marqués de Taunay, á quien no podía dejar de odiar, y se preguntaba si después de la negativa que dió Solange á Román Tremor la noche aquella, cenando en el Priorato, no sería él juguete de una alucinación, de una odiosa pesadilla.

A veces, cuando regresaba á Gué-aux-Biches, con paso tardo, cansado de tanto andar, y veía á Solange que iba á su encuentro, vestida con sencillez, pero con gracia al mismo tiempo, con una suprema distinción, esbelta y robusta y como ninguna otra hermosa, se palpaba los ojos para saber si estaba bien despierto.

Durante las comidas, que eran siempre tristes, apenas hablaban.

Catalina, sin embargo, intentaba romper el hielo que cada día separaba más al padre y á la hija.

Pero nadie la ayudaba, y nada conseguía.

Ellos hubieran querido ver á Solange casada con Román, no con el marqués; esta boda les aterraba.

La noche de que hemos hablado, se hallaban solas en la casa madre ó hija.

Esta, vestida de negro, con un traje de cachemir, y por todo adorno una gola negra al cuello, se hallaba sentada cerca de la ventana.

La expresión de su rostro era dolorosa.

Su madre se acercó á ella.

El padre apenas la hablaba. Pero Catalina la amaba con verdadera ternura, como aman las madres.

El padre dudaba de ella.

Catalina la creía sincera y pensaba, al verla sufrir y callar, ocultando sus designios y sin proferir una queja:

— ¡Yo haría lo mismo! ¡Esa es mi sangre!

Lo que no comprendía era la aparente mansedumbre de su hija ante aquel casamiento, pues no se le ocultaba la aversión que Solange sentía hácia el marqués, como no se le ocultaba tampoco que seguía amando á Román Tremor.

Catalina se disponía á salir.

— ¿Dónde vas, madre? — preguntó Solange.

— Al pueblo, en busca de noticias.

Y añadió con cierta timidez y bajando la voz, cual si temiera que la oyesen:

— Y también á ver á esa criatura...

Esa criatura era el niño, causa de todas las penas de la familia, ¡el hijo de la violencia!

Solange no quiso llevarlo á Gué-aux-Biches, donde no había sitio para él. Estaba con la nodriza en Chevagnes, en una solitaria alquería, propiedad de unos amigos de los Fargeas.

La abuela ahogaba los resentimientos de la corsa y se rendía á las sonrisas del inocente.

Lo hubiera querido tener en su casa; pero temía á los rigores y al negro humor de su marido.

—Ve pronto— dijo— Solange;— la noche se va á echar pronto encima.

Catalina se detuvo un momento cerca de su hija.

—¿Qué tri te estás! — le dijo.

—¿Yo? Nada de eso. Te equivocas.

—A medida que el momento se acerca, aumenta tu amargura.

—¿Qué equivocada estás!

—¿No faltan más que dos días!

Solange elevó los ojos al cielo y no contestó.

—Tienes un proyecto que me ocultas— repuso Catalina.— Sé franca.

—¿Qué proyecto quieres que tenga?

—¿Qué se yó! Odias al señor de Taunay.

—Es verdad.

—¿Y te casas con él!

—¿Y qué he de hacer? Me sacrifico por mi hijo.

Y añadió con íntima amargura:

—¿No es eso lo natural? Así labro su porvenir, que será magnífico. De otra suerte hubiera vivido como un desheredado, pobre, miserable, expuesto á todas las desgracias y á todas las privaciones. Quizá me hubiera llegado á odiar. ¡Los hijos suelen ser ingratos! No saben lo que las madres pasan por

ellos. Pero este me bendecirá. Pensará que, despues de todo, he preferido su felicidad á la mía, que he sido buena madre, consiguiendo para él un ilustre título y una gran fortuna. La riqueza de los Taunay es incalculable. Poseen bienes en todas partes. Todo será para él, puesto que no tendrá hermanos.

—¿Desgraciada! ¿qué estás diciendo?

—¿Yo?

—Sí; ya ves cómo mientes; tienes un proyecto, funesto probablemente.

—¿Qué quimeras te forjas!... Te juro... estoy loca... no hagas caso de mis palabras. Además, déjame; necesito estar sola. Te lo suplico.

Y atrayendo hacia ella á su madre, la dió un beso en la frente.

—Vete— volvió á decirle.— Infórmate y vuelve. Es tarde.

Catalina dió un suspiro y obedeció.

Solange la vió tomar por el lado del estanque y perderse en el camino de Chevagnes.

Quedó sola en Gué-aux-Biches.

—¿Dos días! — exclamó amargamente.— ¡Pobre madre mía, si ella supiera!...

Permaneció largo rato pensativa.

Luego, como la noche iba cerrando rápidamente, abrió la puerta y se fué hacia la rústica escalinata de la casa.

Durante cuatro años de ausencia, ¡qué de acontecimientos se habían sucedido!

¿Y cuántos otros iban á tener lugar en pocos días!

Creía ver que una sombra descendía poco

á poco por el estrecho valle en donde había paseado tantas veces del brazo de Román.

Allí fué donde se conocieron. Ella era muy niña cuando ya él iba muy á menudo á la casita del guarda, arrastrado por poderosa atracción.

¡Qué bueno era! ¡Cuando iba á la ciudad, jamás volvía sin un regalo para ella! ¡Y siempre diciéndola cosas tan agradables!

A medida que iba siendo moza, era más tímida con él; y un día, vagando junto á las entreabiertas flores, en primavera, comprendió que le amaba y que era apasionadamente correspondida.

Su corazón despertó entonces.

No resistió á ese dulce y tierno sentimiento, que llevaba á sus ojos lágrimas de alegría.

Y se entregó al amor.

Aquellos dos seres se acercaban el uno al otro por la pendiente natural.

Y de repente viéronse violentamente separados. La culpa de otro les impuso nuevos y crueles deberes. Por aquel hijo que no había deseado, pero al cual amaba con infinita ternura, se veía obligada á aceptar un nombre que le era odioso y á renunciar al hombre á quien hubiese querido pertenecer.

Y entonces tomó un partido para el cual necesitaba mucha fuerza de voluntad.

¿De dónde sacarla?

Fargeas no le perdonaba que hubiera deshecho sus más acariciadas esperanzas; que hubiera turbado su tranquila y modesta exis-

tencia, y fuera la causa, inocente quizás, de la tristeza de sus antiguos amigos y de la azargura de todos.

Pero el infeliz guarda estaba indudablemente más irritado ahora contra las desgracias de la patria que contra su hija; y lo cierto es que todo ello contribuyó á agriarle el carácter, y á que no pareciera el mismo hombre.

Estaba siempre triste y habíase tornado muy arañó.

El cariño de su madre, del cual estaba segura, era para Solange motivo más para no tener esa fuerza de voluntad, puesto que al llevar á cabo sus propósitos, causaba á Catalina el mayor de todos los pesares.

Cuando más entregada se hallaba á estas crueles ideas, sonaba el *Angelus* en el campanario de Chevagnes.

Aquel rincón de la patria ignoraba todavía las desdichas de la invasión.

En nada habían cambiado las costumbres del pueblo; la vida de sus habitantes seguía siendo monótona y triste.

Aquella pobre aldea creía librarse de la humillación de que pisaran su suelo las hordas enemigas.

¿Pero muchos de sus hijos no volverían!

¿Dónde estaban los Souvray?

¿Y Roman?

Solange hubiera querido tenerle cerca de ella el día de su boda.

Su presencia la hubiera dado el valor necesario, pues cada vez tenía menos.

Ofreció á su amigo darle una prueba de amor. Y quería darsela.

¡Pero si hubiera muerto! ¿Y si la hubiera olvidado? ¿Quién puede calcular los sentimientos del hombre?

¡Con qué alegría hubiera sabido su salvación! ¡Con qué dicha hubiera acogido su regreso, escuchado sus protestas de amor como otras veces! ¡Qué poco le hubiera costado luego llevar á cabo su sacrificio!

Pero sucediera lo que sucediera, estaba decidida á todo.

Nada podía hacerla variar de resolución. Se lo había jurado á sí misma.

Se casaría con el marqués de Tannay, mas no sería suya.

Llevaría á efecto su juramento con la fría é implacable tenacidad de una corsa; no en balde corría esta sangre por sus venas!

La sombra que creyó ver se iba aproximando. Solange se puso á escuchar.

Un hombre se acercaba con precipitado paso en dirección á la casa del guarda.

En seguida salvó la esquina de la tapia y abrió la valla del patinillo.

Al verle, Solange lanzó un grito y tuvo que apoyarse contra la puerta para no caer desfallecida.

—¡Vos!—exclamó.

XIV

Era Román Tremor, á quien ella creía herido, prisionero, perdido, muerto probablemente.

Diríase que lo había olvidado todo, y encontraba, en la alegría del regreso, al que iba á ser su esposo, al hombre que la amaba y á quien ella adoraba.

El no dejaba de contemplarla.

—¡Qué hermosa estás—dijo,—pero qué pálida!

En efecto, toda la sangre de la pobre muchacha había afluído á su corazón.

Y tardó mucho tiempo en volver de su indecible sorpresa.

—Referidme todo lo que os ha sucedido—dijo al fin.

Entonces la explicó él cómo había caído prisionero en Metz, y cómo le llevaron á Baviera con su regimiento; que diferentes veces trataron de huir, mas sin poder conseguirlo; que al fin logró evadirse con los Souvray, que llegaban al mismo tiempo á Chevagnes, pero querían que se ignorara su regreso. Era preciso callarlo y no decir nada ni aun á Fargeas.

—¿Habeis visto á vuestro padre?—preguntó Solange.

Él debió ponerse encarnado hasta los ojos; mas la oscuridad que había en la casa impidió que ella lo notara.

Ofreció á su amigo darle una prueba de amor. Y quería darsela.

¡Pero si hubiera muerto! ¿Y si la hubiera olvidado? ¿Quién puede calcular los sentimientos del hombre?

¡Con qué alegría hubiera sabido su salvación! ¡Con qué dicha hubiera acogido su regreso, escuchado sus protestas de amor como otras veces! ¡Qué poco le hubiera costado luego llevar á cabo su sacrificio!

Pero sucediera lo que sucediera, estaba decidida á todo.

Nada podía hacerla variar de resolución. Se lo había jurado á sí misma.

Se casaría con el marqués de Tannay, mas no sería suya.

Llevaría á efecto su juramento con la fría é implacable tenacidad de una corsa; no en balde corría esta sangre por sus venas!

La sombra que creyó ver se iba aproximando. Solange se puso á escuchar.

Un hombre se acercaba con precipitado paso en dirección á la casa del guarda.

En seguida salvó la esquina de la tapia y abrió la valla del patinillo.

Al verle, Solange lanzó un grito y tuvo que apoyarse contra la puerta para no caer desfallecida.

—¡Vos!—exclamó.

XIV

Era Román Tremor, á quien ella creía herido, prisionero, perdido, muerto probablemente.

Diríase que lo había olvidado todo, y encontraba, en la alegría del regreso, al que iba á ser su esposo, al hombre que la amaba y á quien ella adoraba.

El no dejaba de contemplarla.

—¡Qué hermosa estás—dijo,—pero qué pálida!

En efecto, toda la sangre de la pobre muchacha había afluído á su corazón.

Y tardó mucho tiempo en volver de su indecible sorpresa.

—Referidme todo lo que os ha sucedido—dijo al fin.

Entonces la explicó él cómo había caído prisionero en Metz, y cómo le llevaron á Baviera con su regimiento; que diferentes veces trataron de huir, mas sin poder conseguirlo; que al fin logró evadirse con los Souvray, que llegaban al mismo tiempo á Chevagnes, pero querían que se ignorara su regreso. Era preciso callarlo y no decir nada ni aun á Fargeas.

—¿Habeis visto á vuestro padre?—preguntó Solange.

Él debió ponerse encarnado hasta los ojos; mas la oscuridad que había en la casa impidió que ella lo notara.

Román balbució algunas excusas, sin saber qué decir.

—Mi primera visita es para ti—añadió al cabo con la familiaridad de otras veces.—He dado un rodeo por el bosque. Además, aun no es completamente de noche, y quiero que se ignore mi presencia en el Priorato.

Solange encendió las velas.

—¿Y a qué viene ese misterio?—preguntó ella tratando de adivinar lo que pensaba Román.

—Es una idea nuestra. Puedo confírtela. Soy soldado, puesto que senté plaza en cuanto comenzó la guerra, con los Souvray. Podrían llamarnos, y quiero estar aquí...

Titubeó. No se atrevía á terminar la frase.

—... El día de tu boda—concluyó diciendo con trabajo.

El se sentó, y tenía entre sus manos las de ella, que permanecía de pie.

Solange miraba á Román con tierna compasión, muy conmovida.

—¡Pobre Román!—exclamó.

—Me encuentras muy cambiado, ¿no es verdad? Es que hemos sufrido mucho. Sobre todo en nuestro orgullo. Lo demás no ha sido nada. ¡Es muy duro lo que sucede!... Te aseguro que allí todos se hubieran dejado matar sin exhalar una queja, con tal de salvar el honor de la patria. Hemos vuelto por Suiza. Daría la mitad de mi sangre, toda, si fuera preciso, con tal de poder tomar el desquite. A cada paso hemos encontrado en el

camino, pasado Dijon, patrullas de hulanos ó de dragones. Esta gente es muy osada. ¡Se necesita haber perdido toda energía para soportar que se atrevan á desafiarnos de ese modo! ¡Llegan á Autun, es decir, á nuestra casa! ¡Es una vergüenza! Esta mañana, siete de ellos quisieron detenernos. Nos tomaron por soldados, por espías, no ¡se porque, pues no entiendo el *patois* que hablaban. El mayor de los Souvray intentó parlamentar con ellos. El jefe, por toda respuesta, dió una orden á los otros. Estos sacaron las correas para atarnos codo con codo y llevarnos con ellos. Yo me hubiera dejado hacer pedazos antes que dejar de verte. Los Souvray entonces hicieron uso de los cuchillos de caza y de los revólvers que llevábamos bajo el paletó, y comenzó la lucha. Los otros poseían fusiles y sables. Esta escena ocurría en un rincón de los bosques de Champignoles. Podrán plantar allí una cruz; pero no será por nosotros, sino por los cinco que allí quedaron muertos. Los dos restantes fueron á llevar la noticia á sus camaradas.

—¿Habeis sido herido, Román?

—Sí, en Amauvilliers, cerca de Metz, al mismo tiempo que el señor Roberto. Un brazo atravesado por una bala, y lastimado el hombro. Tres semanas después ya estaba bien. No era el brazo ni el hombro lo que yo tenía enfermos, sino el corazón al pensar en tí. Lo que me mataba era el temor de no verte á ver. ¡Qué bonita eres! ¡Qué cuerpo! ¡Qué ojos! ¡Qué cabello tan hermoso

y qué sonrisa! ¿Será posible que te cases?

— ¡Es preciso!

— ¿Sigues en esa idea?

— Sí.

— Te llamarás la marquesa de Taunay-Coulanges?

— ¡Ay!

— ¿Dejarás esta pobre vivienda para ser la dueña de Cuevagnes?

— ¡Sin duda!

— E irás también al hotel de la avenida Matignon, y á los otros castillos de la familia, pues los tienen en todas partes, en Nevers, en el Berri, en la Beauce, en Normandía.

— ¡Puesto que es necesario!

— ¿Y es eso lo que soñábamos hace tres años, cuando formábamos nuestros proyectos á orillas de ese estanque, tan triste hoy y entonces tan alegre?

Ella bajó la cabeza y no contestó.

— ¡No es con él con quien has debido casarte, Solange! Tú no tenías tanta ambición. Tú hubieras sido feliz en el Priorato. Así me lo decías, y no sabías mentir.

— Bien lo sabeis.

— ¡Ese hombre nos ha hecho demasiado daño! ¡Y vas á ser suya! Realizará su propósito, siguiendo el detestable camino que emprendió, mientras que yo moriré de pena, arrastrando lejos de aquí, ¡lejos de ti, mi rabia, mis celos, hasta volverme loco! ¡Y eso es justo! ¡Acabaré entonces por creer que no hay Dios!

— Román—dijo Solange gravemente,— ¿os acordais de Cormeilles?

— Sí.

— ¿Qué me ofrecisteis?

— Dejar que ese matrimonio se efectuara.

— ¿Y yo, en cambio, qué os dije?

— Que me darías una gran prueba de amistad.

— ¿De amistad? No; de amor, puesto que os amo, no lo oculto. Y os daré esa prueba con alegría. No falteis á vuestra promesa, que yo tampoco faltaré á la mía.

Solange ejercía irresistible ascendiente sobre él, puesto que no intentó saber qué entendía ella por esa prueba de amor, ni trató tampoco de combatir sus proyectos.

Quizá también tuviera él los suyos.

— ¡Idos—repuso ella al cabo de un instante.— Mis padres no tardarán en volver, y vuestra presencia les causaría mucha pena.

Y como él no cesara de contemplarla, añadió, sonriendo tristemente:

— ¡Eso fuera recordarles que no podemos ser dichosos como ellos deseaban que lo fuésemos!

El se levantó y se dispuso á salir.

— Dadme un beso, Solange,— repuso— y así tendré valor para obedeceros, porque, á la verdad, no sé si vivo ó muero al pensar en ese casamiento.

Ella le presentó la frente, en la cual él puso con timidez los labios. A hallarse Roman menos conmovido, hubiera podido contar los latidos del corazón de Solange.

No tuvo fuerzas para pronunciar ni una sola palabra. Solange sintió al mismo tiempo que el beso, dos lágrimas que Roman le dejó en la frente.

Entonces ella le sujetó del brazo, sin valor para separarse de él, y le acompañó un rato, como en aquellos felices días en que paseaban hablando del porvenir.

Y también esta vez hablaron como entonces, con el corazón en la mano, de su cariño, del Priorato, de Juan Trémor, aquel hombre tan bueno, del anciano padre, cuya alegría sería indescriptible al volverle á ver, de los Simón, de la *Bigornia*, que la quería como á hija, del herrero, que parecía atacado de incurable enfermedad moral, una melancolía tan grande, que ni el incesante trabajo, ni los cuidados de su mujer, ni la amistad de los vecinos podrian aliviar siquiera.]

Hablaron también de la guerra, de los Souvray, que se habían portado como héroes y, en fin, de la princesa Cavalli, aquella singular criatura, altiva y valerosa, que los había libertado y puesto en seguridad, y que había desaparecido luego sin esperar siquiera á que le dieran las gracias.

Solange, al oír ese nombre, hizo un movimiento involuntario de sorpresa y de desconfianza.

La libertad del conde de Souvray, conseguida por la polaca en el momento preciso de su casamiento, la inquietaba.

Aquella mujer debía ser su enemiga.

Su intervención tenía algo de misteriosa amenaza.

La noche había cerrado por completo.

La luna, en cuarto creciente, se elevaba del lado de Chevagnes, iluminando los bosques con su pálido resplandor.

—Adiós, Román — dijo Solange, — es preciso que entre en mi casa.

Y le tendió de nuevo la frente, en la cual él volvió á estampar un respetuoso beso. Luego la vió alejarse hácia Gué-aux-Biches, y cuando la perdió de vista, emprendió el camino del Priorato, apresurando el paso.

Al igual de Solange, había recuperado algún valor.

Peró las ideas de uno y otro no eran las mismas.

Ella creía haberle dado el último adiós.

El esperaba que al fin fuera suya.

Desde que se incorporó al regimiento con los Souvray, cuando comenzó la guerra, la obligación de obedecer al superior, resultó para él una satisfacción.

El conde se encargó de levantar el ánimo de Román, que no tenía entonces más afán que uno: hacerse matar.

—Mientras Solange viva — le repetía á cada instante, — tened confianza. Os ama! Succederán cosas que os sorprenderán. Imitadme: yo lo he perdido todo... ¡y vivo!

Se dejó, pues, dirigir, y esperó.

Poco tardó en llegar al extremo del monte, y una vez allí se detuvo un instante.

A cien pasos de él estaba la plaza de Che-

vagnes, la entrada de la avenida del castillo, la iglesia, el Priorato, el presbiterio y una docena de casas edificadas alrededor.

De esta plaza, en donde se hallaban reunidos varios hombres y mujeres, salía un sordó murmullo.

XV

Quince jinetes se hallaban alineados delante del Priorato, con la tercerola al hombro, y montaban grandes caballos que parecían de cartón, por lo inmóviles.

Jamás habían visto en Chevagnes hombres como aquellos.

El morvanés, es, por lo general, rechoncho, como las hebras de sus montañas.

Los jinetes eran altos y robustos. Usaban barba; esta era roja y les tapaba la mitad del rostro. Llevaban casco de cuero, rematado por una punta de cobre.

Amplio abrigo de color oscuro les caía por la espalda y tapaba las botas, la silla y hasta la cola del caballo.

Este pequeño grupo era imponente.

Las gentes de Chevagnes miraban con más curiosidad y asombro que terror.

Un niño de doce años decía á su madre señalándoles con el dedo:

—¿Son esos los prusianos?

En torno del pelotón, entre los leñadores y labradores, se abría paso la indignación y la ira que inspiraban aquellos hombres.

Román se había detenido en la sombra, al pié de un árbol.

Su sangre afluía toda al cerebro. ¡Sabía quienes eran aquellos militares! Los había visto aquella misma mañana. Él y los Souvray habían vencido á siete de ellos, pero quedaban más ¡demasiados! puesto que Chevagnes, aquel pueblo perdido entre abruptas montañas y espesos bosques, recibía la injuria de su visita.

¡Era el enemigo!

Y sin embargo, en toda la comarca vieron ninguno de ellos, ni en 1814, ni en 1815, ni nunca.

¿Qué iban ahora á hacer allí?

Habían preguntado por el alcalde, que no se apresuraba á presentarse, y ellos estaban ya impacientes.

Al fin apareció en el portal.

El alcalde no era otro que el viejo Tremor.

El jefe le dijo en correcto francés con marcado acento tudesco:

—¿Sois vos el alcalde?

—Sí.

—Tengo que hablaros.

Y sin esperar la respuesta, dió la brida de su caballo al soldado que se mantenía junto á él, y entró en la casa, acompañado del anciano.

Román presenciaba desde lejos esta escena.

¡No era tan solo en su pueblo en donde entraban, sino en su propia casa!

Dió una vuelta por la casa, evitando que le

vieron, pasó por de ante de la fachada interior, á campo traviesa, es a'ó un muro, y se deslizó en la casa paterna un minuto después de haber entrado en ella el jinete y el alcalde.

El dragón, sin esperar á que le brindaran asiento, lo tomó, é interpeló de esta suerte al respetable Tremor:

— Han matado á cinco de los nuestros esta mañana, cerca de un bosque llamado Champignolles.

— Lo ignoro.

— Según tengo entendido, los matadores son gente de este pueblo ó de sus cercanías. Les han visto dirigirse hácia aquí.

— ¿Cómo queréis que yo lo sepa?

— Luego, ¿no les conocéis?

— Y si los conociera no os los nombraría. El alemán no se alteró por esto.

— Es preciso hacer un escarmiento—dijo.— Sois viejo, y debéis ser prudente. Tengo orden de que si dentro de dos días no se me entregan los culpables...

— No son culpables—contesió el alcalde,— son unos valientes que defienden su patria.

— El pueblo será incendiado. ¿Dónde pueden hospedarse 500 hombres?

— ¿De caballería?

— Y de infantería.

— Aquí es imposible.

— Pero hay un castillo—dijo el dragón.

— Sí, el castillo del marqués de Taunay.

— Un amigo de nuestro general. ¿Está aquí?

— Llegará dentro de dos días.

— ¿Dentro de dos días? ¿Estais seguro?

— Viene á casarse.

— Bien.

— Un consejo—dijo el alcalde al oficial cuando se levantaba.— Creedme; no permanezcáis en el cantón. Está muy amparado. No estareis seguros.

El alemán se encogió de hombros.

— Más vigilancia hay en los Vosgos, y hemos pasado—repuso desdeñosamente.— En otro tiempo teniais ejército—añadió.

Y echó sobre la mesa una nota del general Von Gœben, concebida en estos términos:

«Se ordena al alcalde de Chevagnes; que prepare alojamiento para 500 jinetes 103 sacos de avena, 500 panes y 250 kilos de carne de puerco fresca y dos hectolitros de vino; todo esto para dos días.

«Firmado.

«GENERAL VON GŒBEN.»

Román, sin moverse, escuchaba la conversación desde la habitación inmediata.

Su corazón latía fuertemente.

Pensó desde luego en arrojarse sobre el oficial y atravesarle el pecho con el cuchillo que aun llevaba, y después, hacer fuego contra los quince jinetes que estaban en la plaza.

Mas reflexionó en seguida que iban á llegar otros soldados, centenares de ellos quizás, como había anunciado el dragón, y que

ese sería el mejor momento para lavar el traje hecho á su morada.

Y mientras vacilaba acerca del partido que debía tomar, el alemán se despidió del alcalde, salió del Priorato, volvió á montar á caballo y después de dar categóricamente algunas órdenes á los de la escolta, se dispuso á partir.

Los quince jinetes dieron media vuelta, tomaron el camino de Chateau-Chinon, y en cuanto se hallaron á cien pasos de la plaza, pusieron los caballos al trote.

Román abrió la puerta de la habitación en que había estado oculto.

Cuando se presentó en el dintel, encontróse frente á frente de su padre, que permanecía inmóvil, de pie, frente á la chimenea.

El anciano palideció, y sin poder pronunciar una sola palabra, abrió los brazos á su hijo, que se precipitó en ellos.

Fue una alegría indecible la que reinó en la casa. Juan Tremor, y hasta el primo Chadonin, el carrero, que estaba ocioso por causa de la guerra, lloraban de satisfacción.

En un rincón, sin atreverse á salir de él, estaba Rosita, muy afligida por las amenazas del alemán.

Profesaba verdadero cariño á Román Tremor, una amistad sincera; pero amaba á su Bricbet, y el regreso del uno hacia más dolorosa la ausencia del otro.

Román trató de consolarla lo mejor que pudo.

—No llores—dijo.—Ya ves que no se mue-

re uno. Y eso que hemos estado muy en peligro.

Para guardar el secreto, como tanto recomendaron los Souvray, no hubo necesidad de insistir acerca de la gente de la casa; todos eran reservados.

Leyó detenidamente la orden del general von Goeben acerca de su llegada y la matanza de los cinco prusianos y reflexionó acerca de su contenido.

Se preguntaba también por qué el oficial había adquirido tantos informes respecto del castillo del marqués de Taunay...

No sabía qué partido tomar.

De pronto pensó en el conde.

¿No era él quien debía decidir lo que convenía hacer?

Debía verle al día siguiente por la mañana, y hablarle de su proyecto, del proyecto por el cual la polaca acudió con tanta solicitud como generosidad, en su auxilio.

La llegada de los dragones enemigos cambiaba la faz de las cosas.

—¿Podrás ir á Souvray?—preguntó de repente á su hermano.

—¿Esta noche?

—Ahora mismo.

—Si así lo quieres...—dijo Juan con indiferencia.—¿Crees que esos pillos volverán?

—¿Es posible!—exclamó Chadonin.

—Entonces—objetó uno de los vaqueros,—será preciso echarlos de aquí á fuerza de hachazos.

—¿Difícil lo veo!—replicó el cantero.

—Si vienen quinientos—opinó una vaquera,—no pueden ir más que al castillo.

El primo Chadonin apretó los labios y cerró los ojos.

—Engancha el carricoche—ordenó Juan Tremor á un criado.—Iremos Román y yo.

—Seremos tres—dijo el cantero levantándose.

—¿Queréis ser también de la partida, primo?—preguntó Juan.

—Ya lo creo.

Veinte minutos después, el *poncy* de color ceniciento galopaba en dirección á Souvray, llevando á los dos hermanos Tremor y al cantero.

Al llegar á lo alto del camino, el animal se resistió á seguir.

Muy lejos, en el fondo de las gargantas que forman aquellos caminos, á legua y media, poco más ó menos, en dirección á Chateau-Chinon, había estallado un gran tiro-teo. He aquí lo sucedido:

Mientras que el oficial trataba con el alcalde, un hombre y una mujer hablaban en voz baja en un oscuro rincón de aquellos alrededores.

—Ya te he dicho que quiero—repetía el hombre.—Son 15. Van á volver. Es una vergüenza...

Y pataleaba de ira.

Ese hombre era Simón, que parecía una fiera.

—No tendríamos sangre en las venas si les dejásemos pasear tranquilamente por aquí!

Los teutones habían profanado su bosque, su territorio. Era un insulto á las gentes de Chevagnes; insulto recibido en pleno rostro. No había más remedio que borrarlo.

Simón no comprendía más que eso.

Y en aquella oscuridad oprimía el fusil contra el pecho.

—¡Yo haré que bajen del caballo uno tras otro, ó dos á cada golpe!—decía á la *Bigornia*, que procuraba detenerle y aplacarle.

—¡Si al menos estuviera allí Fargeas!; pero se había retirado ya á su casa, bien ajeno de aquella invasión, tan prontamente llevada á cabo, que nadie estaba preparado para recibir al enemigo.

—Te lo suplico—decía la mujer,—no causes desgracias.

—Tanto peor—gruñía él,—es superior á mí. Es preciso que la paguen.

—Y haciendo un esfuerzo se desprendió de los brazos de su mujer y echó á andar.

—¿Vas por fin?—preguntó ella.

—Sí.

—Espera un segundo. Te sigo.

Entró en casa de un zapatero, que en aquel momento estaba hablando con otros en la plaza, impresionado por los sucesos y dispuesto á llevar á cabo uno de esos planes que, por lo formidables, jamás resultan.

La mujer estaba en la tienda, cerca de una estufa, y tenía en brazos un niño de seis meses al cual amamantaba. Otro, de dos años, hallábase junto á ella, en el suelo y llorando.

—Préstame la escopeta de Vicente—dijo la Simona.

La pobre mujer no deseaba otra cosa. La había ya escondido en el último rincón de la casa.

—¿Es para hacer fuego contra los prusianos?—preguntó.

—Es posible.

—Me felicitaré de que sirva para eso, dijo la zapatera;—pero no en manos de Vicente. ¡Un hombre que tiene dos hijos tan pequeños!... ¡Si pensará en hacerse matar!...

La Simona tomó á toda prisa el fusil, las municiones, el frasco de pólvora, la bocina y las cápsulas.

—Llévaoelo todo—dijo la zapatera.—Vicente tampoco tendrá inconveniente. El habla mucho; pero se me figura que todo ha de quedar en palabras...

La *Bigornia* fué á reunirse con su marido.

Se deslizaron en seguida como sombras, y, una vez en el campo, echaron á correr.

En dos minutos llegaron al bosque.

No tuvieron necesidad de hablarse.

Simón había dicho:

—Van á pasar en dirección á Chateau-Chinon, á una legua de aquí.

Después de un penoso trayecto, pues el camino era muy accidentado, Simón se detuvo, y extendiendo los brazos, dijo á su mujer:

—Escucha.

Se hallaban en lo alto de una pequeña colina, junto á la *Encina hueca*. Este árbol de

tronco nudoso y corto, en el cual la vejez había abierto ancha brecha, parecía el centinela que guardaba aquel camino.

Á cierta distancia se oía ruido como de pisadas de caballos y el golpear de los sables en las botas de los jinetes.

La pendiente era estrecha como un desfiladero; la tropa llevaba los caballos al paso é iba á la deshilada.

Simón preparó la escopeta. Imitóle su mujer.

Bajaron la cuesta y se apostaron.

El se enjugó la sudorosa frente y tiró el sombrero en medio del camino.

—Hemos llegado á tiempo—dijo.—Vas á ver, Simona, cómo deben ser recibidos esos infames. ¿Estás preparada?

El sombrero se destacaba en medio del camino.

No tardaron en aparecer dos voluminosas sombras.

Otras las seguían á distancia.

Era un extraño espectáculo el ver á aquellos quince hombres, perdidos á través de los bosques, á doscientas leguas de su patria y en un pueblo que pretendían esclavizar.

Necesitaban mucha osadía y mucha disciplina para emprender aquella marcha, en medio de la noche, á merced de las balas del primer francés que quisiera disparárselas, con todas las ventajas de su parte por conocer el país.

De súbito, los dos caballos que iban delante hicieron un brusco movimiento y recularon.

Los había espantado el sombrero de Simón.

Los ginetes, apoyados en los estribos se irguieron.

Simón apuntó.

Su mujer le detuvo.

—Déjame á mí—le dijo al oído.

Sonó una sola detonación, seca y breve, cuyo resplandor se perdió entre la niebla y los juncos del estanque.

Los dos caballos salieron á escape, llevando dos hombres heridos de muerte á través del bosque, ó más bien del estanque, que saltaron.

La *Bigornia* volvió á cargar el sin perder un minuto.

El pelotón de ginetes se había detenido á treinta pasos, no sabiendo si avanzar ó retroceder, ni con quién tenían que luchar.

Los lastimeros gritos que partían del estanque les decidieron á avanzar.

El que los exhalaba era uno de los dragones, gravemente herido, que pedía socorro y que además se ahogaba.

El otro había caído muerto.

Oculto entre la arboleda, Simón esperaba á que pasara el pelotón.

Cuando se hallaron á veinte pasos, hizo fuego nuevamente.

Dos hombres cayeron en tierra.

Mientras ponía otros cartuchos, la *Bigornia* tiró á su vez; esto produjo un gran desorden entre los dragones.

Algunos contestaron disparando, sin saber á donde.

Las balás se perdían en el bosque, cortaban las ramas ó se incrustaban en el tronco de los árboles.

Simón, en cambio, no erraba un tiro. A cada disparo caía un hombre.

Ella volvió á cargar su arma, sin perder momento, por última vez.

Cuando terminó no quedaba un ginete en el caballo.

Pero se oían voces desesperadas que partían del estanque.

El resto de la tropa, creyendo orientarse, había saltado por los juncos y consiguiendo tan solo sepultarse en el lodo.

Aquel trecho quedó cubierto de muertos y de heridos.

Tan solo dos ó tres dragones, más afortunados que los otros, no se detuvieron ante el sombrero, é hincando las espuelas, galopaban á todo escape en dirección á Chateau-Chinón.

¡Los otros ya no volverían á su país!

La Simona y su marido corrieron al borde del estanque.

Una vez allí fusilaron á los extraviados, disparando entre la bruma con igual seguridad que si hubieran estado cazando á las doce del día.

Cuando dieron por terminada su tarea y no se oía nada, Simón limpió la escopeta y se la echó á la espalda, con la misma tranquilidad que el cazador cuando regresa á su casa.

—Ven—dijo á la Simona.—Mañana, de día, ya verán lo que ha sucedido.

Y muy sosegadamente, emprendieron el camino hacia la fragua.

No bien dieron unos pasos, volvióse él á su mujer y la abrazó.

—Tienes un corazón muy grande—dijo;— jamás me has abandonado en el peligro. Es una hermosa acción. ¡Qué distinta de la otra!

Ella, poniéndole la mano en la boca, le dijo:

—Calla, y no pienses más en eso.

—¡No lo puedo remediar.

El lejano ruido de los disparos, congregó á los habitantes en la plaza de la iglesia.

La mujer del zapatero dijo:

—Son los Simón, que se divierten.

Cuando entraron en la fragua, preguntó la Simona:

—¿Y si vienen más?

—Volveremos á empezar hasta acabar con ellos.

—¿Y si quieren prendernos?

—Ya sabes que eso no puede ser. ¡El bosque es muy grande; y además, esa es la guerra! Duérmete.

La luna, en cuarto creciente, se ocultó detrás de los montes del Morvan.

Los Simón no necesitaban ya de su resplandor.

XVI

El castillo de los Souvray estaba rodeado de fuentes.

Así se edificaban en otro tiempo las viviendas de los nobles y de los ricachos.

La casa respiraba por sus cuatro costados, bienestar, orden y nobleza.

El guardián, un criado de cabellos grises, que la habitaba sólo con su mujer, hacía cinco meses, pues los demás servidores ocupaban el otro extremo, se vió grandemente sorprendido, á la caída de la tarde, cuando oyó que alguien entraba por el puente.

—*Jacqueline*—dijo á su mujer,—entérate de quién viene. El perro no ladra. Debe ser gente de casa.

La mujer dió un grito en cuanto abrió la puerta.

Eran sus señores.

Iba á llamar á sus compañeros para que todos participaran de su alegría; pero Hugo se lo impidió.

Ya habría tiempo más tarde de advertirles. Por el momento, tenía que hablar con ellos.

La mujer encendió las velas; el guarda avivó el fuego de la inmensa chimenea, en tanto que el conde y su hermano subían á sus respectivas habitaciones á mudarse de ropa.

Cuando los dos hermanos bajaron, vestidos con trajes de terciopelo, negro uno de ellos, y marrón el otro, con polainas como para una expedición, llevaban además buensacarabinas, que colocaron á su alcance, preparadas para cualquier sorpresa.

El guarda observó alarmado todos estos preparativos.

Y muy sosegadamente, emprendieron el camino hacia la fragua.

No bien dieron unos pasos, volvióse él á su mujer y la abrazó.

—Tienes un corazón muy grande—dijo— jamás me has abandonado en el peligro. Es una hermosa acción. ¡Qué distinta de la otra!

Ella, poniéndole la mano en la boca, le dijo:

—Calla, y no pienses más en eso.

—¡No lo puedo remediar.

El lejano ruido de los disparos, congregó á los habitantes en la plaza de la iglesia.

La mujer del zapatero dijo:

—Son los Simón, que se divierten.

Cuando entraron en la fragua, preguntó la Simona:

—¿Y si vienen más?

—Volveremos á empezar hasta acabar con ellos.

—¿Y si quieren prendernos?

—Ya sabes que eso no puede ser. ¡El bosque es muy grande; y además, esa es la guerra! Duérmete.

La luna, en cuarto creciente, se ocultó detrás de los montes del Morvan.

Los Simón no necesitaban ya de su resplandor.

XVI

El castillo de los Souvray estaba rodeado de fuentes.

Así se edificaban en otro tiempo las viviendas de los nobles y de los ricachos.

La casa respiraba por sus cuatro costados, bienestar, orden y nobleza.

El guardián, un criado de cabellos grises, que la habitaba sólo con su mujer, hacía cinco meses, pues los demás servidores ocupaban el otro extremo, se vió grandemente sorprendido, á la caída de la tarde, cuando oyó que alguien entraba por el puente.

—*Jacqueline*—dijo á su mujer,—entérate de quién viene. El perro no ladra. Debe ser gente de casa.

La mujer dió un grito en cuanto abrió la puerta.

Eran sus señores.

Iba á llamar á sus compañeros para que todos participaran de su alegría; pero Hugo se lo impidió.

Ya habría tiempo más tarde de advertirles. Por el momento, tenía que hablar con ellos.

La mujer encendió las velas; el guarda avivó el fuego de la inmensa chimenea, en tanto que el conde y su hermano subían á sus respectivas habitaciones á mudarse de ropa.

Cuando los dos hermanos bajaron, vestidos con trajes de terciopelo, negro uno de ellos, y marrón el otro, con polainas como para una expedición, llevaban además buensacarabinas, que colocaron á su alcance, preparadas para cualquier sorpresa.

El guarda observó alarmado todos estos preparativos.

Como los demás habitantes de Chevagnes, no podía creer que su Morvan llegara á ser invadido por los prusianos; y en su retiro, no oía hablar sino raras veces, y eso no muy detalladamente, de los sucesos.

—Haz lo que nosotros, Aubin—ordenó el conde,—y prepárate á la defensa. No es posible que los cazadores se resignen á que les maten como si fueran conejos, sin contestar.

El guarda era un hombre de unos cincuenta años, delgado, moreno y de aspecto resuelto y enérgico.

—¿Pero creéis que vendrán?—preguntó, poniéndose muy pálido.

—No están lejos. Los he visto esta mañana.

—¿Dónde?

—En el bosque de Champignolles.

Aubin no dijo una palabra. Descolgó una carabina de grueso calibre que estaba colgado junto á la chimenea, le puso dos cartuchos de los que gastaba para matar lobos, y volvió á sentarse junto al fuego.

Roberto y su hermano sentáronse á la mesa.

Y como la viera tan bien provista, exclamó el mayor:

—¡Es lástima que nuestros pobres camaradas que han quedado allí, no tengan algo siquiera de lo que á nosotros nos sobra!

Experimentaban verdadero bienestar al volverse á ver en la antigua casa paterna.

La oriada, pendiente de cuanto pudieran deseear, se hallaba junto á ellos, y sin decir una palabra ni causar ruido, les atendía con profundo y respetuoso afecto.

—¿Has cuidado de la capilla, Aubin?—preguntó el hermano mayor.

—Sí, señor conde.

—¿Las plantas habrán crecido mucho?

—Es un jardín el que hay alrededor de las paredes.

—¿Ha ocurrido algo nuevo?

—Sí. Han matado al hijo de Huberto, el de la alquería del Plantis.

—¡Pobre muchacho! ¿Dónde?

—Del lado de Orleans. Sus padres no tienen consuelo.

—Y á Chadonin, el cantero de Oullans, ¿le has visto?

—Ha venido dos ó tres veces á preguntar si habíais escrito. Pero desde que hay por aquí algunos temores, no sale para nada de casa de sus primos los del Priorato.

—Mañana, antes que sea de día, irás á Chevagnes y le traerás, así como á Juan y á Román. Deben venir de todos modos á primera hora; pero cuanto antes lleguen, mejor.

El conde miró á su hermano y añadió, bajando la voz:

—La cosa urge. Pasado mañana es el matrimonio. ¡No hay tiempo que perder!

Y volviéndose al guarda añadió:

—¿Y qué dice el viejo Chadonin de los prusianos?

—No habla nada. Nadie le saca ni dos palabras del cuerpo; pero se sabe, no obstante, lo que piensa. Les odia como á la peste. Es de familia. Su padre estuvo en Jena y en Leipzig.

Acabaron de comer.

Hugo encendió un cigarro, abrió la ventana y contempló aquel paisaje tan querido, que creyó no volver á ver.

Roberto, junto á la chimenea, estaba completamente abstraído, pensando en Elena.

Hugo, que estaba enterado de todo y participaba de la indignación de su hermano, no podía, en aquellos momentos, pensar en otra cosa que en las desgracias de su patria; y no sentía sino para odiar á los invasores, que hacían la guerra como usureros, como aves de rapiña y no como enemigos generosos y nobles.

Al igual que los Simón y Fargeas, pero con mayor elevación de miras, no podía pensar más que en los caballos de los hulanos y en que estos llegaran á entrar impunemente en su querido Morvan.

Y hubiera quemado su casa ¡la casa de sus padres! antes de permitir que la pisaran.

Cuando concluyó de fumar, parecióle oír á lo lejos el ruido de un carruaje que se iba acercando.

Poco despues, el perro comenzó á ladrar.

—¡Silencio!—dijo Hugo.

Ya no era un carruaje, sino tres hombres, quienes se acercaban.

A una señal del amo, el guarda salió y adelantóse á los nocturnos visitantes, sujetando al dogo por el collar.

Hugo dijo en seguida:

—¡Los Tremor y maese Chadonin, tan tarde! ¿Qué sucederá?

—Sucede que los prusianos han estado en Chevagnes, y que á estas horas se baten allá, por la Encina hueca.

—¿Quiénes?

Juan Tremor se encogió de hombros.

—No puede ser mas que Simón—dijo.—

¡Un rabioso que se ha propuesto que caigan algunos! Si no ha olvidado su oficio, su escopeta es temible.

—Volverán.

—Es preciso entenderse, y pronto.

—Además—añadió Román,—el primo tiene que hacer una proposición.

Los Souvray brindaron asiento cerca de la chimenea á los visitantes. El guarda quiso retirarse.

—Estais bien ahí, Aubin—dijo Juan—Quedaos.

Los recién llegados explicaron la visita de los dragones.

El conde leyó la orden del general Von Goben.

—Es amigo del marqués—dijo.—El general posee inmensas tierras en Pomerania. El señor de Taunay ha ido allí muy á menudo de cacería.

—¡Quinientos prusianos en el castillo!—dijo Hugo.

El cantero sonrió.

Esta sonrisa llamó la atención de los Souvray.

—Si quisierais,—dijo Chadonin;—no saldrían.

Los dos hermanos y Román se miraron.

Evidentemente, la idea del cantero, era también la de ellos. Debían hablar ántes de un proyecto que el primo Chadonin acariciaba; y así, tratando acerca de esto, les ahorra-
ba el trabajo de buscar su aprobación y su ayuda.

—¿Conocéis algun medio?—preguntó el conde.

—Infalible.

—¿Cuál?

—Saltar el dique.

—Eso fuera admirable—dijo Hugo.

—El castillo arrastrado por las aguas.

¡Ahogados todos!

—¡Quinientos hombres!

—Mil, un ejército entero y verdadero.

—¿Pero es eso posible?

—Ya lo creo.

—Explicad vuestro pensamiento.

—Es sencillísimo.

Los Tremor, los Souvray y el guarda se volvieron al cantero, cuyos ojos brillaban maliciosamente; y no perdían de vista ni el más mínimo movimiento del orador.

En tanto, la sirvienta había subido á las habitaciones de sus amos, y se ocupaba en prepararla y ordenarlo todo para cuando subieran á descansar.

En el resto del castillo, todo el mundo dormía.

—¿Sabéis—repuso el cantero haciendo un esfuerzo para hablar (pues era tan lacónico de ordinario, que en el pueblo decían que sus palabras costaban cada una un luis) por qué

cuentan que el castillo de Chevagnes perecerá en un diluvio?

Los cinco oyentes menearon la cabeza en sentido negativo, de derecha á izquierda, simultáneamente; pero era por el gusto de oír hablar á maese Chadonin, Chadonin el mudo, puesto que no había un solo individuo en todo Morvan que no conociera la leyenda.

Román Tremor hizo un gesto de inteligencia á los dos hermanos, como diciéndoles:

—Podemos contar con él.

—Porque si el malecón del estanque saltara, todo lo que está en pie en el valle hasta Chaumontel, sería arrastrado.

—¿Incluso el castillo?—preguntó el guarda.

—El castillo ante todo.

—Imposible.

—Será preciso verlo.

—El malecón es sólido y el castillo también.

—Yo me encargo—dijo sencillamente el cantero.

—La idea es buena, primo—objetó Román—pero el dique es fuerte.

Maese Chadonin alzó los hombros y no se dignó discutir la opinión de Román.

Este no era del oficio.

El cantero se limitó á sonreír con la indulgente tranquilidad del que sabe más que los otros, y cuyos abuelos, con simple pólvora de cañón, habían destruido media montaña de Oullans.

Y él sabía de algo mejor que la pólvora.

Los progresos de la ciencia no son palabras vanas; y no en balde los sabios han inventado la dinamita y otras materias explosivas, con las cuales se puede destruir una ciudad en pocas horas.

Los Souvray no decían nada.

Escuchaban.

El mayor juzgó que había llegado el momento oportuno para intervenir.

—¿Decís, pues, maese Chaddonin, que puede quedar sumergido el castillo de Chevagnes?

—Ciertamente.

—¿Las aguas, sin dique que las contenga, barrerían el valle y arrastrarían ese antiguo caserón?

—Como si fuera una pluma.

—Después de todo, no hay más que tres ó cuatro casuchas además. Se podría advertir á sus habitantes.

—No hay necesidad.

—¿Por qué?

—Más alto...

El cantero quería decir que las casuchas no estaban edificadas como Chevagnes, en el fondo del valle, sino á los lados, cual si fuesen sus murallas.

El conde pareció satisfecho.

—Lo celebro—dijo.—Pero se hubieran podido reedificar.

—Muy fácilmente—dijo el guarda entusiasmado ante la perspectiva de combatir al enemigo.

—Es preciso, pues, prepararse á recibirlos—dijo Juan Tremor.

Los Souvray y Román pensaban en los alemanes ¡quién lo duda! pero también pensaban en otra cosa.

El marqués debía llegar al día siguiente.

Si la inundación aprovechaba al general Von Gøben y á su escolta, conseguían su propósito; pero ellos se hubieran felicitado también de que el marqués participara de la catástrofe.

Decididamente, la Providencia intervenía en sus asuntos.

—Primo, vuestro plan es admirable.

El cantero, economizando palabras, se concretó á manifestar, por medio de un gruñido de satisfacción, que no deseaba otra que llevar á efecto cuanto antes, aquel proyecto.

—¿Teneis ya todo lo necesario?

—Todo.

—¿Dónde?

—Aquí precisamente, nó.

—¿En vuestra casa de Oullans?

—Sí.

—¿Hay con qué hacer volar el pueblo?—dijo Juan.

—Es mi profesión.

—Se os puede llevar á vuestra casa.

—¿Cuándo?

—En seguida.

—¿Y volver?

—De una tirada.

—¿Y si encontramos á los dragones?

—Ahora duermen—dijo el cantero, sonriendo plácidamente.

De Souvray á Oullans no hay más que cuatro leguas.

Oullans está situado en la montaña, al lado de Fretoy. Es una vasta cantera, cuya piedra tiene la dureza y casi la belleza del mármol.

La montaña en que está sepultada pertenece toda entera al primo de los Tremor, que á eso debe su riqueza.

De ordinario, las gentes de aquellos alrededores creían asistir á un simulacro. De la mañana á la noche, las detonaciones de la cantera repercuten de eco en eco.

Es el cantero, que está minando sus dominios.

Tiene para un siglo.

Pero desde que comenzó la guerra cesaron esas pacíficas batallas.

Los negocios estaban paralizados. Se quemaba y se demolía, pero no se edificaba.

A media noche, un gran furgon de cuatro ruedas, guiado por dos excelentes caballos, entró en el zaguan del cantero.

En este carruaje iban seis hombres provistos de buenos armas, y dispuestos á dispararlos contra el enemigo, que por cierto no se presentó.

Aquellos seis hombres eran los dos Tremor, los dos Souvray, el guarda y maese Chadonin.

Permanecieron muy poco tiempo en Oullans.

Cuando el vehículo volvió á ponerse en marcha, iban diez hombres, en vez de seis.

El propietario de Oullans llevó consigo á

cuatro de sus obreros, que habitaban todo el año en las dependencias de la casa.

Era gente muy fiel, canteros que de tiempo inmemorial se hallaban al servicio de los Chadonin.

Iban provistos de aparatos de sondas, picos, azadones, palas y otros instrumentos.

La noche estaba muy oscura. Los canteros no habían olvidado nada, ni aun las linternas.

El carruaje tomó distinta dirección.

Esta vez no seguía el camino de Souvray, sino el de Chevagnes. El trayecto es mas largo y mas rudo; las cuestas y las bajadas son más difíciles; el terreno mucho mas accidentado.

Durante un rato, el coche fué por una alameda arenosa, entre cuatro hileras de árboles seculares.

Al pasar por uno de los extremos del dominio de Rochevieille, Roberto se quitó el sombrero.

Por allí había paseado él muy amenudo, á caballo, en compañía de Elena.

Y en aquel pedazo de tierra descansaba ella, en el panteón de familia, á corta distancia de la alameda, en aquellas mismas tierras donde nació para llevar la más triste existencia, y morir tan trágicamente.

Y complaciase en preparar el suplicio del miserable que la había asesinado.

Los acontecimientos que se sucedían, las desgracias de Francia, unida á aquella amargura, le hacían implacable.

Habíase jurado no ceder á debilidad ninguna del corazón.

Y estaba decidido á cumplir con toda frialdad, con la firmeza del más justiciero de los hombres, la misión que se había impuesto.

El cantero y sus ayudantes no pensaban más que en los invasores.

Los caballos se detuvieron de pronto. Hugo, que los guiaba, trataba de arivarlos, á fuerza de voces, para que siguieran caminando; pero nada conseguía.

A la derecha del carruaje se alzaba el árbol conocido por la encina hueca.

Roberto y los Tremor saltaron del coche.

Un imponente espectáculo se ofreció á su vista.

Seis ó siete cadáveres yacían, unos en medio del camino, y otros en el foso.

Los abrigos de los ginetes formaban inmensas manchas negras; los cascos y los fusiles habían rodado á un lado y otro.

Ningún caballo muerto. No había más que hombres. Los tiradores no erraron ningún golpe.

Había muchos charcos de sangre.

Roberto y los Tremor pusieron en hilera los cadáveres, hacia el declive, y tomando los caballos por la brida, los obligaron á salvar tan lúgubre obstáculo.

—Este era el tiroteo que oíamos—dijo Juan Tremor.

—Es preciso estar prevenidos, pues es de suponer que encontraremos á los otros—observó un cantero.—Huele á pólvora.

—Ya nos defenderemos.

—Ha sido ese diablo de Simón, que vuelve á ser *cazador furtivo*—dijo Hugo.—No hay muchos como él.

El vehículo continuó su camino. Dió la vuelta á Chevagnes, tornó á tomar el camino de Courbigny, recorrió cerca de cinco kilómetros, y á las dos de la madrugada se detuvo en lo alto de una gigantesca muralla que corta el valle y sirve de dique al estanque de Chevagnes.

XVII

Allí era precisamente por donde habían pasado tres años antes Lucas Fargeas y Catalina, en el cochecillo de los Tremor, la nefasta noche en que Solange rehusó las pretensiones de Román.

De día, y desde las puertas de la exclusiva de tan imponente mole, verdadera obra de titanes, se goza de un panorama encantador, pues la vista abarca todo Morvan, el gran Montarnu, el monte Genievre y el Prunoley.

Detrás, y contenida por la colosal muralla, se contempla aquella cantidad incalculable de agua, que es un verdadero portento, y cuyo límite apenas se distingue.

Para formar aquel estanque bastó cerrar el valle por medio de un dique, reforzado por una especie de baluarte de granito, cuyas puertas están embutidas entre dos pilastras, altas como torres de catedral.

Este trabajo fué ejecutado á mediados del siglo xvii, en tiempos de un Taunay que reunió los dominios de tan poderosa familia.

El castillo existía ya, pero él apenas lo habitaba; y el ingeniero que construyó el dique garantizó su solidez, por lo cual ni se soñó en reedificar en otro sitio el castillo.

No contaron con los progresos de la ciencia para destruir, y sobre todo con la venganza que le estaba deparada á un Taunay.

Pero ¿cómo se conseguiría echar abajo tan grandiosa muralla?

Parecía un cataclismo irrealizable.

Roberto de Souvray permanecía en observación desde la altura.

Él era quien mandaba en aquella tropa, sin necesidad de explicarles nada.

Ejercía gran ascendiente sobre ellos.

Su sangre fría en las circunstancias más difíciles; tanta bravura y rectitud tanta, imponían el respeto y la confianza.

Apoyado en el pilar de granito, atento á los ruidos del campo, parecía interrogar las tinieblas.

Y no oía sino el murmullo del agua, y adivinaba, sin verlo, entre las lejanas sombras, el sitio donde se levantaba la cuna de su familia, que él se encargaba de destruir.

— ¡Cuna profanada por un doble crimen!...

Debajo de él, á sesenta piés de profundidad, y junto al dique, se distinguían, se agitaban unas luces, invisibles para otros, puesto que era en una zanja, donde esparcían su resplandor, como si fueran fuegos fátuos.

Y al mismo tiempo llegaba también á sus oídos el ruido de la piqueta al dar contra la piedra.

El maestro cantero sondaba el gigantesco murallón, buscando los puntos vulnerables para atacar de firme al coloso.

Hugo de Souvray y los Tremor seguían aquel exámen con curiosidad.

Los obreros sacaban algunos bloques de piedra y abrían las necesarias cavidades, que tapaban luego, no sin haber depositado en todas ellas la correspondiente cantidad de dinamita. Y, en fin, hicieron cuanto era necesario para que la obra de destrucción fuera completa.

Trabajaron con vertiginosa actividad durante toda la noche. Y cuando fué de día ya quedaba terminada la tarea.

Treinta mechas de diversos tamaños pendían por fuera de las heridas del coloso, atadas todas ellas con una sola mecha destinada á comunicarles el fuego. Esto quedaría invisible para cuantos pasaran, puesto que estaban convenientemente escondidas entre las malezas ó bajo las aristas de la cornisa.

El propietario de Oullans estaba muy ufano.

Era aquel un trabajo perfectamente ejecutado.

El coronel de ingenieros más exigente no hubiera podido hacer la menor observación.

Había en las entrañas del baluarte todo lo necesario para hacer volar el Montarnu. La

explosión iba á ser un trueno grandioso que se oiría desde muy lejos.

No sabira quién había disparado. Los diez hombres eran leales; nada se averiguaría por ellos. La obra se hizo durante la noche, y nadie lo advirtió. Juráronse guardar secreto sin apelar á pomposas frases, con una sencillez impropia de estos tiempos.

El cantero se encargó de encender la mecha á la hora misma que fijaran los Souvray.

Román Tremor estaba pálido de emoción.

Una vez tendido el lazo, ¿caería en él la liebre?

A las seis, una rojiza faja de nubes apareció en el horizonte, hacia Levante, al ras de las montañas, cuyas crestas se destacaban perfectamente.

Cuando el antiguo novio de Solange subió á donde se hallaba el conde de Souvray, éste le dijo con la convicción de un iluminado:

—Es la justicia de Dios, que en todo interviene.

Tocaban á la primera misa en la iglesia de Chevagnes, cuando los Tremor se deslizaron como sombras por aquellos parajes para entrar en el Priorato, en unión del primo Chadouin y de los cuatros canteros.

Intentaron llevar á su padre á un sitio seguro y retirarse á alguna casa distante y solitaria, al abrigo de las pesquisas de los prusianos, que no dejarían de reaparecer para vengar á sus muertos y, como ya habían anunciado, hacer un escarmiento.

El anciano se opuso.

—Quiero morir en mi puesto—dijo.

El día pasó sin sustos.

En casa de los Tremor y en el castillo de Souvray, emplearon ese intervalo en preparar las municiones.

No reapareció ningún enemigo.

Pero es el caso que tampoco los Simón se dejaron ver.

Y se temió que estuvieran heridos.

Roman se apresuró á visitarles. La puerta estaba cerrada.

Creyérase que, espantados aun de su propia hazaña, y temiendo por su pellejo, si el enemigo volvía con refuerzos estaban escondidos en algun ignorado rincón de aquel bosque que conocían tan bien.

Suposición verosímil, pero falsa.

Simón y la *Bigornia* habianse aficionado á aquella cacería de distinto género, que no les parecía más peligrosa que otra cualquiera; así es que desde media noche el herrador estaba en el campo, seguido de su intrépida mitad.

La pobre mujer esperaba que aquellas terribles emociones levantarían el abatido espíritu de Simón.

La primera liebre que mató le convirtió en el más temible de los cazadores furtivos.

El primer dragón que cayó, hizo de él el más valiente de los soldados.

Al nacer el día, cuando precisamente los Souvray y los Tremor daban por terminada su tarea en el estanque de Chevagnes, él comenzaba la suya.

Oculto con su mujer en un rincón de un campo, distante seis leguas de Chevagnes, camino de Antun, vió llegar en dirección á ellos una avanzada de cinco hulanos.

Las banderolas blancas y negras de las lanzas flotaban á impulsos de la brisa.

Los caballos iban al paso; los hombres hablando alegremente.

De rodillas, detrás de un árbol, les esperaba Simón.

Se expresaban en francés, y elogiaban el vino del país.

Simón estaba lo mismo que si hubiera visto unas cuantas liebres: tan tranquilo.

Cuando se hallaron á treinta pasos, disparó dos tiros sin inmutarse.

El primer hulano se echó hacia atrás, soltó los estribos y cayó en tierra. El otro, arrastrado por el caballo, que se espantó, se agarraba á la crin del animal, que al fin se perdió por la calzada, y el jinete, al caer, no pudo quitar el pie del estribo, é iba dejando un reguero de sangre.

La *Bigornia* descargó su arma sobre los otros tres, cuando estuvieron frente á ella.

Un caballo cayó, aplastando al jinete, que quedó debajo.

Simón se colocó en medio del camino.

Cuando pasaron los últimos hulanos galopando azorados, con la rapidez del rayo, volvió á disparar.

Uno de ellos rodó al foso. Y el otro quedó muerto en el acto.

Salía el sol en aquel momento.

Por allí no había ni chozas, ni pueblo, ni cortijo.

Los Simón se internaron en el bosque y aguardaron.

A eso de las diez, cuando se disponían á regresar á la fragua, oyeron el ruido de los cascabeles de una silla de postas.

Ocultárouse convenientemente.

El carruaje pasó.

En él iba un hombre casi tendido en los cogines, y con la cabeza apoyada en una de las esquinas.

—¡El marqués!—dijo la *Bigornia*. Mañana es el casamiento. ¡Pobre Solange!

Y tirando á Simón de la manga, añadió:

—Ven; es preciso que yo le hable.

El obedeció, pero sintiendo dejar aquel puesto magnífico para cazar hulanos.

XVII

El marqués de Taunay regresaba solo.

Venía de Génova, donde se le había hecho el tiempo eterno, esperando á que llegara el día fijado por Solange para ser dueño de la mujer que le inspiraba una pasión abrasadora; y en cuya pasión entraba, más que verdadera ternura, insaciable deseo de someter á una esclava rebelde.

Se proponía permanecer en Chevagnes solo el tiempo necesario para el cumplimiento de las formalidades del contrato y de la boda; y en seguida sacar de allí á su mujer, como si se tratase de un rapto.

Oculto con su mujer en un rincón de un campo, distante seis leguas de Chevagnes, camino de Antun, vió llegar en dirección á ellos una avanzada de cinco hulanos.

Las banderolas blancas y negras de las lanzas flotaban á impulsos de la brisa.

Los caballos iban al paso; los hombres hablando alegremente.

De rodillas, detrás de un árbol, les esperaba Simón.

Se expresaban en francés, y elogiaban el vino del país.

Simón estaba lo mismo que si hubiera visto unas cuantas liebres: tan tranquilo.

Cuando se hallaron á treinta pasos, disparó dos tiros sin inmutarse.

El primer hulano se echó hacia atrás, soltó los estribos y cayó en tierra. El otro, arrastrado por el caballo, que se espantó, se agarraba á la crin del animal, que al fin se perdió por la calzada, y el jinete, al caer, no pudo quitar el pie del estribo, é iba dejando un reguero de sangre.

La *Bigornia* descargó su arma sobre los otros tres, cuando estuvieron frente á ella.

Un caballo cayó, aplastando al jinete, que quedó debajo.

Simón se colocó en medio del camino.

Cuando pasaron los últimos hulanos galopando azorados, con la rapidez del rayo, volvió á disparar.

Uno de ellos rodó al foso. Y el otro quedó muerto en el acto.

Salía el sol en aquel momento.

Por allí no había ni chozas, ni pueblo, ni cortijo.

Los Simón se internaron en el bosque y aguardaron.

A eso de las diez, cuando se disponían á regresar á la fragua, oyeron el ruido de los cascabeles de una silla de postas.

Ocultárouse convenientemente.

El carruaje pasó.

En él iba un hombre casi tendido en los cogines, y con la cabeza apoyada en una de las esquinas.

—¡El marqués!—dijo la *Bigornia*. Mañana es el casamiento. ¡Pobre Solange!

Y tirando á Simón de la manga, añadió:

—Ven; es preciso que yo le hable.

El obedeció, pero sintiendo dejar aquel puesto magnífico para cazar hulanos.

XVII

El marqués de Taunay regresaba solo.

Venía de Génova, donde se le había hecho el tiempo eterno, esperando á que llegara el día fijado por Solange para ser dueño de la mujer que le inspiraba una pasión abrasadora; y en cuya pasión entraba, más que verdadera ternura, insaciable deseo de someter á una esclava rebelde.

Se proponía permanecer en Chevagnes solo el tiempo necesario para el cumplimiento de las formalidades del contrato y de la boda; y en seguida sacar de allí á su mujer, como si se tratase de un rapto.

Servais le esperaba en Italia, en donde se hallaba preparándolo todo para la solemne entrada de sus amos.

La casa que había alquilado era un verdadero nido de amor; estaba situada en un paraje encantador, un paraíso, donde el marqués podría olvidarlo todo: sus remordimientos, los trastornos de su patria y los odios que con su conducta se había atraído.

No es esto decir que el asesino de Elena de Rochevaille viviera atormentado por el arrepentimiento; nada de eso.

Sus pensamientos no le pertenecían; eran todos para Solange.

La profecía de Felisa se realizaba.

Cuando penetró en sus dominios, cerca ya del castillo, al ver los cadáveres de los dragones, á un lado y á otro del camino, cerró los ojos con repugnancia.

La guerra, pues, llegaba hasta allí, hasta su casa, con todos sus consiguientes horrores.

—Deprisa!—dijo al postillón, al ver que los caballos se encabritaban al olor de la sangre.

Pero él, ni ante los muertos podía pensar en otra cosa que en Solange.

No temía por su propia persona, pues gracias á sus relaciones se había procurado un salvoconducto; pero temblaba por Solange, que podía llegar á ser víctima de la invasión, que amenazaba llegar hasta los más desiertos lugares de aquellos salvajes contornos.

El carruaje se detuvo al fin, á eso de las doce del día, frente al castillo.

Fué saludado con el respeto debido al amo; pero con ese silencio que tanto debe enseñar á los poderosos.

Era evidente que los fieles servidores de la casa se entristecían, no solo al recuerdo de los pasados sucesos, sino de los proyectos del marqués; y, al igual de Fargeas, veían con malos ojos una alianza que se rodeaba de tan desastrosas circunstancias.

El señor de Taunay comprendió aquella muda reconvención; pero no había ido allí para reparar en tales cosas.

Pasó desdeñoso y altanero, con la cabeza erguida, dió las órdenes en tono breve, se enteró de los asuntos de la casa, subió á su habitación, procedió á vestirse la *toilette* con la misma tranquilidad que si se hallara en el hotel de la avenida Matignon, disponiéndose para ir al círculo; almorzó en pocos minutos y salió en seguida hácia Gué-aux-Biches.

Cuando él llegó, el guarda no estaba en casa.

Catalina, al verle, se retiró para dejar á Solange sola con él.

Oliverio se sentó al lado de su amada.

Estaba sumamente emocionado.

—Solange—dijo—he esperado con impaciencia que trascurriera el plazo que me habíais fijado, y que expira mañana.

—Ya lo sé.

—He dado ya mis órdenes. ¿Etais dispuesta?

Ella contestó con voz débil:

—Sí.

—Hé aquí lo que he decidido. Nos iremos en cuanto nos casemos. Hubiera querido sustraeros antes á los peligros que correis en este país, ¡ya que la guerra se extiende por todas partes! ¡Es un terrible espectáculo, sobre todo para una joven! Felizmente, todavía es tiempo. ¿Qué dice Fargeas de este matrimonio?

—Ya os lo he escrito. Casi siempre se halla ausente de casa, y cuando está en ella apenas habla.

—Mi intención es proporcionarle que viva con independencia en una honrosa condición. El notario tiene mis instrucciones.

Ella hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Mañana á las once se firmará el contrato, en el castillo ó aquí, como gustéis.

—En el castillo, si así os agrada.

—Bueno. En seguida nos casaremos en la alcaldía, sin aparato ninguno, por supuesto. He creído secundar vuestros deseos evitando toda ostentación, que los sucesos rechazan. Eso es lo de menos.

Y añadió, acercándose á la frente de Solange:

—¡Con tal de que al fin me otorgueis el consentimiento que ansio hace tanto tiempo! De la alcaldía iremos á la capilla del castillo. Luego subireis á vuestra habitación para poner el traje de viaje. Nos dirigiremos á Italia directamente y allí estaremos todo el tiempo que gustéis. Tendreis una residencia que os agradará; así lo espero, al menos... ¿Teneis que hacer alguna objeción?

—Ninguna.

—Hemos ya el uno cerca del otro. Mucho tiempo hace que no vivo sino para este momento. Quiero merecer vuestro afecto y, si puedo, vuestro amor.

Su voz habia perdido el acento duro é imperioso que le era peculiar.

La joven sonrió resignada.

Él pudo traducir aquella sonrisa como signo de paz y hasta de estimación.

Estrechó la mano de Solange.

—Casarme con vos,—repuso con vehemencia—es mi único afán, y es también la mayor prueba de amor que puedo daros. No se me oculta que el mundo me criticará y será muy severo conmigo, por lo menos durante algún tiempo. Pronunciará este fallo absurdo: ¡casamiento desigual! como si yo no tuviera por disculpa esa belleza incomparable, atractiva, que subyuga y triunfa, y ante la cual los más soberbios se humillarían. Además, habiendo voluntad, todo puede dominarse, y quiero que seáis objeto de admiración y de envidia en todas partes. Quiero que el orbe entero se postre á vuestros piés y reconozca que sois digna de todas las coronas. Pero quiero también, Solange, que vos, á cambio del sacrificio que me impongo, desafiando ridículos, aunque poderosos prejuicios, me hagáis el favor de olvidar el pasado, para no pensar sino en los esplendores y en la embriaguez del presente.

Háblabala con tierna y cañosa dulzura, seguro de obtener completo perdón.

¿La reparación no era bastante á borrar la ofensa?

Permaneció tres horas á su lado, hablando de sus viajes, de su ansiedad durante los meses de ausencia, de las cartas que con tanto gusto le dirigía diariamente, de la pena que sentía ante sus lacónicas respuestas y, por último, le explicó los preparativos hechos para recibirla dignamente y lo delicioso que era el país que iban á habitar.

—Lo olvidaré todo en ese rincón encantador, porque yo no tengo más patria que vos, Solange.

Evitó nombrar á Román y á sus primos los Souvray.

Sólo, en el momento de separarse, la preguntó con afe tada indiferencia:

—¿Y qué ha sido de ese Tremor, que se alistó en un regimiento? ¿Ha habido noticias?

Y dirigió á Solange una penetrante mirada, que ella sostuvo sin hacerse traición.

No contestó nada y movió la cabeza.

—¿Y los Souvray han reaparecido?

—No.

—Son unos locos, heroicos quizás, pero locos, indudablemente. Al ejército es á quien toca defender el país. ¿Qué habrán ganado con hacerse matar ó pudriéndose en alguna fortaleza prusiana?

Ella se calló.

—Mañana—dijo Oliverio—colocarán otra diadema en esa cabeza tan admirable y tan admirada.

Ella se estremeció, y tampoco contestó.

Y el marqués se alejó como el día de la horrible escena que sirve de comienzo á este drama.

Solange, después de asegurarse de que estaba sola en la casa, se encerró en su cuarto. Sentóse ante á una mesita y escribió la siguiente carta:

«Mi querido Román:

»Os debo una prueba de amor. Os la daré; por ella sabreis que no he amado á más hombre que á vos. Mi corazón os pertenecía desde la infancia, y no soy de las que cambian.

»Confieso que siento dejar la vida. Vos y mi hijo me la hariais amar. ¿Y... qué quereis? Soy jóven, y á mi edad cuesta trabajo morir é ir hácia lo desconocido... ¡La tumba!

»¡No he podido ser vuestra mujer! ¡No perteneceré á nadie!

»Pensé desde luego en otra solución.

»Pero el señor de Taunay me ha desarmado al adoptar á ese hijo y darle título y fortuna. Para cumplir mi oferta no me queda más recurso que morir. ¡Y moriré!

»Adios.

»Rogad á los señores de Souvray que no falten á su promesa, como yo no falto á la mía; y que protejan, en lo futuro, á este niño, bien ageno á nuestras desdichas y á las faltas de su padre. Que hagan de él un hombre honrado, un hombre de bien; es todo lo que deseo.

«Os amaba y os lo pruebo..»

«Adios.

»SOLANGE FARGEAS.»

Y por un sentimiento de legítimo orgullo, é inocente vanidad, á fin de que su amado comprendiera mejor la extensión de su sacrificio, puso, bajo su nombre, este otro:

«*Marquesa de Taunay-Coulanges.*»

Dobló la carta, la metió en el sobre, escribió las señas, y la guardó en el bolsillo.

Luego abrió un cofrecillo de mosaico que había pertenecido á la madre del marqués y que éste le regaló á Solange en su último viaje.

El cofrecillo encerraba un botiquín de campo, de esos que generalmente hay en todos los castillos distantes de la población y que contienen los medicamentos más esenciales.

Los frascos con las tapas en oro, y grabadas en ellas las armas de los Taunay, estaban llenos de diversas sustancias, cuidadosamente rotuladas é inofensivas casi todas ellas.

En uno se leía éter; en otro, ácido fénico; en otro, emético, hierro. Y el último contenía «láudano», con esta advertencia, escrita por Elena: «No tomar más que cinco óseis gotas, á lo sumo, en un vaso de agua.»

Solange lo examinó con desconfianza, aspiró el olor, titubeó un instante entre aquel frasco y otro, cuya etiqueta decía «opio», y se decidió al fin por el láudano, cuyo frasco guardó en el bolsillo.

Cerró el cofre, lo volvió á poner en su sitio, y quedó, al parecer, tranquila.

La ligera emoción que acababa de experimentar había pasado ya.

Dió un profundo suspiro y exclamó resueltamente:

—¡La suerte está echada!

Su valor era tanto más meritorio, cuanto que se creía sola.

Y, sin embargo, no lo estaba.

Hacía ya diez minutos que una mujer, desde fuera y oculta entre la ventana y el muro, la estaba observando.

Cuando tuvo la evidencia de las intenciones de Solange, aquella misma mujer dió la vuelta, sin producir el menor ruido, y llamó á la puerta de la casa.

Era la *Bigornia*.

Estaba tan tranquila como si en vez de dragones hubiera matado, sin querer, unas cuantas hormigas.

La muerte de aquellos enemigos de la patria no mortificaba su conciencia.

Podemos asegurar que no había vuelto á pensar en ello.

No tenía más que dos cuidados: Simón, con sus remordimientos, que rayaban en locura; y Solange, que cada vez se mostraba más reservada con ella.

Eso era lo único que la preocupaba.

Lo demás le importaba un ardite.

No llevaba arma ninguna. Debió esconder la escopeta en algún matorral; y lavarse las manos y el rostro en el arroyo.

El marido la esperaba oculto entre la arboleda. No quería presentarse en el pueblo, sino estar siempre en acecho hasta el fin de la guerra.

Y no cesaba en su resolución.

—Esa gente—decía refiriéndose á los prusianos—no atravesará mis bosques.

Si los otros no lo defendían, él, cazador furtivo, tantas veces molestado, perseguido, condenado y encarcelado, los sabría defender solo.

No le faltaría la barraca de algún carbonero para dormir.

La Simona no era mujer capaz de abandonarle; pero nada la hacía olvidar á Solange.

De este lado el peligro era inminente.

Bajo la aparente resignación de la muchacha, adivinaba una voluntad amenazadora.

¿Cuál?

Lo ignoraba.

Después de haberla hecho la confidente de sus rencores y de sus planes; después de haberle ofrecido no resolver nada sin su consejo, Solange se limitaba á contestarle, cuando con solícito afecto la interrogaba la *Bigornia* con la mirada, ó verbalmente:

—No lo sé.

Pero Simona se propuso descubrir cuáles pudieran ser sus secretos planes, y lo había descubierto ya.

La escena que acababa de presenciarse daba la llave del enigma.

Solange había decidido suicidarse.

No tenía más medio que uno, si quería dar nombre y fortuna á su hijo: casarse con el marqués de Taunay.

Y se casaría con él.

Pero luego, dueña de su suerte, dispondría de ella á su antojo.

Casada, no quería pertenecer á su marido. El amor de éste le causaba horror, horror tanto más vivo é invencible, cuanto que amaba á otro hombre, á Román, su compañero de la infancia, el único que había hecho latir su corazón, y para quien fueron sus primeras sensaciones.

Y había cifrado todo su orgullo en probarle este amor.

Por medio de la muerte, que aceptaba no sin pena, cumplía una y otra misión.

Era un desenlace.

Simona, gracias á su viva inteligencia y fino instinto, comprendió lo mismo que si se las hubiera confiado, las intenciones de Solange.

Pero aquel fin no era el que convenía.

Ella prefería otro, no importaba cuál, por malo que fuese.

Y bendijo la suerte que con tanta oportunidad le había llevado á Gué-aux-Biches.

—¿Estás sola?—dijo á Solange.

—Mi madre no debe estar lejos ya. ¿De dónde venís?

—De cazar... Es nuestro destino. Simón había renunciado á la caza, pero la afición es superior á él. Esta vez no se trata de las liebres...

—¿Es él quien?...

—¿Esta noche? Sí. Y esta mañana, por otro lado. ¿Por qué ha de venir esa gente á ponernos la ley? ¿Y el marqués? Ha llegado.

—¿Cómo lo sabeis?

—Ya sabes que no ignoro nada. No puedes tener idea de todo lo que se ve rondando día y noche por el bosque. Le vi esta mañana. Pasaba en carruaje, un lujoso tren, con dos caballos y un postillón. Viene á buscarte. Es mañana. Nada se me olvida. ¿Qué ha de cedido?

—¿El?

—Sí, él, el señor marqués de Taunay.

—El contrato se firmará á las once, en el castillo.

—¿Y la boda?

—Acto seguido, en la alcaldía y en la capilla.

—¿Y después?

—¿Después? Nos vamos.

—¡Ah! ¿os vais? ¿Los dos?...

—Naturalmente, los dos... puesto que me caso con él. ¿Por qué me mirais de ese modo?

—Por nada. ¿De suerte que te resignas?

—Sí, por mi hijo... Ya comprenderéis...

—Ya lo creo; me hago cargo. Es lo mejor, ya que él cede y consiente en todo...

—¿No es verdad? Y, además, ¿qué hacer? Si al menos yo pudiera salir de esta situación... Si viera una puerta... ¡Pero todas están cerradas para mí! He buscado... mas ha sido en vano.

—¿No has hallado ninguna salida?

—Ninguna. Además, desde que he llegado, no encuentro, fuera de vos y demi madre, nadie que me hable con bondad. Los demás me vuelven la espalda, como si yo hubiera causado la muerte á la marquesa, ó consintiera en este casamiento por ambición. Nadie me sostiene. Hasta mi padre evita el hablarme, y comprendo que me juzga con igual severidad que los otros. El mismo Brodin, el palafrenero, que fué tan amigo mio, me mira con ojos feroces.

—¿Qué quieres? Estas gentes no saben... ¿Y á dónde vais despues de casados?

—A Italia. El señor de Taunay desea tanto como yo alejarse de aquí; se va al extranjero para dejar al tiempo el cuidado de acallar el ruido que se producirá á nuestro alrededor.

—¿De modo que mañana, contrato, alcaldía, iglesia y....?

—Subiré á mi habitación, me vestiré, y partiremos.

La *Bigornia* reflexionaba, sin dejar de fijar su penetrante mirada en la joven, que bajó la cabeza.

Y cuando hubo reflexionado bien, durante algunos minutos, respiró.

No había nada que temer hasta la salida de la iglesia.

Su protegida quería ser marquesa de Taunay, legítima esposa del padre de su hijo. Y no lo sería sino á partir de aquel momento.

La *Bigornia* tenía, pues, tiempo; tenía de por medio la noche para reflexionar, y en ese

intervalo pudieran ocurrir cosas que cambiaran sus disposiciones.

Se levantó para irse, y dijo:

—Voy al encuentro de mi cazador.

Solange la siguió, y cuando estuvo en el dintel del portal—repuso:

—Podríais hacerme un favor, Simona. ¿Queréis?

—¿Que si quiero, mi Solange? Ya lo creo.

—Entregar esta esquela á Román. En ella me despido de él. ¡Pobre muchacho!

—Dices bien: ¡pobre muchacho! Estará desesperado. ¿Sabes lo que vá á suceder...?

—¿Qué?

—Mejor fuera que la bala de los prusianos, en vez de atravesarle el brazo, le hubiera destrozado el corazón. ¡Así, no más penas!

—¿Qué creéis...?

—¡Verto casada con ese otro!

Solange se tapó el rostro con las manos.

—Ya sé—repuso la *Bigornia*—que no puedes conducirte de otro modo. Dame la carta. Se la entregaré.

—Pero ha de ser mañana, despues de mi partida.

—Sí, despues de que te hayas ido. Puedes estar tranquila.

—Y ahora, ¿á dónde vais?

—A reunirme á Simon hasta mañana.

—No espongaís vuestra vida, sobre todo.

—No tengas miedo. Son menos peligrosos de lo que parecen.

—¿Y mañana?

—Mañana, mi querida Solange—dijo la

Bigornia con aire misterioso,—podrá ser que no me veas; pero ten la seguridad de que estaré cerca de ti.

La joven se quedó pensativa en la escalinata.

Simona se fué.

Despues de haber andado media legua; y al llegar junto á una abandonada barraca, se reunió, en efecto al herrero, que dormía tendido en un monton de helechos y hojas secas.

A su lado tenía la escopeta.

Ella se acercó de puntillas, mas, á pesar de esta precaución, su marido se despertó, pero sin asustarse.

Hubiera distinguido entre mil, el paso de la *Bigornia*.

La interrogó con la mirada.

—Se casa mañana—contestó ella.

—Entonces, dos desgraciados: ¡ella y Román!

—¡Uno solo!—añadió Simona.

—¿Cómo?

—Ella quiere perecer.

—¡Pobrecilla! ¿Te lo ha dicho?

—Lo he comprendido. No puede soportar la idea de pertenecer á ese hombre. En un tiempo acaricié una idea.

—¿Cuál?

—Matarlo como á los dragones.

Simón se incorporó.

—¡Calla, mujer!—exclamó.

—¡Es un malvado! Ha perdido á Solange. ¿Y quieres que te diga más, Simón? Esa otra

á quien se unió, porque era rica, su prima, si no existe...

—¿Qué?

—Es porque él ha abreviado su vida, estoy segura de ello. He oído palabras...

—¿Qué nos importa! ¡Deja que le juzguen otros!

—Si se quisiera...

—¡No me tientes! Me basta con un remordimiento. No lo sabes bien. No veo otra cosa que la sombra de aquel hombre. Se ríe y me amenaza. Me atrae. Y acabará por llevarme con él. ¡No quiero matar hombres! ¡Aquello fué un crimen! ¡Calla! ¡calla!

La *Bigornia* quedó espantada ante tan inesperado acceso.

El alma de Simón no estaba curada, como esperaba ella. Al contrario, estaba más enferma que nunca.

El siguió diciendo:

—Los otros, los extranjeros, no me atormentan, ni me echo en cara su muerte. ¿Les conozco acaso? ¿Por qué no se han quedado en su país? Es él, Labranche, quien me persigue. Nos atormentaba cuando vivía; pero muerto me atormenta más aún. Fué por odio por lo que murió asesinado, estrangulado como á una liebre, con un lazo. ¡Es horroroso! He matado, me matarán! Es lo justo.

—Entonces—dijo la *Bigornia* desesperada—entra en la fragua. Ocultemos estas armas, y no te sirvas más de ellas.

—¡Sí, contra los otros! Vienen mañana. Así lo dijeron. Les esperaré. Esos no son

hermanos, ni prójimos: son enemigos. ¡Están fuera de la ley! Son bandidos que nos insultan y saquean. Si les dejaran, incendiarían el pueblo, mi casa, ¡la casa donde tú y yo hemos vivido! ¡Vamos, defenderse, defender su tierra, la madre patria, es un deber! ¡Después que hagan de mí lo que quieran! Si sus balas llegaran á mí, yo estaría contento. ¡Es un bien morir así!

Levantose con la mirada extraviada y la cabeza erguida.

—¡Y yo no soy nadie!—dijo ella con dulzura.—¿Serías capaz de dejarme?

La miró tiernamente, y contestó:

—Tú has creído que hacías bien. ¡No te guardo rencor! ¡Te he querido mucho; eres una excelente mujer!

—Ese hombre nos acechaba como á fieras. Te martirizaba. Yo le odiaba. Y además era un ladrón. ¡No me arrepiento! Hoy volvería á hacer otro tanto. Duerme.

El se extendió de nuevo en el lecho de hojas, mientras que la *Bigornia*, sentada en un tronco de abedul, avivaba el fuego de la hoguera que daba algún calor á aquella miserable choza.

—Yo obraré sola—pensó.

A la misma hora, Roberto de Souvray se arrodillaba junto á la tumba de Elena.

Permaneció algún tiempo así, como si tratara de escuchar la voz de la muerta.

—¡La interrogaba, pero ella no respondía!

La dulce Elena no le hubiera dado sino consejos de paz y de perdon.

Pero cuando se levantó, iba animado de inflexible voluntad de castigar, aunque para ello hubiere tenido que coser á puñaladas al miserable que había abierto la sepultura ante la cual había llorado tanto, ¡que ya no le quedaban lágrimas!

XIX

A las nueve de la noche vióse en Chevagnes un extraño espectáculo.

Un hombre de Pont-Charreau atravesó el pueblo con un calesin. El caballo iba á todo correr.

Aquel hombre, que era un hacendado, huía hacía Montreuilhon, en donde tenía unas tierras.

Se decía que los prusianos en masa se acercaban para ganar Nevers.

Seguían esa dirección. Chevagnes está en el camino.

Fué un verdadero pánico.

Las gentes de Chevagnes no tenían modo de huir como el hacendado; pero siempre tratarían de poner á las mujeres y al ganado en sitio seguro.

Durante toda la noche y á la luz de la luna, ocultaron los bueyes, las vacas, los carneros y hasta las cabras, en el lugar que consideraron más apropiado.

Las mujeres con sus hijos, se refugiaron en casa de sus padres ó amigos en las chozas y alquerías, en los parajes más inaccesibles.

Por la noche no quedaban mas que hombres junto al campanario.

Era una desolación.

No se oían más que lamentos.

El viejo Tremor trataba de levantar los ánimos de todos sus conciudadanos.

—Si queman las casas, ¿cómo podremos reedificarlas?

Maese Chadouin, muy ufano, contestó:

—Se reedificará un hermoso y flamante pueblo. Hay piedra en Oullans, y no faltarán albañiles.

No habían vuelto á ver á Simón.

Era de suponer que había hecho voto de no entrar en la fragua sino después de la exterminación de los prusianos.

Las gentes hablaban en la plaza.

La *Bigornia* se acercó á saber noticias.

Un carpintero predicaba en favor de la resistencia.

—Es preciso ir con Simón — decía — y echarlos. ¿Vamos á dejarnos devorar? No hay mujeres que nos detengan.

La verdad es que sólo quedaban dos en el pueblo: Rosa y la sirvienta del Priorato, que no quisieron seguir á las otras.

El ama del cura, á pesar de sus sesenta primaveras, emprendió la fuga.

¡Exajerada prudencia!

El maestro cantero, acercándose á la *Bigornia*, que no decía una palabra, le puso la mano en el hombro, y le dijo:

—Simona.

—¿Qué?

—¿Quieres que te dé un consejo?

—Dámelo.

—¿Es tu hombre quien ha dado el golpe?

—Sí.

—Es un valiente. ¿Qué infame será quien se lo vitupere! Odia á los alemanes, ¿no es verdad?

—Sí.

—Dile que les deje entrar mañana.

—¿Lo quereis así?

—Eres mujer de talento y reservada. Puedo, pues, decirte, que son el señor de Souvray y Román Tremor quienes lo desean.

—¿Están ahí?—exclamó la *Bigornia* dando un brinco.

—Desde anteayer. Silencio.

Hízole seña de que callara, y se internó entre los grupos.

A las once, todos los del pueblo entraban en sus respectivas casas más tranquilos.

El viejo Tremor y el cantero habían conseguido, sin demasiado trabajo, ¡ay!, la promesa de que permanecerían quietos.

Los guardas sabían que debían contar con algún misterioso socorro que excusara su inacción.

A media noche, todo el mundo dormía.

Solange, verdaderamente emocionada, contaba los minutos que le quedaban de vida y que volaban rápida y silenciosamente, como si tuvieran alas.

XX

Era intenso el frío que se sintió al día siguiente.

Un viaje con semejante temperatura, por más comodidades que se disfruten, no puede ser agradable.

El señor Ansbert-Pablo-Luis Delaroque, notario de Chateau-Chinon, se levantó muy temprano, casi con el sol, y se frotaba las manos de alegría: se prometía un día provechoso para él.

Asomóse á la ventana de su cuarto y llamó á su especie de criado, que lo era un rústico.

—¿Se sabe algo de nuevo?—preguntó.

—Muy confusamente, señor.

—¿Y nuestras tropas? ¿Y las otras?

—Se dirigen á Luzy. Lorenzo de Montaron ha visto á los alemanes en el camino; por los alrededores de Préporché, una columna bastante numerosa. Creyó que se moriría de miedo. Cuéntase también que ha habido tiros en el bosque de Chevagnes, y en Champignoles, y que han muerto veinte, lo menos.

El señor Ansbert Delaroche dió un bote y dijo:

—¡Diablo! ¡En el bosque de Chevagnes! ¡Y en Champignoles! Eso si que me contraría.

Era precisamente por aquel lado por donde él tenía que ir, y estaban sus asuntos...

—¿Quieres que te dé un consejo?

—Dámelo.

—¿Es tu hombre quien ha dado el golpe?

—Sí.

—Es un valiente. ¿Qué infame será quien se lo vitupere! Odia á los alemanes, ¿no es verdad?

—Sí.

—Dile que les deje entrar mañana.

—¿Lo quereis así?

—Eres mujer de talento y reservada. Puedo, pues, decirte, que son el señor de Souvray y Román Tremor quienes lo desean.

—¿Están ahí?—exclamó la *Bigornia* dando un brinco.

—Desde anteayer. Silencio.

Hízole seña de que callara, y se internó entre los grupos.

A las once, todos los del pueblo entraban en sus respectivas casas más tranquilos.

El viejo Tremor y el cantero habían conseguido, sin demasiado trabajo, ¡ay!, la promesa de que permanecerían quietos.

Los guardas sabían que debían contar con algún misterioso socorro que excusara su inacción.

A media noche, todo el mundo dormía.

Solange, verdaderamente emocionada, contaba los minutos que le quedaban de vida y que volaban rápida y silenciosamente, como si tuvieran alas.

XX

Era intenso el frío que se sintió al día siguiente.

Un viaje con semejante temperatura, por más comodidades que se disfruten, no puede ser agradable.

El señor Ansbert-Pablo-Luis Delaroque, notario de Chateau-Chinon, se levantó muy temprano, casi con el sol, y se frotaba las manos de alegría: se prometía un día provechoso para él.

Asomóse á la ventana de su cuarto y llamó á su especie de criado, que lo era un rústico.

—¿Se sabe algo de nuevo?—preguntó.

—Muy confusamente, señor.

—¿Y nuestras tropas? ¿Y las otras?

—Se dirigen á Luzy. Lorenzo de Montaron ha visto á los alemanes en el camino; por los alrededores de Préporeché, una columna bastante numerosa. Creyó que se moriría de miedo. Cuéntase también que ha habido tiros en el bosque de Chevagnes, y en Champignoles, y que han muerto veinte, lo menos.

El señor Ansbert Delaroche dió un bote y dijo:

—¡Diablo! ¡En el bosque de Chevagnes! ¡Y en Champignoles! Eso sí que me contraría.

Era precisamente por aquel lado por donde él tenía que ir, y estaban sus asuntos...

El criado le tranquilizó.

—No será lo que dicen, probablemente, puesto que no se sabe de fijo de dónde venían los tiros—dijo.—¡Si uno fuera á creer todo lo que oye!

El notario no se distinguía por su valor; pero es de sospechar que, dada la provechosa misión que le estaba encomendada, hubiera pasado por los sitios de más peligro, sin arredrarse.

Y pensó además que á él, inofensivo notario, no le harían daño alguno.

El día 4 de diciembre había de ser memorable para él, para su carrera, se entiende.

Iba á poner á la firma del más importante de sus clientes un documento que había de reportarle buenos honorarios.

—Démonos prisa, amigo mío—dijo al sirviente.

El marqués de Tannay había dado las consiguientes instrucciones para que el notario no omitiera nada en el contrato, ni aun la pensión que concedía á los padres de su futura, ni los bienes de la viuda, en caso de muerte, ni, sobre todo, el reconocimiento del hijo de Solange.

El documento podía pasar por un modelo en su género.

Delaroque era víctima de la forma.

Nadie le igualaba en esto.

Tanto, que semejante culto, llevado á exageración, iba á tener funestas consecuencias.

Los grandes efectos suelen provenir de pequeñas causas.

Declaró que estaba satisfecho de su obra. Estaba en regla, y no sin razón se vanagloriaba de ello.

Ahora no se trataba más que de ir á Chevagnes y llegar con puntualidad digna de su profesión.

El marqués había dicho que á las once.

Eran las ocho.

Delaroque terminó su *toilette*, anudó la corbata blanca sobre la resplandeciente camisa, se puso el frac, los guantes, abrigóse con un gabán forrado de pieles, y debajo del brazo colocó los papeles que debían valerle una fortuna.

Por toda arma llevaba la consabida pluma de ave.

La puntiaguda nariz, las anchas orejas, los verdosos ojos, la elevada y ya calva frente, á pesar de ser joven aún, las redondas y coloradotas mejillas, todo su ser, en fin, respiraba el mayor contento.

No pensaba más que en los honorarios.

Subió al carricoche y tomó el camino de Chateau-Chimon.

Digamos sin pérdida de tiempo que no encontró á nadie, y que el viaje terminó sin accidente alguno.

A las diez menos cuarto atravesaba la plaza de Chevagnes.

Todo estaba tranquilo.

Algunos lugareños, un labrador y Vicente el zapatero, discurrían por allí; y cuando vieron al notario le rodearon pidiéndole noticias.

Pero éste no sabía nada de nuevo.

Nadie estaba al corriente. Reinaba completa incertidumbre respecto de los movimientos de los ejércitos en campaña. Ignoraban su marcha, las fuerzas con que contaban, sus planes ó intenciones; todo, en fin.

A las once menos cinco, Delaroque entraba en el castillo: No puede darse mayor exactitud.

Brodin, el palafrenero, le recibió.

Las cuadras estaban vacías.

El palafrenero saludó al notario en silencio.

Parecía que aquella mansión señorial estaba de duelo.

Las persianas se hallaban cerradas. Nadie paseaba en el parque donde hasta los macizos parecían tristes.

—¿El señor marqués ha llegado?—preguntó Delaroque.

Brodin inclinó la cabeza para decir que sí.

—¿Me espera?

Brodin se inclinó de nuevo.

—¿En el salón?

La misma respuesta.

—¿Está solo?

Brodin se inclinó por cuarta vez.

Un jardinero arreglaba los alrededores de la capilla, cuyas puertas estaban abiertas.

—¿Es aquí donde se vá á celebrar el casamiento?—preguntó el notario.

—Aquí es—contestó al fin Brodin.—¡Qué tristeza!

—Muy triste, no lo niego—pensó Delaroque;

que;—pero será el acto más hermoso de mi vida.

Eso era lo importante para él.

Dieron las once.

A la última campanada, el señor Alberto Pablo Luis Delaroque, con su protocolo debajo del brazo, subió por la escalinata.

Abrióse la puerta.

Uno de los guardas, vestido de gala, como convenía á las circunstancias, saludó al notario en silencio, lo mismo que Brodin, atravesó, precediéndole, el vestíbulo, abrió una puerta y anunció:

—El señor Delaroque.

El gran salón de Chevagnes ofrecía ese día un aspecto singular.

Cuatro servidores del dominio, llamados para servir de testigos á su amo, hallábanse sentados en el borde de unos sillones, cuyas fundas ni siquiera cuidaron de quitar.

Y así estaban la mayor parte de los muebles.

Una gasa cubría las enormes arañas.

Fargeas, con su traje de guarda, estaba triste y descontento junto á Catalina, que vestía sencillamente el traje que usaba los domingos para ir á misa.

El marqués se levantó al ver al notario, murmurando entre dientes:

—¡Al fin!

Y presentándole á su futura, dijo:

—La señorita de Fargeas.

El notario que no habia visto á Solange

desde que era niña, quedó estático contemplando su hermosura.

La novia estaba vestida de negro.

Llevaba falda de seda mate, cubierta de encajes. El abrigo, muy largo, era una *pelisse* de nutria, que materialmente la envolvía. En la cabeza la mantilla, cuyos extremos anudó en la garganta.

Entró, como el notario, á la hora precisa.

Con gracioso movimiento se quitó la mantilla, puso el abrigo sobre un sillón y se colocó, de pié, frente á la chimenea.

El señor Delaroque sentóse cerca de una mesa guarnecida de terciopelo azul, sobre la cual, como pasa siempre en los teatros, había recado de escribir. Desdobló los papeles, puso la pluma de ave á la derecha, y en tono solemne, paseando una satisfecha mirada á su alrededor, preguntó:

—¿Estamos todos? ¿Falta alguien, señor marqués?

Como Brodín y el guarda, Tannay se inclinó, pero más secamente aun y para decir que no.

Delaroque alcanzó el contrato con la mano izquierda, tosió dos ó tres veces, y en alta y clara voz leyó:

«Ante mí, Ansbert-Pablo-Luis Delaroque, notario de Chateau-Chinon, han comparecido».

Apenas había comenzado el párrafo, cuando el marqués, dando señales de febril agitación —le interrumpió diciendo:

—Perdonad, señor Delaroque; pero qui-

siera saber si esa lectura es indispensable.

—Ya lo creo, señor marqués...

—En tiempos normales, será posible; pero hoy debiéramos firmar sin dilación ese..

Iba á decir *fárrago*; pero felizmente se detuvo á tiempo.

Mas si no dijo la palabra, Delaroque la adivinó.

¡*Fárrago*! Este injurioso nombre causó gran extrañeza, y no lo disimuló.

—Es que...—objetó, pellizcándose los labios.

—Comprendo. La forma. Pero las circunstancias son apremiantes.

—La ley...

—Los minutos son preciosos.

—Es importante, esencial, indispensable y obligatorio, que las partes y los testigos se hallen al corriente del acto á que concurren.

La agitación del marqués trocóse en irritación.

Sacó el reloj, y dijo:

—Las once y media. ¡No saldremos de aquí nunca!

—Ruego al señor marqués que piense en que él ha sido quien ha fijado la hora, y en que yo soy muy puntual.

—Teneis respuesta para todo. ¡Me he equivocado!...

Solange dirigió una mirada suplicante al señor de Tannay, que se había levantado.

—Resignémonos—dijo él.—Continuad.

Delaroque no esperaba otra cosa.

Y reanudó su lectura.

Oliverio volvió á sentarse, y muy nervioso, devoraba á Solange con la mirada.

La hija del guarda estaba encantadora.

La profunda emoción que sentía, aumentaba, si es posible, su belleza.

Delaroque no omitió ni una sílaba, ni se precipitó lo más mínimo.

Pasaremos por alto las interminables cláusulas que tuvieron el privilegio de atacar los irritables nervios del futuro esposo.

Una de ellas decía:

«En consideración al matrimonio que va á efectuarse, el señor marqués Oliverio de Tannay, reconoce por hijo suyo al niño nacido en Cormeilles, el 16 de febrero de 1868, é inscrito en el registro civil de dicho pueblo con el nombre y apellido de Oliverio Fargeas. En consecuencia, dicho niño gozará de los derechos, ventajas y prerrogativas de un hijo legítimo, y llevará el nombre, apellido y títulos de su padre.»

Una sonrisa de orgullo se dibujó en los labios de Solange.

Este era su afán, su objeto. Ya lo había logrado.

Al mismo tiempo su corazón se ablandó.

Por primera vez dirigió al marqués una mirada más dulce; comprendió la violencia del amor que inspiraba al hombre que para obtenerla la elevaba hasta él.

Esto la conmovió.

Lágrimas de reconocimiento asomaron á sus ojos.

Oliverio pudo creer en aquel instante que

al fin se rendía Solange, y que su rebelde corazón le pertenecía ya por entero.

Y todo lo olvidó; no oyó la voz monótona del notario; abismóse en la contemplación de la adorable criatura que iba á ser suya.

El tiempo pasó sin que él lo advirtiera.

Los cuatro testigos no perdían una sola palabra de las que leía el notario.

Las cantidades que éste enumeraba, les parecían fantásticas.

«En el caso de que fallezca el marido, la viuda disfrutará de una renta de doscientos mil francos.»

«El señor marqués de Tannay, concede al señor y señora Fargeas, padres de la futura esposa, una renta anual y vitalicia de veinte mil francos, pagados trimestralmente, donde les plazca habitar.»

Fargeas dejó escapar un sordo gruñido.

Quiso protestar, pero Catalina le cogió del brazo y pudo contenerlo.

Una mirada de Solange acabó de convencerle.

Delaroque llegó al fin, después de muchos rodeos, á la conclusión.

Y después de que hubieron firmado los testigos, el notario, triunfante, presentó con galantería la pluma á la novia.

Solange, temblorosa, puso su firma donde el notario la indicó.

Y luego, ella misma pasó la pluma al marqués, que la tomó no sin estrechar la linda mano de su futura.

Firmó rápidamente, y dejó al notario con los Pargeas y los testigos.

Llevó á Solange junto á una de las ventanas y díjole con voz conmovida:

—Dentro de una hora, Solange, sereis mía. ¿Lo deplorais?

—Sois harbo generoso para que yo lo olvide— contestó.

En verdad que ni ella misma sabía lo que pensaba ni lo que quería.

La realización de sus sueños la tenía aturrida.

Había caído en una especie de delirio por el sacrificio que aquel hombre, tan altanero é irascible, se imponía en obsequio de ella, desafiando los prejuicios y sarcasmos del mundo.

Si hubiera él podido llevársela en aquel instante, quizá hubiese logrado vencer sus resentimientos y sus recuerdos, puesto que el odio acababa de extinguirse ante aquella acción, como se derrite la cera al calor del fuego.

Peró el notario, con su lentitud, habia hecho perder un tiempo precioso á su cliente.

¿Cuántas batallas se han visto comprometidas por un retraso menos considerable!

Un carruaje esperaba frente á la escalinata.

—Vamos, señores— ordenó el marqués subiéndolo al carruaje,— démonos prisa.

Daban las dos cuando llegaron á la alcaldía de Chevagnes.

El viejo Tremor aguardaba al marqués de Taunay.

En la plaza, las gentes del pueblo miraban con curiosidad el cortejo.

Nada indicaba que las amenazas del general Von Gueben debieran realizarse.

Cuando el marqués bajó del carruaje, á la puerta del edificio, dos cabezas asomaron por una de las ventanas del Priorato y contemplaron todo aquello con gran curiosidad.

Eran dos mujeres.

La una, fresca y vivaracha, era la novia de Brichet, Rosa, la antigua criada de la muerta, su amiga, más bien; la otra, seca como un pergamino, arrugada como una manzana que ha pasado todo el invierno en la despensa, no era otra que la sirvienta de los Tremor.

No se veía ni á maese Chadouin ni á los cuatro canteros, ni á Juan ni á Román Tremor, ni á los boyeros, ni al pastor, ni á nadie del Priorato.

Verdad es que tampoco habia ganado.

El cortijo estaba vacío, ó poco menos.

El dueño solo permanecía allí, esperando á pié firme y con la conciencia tranquila, al enemigo.

Lo habia exigido. No hubo razón, por poderosa que fuese, que le determinara á huir.

Y contestó á sus hijos.

—Id tranquilos. ¿Qué podrán hacer esas gentes con un pobre viejo?

En medio del pequeño grupo que permanecía en la plaza, esperando ver al marqués y su séquito, así como también la llegada del enemigo, se veían dos extrañas fisonomías

que hubieran hecho las delicias de un Callot.

Eran unos verdaderos pastores, de esos que encontramos en los caminos, detrás de un rebaño de carneros, *harapientos*, como el que los lleva, seguido de un miserable perro que no tiene más que los huesos y la piel.

Al verlos, pensaba uno en las cabañas y en los parques olvidados en el campo, entre las gentes y las bestias que los habitan.

Uno de ellos era lampiño y moreno; el otro barbudo.

El primero era La Briseur, el ojeador de los Souvray.

El otro el vaquero de los Tremor.

Estaban allí de centinela á fin de advertir á sus amos lo que ocurriera.

Para dar mayor actividad á su servicio, á pocos pasos de allí tenían apostados, en un rincón, dos caballitos, con sus correspondientes bridas.

Los dos hombres parecían más bien mendigos.

—¿Qué piensas de ese casamiento?— preguntó La Briseur á Bidault.

—Aguero mal.

—Es una suerte para Solange, con su pequeñuelo y todo...

—¡Puesto que el marqués es el padre!

—Y héla ya marquesa. El niño, cuando sea un hombre, se felicitará de ello. ¡Qué cosas pasan en la vida!

—¡Quién hubiera podido predecir eso hace dos años!

—Nadie.

—He visto á nuestro Román, excelente muchacho, que le convenía más que el marqués, pedirla por esposa una noche que ella cenó en casa; y rehusó! Había gato encerrado. Yo desconfío. ¡Solange hubiera sido muy dichosa en el Priorato!

El viejo Tremor habrá pasado mal rato al casarla; ¡debió ser su nuera!

—¡Un hombre tan bueno! Quiso que para esta ceremonia le reemplazara Brejot, temeroso de disgustar á su hijo; pero Román contestó: Padre no rehuses nada á esa muchacha. ¡Se casa con quien quiere!

—¿Tú encuentras eso natural, Bidault?

—No mucho. Pero... ¡quién sabe! Ya les he visto entrar en la alcaldía. Fargeas está ahí con su mujer. El cura acaba de salir del presbiterio para trasladarse al castillo. Dentro de una hora se habrán cantado ya los *ore-mus*. No se podrá reclamar, puesto que el alcalde y el cura habrán cumplido su misión...

—Los Fargeas hacen un buen negocio.

—Pues no parecen muy contentos.

—Podrá suceder que oculten su juego.

—Me sorprendería. ¡Amigos de la casa, amigos verdaderos! Pondría la mano en el fuego. Si ellos no fueran sinceros ¿de quién fiarse entonces?

La Briseur sacudió la cabeza.

—No está eso claro—gruñó.—Hay ahí algo que no sale á la superficie.

—Lo que fuere sonará.

De haber entrado en la alcaldía, se hubiera

presenciado una ceremonia de las más sencillas y que pudo ser de las más cortas, si el funesto notario no hubiese considerado un gran honor desplegar su celo y acompañar á su cliente hasta el fin, para velar por el estricto cumplimiento de las formalidades legales.

El viejo Tremor, que llevaba una levita muy amplia, que debió usarse treinta años antes, de grueso paño color marrón, emocionado, á pesar suyo, ante aquella mujer que había tenido tantas veces en sus rodillas cuando era pequeña, que durante tanto tiempo había sido la alegría de la casa, la flor del Priorato y su rayo de sol, para llegar á ser luego el luto y la desolación de aquel hogar, el viejo Tremor, repetimos, tenía la voz temblorosa cuando hizo á la futura la pregunta sacramental:

—Solange Fargeas, ¿aceptais por marido al señor marqués de Taumay-Coulanges, aquí presente?

Ella contestó con voz más temblorosa aún que la del viejo:

—Sí, señor.

El marqués dijo lo mismo, pero con acento firme é imperioso.

Estaban, pues, unidos para toda la vida.

No faltaba más que firmar.

Aquí intervino el nefasto Delaroque.

Leyó, releyó, explicó, criticó, discutió, varió las fórmulas y lo varió todo.

Y el tiempo volaba con vertiginosa rapidez; tanto, que el cronómetro del marqués, que cien veces consultó, marcaba las tres

cuando los esposos, perfectamente unidos ante la ley, salieron de la alcaldía para volver á tomar su coche.

El cochero tomó las riendas y llevó á escape los dos vigorosos caballos, que tomaron el camino de la capilla.

Nadie le detuvo.

El cura de Chevagnes era vivo como una ardilla.

En breves instantes les dió la bendición nupcial.

A las cuatro, el acto religioso, en que por suerte no intervino Delaroque, quedó firmado por los esposos y los testigos, y el señor de Taumay, volviéndose hacia la puerta de la capilla, respiró con tranquilidad.

Solange ya era suya. Le pertenecía por completo. Una inmensa satisfacción ensanchaba su pecho. No más temores ni incertidumbres.

Todo había terminado.

Momentos después iban á irse los dos solos, el uno junto al otro, abrazados, en su silla de posta, lejos de aquel paraje triste y lleno de calamidades, para trasladarse á un país tranquilo, feliz, encantador, á orillas de un lago azul: al país de los limoneros y de las flores.

¡No más remordimientos ni sombrías ideas! Atravesó con altivez la nave de la capilla, que estaba casi desierta, llevando á Solange del brazo, cuando de repente un rumor extraño le llamó la atención.

Se oían pisadas de caballos en la avenida;

era un ruido sordo y regular de pasos que martillaban la tierra, el rechinar de las ruedas y el ruido de las armas.

Ese ruido iba acercándose, mezclado bien pronto con voces que parecían graznidos de cuervos alrededor de un cadáver.

Oliverio se detuvo sobrecogido á algunos pasos del pórtico.

Los Fargeas y los testigos permanecían inmóviles detrás de él.

En aquel momento se presentaron en el marco ojival del pórtico dos jinetes, guiados por un harapiento mendigo, que les señaló al marqués con el dedo.

Era el vaquero, que desempeñaba su oficio. Los jinetes le habían tomado por guía.

XXI

Durante la noche, Simón había presentido cosas extraordinarias.

Los oídos le zumbaban. Tenía fiebre y los nervios muy escitados.

La víspera, por la noche, La Briseur, el ojeador, enviado para que reconociese los alrededores de Luzé, le encontró en casa de un pobre diablo, un leñador, con el cual compartía un plato de habas.

La Briseur le puso al corriente.

No se sabía lo que los alemanes querían hacer, pero en todas direcciones circulaban exploradores, sobre todo hacia Chevagnes.

El pueblo estaba consternado.

Hablábase de un cuerpo de ejército recién

llegado y que formaba del lado de Autun.

Simón guiñó un ojo mirando al leñador.

Aquellos extranjeros que violaban su territorio, dejarían allí los huesos.

A las once, cuando se disponía á dormir en un tejadillo adosado á la choza de su huésped, adornado de arbustos y de un gran montón de hojas secas, llegó la *Bigornia*.

Volvia de Gué-aux-Biches y del pueblo.

—Ya sabes—dijo—que si vienen los otros... hay que dejarlos pasar.

Simón exhaló un gemido.

—¡Santo Dios!—exclamó.—¿Y por qué?

—Maese Chadouin ha deslizado en mi oído ese aviso.

—¿Tienen miedo?

—No. Han ideado un lazo. Los que entren en Chevagnes te aseguro que no saldrán.

El herrero movió la cabeza.

La orden le pareció muy dura. Tenía más confianza en sus balas que en las invenciones de los canteros y labradores del pueblo.

Sin embargo, cuando la *Bigornia* le participó que los Souvray eran del complot, se resignó á pesar suyo.

—Como quieras—dijo á su mujer.—Pero iré. Quiero verlos, seguirlos como un perro por el bosque.

Mucho antes de que amaneciera se levantó.

Por vez primera, la *Bigornia* le oyó murmurar una oración, arrodillado en una esquina del tinglado.

fingiendo que dormía, pudo enterarse del sentido de sus palabras.

El cazador rogaba á Dios que le perdonara la muerte del guarda.

Cuando él se levantó, ella hizo un movimiento como si despertara.

—¿Vienes?—dijo él—Me dá el corazón que el día será rudo.

Anduvieron largo rato á oscuras.

Cuando amaneció habían llegado al límite del bosque.

Simón, buscando las huellas de los prusianos, dijo:

¡Nada! Por aquí tendrán que venir.

La *Bigornia* se había separado de él veinte minutos antes, para buscar más lejos, del otro lado, la señal de las herraduras de los caballos, cuando él oyó de pronto un grito, prolongado, y dijo:

—Es ella!

La *Bigornia* le advertía algun peligro.

Por instinto se ocultó entre la maleza.

Y en esto vió dibujarse dos sombras negras sobre el claro fondo del lado de Levante.

—¡Hélos ahí!—dijo, acariciando la escopeta.

Eran dos hulanos.

Avanzaban con precaución, mirando ansiosamente á todos lados, casi de pié en los estribos, deteniendo los caballos á cada rato para cerciorarse bien, y estudiando, como los Simón, el suelo, para buscar las huellas...

Hasta los caballos parecían inquietos.

Poco á poco se acercaron donde estaba Simón y miraron por aquel lado.

Estaban á treinta pasos de él.

Su corazón latía con violencia; pero no de miedo, sino de placer.

No le distinguieron, y continuaron su marcha.

Uno de ellos, antes, se introdujo dos dedos en la boca y lanzó un estridente silbido.

En seguida una docena de exploradores aparecieron por entre un vallado, detrás del cual habían tenido la prudencia de esconderse, y se reunieron á los otros.

El extridente grito de la lechuza, que no era otro que el de Simona, llegó por tercera vez á oídos del herrero, pero más cercano.

Los hulanos se habían dispersado; iban de dos en dos y ocupaban el bosque en todas direcciones.

Cuando Simona fué al encuentro de su compañero, le halló muy disgustado.

—¡Te he obedecido!—dijo;—pero, ¡quién sabe! Probablemente con el recibimiento que yo les preparaba también esta vez, no hubiera vuelto ninguno. ¡Qué ocasión hemos perdido!

—¡Así lo han querido los de allá! ¿Y qué hacer?

—Explorar el camino. Cuanto más pienso que les he tenido á mi alcance, y que corren cuando debiéramos detenerles. ¡Vamos, no sé lo que siento!

Tuvo una idea y exclamó:

—Desde la cuesta de los Sorne se les puede distinguir. Vamos allí.

Y anduvieron tres leguas por el bosque.

A medida que iban subiendo distinguían á los jinetes que iban de dos en dos, caminando al paso, uno detrás de otro, como gendarmas en expedición.

A las diez estaban sentados sobre una elevada roca desde la cual dominaban casi toda la campiña.

Simón sacó del bolsillo un pedazo de pan moreno y lo partió con su mujer. Luego echóse boca abajo en el suelo y se puso á escuchar con el oído casi pegado en tierra.

—Vienen—dijo.

Percebíase un sordo murmullo, muy débil y lejano todavía.

Poco después todo se oía perfectamente, la calzada parecía un inmenso hormiguero; todos aquellos hombres avanzaban con automática cadencia.

El camino era estrecho.

El paso de la tropa duró mucho tiempo.

Los ojos de Simón echaban chispas.

Esta vez era el enemigo en toda su fuerza, la multitud armada, la tropa conquistadora que hollaba el suelo del adversario vencido.

Simón se echó á la espalda la inútil arma.

—¡Ya lo ves!—dijo descorazonado;—tú lo has querido y ahora ya son demasiados.

La moviente y sombría fila, continuaba su marcha sin interrupción, como el agua que desciende por el lecho de un río.

Desaparecía algunos momentos entre los accidentes del terreno, para reaparecer luego, acercándose cada vez más á la roca donde estaban los Simón.

Cuando la tropa pasó por allí cerca. Simón hizo lo de siempre, echarse boca abajo en el suelo, escondido entre abrojos.

Sus ojos parecían de fuego.

En el centro de la columna iba un carruaje de cuatro ruedas, que avanzaba también, escoltado por coraceros.

A uno y otro extremo de la columna iban dragones y hulanos, y en el centro la infantería.

Parecía un batallón de mudos.

El cazador furtivo estaba rabioso.

Los infantes marchaban penosamente, muy cansados.

¡Qué tiroteo! ¡Qué fiesta hubiera sido aquella batalla para Simón! ¡El solo contra todos!

La Simona comprendió lo que estaba pensando.

—No dis pares—dijo.—Tenías razón en lo que decías hace poco... Son muchos.

—¿Muchos? ¡Vamos!—exclamó él desdeñosamente.—Fui cobarde. ¡El bosque es inmenso!... Se hubiera visto... Y después de todo, ¿qué pretenden los Souvray?

—No lo sé.

—Yo quiero saberlo—dijo con la rabia de león hambriento.—Y mientras no hayan salido de aquí, siempre hay tiempo. ¡Sigámosles!

—¿A Chevagnes?

—Sin duda, puesto que allá van.

—¡Si llegásemos ántes que ellos!—dijo la Bigornia pensando en Solange.

—¡Qué idea! Vamos.

Tomaron por senderos inaccesibles á los caballos, acortaron en línea recta hacia el campanario, y después de dos horas de rápida caminata se detuvieron junto al bosque de Chevagnes, á dos pasos de la tragua.

A quinientos metros de ellos estaba el pueblo.

La *Bigornia* se separó de su marido, diciéndole:

— Sé prudente.

— Nada temas. ¿Y tú?

— Tengo que hacer en el castillo. Se trata de Solange; pero me cuesta trabajo dejarte.

— No tengas miedo.

Ella le abrazó.

— Te amo, Simón, porque eres valiente.

El se encogió de hombros y contestó:

— ¡Como los demás!

Se engañaba. Si los demás se hubieran parecido á él, la patria no hubiese perdido nada.

XXII

Los sirvientes no tuvieron tiempo de avisar á su amo.

En un abrir y cerrar de ojos, los recién venidos ocuparon militarmente el parque, la plaza y el castillo.

El cochero y sus caballos fueron enviados á la cuadra; los tres ó cuatro criados de la casa detenidos en el vestíbulo.

Aquellos modestos huéspedes no perdían el tiempo.

Imposible dudar de su nacionalidad.

Las rojas barbas, los largos semblantes, la elevada estatura, todo revelaba quiénes eran.

Frente á la escalinata colocaron dos cañones.

En la avenida maniobraba la infantería.

Desde el pórtico de la capilla, Bidault el vaquero los contaba, riendo burlescamente.

Sobre el césped, destrozando un macizo de rosas, estaba el carruaje que Simón vió en el centro de la columna desde la roca: carruaje ancho, fuerte y confortable, que debió pertenecer á algún burgués rico, y que los alemanes se apropiaron.

Los oficiales rodeaban el vehículo, y cuando se acercaban á él no lo hacían sin quitar-se el casco.

Y allí fué, á aquel carruaje, adonde los dos jinetes, al salir de la capilla, condujeron al marqués.

Un hombre de elevada estatura, con la cabeza cubierta por una gorra negra, de forma plana, sin galones, descendió del coche.

Usaba bigote, que era ya gris; la fisonomía no era simpática y sí muy dura.

En cuanto el marqués pudo oírle, gritó el alemán en mal francés:

— Desolado, querido amigo, pido hospitalidad... La guerra... Tropas de paso... ¿Dónde alojar ese gentío?... Cuatrocientos hombres... cien caballos.

— ¡Vos, general! — dijo el marqués.

— Ya lo véis... Estoy bueno... Ninguna herida. ¿Qué hacíais en esa iglesia? ¿Os casábais?

Tomaron por senderos inaccesibles á los caballos, acortaron en línea recta hacia el campanario, y después de dos horas de rápida caminata se detuvieron junto al bosque de Chevagnes, á dos pasos de la tragua.

A quinientos metros de ellos estaba el pueblo.

La *Bigornia* se separó de su marido, diciéndole:

— Sé prudente.

— Nada temas. ¿Y tú?

— Tengo que hacer en el castillo. Se trata de Solange; pero me cuesta trabajo dejarte.

— No tengas miedo.

Ella le abrazó.

— Te amo, Simón, porque eres valiente.

El se encogió de hombros y contestó:

— ¡Como los demás!

Se engañaba. Si los demás se hubieran parecido á él, la patria no hubiese perdido nada.

XXII

Los sirvientes no tuvieron tiempo de avisar á su amo.

En un abrir y cerrar de ojos, los recién venidos ocuparon militarmente el parque, la plaza y el castillo.

El cochero y sus caballos fueron enviados á la cuadra; los tres ó cuatro criados de la casa detenidos en el vestíbulo.

Aquellos modestos huéspedes no perdían el tiempo.

Imposible dudar de su nacionalidad.

Las rojas barbas, los largos semblantes, la elevada estatura, todo revelaba quiénes eran.

Frente á la escalinata colocaron dos cañones.

En la avenida maniobraba la infantería.

Desde el pórtico de la capilla, Bidault el vaquero los contaba, riendo burlescamente.

Sobre el césped, destrozando un macizo de rosas, estaba el carruaje que Simón vió en el centro de la columna desde la roca: carruaje ancho, fuerte y confortable, que debió pertenecer á algún burgués rico, y que los alemanes se apropiaron.

Los oficiales rodeaban el vehículo, y cuando se acercaban á él no lo hacían sin quitar-se el casco.

Y allí fué, á aquel carruaje, adonde los dos jinetas, al salir de la capilla, condujeron al marqués.

Un hombre de elevada estatura, con la cabeza cubierta por una gorra negra, de forma plana, sin galones, descendió del coche.

Usaba bigote, que era ya gris; la fisonomía no era simpática y sí muy dura.

En cuanto el marqués pudo oírle, gritó el alemán en mal francés:

— Desolado, querido amigo, pido hospitalidad... La guerra... Tropas de paso... ¿Dónde alojar ese gentío?... Cuatrocientos hombres... cien caballos.

— ¡Vos, general! — dijo el marqués.

— Ya lo véis... Estoy bueno... Ninguna herida. ¿Qué hacíais en esa iglesia? ¿Os casábais?

—¿Cómo? ¿Sabéis?...
 —¡Os felicito! ¡La novia es superior! ¡Una mujer encantadora!

—Con vuestro permiso, general, os cedo el puesto. Sois el amo. Disponed del castillo.

Los dos hombres no se dieron la mano. Amigos en el gran mundo, resultaban ahora dos adversarios y lo sentían. El uno era el opresor, el otro el oprimido.

—¿Partís? —preguntó el general.

—Al instante.

—¿A dónde?

—A Italia.

—Buen clima.

—¿Teneis carruaje?

—Excelente. Una silla de posta y dos caballos.

—Bien. Yo los detengo.

—¿Decís, general?

—¡Que los de-ten-go! ¿Sois sordo?

—Es una broma, ¿no es verdad?

—No es esta ocasión de emplearlas.

—¡Vamos! Hallareis vinos superiores en las bodegas y en todas partes donde haga falta. Ordenad, tornad lo que gustéis, puesto que sois lo más fuertes. Y adios.

—¡Lo siento! Pero no podeis ponerlos en camino.

—¿Me deteneis tambien á mí?

—Leyes de prudencia... Fortificación bien guardada... Nadie saldrá de aquí antes que nosotros.

El marqués palideció de ira.

—¿Os atreveréis?...

—¡Caramba!

—¡Pero!...

—Si creéis que es por gusto ¡voto á mil diablos! por lo que me paseo por vuestras tierras.

El marqués comprendió que la resistencia era imposible, y se dulcificó algo.

—¿Nos dejareis?... —preguntó.

—Lo más pronto posible.

Acercáronse dos oficiales que hablaron en alemán, y en voz baja, al general.

Este les dijo luego que podían retirarse.

—Todo va bien —repuso. — Los soldados en la plaza, los oficiales en la casa. No temais nada, querido. No somos ningunos antropófagos ¡qué diablo! Se os dejará todo un pabellón para que paseis en él la noche de boda.

Solange presenciaba esta escena á pocos pasos del carruaje y entre los ginetes que les rodeaban.

El general la dirigió una sonrisa de fauno contento.

—A las damas se las respeta —añadió.

—Será preciso, pues, resignarse —dijo el marqués.

—Nada mejor que hacer —contestó Von Gøben.

Los oficiales habian recorrido las filas dando las oportunas órdenes.

En un instante quedó el castillo custodiado por centinelas, y las compañías volvieron á sus puestos.

Las grandes dependencias del castillo quedaron convertidas en cuartel, mientras que

Von Gœben se instalaba en el gran salón.

Feliz por haberse casado, pero furioso ante la invasión de aquella tropa, el marqués, escoltado por dos centinelas, condujo á Solange á su habitación, y fué llevado en seguida al salón, siempre con los mismos guardianes.

El general hallábase tendido en un diván, que los soldados acercaron á la chimenea, en la cual ardían varios leños.

—Marqués—dijole,—no esperábais que yo viniera tan pronto á devolveros la visita, y menos aún al frente de cuatrocientos buenos mozos, fuertes y dotados de gran apetito.

Y añadió, riendo á carcajadas:

—No quiero arruinaros. Encargué provisiones en el Ayuntamiento. Las espero. Os invito en vuestra propia casa. Es raro, ¿eh? ¿La recién casada comerá con nosotros?... ¡Banquete de boda! ¡Festín de Baltasar! ¡Buen cocinero tengo! Juzgareis.

—Eso será, si acaso, después de la guerra, general.

Von Gœben se puso muy encarnado, de rabia.

—¿Por qué no ahora mismo?

La sangre de los Taunay dió señales de vida en las venas de aquel degenerado heredero.

—Porque la marquesa es francesa, general.

—¡Ah! ¡Vosotros también nos guardais rencor! Como gustéis.

En esto llegó el alcalde escoltado por soldados.

El anciano permaneció de pié frente á Von Gœben.

—¿Y bien—preguntó el general,—esos viveres?

—El pueblo es tan pobre, que no puede proporcionarlos.

De encarnado que estaba, el general se puso morado.

—¿Pero, nada?

—El pueblo no está habitado más que por pobres leñadores que carecen de todo.

—Muy bien. Rebelión tenemos.

—En mi cortijo podeis tomar todo lo que resta.

El general dió un gruñido de mal agüero.

—¿Y los pillos que han matado á nuestros dragones?—repuso.

—Ignoro lo que quereis decir.

—¿De dónde son?

—No sé nada.

—Muy bien—repitió Von Gœben.—¿No quereis hablar?

El alcalde calló.

El general dijo algunas palabras á uno de los oficiales, y continuó su interrogatorio.

—¿Persistís?

El viejo Tremor parecía mudo.

—Desde luego incendiaremos el pueblo.

—Como gustéis. Representais la fuerza...

—A las ocho, si no habeis declarado quienes son los culpables, se os fusilará.

Una sonrisa de resignación pasó por los labios del anciano.

Los mártires, en la exaltación de su fe, debieron sonreír así ante el suplicio.

A una seña, los soldados se lo llevaron fuera.

—No cometeréis ese acto de ferocidad, general— dijo Oliverio.

—¿Quién me lo estorbará?

—Ese hombre nada sabe, y aun cuando lo supiera todo, el honor le impediría hablar.

—Tanto peor para él.

—¿Y el pueblo?

—Le servirá de escarmiento.

—Sea. Incendiadlo todo, general, el castillo también, pero librad á ese hombre.

Von Goben, moviendo la cabeza, redonda como una bola de billar, repuso brutalmente:

—No se hable una palabra más del asunto. Exigencias del cargo... ¡Saludable terror!

Es preciso hacer justicia al marqués.

Insistió con energía, al extremo de encolezar á su huésped, cuyos ojos causaban espanto.

—Callaos— gritó.— ¡Cada cual defiende su pellejo como puede, diantre!

Oliverio llegó hasta la bajeza.

—Soy vuestro amigo, general.

—No hay amigos, mientras dura la guerra. ¡Después ya veremos! Celebro haberos conocido. Incendiare la casucha con el resto ese de que me hablaba.

—Por la marquesa— suplicó Oliverio.

¡Triste espectáculo para una noche de boda! Von Goben titubeó.

—La tendré bajo llave en su pabellón—

dijo.— Escogeré un sitio donde no pueda ver nada. ¡Favor especial! ¡Y es bastante!...

Cansado de luchar, el marqués se encogió de hombros.

Tuvo que callar á la fuerza.

Quiso retirarse.

Pero él también estaba prisionero, en el salón.

—En rehenes— dijo el general con cierta bondad, no exenta de finura.

Fué preciso quedarse.

En diciembre anochece muy temprano.

Desde la ventana, junto á la cual estaba apoyado, vió el marqués que pasaban soldados en todas direcciones llevando antorchas en la mano; y asistió con indiferencia al saqueo de su casa, porque solo se fijaba en una ventana del ala del edificio ocupada otras veces por Elena, y á través de cuya persiana se veía luz.

Sepamos qué sucedía allí.

XXIII

No pudiendo prever aquellos sucesos, el marqués no había hecho preparativo alguno en el castillo.

El general Von Goben y su tropa se habían interpuesto impidiendo la realización de sus planes.

Siempre acompañado de la escolta que su amigo le había destinado, hubo de resignarse á dejar á Solange sola en sus habitaciones y volver al salón.

En cuanto él salió de allí, Solange, reco-
giéndose en sí misma, examinó el lugar don-
de se hallaba.

Era un aposento inmenso, tapizado de un
precioso bordado en oro sobre fondo blanco.

Bastó un fósforo para convertir en una
verdadera hoguera la chimenea.

Todo respiraba allí elegancia, riqueza y
buen tono.

En uno de los centros de la pared, frente
á la chimenea, había un retrato que repre-
sentaba á una jovencita, de pié, delgada y dé-
bil, de melancólica expresión y dulce son-
risa.

Era Elena de Rochevieille.

En el fondo de la alcoba veíase una cama
baja, cuya colgadura concluía recogida por
una corona, y estaba adornada de encajes
blancos.

A derecha ó izquierda, tenía la alcoba sus
correspondientes puertas; una conducía al
salón y otra al gabinete tocador.

Otra puertecilla, á un lado también, comu-
nicaba con las demás habitaciones.

Solange se sentó en un sillón, frente al
fuego, y procuró coordinar sus ideas.

Eran confusas, parecían hijas de febril de-
lirio.

Sobre un mueblecito de ébano, colocado á
dos pasos, y delante de un reclinatorio, se
veía un crucifijo de marfil.

¡Elena se había arrodillado muchas veces
ante él, pidiéndole fuerzas para soportar sus
pesares!

En un impulso del alma, Solange ex-
clamó:

—¡Dios mío, ilumíname!

Se había operado en ella un cambio com-
pleto.

Su corazón ya no sentía por el marqués la
poderosa aversión de antes.

No es esto decir que le amara; ¿pero podía
ser insensible á la conmovedora prueba de
adoración que acababa de recibir de él?

Exigió que su casamiento se celebrara en
Chevagnes, y en parte alguna comprendería
mejor que allí la distancia que separaba su
humilde cuna de la muy noble de su marido;
allí, donde cambiaba la pobre choza en que
nació por el castillo en donde acababa de en-
trar como dueña y señora.

En presencia del retrato de Elena, se acor-
dó de la envidia que mordiera en su corazón
el día de la fuga, cuando la heredera, lujosa-
mente ataviada, rodeada de honores y adula-
ciones, salía de la capilla luciendo el blanco
traje de larga cola, mientras que ella se iba,
pobre y humillada, muerta de miedo por te-
ner que pisar ese abismo que se llama París,
á enterrar allí su vergüenza y ocultar su
tristeza y sus lágrimas.

Las cosas habían cambiado.

Ella entraba ahora como reina en esa man-
sión, de la cual se alejó entonces tan desespe-
rada.

El amor del marqués había salvado cuan-
tos obstáculos les separaban. Por ella desa-
fiaba todas las afrentas; se postraba á sus

piés, sin ocuparse para nada del mundo y sus sarcasmos. En fin, cediendo á sus ruegos, acababa ella misma de encadenarse á él por juramentos, cuya solemnidad le inspiraba un respeto que no se atrevía á despreciar.

Aquel hombre era ya su marido.

Ante esta palabra, su corazón experimentaba cierto sobresalto; todas sus repugnancias renacían con más violencia, ¡y sin embargo, se había entregado!

¡Y cuando él se presentara para reclamarle el cumplimiento de sus promesas, no hallaría más que un cuerpo inanimado!

¿Con qué derecho le iba ella á causar tal desesperación? Cómo resolverse á ofender el nombre que tenía derecho á llevar, y que sería el de su hijo, con el escándalo de un fin misterioso, inexplicable?

¡Y aquel mismo hijo, que se condenaba á no ver más!

¿No podría, en lo sucesivo, soportar su nueva existencia, aceptando como un sacrificio las pruebas, las obligaciones todas que le repugnara cumplir, concentrando todo su afecto en aquel ser querido, á quien sonreía sin verle?

Exigió que su hijo no fuera al castillo, que permaneciera con la nodriza durante el viaje á Italia, inventando pretextos para justificar su alejamiento.

Luego si lo tenía lejos de sí, es porque temía carecer de valor en su presencia.

Y ahora hubiese querido verle, abrazarle, darle al menos el último adiós.

A cada rato volvía los ojos hácia el consabido pomo, que estaba colocado sobre la chimenea, detrás de una copa de bronce que casi lo ocultaba.

Al pensar en su hijo perdía el valor.

Su imagen la dejaba inerte, y la impedía tomar tan funesta resolución.

Lo que creyó tan fácil en Gué-aux-Biches, le parecía imposible ahora, cuando era preciso pasar del propósito á la ejecución.

La vida tiene tantos atractivos, hasta para los que sufren, que á la desgraciada todo se le volvían razonamientos para convencerse de que era absurdo atentar contra su existencia.

Al fin, irritada consigo misma, se levantó golpeando airada el suelo con el pie.

—¡Dios mío! ¿Tan cobarde soy?—exclamó.

Miróse al espejo.

Estaba lívida y temblando de miedo.

Toda la vitalidad, la energía de su cuerpo joven y robusto, luchaban por su conservación.

—¡Qué difícil es morir!—se dijo.—Y sin embargo, ¿qué hace falta para morir? Un instante de valor.

Un golpe dado á la puerta la hizo estremecerse.

¡Si fuera su marido!

¡Su marido! Oliverio lo era, con todos sus derechos. Ella era su propiedad. Y en un segundo se representó á Román que el día antes la tuvo entre sus brazos, sin que ella hiciera nada por defenderse; Román hacia quien iba su alma toda entera; Román, á

quien tenía ofrecida una prueba de amor.

El también había recibido un juramento.

¿Con cuál debía ser perjura?

¿Con el hombre que la había perdido, ó con el que la había amado tanto?

Alcanzó el pomo con mano temblorosa y aguardó un instante.

Llamaron de nuevo, y una voz dijo:

—Abrid, señora.

Solange respiró. No era la voz del marqués.

Ella obedeció.

Era uno de los guardas para anunciarle que la comida estaba servida, y que su marido, detenido á la fuerza por el general Von Goeben, no iría sino después que hubiesen comido los oficiales.

Ese plazo la hizo dichosa.

Era una tregua de gracia que la casualidad le concedía.

Pasó al salón y se sentó á la mesa. El guarda, mientras la servía, le refirió las disposiciones del general.

El castillo estaba guardado como una fortaleza y puesto al abrigo de una sorpresa ó cualquier otra tentativa.

Un centinela guardaba la puerta de su pabellón. Nadie podía entrar ni salir sin su permiso. Había guardias en todas partes. Estos prusianos no se dejan sorprender fácilmente.

El guarda no estaba muy lejos de admirar tanta vigilancia.

La casa fué invadida; en la cocina encon-

dieron lumbre y luces como para una gran fiesta; en las cuevas no quedó una gota de vino; y después del festin se proponían, como remate de fiesta, incendiar el pueblo.

Solange, en cuanto hubo hablado un momento con el guarda, le dijo que se fuera.

Este no sabía nada de lo del alcalde; así es que nada pudo referirle acerca de esto.

Oyendo hablar al sirviente, no se ocupaba en probar siquiera los manjares que la enviaba el general Von Goeben.

Cuando se halló otra vez sola, asomóse á la ventana, y empujando las persianas hacía fuera, examinó el singular espectáculo que ofrecían las hogueras encendidas al aire libre; y vió, además, muchos hombres de repulsivo aspecto, en cuyo rostro daba de lleno la luz de las antorchas; centinelas por todas partes, inmóviles, envueltos en sus largos capotes, con el fusil al hombro y custodiando á sus camaradas, entregados á los excesos de repugnante orgía.

¿Cuánto tiempo permaneció Solange en aquel sitio, insensible al frío, que penetraba hasta los huesos?

Ella no se dió cuenta.

Y como al fin sintiera los efectos de tan helada noche, cerró la ventana, y entró, tiritando en la habitación.

Una vez allí, sus ideas tomaron otro rumbo.

Se dijo que resultaría muy miserable á los ojos de sus amigos, si faltaba á la palabra que había dado.

Su amor á Román renacia con mayor fuerza.

Su imagen fué la única que permaneció ante ella, borrando las demás.

Se sobrepuso, y destapó el frasco.

—No es más que dormir— pensó—tratando de parecer risueña.

Y, muy lentamente, se lo llevó á los labios.

Estaba de pié frente á un gran espejo que llegaba desde la chimenea al techo.

De repente, y sin volverse, ahogó un grito, y permaneció sorprendida, y con los ojos muy abiertos.

Acababa de ver, reflejado en aquel mismo espejo, un bulto, que parecía un fantasma, saliendo de una de las cortinas de la alcoba, y que se acercaba á ella con un brazo extendido.

Unos dedos morenos como los de una mulata la sujetaron.

Y al mismo tiempo una voz murmuró á su oído:

—¿No te dije que aun cuando no me vieras, yo estaría á tu lado?

Y antes de que Solange se repusiera de la sorpresa, le arrebató el pomo de la mano.

—Sabía que intentabas matarte—le dijo—y te vigilaba.

—¿Cómo habeis venido?

—¡Vaya una pregunta! ¿No conozco perfectamente todos los rincones de esta casa desde hace treinta años? ¿No he estado al servicio de la madre del marqués en estas habitaciones precisamente? He llegado hasta

aquí por la escalera de servicio. El castillo está abandonado. Espera. Otros velan también por ti.

—¿Otros habeis dicho?

—Sí.

—¿Será Román?—preguntó Solange, mirando fijamente á Simona.

—Sí, Román; pero no está solo. ¡Espera!

—¿Soy libre acaso?

—Puedes llegar á serlo.

—No—exclamó con viveza la joven,—eso no puede ser sino por medio de un crimen. Para ser libre no cuento más que con un recurso: acabar con la vida. Devolvedme ese frasco, Simona, os lo ruego.

—¡Vamos! ¿Crees que me he vuelto loca?

—Escuchad, Simona. Tengo miedo. Ignoro lo que sucede, pero vuestras palabras me asustan. No puedo ser libre más que muriendo...

Iba á decir «mi marido», pero esta palabra no quería salir de su garganta.

Sin embargo, al fin, repuso:

—Mi marido. Eso no puedo yo consentirlo, ¿lo oís?, de ningún modo, y le defenderé, por más que lo odie, contra los que tanto he amado y amo todavía. Me perdió, pero ha reparado su falta. Soy yo la llamada á librarme de ese yugo, si es que no tengo la fuerza de soportarlo.

—¿No le amas? ¡Es imposible!

—No, puesto que he querido morir para no ser suya.

—Deja, pues, obrar á los otros, y te repito que esperes hasta el último minuto, hasta el

último segundo. Para acabar con la vida ¿no hay siempre tiempo? La muerte es el único mal que no tiene remedio.

—Y si el señor de Taunay viene, ¿qué le diré?

—¿Quién sabe si vendrá?

Solange no contestó. El acento de la *Bigornia* la daba que pensar.

Los Tremor y los Souvray estaban allí, á dos pasos, presentes é invisibles... ¿Con qué objeto? ¿A qué ir á aquella casa llena de soldados, de enemigos?

Roman Tremor y Roberto de Souvray odiaban al marqués. Les habia inferido sangrientos agravios.

Se acordaba de la noche en que el conde, consternado, llamó á su puerta en la calle de Provence. Aquella noche, Elena de Rochevieille fué sorprendida en pleno baile por inesperada muerte.

A través de las discretas palabras de Roberto comprendió, aunque sin querer profundizarla, parte de la verdad.

En el momento supremo en que debía pertenecer al hombre que habia maldecido tantas veces, que la habia ultrajado, que destruyó todos los honestos y tranquilos goces de su vida, la *Bigornia* le participaba que aquellos hombres, unidos por un odio común, velaban por ella, allí cerca, alrededor de su aposento, la noche de boda; y sintióse poseida de vago, pero punzante terror, cual si tuviera que presenciar desde allí, sin poder evitarlo, una escena terrible, cuyo desenlace no

podía ser sino mortal para unos ú otros.

Hubiera querido impedirlo, sacrificándose ella sola, y no sabia de qué medios valerse.

Mientras que todo eso pensaba, sin apartar la mirada del fuego que ardía en el hogar, la sacó de su abstracción el ruido de la ventana al volverse abrir, y luego el que produjo el choque del cristal contra una piedra.

La *Bigornia* habia lanzado el pomo al cesped, y el frasco cayó á los piés de una estatua de mármol, cuya blancura se destacaba en medio de la oscuridad de la noche.

El cristal se destrozó al dar en el granito del pedestal, y la tierra bebió el veneno.

XXIV

En aquel mismo instante, y en el parque, á la salida de las dependencias, la *Bigornia* vió, á la luz de las antorchas, un hombre que pasaba por allí con la cabeza levantada.

Aquel hombre iba seguido de unos cuantos soldados.

Se dirigian hácia el salón.

Y cuando el hombre pasó, más cerca aún, Simona exhaló un grito salvaje.

Acababa de reconocer á su marido.

— ¡Simón! — exclamó.

El se fijó en ella y sonrió.

— ¡Era él, él! ¡Prisionero!

Quería comprenderlo todo, y no adivinaba nada de todo aquello.

¡El en poder de los soldados!

¡El, el hombre astuto, el cazador más listo

último segundo. Para acabar con la vida ¿no hay siempre tiempo? La muerte es el único mal que no tiene remedio.

—Y si el señor de Taunay viene, ¿qué le diré?

—¿Quién sabe si vendrá?

Solange no contestó. El acento de la *Bigornia* la daba que pensar.

Los Tremor y los Souvray estaban allí, á dos pasos, presentes é invisibles... ¿Con qué objeto? ¿A qué ir á aquella casa llena de soldados, de enemigos?

Roman Tremor y Roberto de Souvray odiaban al marqués. Les habia inferido sangrientos agravios.

Se acordaba de la noche en que el conde, consternado, llamó á su puerta en la calle de Provence. Aquella noche, Elena de Rochevieille fué sorprendida en pleno baile por inesperada muerte.

A través de las discretas palabras de Roberto comprendió, aunque sin querer profundizarla, parte de la verdad.

En el momento supremo en que debía pertenecer al hombre que habia maldecido tantas veces, que la habia ultrajado, que destruyó todos los honestos y tranquilos goces de su vida, la *Bigornia* le participaba que aquellos hombres, unidos por un odio común, velaban por ella, allí cerca, alrededor de su aposento, la noche de boda; y sintióse poseida de vago, pero punzante terror, cual si tuviera que presenciar desde allí, sin poder evitarlo, una escena terrible, cuyo desenlace no

podía ser sino mortal para unos ú otros.

Hubiera querido impedirlo, sacrificándose ella sola, y no sabia de qué medios valerse.

Mientras que todo eso pensaba, sin apartar la mirada del fuego que ardía en el hogar, la sacó de su abstracción el ruido de la ventana al volverse abrir, y luego el que produjo el choque del cristal contra una piedra.

La *Bigornia* habia lanzado el pomo al cesped, y el frasco cayó á los piés de una estatua de mármol, cuya blancura se destacaba en medio de la oscuridad de la noche.

El cristal se destrozó al dar en el granito del pedestal, y la tierra bebió el veneno.

XXIV

En aquel mismo instante, y en el parque, á la salida de las dependencias, la *Bigornia* vió, á la luz de las antorchas, un hombre que pasaba por allí con la cabeza levantada.

Aquel hombre iba seguido de unos cuantos soldados.

Se dirigian hácia el salón.

Y cuando el hombre pasó, más cerca aún, Simona exhaló un grito salvaje.

Acababa de reconocer á su marido.

— ¡Simón! — exclamó.

El se fijó en ella y sonrió.

— ¡Era él, él! ¡Prisionero!

Quería comprenderlo todo, y no adivinaba nada de todo aquello.

¡El en poder de los soldados!

¡El, el hombre astuto, el cazador más listo

del mundo, haberse hecho prender en su propio terreno, en su bosque; eso era imposible!

¡Dejarse matar, qué remedio; pero caer, dejarse desarmar por esos zopencos, para que lo arrinconaran á cualquier muro y lo acribillaran á balazos, era increíble!

Como permaneciera inmóvil, palpitante, Solange, que acudió á su grito, la dijo:

—Ven; pediremos su perdón.

—¡Humillarse á esos bandidos!

—Ven,—repitió Solange, llevándola de la mano.

Atravesaron varias habitaciones desiertas, salones y corredores sombríos, donde se sentía un frío glacial.

Cuando llegaron al piso bajo, oyeron gran estrépito, producido por las voces, el ruido de la porcelana, los cristales y botellas que caían al suelo, ó lanzados de un extremo á otro de la mesa.

Acercáronse con precaución.

Todo el servicio se hacía de las cocinas al comedor.

Esta pieza era inmensa; había en ella una estufa rusa, que daba un calor muy agradable.

Solange y la *Bigornia* penetraron en el salón sin que nadie se opusiera.

La gran araña y todos los quinqués estaban encendidos.

Por la espaciosa puerta de dos hojas, las mujeres podían ver el comedor de un extremo á otro.

La mesa estaba puesta, y á ella, sentados,

puestos los codos en el mantel, los oficiales de Von Gœben.

El estado mayor del general había abusado del Champagne, del Oporto y de los vinos españoles, todos exquisitos y abundantes.

La mesa parecía una llanura después del combate.

Entre los victoriosos se encontraban algunos que parecían destinados á dormir en el campo de batalla.

En un rincón, el marqués, sentado aparte, cerca de la estufa, indiferente al espectáculo de su profanada mansión, y mirando con desprecio aquel desorden, esperaba la hora en que su amigo se dignara dejarle en libertad.

De súbito volviéronse todos para mirar á dos soldados que entraban con un prisionero.

El corazón de la *Bigornia* parecía quererle salir del pecho.

El prisionero no era otro que Simón, sin armas, sin corbata, con un trapo azul liado al cuello, los cabellos en desorden, y todo él que daba lástima verle.

Permaneció de pié frente al general, con el sombrero bajo el brazo, y esperó.

Paseó una mirada tranquila en torno suyo, estudiando las fisonomías, que examinó con curiosidad; parecía que pensaba:

—«Si estuvieran en el bosque por donde pasaron esta mañana, y yo tuviera mi escopeta, ¡qué día de fiesta!»

Un oficial que llegó de fuera acercóse al general y le habló en voz baja.

—¿Qué deseais?— preguntó en seguida el general al prisionero.

¿Qué deseaba?

Llevar á cabo un acto de heroísmo, sencillamente.

Volviendo por los alrededores de Chevagnes, como un lobo que huele la carne fresca, junto al sitio donde hay corderos, encontró al vaquero de los Tremor, Bidault, convertido en amigo de los alemanes, especie de guía ó de espía, y del cual hacían mal en fiarse.

En apariencia, era imposible hallar otro Judas más completo. El infame daba los informes con cinismo capaz de sublevar las conciencias ménos honradas.

Parecía capaz de vender á sus padres por una miserable cantidad.

Así es que le dejaban, sin temor, circular de un lado á otro.

El vaquero puso á Simon al corriente de lo que ocurría.

Los dos hombres se conocían de larga fecha.

Bidault le participó que las gentes del Priorato, los canteros, los guardas, con Fargeas á la cabeza, estaban apostados alrededor del parque, pendientes de una orden misteriosa; iban á suceder cosas extraordinarias.

Buscaba á los Tremor y los Souvray, para darles una funesta noticia.

Dentro de una hora el padre de los primeros sería fusilado.

É imposible encontrarlos, ni saber qué era de ellos.

Bidault estaba seguro del triste fin que esperaba al alcalde.

El viejo Tremor, encerrado en la cuadra, esperaba su hora postrera con la serenidad del justo.

La sangre de Simon se exaltó.

—¿Sabes dónde está Fargeas?—dijo á Bidault.

—Sí.

—Toma mi escopeta y llévasela. Si aún puede servir, me daré por muy contento. Se me figura que yo la entendería.

—¿Qué vas á hacer?

—Ver á ese prusiano que fusila á los viejos indefensos.

—¿Dónde?

—En el castillo, puesto que ahí está.

—¿Te propones ocupar el lugar del alcalde?

—¿No es preferible que sea yo, y no otro, ya que soy causa...

—¡Simón!

—No intentes detenerme. Está escrito.

Tuvo el valor de reír.

Y repuso:

—Además, no es seguro que yo muera, si es que quieren fusilarme, pues quizá no tengan tiempo. ¿No dices que los otros están ahí, y que van á librar una batalla? Adios.

Le dió la escopeta; sintió pena al desprenderse de ella, y en el último momento la estrechó contra su pecho.

—¡Era una amiga!—dijo.—Recuerdos á todo el mundo.

Y cada uno tomó por su lado.

El vaquero subió una cuesta muy violenta y pedregosa.

El cazador se fué directamente al castillo.

La vigilancia de los centinelas aflojaba algo.

El vino comenzaba á causar sus efectos; lo mismo entre la caballería que entre la infantería.

Consecuente á su proverbial astucia, se deslizó como una anguila entre los macizos, y llegó á las cocheras sin que nadie le detuviese.

—¿Qué desbandada, si entraran por aquí unos quince guardas de verdadero empuje!— pensaba.

Un centinela dormía cerca de un árbol, con el casco apoyado en el cañón del fusil.

Simón le tocó en el hombro.

El alemán se despertó quejándose y medio helado.

—Quiero hablar al general— dijo Simón.

Ni uno ni otro se entendían.

Costóle bastante trabajo al francés que el otro comprendiera, después de animada pantomima, su deseo de ser arrestado.

El centinela llamó á sus compañeros.

De grupo en grupo y después de las explicaciones que fué dando á unos y á otros, y por fin á un oficial, éste original personaje obtuvo lo que pedía.

Por esto era por lo que la *Bigornia* y *Solange* le veían frente á Von Gøben.

El general estaba de buen humor.

Pero todo es relativo.

Así es que el buen humor en el general Von Gøben era, como en los demás, cuando lo tienen pésimo.

Dió un gruñido que equivalía á decir:

—¿Qué pide este animal?

—General—dijo Simón,—¿habeis dado orden de que el alcalde sea fusilado?... ¡Fusilar al alcalde!

Von Gøben lo había olvidado pero el hecho era cierto.

Esas son cosas que no agradan en los momentos de estar haciendo laboriosa digestión.

—¿Qué os importa?

—¿Le condenais porque ha disparado sobre vuestros exploradores?

—¡Acabad!

—No es noble atacar á un anciano que ningún mal ha causado. No ha sido el alcalde quien mató á vuestros dragones en el camino, junto á la *Encina hueca*, en Champignolles y otros parajes.

—¿Quién es, pues?

—Yo lo sé.

—¿Venís á denunciar al culpable?

—No es culpable el que defiende su territorio contra el enemigo que intenta entrar á sangre y fuego en él; mas para hacer justicia á la inocencia del anciano y salvarlo, os entregaré al culpable.

—¿Vos?

—¿Dejais en libertad al alcalde?

—Conforme.

—¿Lo prometeis?

—A cambio del otro.

—¿Me dais vuestra palabra?

—Muy gustoso.

—¡El que se desdice es un cobarde! Aquí le teneis.

—Vos!

—Yo. Y os confieso que siento mucho no haber podido echar abajo unos cuantos alemanes más. No es culpa mía. No trató de inspiraros compasión.

El general miró á sus oficiales.

Simón dominaba á todos con su abnegación y su valor.

—¿De suerte que confesais?...—dijo Von Geben.

—Todo. Además, si los del pueblo hubieran querido hablar, hubiéseis sabido que no hay como Simón, el cazador furtivo, para dar semejantes golpes.

Lo mismo se preocupaba el general aquel de la vida de un rústico, que de las botellas vacías que estaban sobre la mesa. Sin embargo, y á pesar suyo, aquel hombre, de aspecto inteligente y mirada altiva, le llegó á interesar.

Pero el general era un cazador furibundo y celoso como un tigre de sus derechos señoriales.

En sus tierras, en sus bosques, era cruelmente severo con los que se atrevían á hacer la guerra á las liebres.

Lo de cazador furtivo le indignó.

—¿Sois vos ese Simón?—dijo.

El herrero contestó:

—Sí, general.

—¿De modo que ejercéis tan odiosa profesión?

—Sí, general.

—¿Y os dedicareis también á lacerar?

—Siempre que me acomoda, general.

—Pues bien, amigo mio, no cazareis más; no volvereis á matar liebres ni dragones...

Y dirigiéndose al oficial, que se mantenía de pié cerca de él, esperando sus órdenes, añadió:

—Poned en libertad al alcalde, y que fuisen á este atrevido.

Simón no bajó la cabeza ni se inmutó lo más mínimo.

—¿Ibais esta mañana en vuestro carruaje, general, por el valle de los Patos?

—No conozco...

—Sí, pasásteis por allí. Os tuve muy cerca de mi escopeta. Si hubiese querido dispararla, á estas horas no estaríaís bebiendo champagne.

—¿Por qué no quisisteis?

—No valía la pena. Otros se encargarán de eso.

Y añadió:

—Tened cuidado mañana, cuando esteis en camino y atraveséis por el soto.

El general se puso rojo de cólera.

—Lleváoslo—dijo—y ya sabeis...

Simón le dirigió una mirada burlona, y al ponerse el sombrero se lo enseñó á Von Geben, diciéndole:

—Este es el sombrero que asustó á vues-

tros caballos en la Encina Hueca. Buenas noches, general.

Cuando se dirigía hacia la puerta, empujado por los soldados, dos mujeres, la una vieja y jovenla otra, se precipitaron en la sala; la anciana iba mal vestida, y la otra elegante como una duquesa, bella como el amor.

La vieja corrió al encuentro del herrero, separó á los soldados que le rodeaban, y se abrazó á su cuello.

— ¡Simón! — dijo — ¿qué has hecho?

— Cumplir con mi deber.

— ¡Vas á morir!

— Era preciso — murmuró él. — Siempre creí que no moriría en la cama. He matado y me matan. Acuérdate... ¡Haz que me entierren en sagrado; que reeen y reees mucho por mí, Simona! No olvides nunca que te he amado como ama un buen marido y un buen hombre. ¡Adiós, fuera debilidades!

Solange se había echado á los piés del general:

— ¡Gracia! — dijo sollozando.

Simón exclamó:

— No os humilleis á esta gente, señora. He querido morir. Y muero. Hubiese preferido caer combatiendo; pero no siento dejar la vida. Simona os dirá por qué... ¡Adiós! ¡Bendito el día que seamos vengados!

— ¡Llebadme á mí también! — gritó la *Bigornia*. — ¡Yo estaba á su lado en la Encina. En todas partes donde fueron cayendo los vuestros, allí estaba yo con él.

— Está loca, señores — dijo Simón.

— Que la echen de aquí — ordenó el general. — ¡Vamos!

Solange se había levantado.

— Esto es horrible — murmuró, enjugando el sudor frío que inundaba su frente.

— ¡Es la guerra, señora! — contestó friamente Von Gœben.

Se llevaron al herrero.

La *Bigornia* se agarró fuertemente á su marido; pero él le dijo en voz baja:

— Es preciso vivir; y si mueres, que sea al menos vengándome. Vete, lo quiero.

Entonces ella lo abrazó por última vez, y, echada de allí por los soldados, huyó corriendo loca de dolor.

Empujaron al prisionero hacia la huerta.

Al pasar por las cocheras, vió al anciano Tremor, ya libre, y le gritó con voz segura:

— ¡Decid adiós á los amigos!

El viejo conoció aquella voz y lo adivinó todo. Quitóse el sombrero y permaneció descubierta, como si pasara un entierro.

Cuando llegaron á la tápia de la huerta, Simón se colocó junto á ella, con el sombrero en la mano.

Diez hombres se colocaron á quince pasos de él, con el fusil apoyado en el hombro.

El oficial levantó el sable y dió la voz de:

— ¡Fuego!

Simón no les miraba. Elevó los ojos al cielo pidiendo á Dios que le perdonara el haber asesinado al guarda.

Cayó muerto.

Los soldados se alejaron riendo.

La *Bigornia*, que había ido allí, se arrojó.

Pero no permaneció así más que un minuto, y emprendió de nuevo su carrera, sin derramar una lágrima; la fiebre quemaba sus ojos.

Solange cayó desmayada junto al general Von Góben.

XXXV

Cuando volvió en sí, se halló en el lecho que había en la alcoba, en su habitación.

No había más luz que la que daban dos velas colocadas en una mesita.

Al principio no se acordaba de nada.

Llevábase la mano á la frente, tratando de coordinar las ideas, y de recordar los sucesos, cuando oyó que pronunciaban su nombre cariñosamente:

—Solange!

Ella se volvió.

Oliverio estaba de rodillas á la cabecera del lecho.

Del otro lado, frente á él, un hombre alto y rubio, vistiendo como los oficiales largo capote, estaba de pié.

—Ya pasó—dijo con marcado acento alemán.

Saludó, haciendo una inclinación, y retiróse precedido de un soldado que le aguardaba á la puerta.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Solange.

—El médico del general.

—Pero...

—Habeis padecido un desmayo—dijo el marqués.

—¡Ah, sí, ya me acuerdo! ¡Qué horror! ¿Ha muerto?

—El lo quiso.

—¡Pobre Simón! ¿Y su mujer?

—Ignoro qué ha sido de ella.

—Es preciso averiguarlo, socorrerla.

—Es imposible; estamos encerrados, y no podemos ser útiles á nadie.

Solange se sentó al borde de la cama.

El cuerpo del vestido estaba desabrochado.

Se apresuró á abrocharlo con tales escrúpulos, que esto hizo sonreír á su marido.

Indudablemente, no había vuelto del todo de su estupor, y olvidaba su nueva condición.

Oliverio, siempre de rodillas, la contemplaba con creciente entusiasmo.

Todo su ser vibraba á impulsos de los más vehementes deseos, ante aquella adorable criatura, cuya posesión nadie podría disputarle en lo sucesivo.

—Al fin estamos solos—repuso, llevando, ébrio de pasión, la mano de Solange á sus labios.

Ella la retiró maquinalmente, y contestó:

—¡Ah, sí, solos! Es verdad.

Y paseó una mirada por el cuarto.

—Puedo ya deciros cuanto os amo, Solange.

—¡Qué! ¡Vais á hablarme de amor!

—Sin duda.

—¡Aquí! ¿Frente á la imagen de esa muerta, que nos mira?

Oliverio palideció.

¿Sospecharía su crimen?

Pero en seguida se tranquilizó. Solange no podía saber nada, y seguía diciendo:

—¡A los ojos de esa, cuya tumba puede decirse que acaba de cerrarse!

A medida que iba serenándose, hacíase exacto cargo de su situación.

La escena que había querido evitar á costa de su vida, era la misma que estaba representando.

Estaba en poder de aquel hombre, entre sus manos, le pertenecía en virtud de indiscutible derecho.

Con la astucia de los débiles procuró ganar tiempo.

—¡Oh! Aquí no, es imposible—exclamó.

Y de un salto se lanzó fuera de la alcoba, separando su mano de las de su marido, que abrasaban.

El no se alteró.

El derecho y la fuerza eran suyos; tendría paciencia.

Solange se había sentado junto á la chimenea, con la barba apoyada en la mano y el codo en la rodilla; él acercó despacio un asiento al de ella, y lo colocó á sus pies.

—Comprendo vuestra repugnancia—dijo.

—Si os ofrecí un viaje á Italia, si preparé para vos una *villa*, que habitaremos pronto,

según espero, y donde disfrutaréis de todo lo que puede agradar á una mujer, es porque deseaba llevaros lejos de cuanto pueda recordaros el pasado, lejos de lugares que os atormentan, lejos de mis faltas—añadió mostrándose humilde y dulce,—á fin de que no quede nada en vuestro corazón, ni una sombra, ni la más mínima huella. La fatalidad contraría mis planes. ¿Tengo yo la culpa? ¡Y me haréis justicia, Solange, comprendiendo que he hecho cuanto estaba de mi parte!

—Pero pensad—dijo ella, viéndose perdida—que hablar de ternuras tan cerca de ese paraje donde un hombre acaba de morir, cuando las últimas vibraciones de los disparos que le han quitado la vida resuenan aun en mis oídos, es odioso! ¡Más adelante! ¡Os lo suplico, por piedad! Dejadme. Esta noche nada más, dejadme sola, por favor.

—¿Y me amarás?

—Pues bien, sí. ¡Pero aquí no! ¡Ni tampoco hoy, esta noche! ¡De ningún modo en esta casa, donde la mujer á quien reemplazo me mira de un modo que hiela, que espanta; no puede ser cerca de esa fosa abierta para un desgraciado que se sacrificó por los demás heroicamente! Ni bajo el mismo techo donde habitan esos bandidos, que le han asesinado en lugar de un anciano que nada les había hecho y al cual condenaron. Y os quedaré más reconocida de lo que podeis figuraros. Estoy enferma, impresionada.

El permaneció pensativo. Levantóse, y dió unos paseos por el cuarto.

Sin duda que las razones de Solange podrán parecer falsas. ¡Pero tal noche de boda era horrible!

La muerte estaba allí, bajo sus ventanas. Los alemanes, esos odiosos invasores, ocupaban la casa como dueños. La orgía de los soldados y de los jefes profanaba el castillo y los gritos de la embriaguez llegaban hasta la triste alcoba nupcial.

Mas el marqués, desatinado, estaba ebrio también; pero era de pasión.

En presencia de aquella mujer palpitante, cuya voz era temblorosa, cuyos ojos solo revelaban espanto, cuya resistencia se traslucía tan claramente, Oliverio se preguntaba si la causa de todo aquello era solamente el terror producido por las escenas que acababa de presenciar, ó más bien efecto del no extinguido y antiguo rencor de la mujer ofendida en su decoro, rencor invencible; y, en fin, si el amor de otro hombre, de Román Tremor, no se levantaría entre ellos, como una barrera, para seguirles separando.

Quería saberlo. Los celos destrozaban su corazón.

Y luego, cerca de Solange, no podía dominarse.

Aquella mujer que no pudo olvidar desde el mismo instante en que la conoció, que le recibió en París con irritantes altiveces, que le llevó hasta la locura de hacer de una campesina una marquesa de Tannay, de una pobre, una millonaria, estaba ahora en su poder, quería disponer de ella.

Solange debía comprenderlo así.

El la había pagado cara; y era dueño de de disponer de ella á su antojo.

Sabía que el general Von Goeben respetaría aquel abandonado pabellón.

¿Luego qué tenía que temer?

Volvió al lado de Solange, que no se había movido.

—No—dijo,—no quiero concederte lo que me pides. Ceder, fuera darte motivos para que dudarás del amor tan profundo, tan ardiente, que siento por tí y que te he probado. Eres mía. Me perteneces. ¡Ven! ¡Te lo suplico! ¿Qué nos importa el mundo entero? ¿Qué necesidad tenemos de pensar en los demás? ¿A qué ocuparnos de esos insensatos que arriesgan, sin motivo y sin objeto, la vida? De mí sé decirte que no veo otra cosa que tus ojos, que me abrasan; tu cabello, que me embriaga; tu palpitante seno, toda tu persona, en fin, que amo, que adoro, que la deseo, y por la cual destrozaría todo cuanto me sirviera de obstáculo. ¡Ven!

Trató de atraerla.

Ella se resistió: una cruel angustia oprimía su corazón; no sabía cómo rechazarle, y no se atrevía á confesarle su aversión.

Hubiese querido estar muerta, y maldijo á Simona.

Quizá iba á ceder, cuando un violento resplandor penetró de repente en la habitación.

Solange dió un grito, se escapó de sus brazos y corrió á la ventana.

¡Sería el incendio del castillo, lo que pro-

yectaba aquel resplandor siniestro, para que ella pudiese huir de aquel peligro, de aquel odioso amor!

—No es nada—dijo el marqués.

—El pueblo está ardiendo.

—Habrán incendiado unas cuantas chozas. Ya las volverán á levantar. Sed buena conmigo, Solange, y sereis todo lo generosa que os plazca con los demás. Todo os estará permitido, todo, si me amais como yo os amo.

—No abandonemos ahora esta ventana—dijo ella.—Os lo ruego.

El espectáculo era terrible y grandioso.

Era, en efecto, todo Chevagnes, que ardía. Von Gœben se proporcionaba su hoguera de alegría con petróleo.

Los techos de las casas se hundían.

El Priorato ardía también.

Sólo la iglesia había sido respetada.

Las llamas de los edificios contiguos iluminaban su fachada, y el campanario parecía rojo como una barra de hierro en el yunque...

Solange, muy impresionada, contemplaba aquella destrucción.

El marqués murmuraba á su oído su incesante ruego:

—¡Ven!

Ella se agarraba á la falleba de la ventana, repitiendo:

—¡No!... ¡Aquí, en este aposento, en esta terrible noche, no puede ser!

Al fin, á pesar de su resistencia, él la tomó

en sus brazos, la arrancó de la ventana y la echó en un divan, abatida, sin fuerza, más muerta que viva.

Entonces Oliverio corrió hacia la puerta del salón para cerrarla herméticamente.

En el momento mismo en que ponía la mano en el pestillo, se abrió la puerta.

XXVI

El señor de Tainay retrocedió unos pasos é intentó defenderse.

Pero antes de que tuviera tiempo de hacer un movimiento, dos manos que parecían de hierro, le sujetaron por los puños y le empujaron hácia adentro.

El marqués no trató de resistir.

Con la sangre fría del hombre de mundo, calculó las probabilidades del combate. No tenía ninguna á su favor.

Juan y Román Tremor le apretaban los brazos.

Detrás de ellos se adelantaron dos hombres dispuestos á ayudarlos en caso necesario.

Ya se comprenderá de quiénes se trataba.

Los otros dos se llamaban Hugo y Roberto de Souvray.

Por la abertura de la puerta, el marqués tuvo tiempo de ver un quinto personaje, colocado allí de centinela.

Era La Briseur, el ojeador.

¿A qué, pues, luchar?

Además, lo odioso de un pugilato, de una

yectaba aquel resplandor siniestro, para que ella pudiese huir de aquel peligro, de aquel odioso amor!

—No es nada—dijo el marqués.

—El pueblo está ardiendo.

—Habrán incendiado unas cuantas chozas. Ya las volverán á levantar. Sed buena conmigo, Solange, y sereis todo lo generosa que os plazca con los demás. Todo os estará permitido, todo, si me amais como yo os amo.

—No abandonemos ahora esta ventana—dijo ella.—Os lo ruego.

El espectáculo era terrible y grandioso.

Era, en efecto, todo Chevagnes, que ardía. Von Gœben se proporcionaba su hoguera de alegría con petróleo.

Los techos de las casas se hundían.

El Priorato ardía también.

Sólo la iglesia había sido respetada.

Las llamas de los edificios contiguos iluminaban su fachada, y el campanario parecía rojo como una barra de hierro en el yunque...

Solange, muy impresionada, contemplaba aquella destrucción.

El marqués murmuraba á su oído su incesante ruego:

—¡Ven!

Ella se agarraba á la falleba de la ventana, repitiendo:

—¡No!... ¡Aquí, en este aposento, en esta terrible noche, no puede ser!

Al fin, á pesar de su resistencia, él la tomó

en sus brazos, la arrancó de la ventana y la echó en un divan, abatida, sin fuerza, más muerta que viva.

Entonces Oliverio corrió hacia la puerta del salón para cerrarla herméticamente.

En el momento mismo en que ponía la mano en el pestillo, se abrió la puerta.

XXVI

El señor de Tainay retrocedió unos pasos é intentó defenderse.

Pero antes de que tuviera tiempo de hacer un movimiento, dos manos que parecían de hierro, le sujetaron por los puños y le empujaron hácia adentro.

El marqués no trató de resistir.

Con la sangre fría del hombre de mundo, calculó las probabilidades del combate. No tenía ninguna á su favor.

Juan y Román Tremor le apretaban los brazos.

Detrás de ellos se adelantaron dos hombres dispuestos á ayudarlos en caso necesario.

Ya se comprenderá de quiénes se trataba.

Los otros dos se llamaban Hugo y Roberto de Souvray.

Por la abertura de la puerta, el marqués tuvo tiempo de ver un quinto personaje, colocado allí de centinela.

Era La Briseur, el ojeador.

¿A qué, pues, luchar?

Además, lo odioso de un pugilato, de una

batalla innoble, repugnaba al señor de Tau-nay, y lo consideraba una degradación.

Con la espada en la mano se hubiera defendido como Bussy d'Amboise, el hermoso pendenciero de la *Duma de Monsereau*, acribillado de heridas; y no hubiese cometido una baja para detener el combate y evitar la muerte.

Con la pistola en la mano hubiese intentado abrirse paso, ó hacerse matar devolviendo golpe por golpe.

Era valiente, no hay que negarlo.

Capaz de todo con tal de dominar la situación ó satisfacer sus pasiones, no parecía un ser vulgar, ni un malvado.

Poseía en sumo grado el sentimiento del decoro exterior que salva las apariencias y deja al mayor criminal el simulacro del honor mundano.

En una palabra, que el marqués sabía guardar las apariencias.

—¿Qué queréis?—preguntó.

Los Souvray cerraron la puerta tras ellos é hicieron lo que el marqués no tuvo tiempo de hacer:

Echar el pestillo.

Solange apenas se había dado cuenta de lo que sucedía: tan rápida había sido su sorpresa.

Hugo, muy tranquilo, sacó el revólver del bolsillo y dijo á su primo:

—Si gritais, si decís una palabra, os mato. Van á ataros los brazos para que nos escuchéis con calma. En esta madriguera de ene-

migos, nuestra vida peligra y la defendemos.

Roberto colocó sobre la chimenea, ante la cual estaba de pie cerca del diván de Solange, un cuchillo de monte, el que le dió la polaca Mittenberg.

—Es un regalo de la princesa Wanda—dijo.

Un estremecimiento agitó los labios del marqués al oír este nombre que le recordaba la lugubre fiesta del palacio Cavalli; pero se calló.

Los Tremor le ataron los brazos sin que él hiciera un solo movimiento para oponerse.

Dirigió á sus agresores una mirada limpia y desdeñosa.

—En esta alevosía—dijo—sois los más fuertes. Haced lo que gustéis. Ya veremos luego.

Solange, sobrecogida, se levantó á medias. Con mirada severa se fijaba en aquellos hombres cuyos semblantes revelaban implacable resolución.

El conde comprendió su ansiedad.

—Esperad—le dijo—y lo sabreis todo.

Juan y Román Tremor obligaron al marqués á sentarse en un sillón, y se colocaron de pie á su lado, como dos guardianes.

—¿Cuándo queréis explicarme lo que os trae aquí?—preguntó Oliverio sin perder su sangre fría.

—Paciencia, primo—dijo el menor de los Souvray.

—Solange—preguntó el conde,—¿os acor-

dais de la noche en que fui á vuestra casa para rogaros que me confiáseis, sólo por una hora, las cartas del señor de Taunay?

—Sí.

—Aquellas cartas, en las cuales os hablaba de su amor, de sus proyectos, de vuestro hijo, me hacían falta, no por curiosidad, sino para llevar á cabo un acto de justicia. Una criatura angelical acababa de ser asesinada cobardemente, y sin vos hubiera sido imposible arrancar á los culpables la confesión del crimen. Aquellas cartas, cuya existencia supuse, tanía que conseguirlas á toda costa. Vos me las entregásteis por amistad, pidiéndome, á cambio de este servicio, que protegiera á vuestro hijo. Me comprometí á ello. Hoy habeis obtenido del señor de Taunay la justa reparación á que teniais derecho; ya nada puede detenerme. He cumplido mi promesa. Vuestro hijo es el legítimo heredero del nombre y de la fortuna de su padre. No nos queda más que castigar al asesino.

Solange se puso más blanca que un sudario.

—¡Asesino!—exclamó.

—¡Mentís!—dijo Oliverio.

Roberto de Souvray se encogió de hombros, y replicó:

—Ya sabeis que no. El ángel que matásteis os salvó de los tribunales de justicia. Pero nosotros no podemos absolveros: no esperéis, misericordia, ¡vos, que no tuvisteis piedad!

Una sonrisa altanera se dibujó en los labios del marqués.

—Este hombre—continuó el conde—sintió por vos, Solange, una de esas pasiones que no retroceden ante ningún obstáculo. Para satisfacer esa pasión, cometió un primer crimen: el de abusar de vuestra debilidad y separaros, á la fuerza, por medio de un acto indigno de todo hombre de corazón, del novio á quien estábais ligada, no sólo por la unión en que vivían ambas familias, que ya habían concertado la boda, sino por el cariño que desde la infancia os profesábais ámbos.

Indignada ante esa infamia, sepultada por culpa suya en un abismo de vergüenza y de amarguras, os defendisteis de sus persecuciones; y, cuando al fin, no pensando mas que en el interés de vuestro hijo, dijisteis al padre que sería suya el día en que el sacramento del matrimonio diera á ese niño el lugar de un hijo legítimo, desde aquel momento él no pensó más que en acelerar ese día por todos los medios, aunque fuera abreviando la vida de la que ocupaba el puesto que él quería daros.

Roberto se detuvo. Al levantar la vista acababa de encontrar los azules ojos de Elena, que parecían aconsejarle que fuera elmente.

El pintor había copiado fielmente la resignada dulzura, la tierna bondad de aquella alma tan pura y virtuosa.

—Esta inmaculada criatura—repuso—ha sido la víctima de esa feroz pasión. En verdad que sois un hombre infame, señor de Taunay. No os bastó, como á tantos otros, casaros sin

un átomo de afecto, y solo por la riqueza, con aquella desgraciada que se entregó á vos por obediencia, y que, con un poco de consideración siquiera, se hubiese conformado. Pero desde los primeros días de matrimonio la humillásteis públicamente, comenzando por obligarla á pisar los salones de vuestra querida...; más tarde la dejásteis abandonada, como á una criminal en su celda.... Enferma, triste por esa existencia de reclusa, hubiera vivido poco: no habeis tenido ni aun la generosidad de esperar su fin; y, por una odiosa maquinación, habeis cortado esa existencia que os parecía demasiado larga.

Yo presentía tan horrible crimen, y desde que se cometió adiviné la causa.

Entonces me dije que no os libraríais del castigo. ¿Confesais?

—Desprecio vuestras calumnias y nada tengo que contestaros. No sois mi juez.

—Y, sin embargo, os he condenado; pero mi conciencia exigía que antes de culpar, me asegurase. Adivinaba la tenebrosa intriga que habeis urdido. La princesa Cavalli preparó el veneno. Me acordé de la muerte del príncipe, ocurrida por causa vuestra, en las mismas circunstancias, rodeada de los mismos síntomas. Esa mujer os amaba apasionadamente. Yo lo sabía. Por ella, excitando sus celos, probándole vuestra falsía, esperé conocer la verdad. Hé ahí por qué pedí vuestras cartas á Solange.

Oliverio se mordió los labios.

Todo lo comprendía. La fuga de la prin-

cesa y su silencio tenían clara explicación.

—¡Ah!— ¡siguió diciendo Roberto.— ¡Lástima que no hubierais estado presente cuando las leyó esa noche funesta, en aquellos salones llenos todavía de las luces y vibraciones de tan odiosa fiesta. Os hubiera horrorizado su rabiosa irritación, su indignación, su furor. Hubierais visto la sublevación del orgullo de aquella mujer, que se creía segura de ser vuestra esposa; la explosión de su cólera salvaje, y hubierais comprendido que no es prudente provocar semejantes odios.

La calmé, comprometiéndome á castigaros yo mismo. Y con esta condición renunció á vengarse por sí misma. Pero no os olvida. Prisioneros en Baviera, ella nos libertó para que pudiéramos llegar á tiempo. Espera noticias con impaciencia.

Dentro de algunos días las recibirá y le escribiré lacónicamente: está hecho.

—¿Pensais asesinarme?— preguntó el marqués.

—A los asesinos se les ejecuta. Y en cuanto á la princesa, Dios, probablemente, se encargará de su castigo.

—Acabemos— repuso Oliverio con altivez— esta comedia ha durado demasiado. ¿A dónde vais á parar?

—Vais á saberlo. Ante todo, tengo empeño en mostraros la prueba de lo que he dicho, no solamente por vos, sino por quienes me escuchan, y por esta pobre muchacha á quien acabais de hacer vuestra esposa y que no puede ser la mujer de un asesino.

El conde sacó del bolsillo un targetero, y de éste un papel, que desdobló á los ojos del marqués.

—Conoceis la letra—le dijo.—Leed.

El señor de Taunay clavó en su primo una mirada llena de indecible ódio.

—Nos veremos, señor de Souvray,—contestó.

Roberto respondió.

—No lo espero.

Y leyó la carta en alta voz:

Era la confesión de Wanda dictada por el conde.

«Declaro, para rendir tributo á la verdad, que á instigación del marqués Oliverio de Taunay, ha sido envenenada, en el hotel Cavalli, su mujer Elena de Rochevieuille, en la noche del 13 de marzo de 1870.»

Solange se tapó la cara con las manos.

Esta revelación la horrorizaba.

¡Se había casado con un asesino! El padre de su hijo era un envenenador. ¡Qué nuevas vergüenzas la esperaban, más terribles que ningunas!

¡Y era ella quien, sin saberlo, había sido causa del trágico fin de aquella angelical mujer!

Y seguía paso á paso el encadenamiento de los sucesos.

El amor tan feroz que había inspirado á aquel hombre, á quien estaba ligada su suerte, fué lo que produjo tantos males.

Y, no obstante, ¡misterios insondables del corazón femenino! ¡estaba inclinada á sentir

compasión por aquel hombre tan odiosamente culpable!... ¡Tantas mujeres han excusado los crímenes cometidos por causa de ellas!

—Dicen—repuso el conde de Souvray dirigiéndose á su primo—que el mundo está lleno de crímenes desconocidos. Dudo que los haya más espantosos que este. Provisto de esta prueba, yo hubiera podido entregaros á la justicia de los hombres.

—Hacedlo,—interrumpió el marqués—y el edificio de vuestras calumnias se desplomará por su propio peso.

—Pero esa justicia es dudosa. Puede uno escapar de sus rigores. No se atreve á castigar á los criminales de vuestra alcurnia. Y tengo para callar otra razón que adivináis y que sostiene vuestra audacia. No podemos, no queremos manchar un nombre que fué glorioso, y forma parte de nuestro patrimonio. Un Taunay-Coulanges, compareciendo ante los tribunales por delito de asesinato, fuera un oprobio para nosotros, nuestros parientes. Este parentesco nos impone un deber: evitar el escándalo. Por esto he reunido tres hombres justos y los tres os hemos juzgado. La prueba de vuestro delito era flagrante, y quedó pronunciada la sentencia.

—¿Se puede saber cuál es?—preguntó el marqués con insolente ironía.

El conde sacó el reloj.

—Dentro de treinta minutos habréis dejado de existir.

—¿Y de qué manera, si os place?

—Os dejó la sorpresa. Si Dios quiere

hacer un milagro y salvaros, que lo haga.

— ¡Treinta minutos! — dijo Oliverio sin moverse.

— Exactamente.

— ¿Y os negáis á decirme á qué pena me habéis condenado?

— Necesitábamos un suplicio desconocido, oscuro, misterioso, á cubierto de las pesquisas de la justicia humana, y lo hemos encontrado.

— ¿Y se llama?

— Lo sabrás demasiado pronto — dijo Hugo con dureza, irritado de los sarcasmos y altiveces del marqués. — Será muy cruel, podrá ser; pero es el único medio de acabar con tus infamias y salvar el honor de la casa. Cuando uno se llama Taunay-Coulanges y se ha deshonrado, se hace saltar la tapa de los sesos. ¿Quieres?

El marqués no contestó.

Hugo se volvió haciendo un desdeñoso gesto, é hizo una seña á los Tremor.

Juan, con rápido movimiento, puso sobre la boca del marqués un pedazo de espesa tela, lo enrolló alrededor de la cabeza, y lo anudó fuertemente por detrás.

Luego los dos hermanos, para que no hubiera medio de que llamase ni se defendiera, lo llevaron á la alcoba y lo ataron al montante de una puerta.

— ¡Ah! es horrible — exclamó Solange cayendo de rodillas ante el conde.

— ¿Quereis vivir unida á ese miserable?

— No, pero...

— Por desgracia vuestra, no hay otro remedio.

— ¡Gracia!

— Para que con su fortuna cause otras víctimas!

— ¡Piedad!...

— ¿La tuvo de ella?...

— Mi hijo...

— ¡Haremos de él un hombre!

— ¡Os lo suplico!

Roberto le puso la mano en la boca.

— Calláos — dijo — ¿no comprendéis que me está faltando el valor?

Un sudor frio caía á gotas, de su frente.

Los Tremor acabaron su tarea.

Román, acercándose al oído del marqués le dijo:

— Vais á morir. Os odio. Adiós.

— Vámonos — ordenó Roberto.

— Señores, gracia, piedad — exclamó Solange.

— ¿Lo amas? — preguntó Román.

— ¡No, no! ¡Le desprecio y le odio!

— Entonces, ven; ó muere con él.

Y como ella se agarrara á los muebles, él, haciendo un violento esfuerzo, la arrancó de allí y se la llevó en los brazos.

— Si dices una palabra, nos pierdes. Entre él y nosotros, escoje.

El marqués, oyéndolo, palideció de rabia y de celos.

Pudo recoger su última mirada: la compasiva mirada de la mujer al hombre que se ha perdido por ella, de la hermana de la caridad

al ser que sufre, del sacerdote al condenado á muerte.

La puerta se cerró.

Oliverio oyó vagamente el ruido de la llave dando vuelta en la cerradura y el de los pasos que se alejaban.

Luego nada. Un silencio sombrío se hizo á su alrededor.

Al fin estaba solo, libre de la presencia de sus acusadores, que eran sus jueces y sus verdugos.

¡Pero vivía!

Una sarcástica sonrisa iluminó su semblante.

¡El no hubiera dejado á la casualidad el cuidado de abandonar su obra! Si hubiese tenido un enemigo mortal—¿y que podían ser en lo sucesivo unos y otros?—no lo hubiese abandonado, como no fuera clavado en la pared con un cuchillo en el pecho, y no atado con cuerdas que el primero en llegar desataría.

Los Souvray le habían amenazado de muerte.

¿Qué muerte?

¡Amenaza vana en la cual no podía creer!

¿El incendio del castillo sin duda? Ese debía ser el plan, bien difícil de llevar á cabo por cierto.

Sería preciso burlar la vigilancia de esos extranjeros que ocupaban el edificio como dueños.

Von Gøben resultaba su aliado y su defensor.

¿Pero cómo advertirle?

Trató de gritar. Ningún acento salió de su boca.

Quiso romper las ligaduras, ó hizo para conseguirlo esfuerzos sobrehumanos; pero las cuerdas lastimaban sus carnes y no cedían.

Conmovió el tabique, pero ¡nada!

Nada se movía á su alrededor.

En las habitaciones contiguas no se oía el menor ruido, mientras que en los salones del piso bajo resonaban algunas carcajadas, cuyos ecos llegaban hasta él.

Pero la algazara de la orgía iba debilitándose.

Se puso á pensar.

Roberto le había anunciado una muerte misteriosa, un asesinato que escaparía á la justicia de los hombres.

Por más que cavilaba, no podía adivinar nada.

La princesa Cavalli era del complot. Pero sus venenos mataban enseguida. Los conocía.

¡Le habían dado treinta minutos de plazo! Estas pasaban con rapidez.

Es preciso decir que semejante misterio no le asustaba.

En medio de la confusión de sus ideas, en las cuales el miedo tenía escaso lugar, fiaba en su buena estrella que le había sacado de tantos malos pasos, seguro de que esta vez también le salvaría. La imagen de Solange acudía á su imaginación y dominaba todas las demás impresiones. Sus postreras palabras:

¡Le odio! bullían en su cabeza y le exasperaban. Quería vivir para castigarla. Su última mirada le quemaba el corazón. Quería vivir para poseerla y dominarla. Sus destinos estaban encadenados. La muerte solo podría desunirlos.

Y él no creía en la muerte.

Lleno de vida y de fuerza, estaba seguro de que no se atrevería con él.

El fuego del hogar se había apagado completamente.

Solo unos cuantos carbones daban cierta claridad rojiza.

Las velas, que se consumían, chisporroteaban en el candelero de plata colocado sobre el velador, y su luz se extinguió.

La habitación quedó á oscuras.

Entonces un solo punto pareció iluminado en aquellas tinieblas.

Era el retrato de Elena de Rocheville, en el cual se reflejaban las llamas del incendio de Chevagnes.

Prendido fuego por veinte lados, y por manos hábiles, el pueblo ardió como si fuera una paja.

Las torres y el maderamen del Priorato ardían todavía.

Oliverio hubiese querido volver la cabeza á otro lado para huir de aquella visión, pero no podía.

Estaba obligado á tener los ojos fijos en aquella casta y generosa víctima, cuyo cuadro iluminaba el siniestro resplandor.

Ella le miraba siempre con indulgencia.

Jamás aquel dulce semblante reveló más que bondad.

Un remordimiento involuntario se agitó en la conciencia de Oliverio, y al mismo tiempo sintió honda pena.

En su disipada existencia no conoció sino los amargos placeres de los amores culpables; placeres del momento, hijos de la vanidad satisfecha.

¡Qué diferencia, si en vez de lanzarse por ese extraviado camino, hubiese seguido el del bien, unido á su amante y buena esposa, sembrando en torno suyo los beneficios que su inmensa fortuna le permitía prodigar!

¡Y era él quien la había matado!

Los jueces que acababan de condenarle, tenían razón.

Su odio era justo.

La enormidad del crimen se le aparecía en toda su inmensa gravedad, mientras que su víctima le seguía mirando con piadosa expresión.

Al fin tuvo miedo, miedo al suplicio que los Souvray le habían vaticinado. ¡El castigo era justo!

Trató de escapar.

Sus movimientos eran los de un loco furioso y tales los esfuerzos que hacia para salir de allí, que sus labios se tiñeron de una espuma sanguinolenta.

Al fin, el trapo que le cubría la boca se aflojó y cedió. Oliverio comenzó entonces á dar gritos.

Se exasperaba al ver que nadie respondía.

De pronto calló.

Pasos de hombres, tumultuosos y precipitados, se acercaban á su habitación.

Debieron oírle.

Esechó ansioso, sin atreverse á respirar, y con la vista fija en la puerta.

¿Sería el socorro ó el anunciado suplicio lo que se acercaba? ¿El asesinato ó la libertad?

Llamaron fuertemente.

—Entrad—gritó él.

Como no podía moverse y la puerta estaba cerrada con llave, que los otros se habían llevado, no podían entrar.

Mas poco tardaron, los que llamaban, en echar la puerta abajo.

Un suspiro de satisfacción ensanchó el pecho del marqués.

Era el general Von Gœben, que se presentaba, escoltado de oficiales y soldados.

Y él sería su salvación.

Pero la verdad es que el libertador parecía hallarse de pésimo humor.

Sus ojos echaban chispas.

Estaba furioso.

Pero esta cólera no podía impresionar al señor de Taunay.

Como no tenía nada de qué acusarse, contaba con que su huésped se entendería fácilmente con él.

La indignación del prusiano era justa.

Quando se levantó de la mesa, aturdido por las frecuentes libaciones, se presentó uno de sus oficiales á comunicarle una mala noticia.

El soldado que estaba de centinela á la

puerta del pabellón ocupado por el marqués, yacía muerto en un mar de sangre, y tenía una honda herida en el cuello.

En aquellos alrededores nada se oyó.

No había nadie en el parque.

Ni se oía nada en la vecindad.

Esto le parecía inexplicable al general Von Gœben, que trinaba.

El estado mayor se hallaba tan enterado como el jefe.

Nosotros podemos explicar ese misterio.

Los Tremor y los Souvray, al medio día, lograron penetrar fácilmente en el castillo y permanecer ocultos hasta la escena á que acabamos de asistir. La dificultad estaba en salir, dejando al enemigo sumido en su falsa seguridad.

Todas las salidas estaban cuidadosamente guardadas.

Conociendo el castillo como si fuera su propia casa, Hugo y Roberto eligieron la puerta más secreta, la que daba á unos maderos, á través de los cuales era fácil ocultarse en la oscuridad; pero aun en aquel paraje había también un centinela.

La Briseur precedía á sus amos: iba de explorador.

Distinguió al soldado, que iba y venía, embotado por el cansancio y el frío, y se encargó de zanjar la dificultad y abrirse camino.

Era preciso operar sin hacer ruido.

Empujó bruscamente la puerta, y antes de que el soldado, sorprendido por aquella irrup-

ción, tuviera tiempo de gritar, le hundió [el
sueño de caza en la garganta, produciéndole
una enorme herida.

El hombre cayó sin exhalar una queja.

La Briseur llevó su precaución al extremo
de sostenerle para impedir que las armas, al
dar contra el suelo, produjeran ruido.

El ojeador podía pasar por hombre prevenido é inteligente en asuntos de valor.

El camino quedó expedito. Los Souvray
pasaron con Juan y Román Tremor.

Román seguía sosteniendo en sus brazos á
Solange, que parecía muerta.

Quando llegó el relevo de la guardia, la
patulla se enteró de tan desagradable suceso.
Dieron parte al general; éste se dió á todos
los diablos.

El mejor medio de aclarar los hechos era
dirigirse al marqués, si es que estaba allí todavía,
lo cual parecía dudoso, puesto que la
puerta del pabellón, que permanecía abierta,
hacía sospechar si se trataría de una fuga.

Así es que Von Goben invadió la cámara
nupcial con intenciones hostiles.

Y profería estas horribles amenazas:

— ¡Traición!... Es preciso hacer saltar el
edificio.

Al ver al marqués atado, retrocedió estupefacto.

— ¿Qué es esto?... ¡Comedia!... ¡Cómplices!... ¡Nos asesinan en nuestra propia casa!

— ¡Ah! ¡Me asesinan á mi mismo!— contestó Oliverio.

— ¿Qué haceis ahí?

— Desatadme, ante todo, y luego os lo diré.

— Cortad las cuerdas,—ordenó el prusiano.
Un soldado obedeció.

Y cortaron las ligaduras del marqués, como el nudo gordiano, con una espada.

— Y ahora, hacedme el favor de explicar lo que sucede.

— ¿Qué sucede? No lo sé.

— ¿Cómo?... ¿No sabéis nada? ¡Un centinela degollado cobardamente!

Oliverio lo comprendió todo. Pero no podía entrar en el terreno de las sinceras confidencias con su amigo.

Refirió en pocas palabras una historia que se acercaba á la verdad.

Cuatro hombres entraron de improviso en su habitación armados hasta los dientes.

— ¿Los conocéis?

— A uno solo, un cazador furtivo.

— ¡Venganza particular entónces!

— Lo supongo.

— Son terribles esos cazadores... Guerra á muerte. ¿Y después?

Oliverio explicó que aquellos cuatro hombres lo sorprendieron, y que apuntándole al pecho con una pistola, le ataron de aquel modo.

— ¿Y la marquesa?

— Se la llevaron.

— ¿No gritó?

— Le taparon la boca como á mí, general. Hé llamado á gritos. Nadie me oía.

—Los muros son espesos.... El edificio enorme.

Von Gøben se rascó el cráneo gruñendo.

—¡Historia de mujer! ¿Y qué temeis para lo sucesivo?

—Lo ignoro, general. Pero es preciso aumentar la vigilancia.

—¡No falta vigilancia! ¡Vuestra fábula no es clara!... ¡Desconfío!

No estaba convencido. El asunto le resultaba algo inverosímil.

Volvióse á sus oficiales y dió órdenes.

—Doblad la guardia. Tomad precauciones. Quizá vamos á ser atacados... ¡País de perros!... Mala marcha... A pesar mío... Bosques... ¡Degollado!

Su humor era cada vez más sombrío.

Pero el marqués no se inquietaba.

Se veía libre. No tenía ya miedo á nada. Su vida estaba en salvo. Si se la quisieran volver á quitar, no sería sin lucha; él se encargaba de defenderla.

—¡Ah, mis señores primos los Souvray—pensó,—ya nos veremos!

La confesión de la princesa Cavalli no le preocupaba. Tenía demasiados recursos de imaginación para no salir airoso de aquel mal paso. Después de todo, fué ella quien llevó á cabo el crimen. El no había mediado más que indirectamente. La acusación de la polaca podía pasar por una calumnia de mujer celosa.

¿No estaba él á cubierto de toda sospecha por la declaración de la misma víctima?

Por salvarle, por la honra de su apellido, esa misma honra que encadenaba á los Souvray, ¿no había escrito con desfallecida mano, las siguientes líneas :

«No he tenido el valor de vivir. ¡Que no se culpe á nadie de mi muerte!»

Y las firmó con todas sus letras:

«ELENA DE ROCHEVIEILLE

»Marquesa de Tuunay-Coulange.»

Tenía aún ante sí un porvenir hermoso. ¡La lucha, la batalla! Eso no le asustaba. ¡Ah! ¡Cómo se vengaría á su vez! ¡Cómo pagaría esa deuda, con intereses, á los enemigos aquellos que, teniéndole en su poder, lo dejaban escapar.

Todas estas reflexiones se las hizo en un segundo. Su pensamiento volaba.

—No eran más que cuatro—repuso.—No deben estar lejos. ¿Si los persiguieran, general?

—¿De noche y entre malezas?

—¡Se han llevado á mi mujer!

—Ya parecerá.

Von Gøben, desconfiado, temiendo que le tendieran un lazo, miraba de reojo á Olivierio.

—Nadie saldrá de aquí. Vos, menos que nadie.

Se asomó al balcón.

El horizonte, hacia Chevagnes, estaba rojo por las llamas del incendio del pueblo.

Alrededor del castillo reinaba la más completa oscuridad. En las dependencias todo el mundo dormía.

En el comedor se extinguían las luces. Los oficiales dormitaban vestidos y echados en los sillones y divanes del salón. Otros paseaban, tiritando, á pesar de los fuertes y largos capotes, á causa del terrible frío que hacía.

Al pié del pabellón, un arroyo, ó más bien un torrente, caía que parecía una cascada, en los fosos, bañando las murallas.

Von Goeben receloso, con la mano en el tosco bigote, contempló un instante la salvaje campiña, gruñendo entre dientes palabras que apenas se entendían.

—Maldita guerra... Muertos como si fueran conejos, uno á uno...

Empujó con furia la persiana, dió una vuelta y cayó sobre el diván, donde el marqués había colocado á Solange, sin fuerzas, una hora ántes.

Las gentes de su séquito fueron lanzadas, á gran distancia contra los muebles.

El edificio osciló sobre su base durante diez segundos.

Un capitán de coraceros cogió á Oliverio por la garganta gritando:

—¡Traición!

Se acababa de oír una detonación espantosa, tan violenta, tan formidable, que parecía que el castillo saltaba hecho pedazos.

Hubo un instante de azoramiento.

Las pistolas de los prusianos parecía que

por sí mismas apuntaban al pecho del castellano.

La fuga de la marquesa, el empeño del marqués en perseguir de noche á los que la habían llevado, hacía verosímil la acusación del capitán de coraceros.

Von Goeben perdía el juicio. En medio de la confusión general no sabía qué partido adoptar.

Tenia el presentimiento de un peligro inmenso, inminente.

¿Pero cómo conjurarlo?

¿Hacia donde volver los ojos?

Se asombraba de que el castillo estuviera aun en pié despues de la explosión que había hecho conmover hasta sus cimientos.

En las dependencias, los soldados, que despertaron de su primer sueño, tomaron instintivamente las armas contra un enemigo invisible.

El marqués mismo, interrogado, agobiado á preguntas, no sabía qué contestar y protestaba de su ignorancia.

Una duda, no obstante, confusa todavía, trabajaba en su imaginación.

La leyenda del estanque de Chevagnes acudía á su memoria.

¡Si fuera ese el plan de los Souvray!

Para que ellos le abandonaran, contando los instantes que le quedaban de vida, era preciso que contarán con el éxito.

Los conocía.

No le hubieran dirigido vanas amenazas, puesto que le odiaban, ellos en quienes el sen-

timiento del honor estaba tan profundamente arraigado, y que consagraron siempre á Elena, su prima, su amiga de la infancia, un afecto tan consecuente y tan vivo.

Corrió á la ventana, llevando consigo al general.

—Escuchad—le dijo.

Se oía en el valle, bajo el castillo, un inmenso y sordo bramido.

—Tenemos el tiempo justo para huir—repuso.

—¿Por qué?

—Porque nos va á llevar la corriente, nos vamos á ahogar.

—¿Cómo?

—¡No me preguntéis más! ¡Huyamos!

No pudo ser. ¡Era tarde ya!

Un raudal de agua de treinta pies de altura cayó como una tromba, sobre las paredes del castillo. Oyóse un prolongado crugido... Las ventanas quedaron destrozadas.

De todas partes salían gritos desesperados.

Desde el balcón, el general no distinguía más que un poderoso río que inundaba el parque con prodigiosa violencia, lo arrastraba todo á su paso.

Ni más dependencias, ni más luces, ni más soldados, ni más nada, que no fuera aquella enorme y mugiente ola, amenazadora siempre; y en el castillo, que se tambaleaba como una barca en medio de un borrascoso mar, algunos hombres, desatinados, lívidos de miedo, en frente de aquel raudal contra el cual eran impotentes.

XXVII

El cantero de Oullans podía frotarse las manos de gusto.

Su obra había tenido el apetecido éxito.

El mismo prendió fuego á las mechas.

Era un golpe maestro, del cual se acordaría toda su vida, tanto más, cuanto que, además, según todas las probabilidades, si no quedó sordo, poco le faltó.

Empleó el día en perfeccionar las cosas por su propia mano, añadiendo otras mechas para el caso en que algunas no surtieran efecto; abrió nuevos huecos y, en fin, trabajó como verdadero artista que bruñe su obra y no la da por terminada sino cuando no le falta detalle alguno.

Iba en ello su amor propio.

Mas no por eso se hallaba tranquilo: el resultado le tenía inquieto, y temía haberse precipitado al vanagloriarse de hacer saltar de un golpe semejante mole, aquel gigante de treinta metros, ¡él, un pigmeo de cinco pies!

Sus angustias eran mortales, y así lo confesó después, repetidas veces, á sus amigos.

La reputación es joya inestimable. El maestro Chadouin tenía puestos los cinco sentidos en ella, mucho más que en su dinero, y eso que era hombre económico...

Si el dique resistía, si la mina no abría más que una insignificante brecha en aquella mole de granito, quedaba deshonrado. En una palabra; si los Tremor y los Souvray, que

timiento del honor estaba tan profundamente arraigado, y que consagraron siempre á Elena, su prima, su amiga de la infancia, un afecto tan consecuente y tan vivo.

Corrió á la ventana, llevando consigo al general.

—Escuchad—le dijo.

Se oía en el valle, bajo el castillo, un inmenso y sordo bramido.

—Tenemos el tiempo justo para huir—repuso.

—¿Por qué?

—Porque nos va á llevar la corriente, nos vamos á ahogar.

—¿Cómo?

—¡No me preguntéis más! ¡Huyamos!

No pudo ser. ¡Era tarde ya!

Un raudal de agua de treinta pies de altura cayó como una tromba, sobre las paredes del castillo. Oyóse un prolongado crugido... Las ventanas quedaron destrozadas.

De todas partes salían gritos desesperados.

Desde el balcón, el general no distinguía más que un poderoso río que inundaba el parque con prodigiosa violencia, lo arrastraba todo á su paso.

Ni más dependencias, ni más luces, ni más soldados, ni más nada, que no fuera aquella enorme y mugiente ola, amenazadora siempre; y en el castillo, que se tambaleaba como una barca en medio de un borrascoso mar, algunos hombres, desatinados, lívidos de miedo, en frente de aquel raudal contra el cual eran impotentes.

XXVII

El cantero de Oullans podía frotarse las manos de gusto.

Su obra había tenido el apetecido éxito.

El mismo prendió fuego á las mechas.

Era un golpe maestro, del cual se acordaría toda su vida, tanto más, cuanto que, además, según todas las probabilidades, si no quedó sordo, poco le faltó.

Empleó el día en perfeccionar las cosas por su propia mano, añadiendo otras mechas para el caso en que algunas no surtieran efecto; abrió nuevos huecos y, en fin, trabajó como verdadero artista que bruñe su obra y no la da por terminada sino cuando no le falta detalle alguno.

Iba en ello su amor propio.

Mas no por eso se hallaba tranquilo: el resultado le tenía inquieto, y temía haberse precipitado al vanagloriarse de hacer saltar de un golpe semejante mole, aquel gigante de treinta metros, ¡él, un pigmeo de cinco pies!

Sus angustias eran mortales, y así lo confesó después, repetidas veces, á sus amigos.

La reputación es joya inestimable. El maestro Chadouin tenía puestos los cinco sentidos en ella, mucho más que en su dinero, y eso que era hombre económico...

Si el dique resistía, si la mina no abría más que una insignificante brecha en aquella mole de granito, quedaba deshonrado. En una palabra; si los Tremor y los Souvray, que

habían confiado toda su empresa en su experiencia, experimentaban por culpa suya una desgracia, una de esas decepciones de las cuales no se repone uno, y cuyos desastres son irreparables, no le quedaba más recurso que echarse de cabeza desde lo alto de la muralla, ó ahogarse en los sesenta pies de agua del estanque.

Pero nunca pensó, como Vatel, en atravesarse el cuerpo con una espada. No llevaba más armas que un eslabón y mechas azufradas.

No hacía falta más.

Con las manos en los bolsillos, á causa del frío, daba muestras de la mayor ansiedad.

¿Qué diría el alma de su padre; el granadero de Jena y de Leipzig, si él dejara escapar á aquellos enemigos que le desafiaban en su territorio, y por los cuales sentía él, el hombre afable y bondadoso por excelencia! un odio inveterado que crecía y se exasperaba ante las recientes catástrofes?

En vano su hombre de confianza, procuraba tranquilizarle.

— Ya vereis, maestro. ¡Todo temblará!

El buen hombre estaba sobre ascuas.

Jamás noche alguna le había parecido tan larga. No podía estar quieto.

Y debía, sin embargo, hallarse contento.

El enemigo estaba allí, y caía, con la cabeza baja, en el lazo.

Á derecha é izquierda del valle, cerca del castillo. Fargeas, los guardas, media docena de cazadores y los mozos de Oullans, bien ar-

mados, aguardaban la explosión para disparar contra los que intentaran salvarse.

Von Groben y su tropa estaban sitiados.

Quisieron incendiar el pueblo. Les dejaron hacerlo. Los Souvray aseguraban que nadie perdería nada, que las casas se reedificarían á expensas de ellos.

Y nadie se hubiera atrevido á dudar de la palabra de los dos hermanos.

Per la noche una patrulla de cuatro coraceros adelantó hasta la calzada.

Oculto entre los juncos, el cantero los devoraba con los ojos.

—No vendreis mañana—decía para sí.

La hora solemne se acercaba lentamente.

El pueblo ardía.

Chadouin observó con estoica mirada cómo ardía la casa de su pariente, su Priorato, donde él pasaba la mitad de su vida.

—Está bien—dijo—vosotros nos calentais; nosotros os refrescaremos...

Al fin la aguja de su reloj marcó la hora precisa.

¡Las diez!

Era el momento convenido.

El pueblo acababa de arder.

Chadouin se dijo que á la afrenta no tardaría en seguir la reparación.

Tiró del brazo al dependiente.

El cantero encendió un cabo de vela, y con él prendió fuego á tres ó cuatro mechas que pendían á lo largo de la muralla.

—Salgamos de aquí—dijo.

Algunos minutos después, cuando corrían á

todo correr, una formidable detonación, que hizo temblar el suelo, les hizo también caer en tierra.

El obrero se levantó con todo el cuerpo dolorido; y como viera á su amo que seguía tendido en tierra sin moverse, le preguntó:

—¿Estáis vivo?

Chadouin hizo seña de que sí, y exhaló una queja.

Pero medio minuto después se levantó diciendo:

—¡Bravo! He tenido éxito. ¡Qué golpe! Sepamos qué sucede.

Volvieron á tomar el mismo camino, y ganaron el estanque.

Una vez allí, el cantero se sintió orgulloso.

Las dos pilastras, aquellas dos magníficas columnas de cien pies de altura, habían saltado.

La dinamita destruyó por completo el resto del dique.

El agua se precipitó como un torrente por la abertura, que por momentos se hacía más ancha, y rodó, con la impetuosidad de las cataratas, por el valle.

Todo debía quedar destruído al paso de aquella corriente, que ninguna fuerza humana hubiera podido contener.

Se logra extinguir el fuego; pero no hay nadie que detenga el impetuoso torrente.

Una discreta y silenciosa sonrisa de triunfo iluminó el plácido semblante del viejo Chadouin.

Estaba contento.

—Que se defiendan, si pueden—pensaba.

El sabía muy bien que eso era imposible.

El líquido elemento llegaba al castillo con la rapidez de una avalancha.

De repente las hogueras que ardian en el parque se apagaron.

El grito de horror de los que estaban ahogándose, era sofocado por el azote del agua, que les arrastraba.

Algunos disparos de fusil, secos y solos, se mezclaban al poderoso murmullo de las aguas.

Todo había concluído.

El maestro Chadouin cumplió su misión.

Con esto se le quitó un enorme peso de encima.

Señaló el valle á su compañero.

Y por allí dirigiéronse ambos, muy de prisa, al parque.

En este sitio les estaba reservado un inesperado espectáculo.

Aquél oasis de vegetación incomparable, no era más que una balsa cenagosa, hirviente, que arrastraba diversos objetos.

No quedaban trazas de las cuadras, cocheras, leñeras, perreras y demás dependencias del piso bajo. La capilla donde se verificó el casamiento de Solange, también quedó destruída; pero el castillo continuaba en pié.

Sus muros sostenian bravamente el esfuerzo de la corriente, el choque de los troncos de los árboles y restos de toda especie, que se estrellaban contra él.

El agua llegaba hasta el primer piso.

Los Tremor y los Souvray, apostados con sus compañeros cerca de allí, seguían con la mirada las fases del cataclismo.

En los balcones del pabellón de Elena se distinguía la silueta de algunos supervivientes á la catástrofe, que pedían socorro con desesperados ademanes.

Era imposible cortar la corriente y llegar hasta ellos aun cuando hubieran deseado salvarlos.

Pero las gentes de Chevagnes no deseaban tal cosa.

No perdonaban á Von Gøben sus actos de salvajismo, las amenazas dirigidas al viejo Tremor, el incendio del pueblo, ni el fusilamiento de Simón.

Solange, estremecida, muda de horror, permanecía al pie de un árbol, en brazos de Catalina.

La *Bigornia*, feroz, con la escopeta de su marido en la mano, esperaba con bárbara alegría que llegara el momento en que los últimos asesinos de su compañero se hundieran en el abismo, dispuesta á acabar con ellos, si el agua no los ahogaba.

Estaba horrible y sublime á la vez.

El amo de Oullans, satisfecho, con los ojos medio cerrados, contemplaba esta escena, pero con otras ideas que la *Bigornia*.

Después de haberlo visto todo, llamó la atención de sus canteros.

Como no sobrevivían, á juzgar por las apariencias, después de los soldados acampados en Chevagnes, más que algunos hom-

bres abandonados en el castillo, ni los tiradores ni sus armas eran necesarios.

El maestro Chadouin y sus obreros subieron al valle.

A poca distancia, y á la margen de un río artificial, formado por la ruptura del dique, había un depósito de árboles cortados.

Los troncos se sumergían en el torrente.

El cantero y sus ayudantes colocaron unos cerca de otros.

Esta maniobra produjo sus efectos.

Los árboles, arrastrados con vertiginosa rapidez, iban á chocar contra los muros, vacilantes por la dinamita y humedecidos por la inundación; así es que abrieron una brecha que se ensanchó rápidamente.

El boquete estaba hecho.

El agua entró con violencia.

Poco despues el centro del edificio se hundió produciendo un ruido sordo; la corriente arrastró las ruinas.

Luego fué el ala derecha la que, después de permanecer un instante en pié, cayó desplomada.

El pabellón de Elena resistió más tiempo, pero al fin sucumbió tambien, produciendo al caer sinestro crujido.

Allí estaban reunidos Von Gøben y sus últimos compañeros.

Uno de sus muros, el de la punta, osciló un instante y se inclinó hácia el abismo, donde se hundió, arrastrando en su caída el resto del pabellón.

Vieron, á la claridad de la luna, inclinarse

la techumbre bruscamente y caer también.

El cantero y sus ayudantes, los Tremor, Fargeas y los Souvray oyeron un grito, vieron algunas sombras caer al agua y desaparecer todo.

Después de esto las aguas empezaron á descender rápidamente.

La obra de destrucción quedaba cumplida.

El fuego asoló el pueblo de Chevagnes.

El agua se tragaba al castillo con los incendiarios.

Al día siguiente el valle ofrecía un aspecto desastroso.

La reserva de agua de Chevagnes quedaba completamente vacía.

El estanque, á pesar de su inmensa superficie, no era más que un pequeño lago, en medio del cual se deslizaban tranquilamente estrechos hilos de agua.

La dinamita había destruido una parte de la calzada; el agua se llevó el resto.

De aquella obra gigantesca nada subsistía.

El aspecto que ofrecía el parque de los Taunay era desolador.

No se veían más que girones de telas, fragmentos de muebles, armas, cadáveres de hombres y caballos, esparcidos por todos lados.

De los cuatrocientos alemanes que habían ido á Chevagnes, mandados por Von Gœben, para vengar la muerte de los coraceros fusilados por Simón y su mujer, ó muertos en Champignolles por Román Tremor y los Souvray, no se salvaron sino algunos pobres

soldados que emprendieron la fuga al oír la explosión y se refugiaron en el campo ó en los bosques.

Los otros, sorprendidos por el torrente, aplastados bajo los escombros, no tuvieron tiempo de darse cuenta de nada.

Los fugitivos soldados, perdidos en el pueblo, vencidos por el frío y el hambre, acabaron por pedir asilo en las chozas y en los cortijos de los alrededores; y fueron acogidos con la proverbial generosidad de aquellas honradas gentes que no saben atacar al enemigo vencido.

El ejército de Werder, al cual pertenecía el destacamento de Von Gœben, no pudo adoptar represalia ninguna por aquella destrucción.

Seis mil hombres al mando del general Keller, fueron derrotados cerca de Autun, y obligados á replegarse sobre Nuits y Dijon.

El Morvan quedó libre de la invasión.

Al amanecer, la Simona encontró los restos de su marido fusilado frente al muro del jardín. Fué arrastrado por los remolinos del agua hasta la bóveda de la capilla.

El pueblo no era más que un montón de ruinas.

Solamente los espesos muros del Priorato, agrietados y ennegrecidos por las llamas, conservaban todavía apariencia de gótico edificio destruido por el incendio.

A pesar de los esfuerzos de los Souvray y de los Tremor, y con gran asombro por parte de todos, no encontraron los restos del ge-

neral Von Gøben ni del marqués de Tannay.

—¿Qué había sido de ellos?

A eso de las doce del día no tuvieron más remedio que interrumpir sus pesquisas.

El cielo se cubrió de nubes y estuvo nevando, sin interrupción, durante tres días.

Toda la comarca quedó cubierta de espeso sudario.

Los cadáveres que no pudieron ser extraídos aquella misma mañana, tuvieron deplorable suerte.

La nieve, endurecida por persistente helada, cubrió la tierra durante más de seis semanas.

Los lobos, hambrientos, se dedicaron á una cacería de nuevo género.

Cuando en los primeros días de febrero se suavizó algo la temperatura, recogióse gran cantidad de huesos informes.

Aquellos restos fueron sepultados en una fosa común, sobre la cual el viejo cantero hizo levantar, á sus expensas, un calvario colosal, con esta fecha:

4 DE DICIEMBRE DE 1870

Este calvario durará tanto como Francia.

Es de piedra de Oullans y tan sólidamente edificado, que sólo podría hacerlo vacilar un temblor de tierra.

Simón, considerado como un héroe por los habitantes todos del país, fué enterrado en el cementerio de Chevagnes, en lugar pre-

minente, frente al pórtico de la iglesia.

Por mas que no hallaron los restos del marqués, no podían dudar de su muerte.

En el mismo instante en que el pabellón de Elena, se hundía, Catalina, que seguía odiando á Oliverio, dijo á Solange, estrechándola entre sus brazos:

—Eres vinda.... Eres libre.

¡Se engañaba!

XXVIII

Cuando el señor de Tannay comprendió, por las oscilaciones y las sacudidas de la casa, que iba á arrastrarlos en su caída, dijo al general:

—Estamos perdidos. Un solo recurso nos queda: al agua, y sigamos la corriente.

Von Gøben era valeroso. Se puede hacer justicia á los enemigos, y al mismo tiempo odiarlos de muerte. Fuerza es, pues, confesar la verdad.

Von Gøben hubiera preferido tenérselas que haber con dos ó tres regimientos y una docena de baterías de campaña, mejor que exponerse á ahogarse ó quedar aplastado por los despojos que arrastraba la corriente.

Pero no tenía dónde escoger.

—¡Vamos!—dijo gruñendo.

Saltó, no sin tener la precaución de agarrarse á un velador, que debía ayudarlo á flotar como si fuera un tonel vacío, ó más bien se deslizó, puesto que el agua bañaba el balcón.

La verdad es que confiaba poco en su salvación.

Aquel desastre, á pesar de que no pudo preverlo ni evitarlo, hería la parte más sensible de su orgullo como militar.

Era, al fin de su carrera, una vergüenza que le perseguiría siempre. ¡Él, cogido en la trampa y humillado, no por las tropas, sino por campesinos, leñadores y cazadores furtivos, sus eternos enemigos!

El marqués era ágil y experto en todos los ejercicios corporales.

Poseía además una cualidad tan rara como preciosa: pocas veces perdía la sangre fría.

Lanzóse detrás del general, mientras que los oficiales prusianos le imitaban.

Medio minuto después el pabellón sesumergía como un navío acerbillado por las balas.

Pero el general estaba ya lejos.

La corriente le llevaba con la velocidad de un caballo pura sangre, á galope.

El marqués, arrollado por la oleada, le perdió de vista, pronto tuvo que detenerse, á causa de haber tropezado con un obstáculo, del ó cual brotaban olas de espuma como de las rocas batidas por la creciente marea.

El choque fué tan violento, que Oliverio estuvo á punto de perder el conocimiento; pero con la energía del hombre que lucha por vivir, logró reponerse y asirse á aquel obstáculo.

Enormes vigas, restos de las techumbres, formaban un verdadero montón, y allí el peligro era más inminente aun.

A cada instante aquella improvisada barrera, oscilaba, á causa del encuentro, y éste sonaba como si dispararan una bala.

Eran árboles arrastrados por el agua, y pedazos de tierra que chocaban y se detenían allí.

Corrían, pues, el riesgo de ser aplastados cien veces por minuto.

El marqués lo comprendió é hizo un desesperado esfuerzo para salvar aquella dificultad, ganando la cuesta.

Tuvo la suerte de conseguirlo.

Ayudándose con la barrera, llegó á tomar pié y salir de allí, tomando la vertiente del lado del pueblo.

Se había salvado.

Una alegría inmensa se apoderó de él.

Olvidó las mortales angustias que acababa de pasar.

Destrozado, helado, tiritando, no pensaba en sus sufrimientos pasados ó presentes.

Una sola idea le preocupaba.

Viviría para la venganza. Pero era preciso no comprometer, no precipitar nada.

Quería reflexionar, combinar á su gusto el plan, madurarle y llevarlo á cabo á su tiempo.

Por el momento estaba desarmado; era imposible aun devolver mal por mal á sus adversarios; así es que lo mejor que podía hacer era desaparecer, dejarles en la creencia de que había muerto, y volver más tarde, escudado por su derecho, su fortuna y todas sus poderosas armas.

Levantóse del suelo, donde estaba tendido, y se orientó.

Conoció en seguida donde se encontraba.

A una media legua de allí poseía un aislado y miserable cortijo, perdido entre la arboleda.

Era la casa más próxima donde podía pedir socorro, secar sus ropas y pasar la noche.

Quando iba á ponerse en camino, traspasado de frío, oyó un quejido.

Este quejido partía del borde del torrente, y con el ruido del agua apenas se oía.

El señor de Taunay se acercó.

Un cuerpo inerte yacía en tierra, con los piés bañados por la espuma del agua.

—¿Sois vos, general?—preguntó el marqués.

No obtuvo respuesta.

Peró le movió un poco, y logró reanimarlo.

Era, en efecto, Von Gœben, que habia recibido un golpe muy fuerte.

—¿Dónde estamos?—preguntó.

—Salvados. ¿Qué teneis?

El prusiano se tocó, después de haberse levantado trabajosamente.

Al convencerse de que no tenía herida ninguna, su satisfacción fué grande.

No había fractura, pero estaba lleno de contusiones. Todo el cuerpo le dolía.

—¿Y los otros?—repuso.

—Pensemos en nosotros—dijo el marqués.

Se pusieron á escuchar un instante.

No oyeron ni un grito, ni una queja.

No se oía más que el estrépito del agua luchando contra aquel obstáculo que no podía arrollar.

—En marcha—dijo Oliverio.

—No puedo.

—Pues es preciso; á menos que no queráis morir de frío en medio del bosque.

—¡Por qué no habré muerto!—murmuró Von Gœben.

Era sincero.

—Vamos, pues,—contestó el marqués—que la vida es buena.

Lo sería para él, aun cuando no tuviera en lo sucesivo más que el amargo placer de la venganza. ¡Cómo aplastaría á los Souvray!

¡Y Solange!

¡Ya pagaría su traición, sus desdenes! ¡Qué vida le preparaba! ¡Ella amaba á Román Tremor! Fué por astucia, por ambición en favor de su hijo, por lo que había consentido en representar la odiosa comedia del matrimonio, puesto que estaba, ahora como antes, resuelta á resistirle!

¡Qué contenta debía hallarse! ¡Y cuán poco iba á durar su alegría!

—¡Sí, general—signió diciendo;—es preciso defenderse, luchar; es preciso vivir! ¡La vida es muy bella!

Von Gœben intentó encogerse de hombros.

Este movimiento le arrancó un quejido.

Oliverio le cogió por el brazo, y le llevó consigo.

Anduvieron largo rato.

A pesar de su carácter reservado, Oliverio sentía necesidad de expansión.

No podía dominar tanta alegría.

—Creísteis que yo cometía una traición con vos, general—dijo.

—¡A fe mía! ¡Las apariencias!...

—Os equivocabais. No era á vos á quien atacaban. ¡Era á mí! ¡Acabo de casarme con una mujer á quien he tenido la debilidad de adorar! ¡Otros la querían viuda y libre! Vos no habeis sido más que un pretexto. Soy yo quien debió ser la víctima. Pero el golpe ha fracasado.

Von Gœben pensó que el tal golpe le costaba demasiado caro.

Después que el marqués le hubo explicado durante el trayecto la rotura del dique y el cataclismo consiguiente, no pudo menos de exclamar:

—¡Es un golpe de genio! Esas gentes son valerosas. Hay que ser justo.

A eso de la una y media de la madrugada, los dos compañeros, que tornaron á ser los buenos amigos de otro tiempo, unidos por el mismo infortunio, llegaron al lugar designado.

Acercáronse con precaución á la casa, sumida en profunda oscuridad.

Pero dando la vuelta alrededor de la tapia, vieron al fin una débil luz á través de los verdosos vidrios de una ventanita.

El marqués se empinó.

Distinguió que en la amplia cocina un hombre y una mujer se hallaban sentados á cada lado de la chimenea, donde ardían los restos de un enorme leño.

—Están solos—pensó el señor de Taunay.

—Es una suerte.

Y llamó con precaución á la ventana.

El perro del pastor, dormido como sus amos, levantó la cabeza y gruñó.

El colono se despertó.

—Quieto—dijo al animal.

Pero como éste ladrara más fuertemente aún, el hombre se levantó, dirigióse á la ventana, donde el marqués llamó de nuevo, y miró con desconfianza hacia fuera.

—¿Quién llama?—preguntó con voz ronca.

—Abrid, buen Gossard.

—¿A quién?

—Al marqués de Taunay.

—¿Nuestro amo?

—Daos prisa. Nos salvais la vida. ¡Salvad al marqués!

—¡Cáspita!—pensó el campesino.—¡Si tuviéramos esa suerte! Eso supone una buena suma!

Se apresuró á alumbrar y abrió la puerta.

Y paseando la luz por delante del rostro del amo, exclamó:

—¡Es verdad! ¡Perdón! Disculpadme, señor marqués. Entrad. Estais en vuestra casa.

XXIX

La mujer del colono se apresuró á echar un leño más en la chimenea.

El paraje aquel era conocido por el Cortijo de los Perros.

Un buen consejo: no compreis jamás tierras que lleven semejante ó parecido nombre.

La mujer era morena, angulosa y delgada. Tendría unos cincuenta años.

El hombre, grueso, bajo y de semblante curtido. Los dos eran de mirada viva y penetrante.

Parecían dos bohemios, quemados, cocidos por el sol y el aire, demasiado fuertes. La miseria quema y aja desde temprana edad, como el sol de los países cálidos.

La casa no contenía mas ajuar que el estrictamente necesario.

Los Gossard y sus ascendientes vivían allí desde tiempo inmemorial. Y era aquel el peor paraje de Chevagnes y, sin duda alguna, de todo el país. Pero le tenían el mismo apego que los esquimales á los hielos, los patagones á sus desnudas y ásperas rocas, y vivían penando, vegetando, sembrando sin recoger y comiendo un pan demasiado caro ¡si se tiene en cuenta la suma de labor que supone!

Jamás tuvieron suerte. Jamás perseguía implacable la fatalidad.

Gossard era chalan, é iba de feria en feria comprando y revendiendo malas bestias, y perdiendo al día siguiente lo que ganara l

víspera; era sóbrio, económico y como ya hemos dicho, poco afortunado en negocios.

—¿Estais solos?— preguntó el marqués.

—Sí, señor.

—¿Dónde están los otros?

—Un hijo en el regimiento de la Loire; el otro en el pueblo, á saber qué ocurre.

Los Gossard miraban con curiosidad al general, que sin gorra y manchado de fango el uniforme, resultaba un tipo singular.

—Voy á deciroslo todo, no quiero engañaros—repuso el marqués.—Aquí teneis al general Von Goben, que manda el destacamento que ha ocupado el pueblo y el castillo. Este no existe ya; pereció sumergido por los Tremor y los Souvray, que han hecho saltar el dique del estanque.

—¡El diluvio!—dijo la Gossard, pensando en la leyenda.—¡Qué lástima, un edificio tan hermoso!

—Yo estaba dentro. Creo inútil deciros que no siento ningún afecto por nuestros enemigos los prusianos; creo, fundadamente, que han inundado la casa por ellos y por mí. Nos hemos salvado milagrosamente. Por motivos particulares, deseo que mi salvación permanezca ignorada. ¿Quereis dejar de ser pobres?

Los ojos de la Gossard parecían de fuego.

—Eso no puede ser—dijo el colono.

—¿Quereis?—repitió el marqués.

—Eso no se pregunta, siempre que no haya nada malo que hacer.

—Nada. ¿Cuánto me debeis?

—¡Oh! muchas anualidades, señor marqués.

—Os las devuelvo. Dadme pluma y papel. La mujer no se lo hizo repetir dos veces.

—¿Teneis algún carruaje?—preguntó Oliverio.

—Un carricoche que no me atrevo á ofrecer. Está muy deteriorado, pero rueda si hace falta.

—¿Y caballos?

—¿Dónde hay que ir?

—Bastante lejos.

—Mis matalones os llevarán á Nevers, y si es preciso, hasta Bourges. Tienen buenas piernas.

—¿Y trajes para cambiarlos por estos?

Los Gossard se miraron con ansiedad.

Su armario estaba mal surtido... si es que había armario.

—Si no sois muy exigente,—dijo el marido.

—Basta con que haya ropa limpia.

—Busca—ordenó el marido á la mujer—lo mejor que haya: ¿Y después, señor marqués?

—Vais á llevarme á Autun, por Chateau-Chinon. No direis una palabra á nadie de esta expedición, ó la explicais como os plazca, sin pronunciar mi nombre. Quiero que me crean en el otro mundo durante algunas semanas, ó algunos meses quizás.

—Sí, señor marqués.

—El general ha tenido la suerte de salir con bien de este apuro. Al enemigo vencido

se le respeta. No le guardeis rencor, Gossard. Lo llevareis al mismo tiempo que á mí, sin ocuparos de su condición. Está fuera de peligro; mejor para él. Y ahora, escuchadme.

Los dos naufragos—puesto que el marqués y su compañero no parecían otra cosa—extendieron sus trajes frente al fuego que ardía á todo arder en la chimenea y los secaban, al paso que se calentaban ellos.

La Gossard volvió trayendo un lio de ropas de ningún valor, pero que podían usarse en caso de necesidad.

Fijaba ansiosa los ojos en aquel hombre, que representaba para ellos la fortuna.

El colono, más dueño de sí, se preguntaba á qué precio compraría el marqués un servicio que no ajustaba.

Es oportuno decir que desde larga fecha existía entre los Taunay y los Gossard una especie de lazo de familia; que los Taunay, cuando iban de caza por aquel paraje, compadecían á los desdichados que vivían en tan miserable cortijo, y que jamás les apremiaron á que pagaran lo que tanto les costaba ganar.

Oliverio garabateó al correr de la pluma, un recibo de los arrendamientos vencidos y se lo entregó al colono. Y redactó otra nota, declarando que permitía á los Gossard y sus hijos explotar la propiedad aquella durante diez años sin censo ninguno; nota que también entregó al colono.

Este empezaba á extasiarse.

—Es demasiado, señor marqués,—dijo.—¡Es demasiado!

— Esperad.

En una tercera hoja de papel firmó además un bono de diez mil francos, á pagar dos meses despues, á los esposos Gossard, por su administrador, por servicios recibidos.

— ¿Estais contentos? — preguntó.

— ¡Si estaban contentos! Aquello era el mañana, cayendo del cielo á los hambrientos hebreos.

— No olvidaré vuestra buena voluntad, — añadió el marqués.

Y volviéndose á Von Goeben, dijo:

— En cuanto á vos, general, sois mi prisionero y os trataré mejor, sin que esto implique censura, que vos me habeis tratado.

En la casucha de los Gossard parecía que se hallaban á cien leguas de los sucesos que devastaban el país.

El marqués acababa de secarse al fuego, avivado para él, mientras que el colono daba un puñado de avena al rocín que había de llevarlos á Autun.

A las tres y media de la madrugada, el general Von Goeben se había transformado en una especie de mercader del país, de no muy buena facha; mientras que el marqués, con su traje cepillado y limpio lo mejor que se pudo, y con un sombrero de castor, que era del hijo soldado, parecía un pobre abogado de provincias, que no tiene crédito alguno con el sastre y el zapatero.

Un carricoche horrible, tirado por fantástico jaco, esperaba á la puerta.

Gossard sostenía las dos cuerdas que hacían las veces de riendas.

— No tengais cuidado, esto rodará. El animal trota admirablemente.

La mujer se hubiera puesto de rodillas al paso del amo, cuando éste subió al carruaje.

Poco despues, y cuando iba á echarse en el miserable lecho, entró su hijo que volvía del pueblo.

En aquel momento los del carruaje se hallaban á un cuarto de legua de distancia.

— Ya sabies, — dijo el muchacho — todo ha concluido; no más castillo, ni más prusianos. El asunto no ha podido estar mejor dirigido. Esto se le debe á maese Chadouin. ¡Pero hay que lamentar una desgracia! ¡no más marqués tampoco! La pequeña Fargeas no ha estado casada mucho tiempo...

— ¡Es triste! — dijo la Gossard — nuestro amo no era del todo malo. Puede que no haya parecido.

El hijo movió la cabeza con aire de duda.

A las cinco y media el carruaje se detenía en Chateau-Chinon, frente á la casa del señor Delaroque, que despertó sobresaltado.

Media hora despues salía de allí trajeado de otro modo y cubierto con el gaban de pieles del notario; mientras que el general, vestido tambien de nuevo, y completamente afeitado, parecía un mayordomo de buena casa.

El carricoche se puso otra vez en marcha y atravesó de un extremo á otro Chateau-Chinon, cuyos habitantes dormían profundo sueño.

Creemos inútil decir que Delaroque, á quien el marqués recomendó absoluta reserva, puso, no solamente su ropa toda, sino la caja y todo cuanto poseía, á disposición de aquel cliente, que le acababa de proporcionar pingües ganancias.

A las nueve y media de la mañana hacían su entrada en Autun, sin gloria, pero sin llamar la atención de nadie, por aquello de estar todos muy acostumbrados á ver, los días de mercado, llegar muchos carruajes de todas clases. Se detuvieron en el hotel de los Tres Reyes, antigua y bastante buena posada.

Algunos ociosos que estaban en el patio del hotel se dedicaban á comentar las últimas noticias, que eran de sensación.

El marqués y el general procuraron no ser vistos, entrando en la cocina del hotel.

Si hubieran podido asomarse á una ventana del primer piso en el momento mismo que llegaron, he aquí lo que hubieran visto:

XXX

Un joven de blanquísimo semblante levantaba la cortina de su habitación.

Al ver al señor de Taunay y á su compañero, frunció el ceño, y su fisonomía expresó verdadera contrariedad, casi ira.

Se apresuró á esconderse para que no le vieran, y dejando caer la cortina, llamó con voz breve:

—Giuseppe!

Un señor de aspecto grave, muy respetable, con el largo cabello abundoso y cano; de afeitado rostro, empolvado como el de una viuda rica, con extremado aliño, y que podía pasar lo mismo por ministro anglicano, elegante caballero, ó acaudalado notario retirado, se levantó y dijo:

—¡Princesa!

El joven hizo un movimiento de impaciencia.

—No olvidéis vuestro papel, os lo ruego. Sois el conde Giuseppe Rovero y yo vuestro sobrino. Es necesario que permanezcáis solo y que yo desaparezca.

El conde Giuseppe Rovero, ó más bien Giuseppe á secas, el criado de confianza de la princesa Wanda Cavalli, inclinóse, esperando á que su señora le explicara la necesidad de este.

—¿Sabéis á quien acabo de ver entrar en esta posada, Giuseppe?

—No.

—Un hombre cuya desaparición me ofreció el conde de Souvray.

—¿El señor marqués de Taunay?

—El mismo, y también al bruto del general Von Goeben, que desde hace tanto tiempo me persigue con sus galantes pretensiones.

El respetable anciano abrió desmesuradamente los ojos.

—¿No adivináis, Giuseppe, lo que eso significa?

—Confieso que no.

—Pues no sois tan tonto. Eso significa

que el plan del conde y sus amigos no ha tenido el apetecido resultado; que el marqués se les escapa, y que es llegada la ocasión en que yo debo mezclarme para terminar mi obra.

Y golpeó el suelo con el pie.

—¡Ah, estos franceses—repuso despechada—no saben ni odiar, ni matar al enemigo! Tienen escrúpulos, delicadezas, remordimientos. ¡En fin, que este Oliverio ha salido del apuro! Pues á nosotros nos toca obrar ahora.

—¿Qué misión me destináis?

—¡Qué se yo! ¡Cuánta razon tenía en dudar y en querer venir! Sin embargo, la presencia de ese hombre aquí, me sorprende. Ignoro qué ha sucedido. He advertido al conde de mi presencia. Ayer fué el casamiento del señor de Taunay. Yo hubiese querido hallarme cerca de él, verle y echarle en cara todas sus cobardes mentiras. Pero no me atreví. Además, me pareció mucho mejor ese Souvray; lo creí más resuelto, más firme. ¿Qué ha sucedido? El va á decírmelo en seguida. En tanto, podeis bajar siempre á la sala baja de la fonda, tratar de saber las intenciones del marqués y de su compañero, dónde van y cómo viajan. ¡Ah! No dejéis de preguntar, discretamente, el número de la habitación de Von Goeben, sin nombrarlo, puesto que se oculta bajo un disfraz. Vendreis á decírmelo. Yo avisaré. Id.

Volvió á asomarse á la ventana, y observó á través de las cortinas lo que pasaba fuera.

Un ginete entraba en la fonda.

El caballo parecía rendido de fatiga.

El hombre dió las bridas al mozo de cuadra, y preguntó á una sirvienta:

—¿El señor conde Rovero?

La muchacha, enseñándole un balcón de madera que ocupaba toda la fachada del primer piso, contestó:

—Número 16.

Eutónces el ginete subió la escalera y llamó á la puerta por donde acababa de salir el del cabello blanco.

El recién llegado vestía casaca color verde oscuro, llevaba botas altas, como un cazador, y en la cabeza una gorra redonda, en la cual había, bordado en oro, un cuernecito de caza.

Era La Briseur.

Quando se halló frente al jóven, dijo:

—¿El señor conde Rovero?

—¿Qué deseais?

—De parte del señor de Souvray—repuso, al mismo tiempo que entregaba una carta.

La princesa recibió el papel con indiferencia.

Mientras rompía el sobre, estudiaba la fisonomía del enviado. Luego leyó, de una ojeada, las dos líneas del conde.

Ella estaba mejor enterada que él.

—El señor de Souvray me dice que sois persona de confianza—comenzó diciendo—y que me dareis las noticias que necesito.

—¿Estais á su servicio?

—Sí, señor.

—¿Hace mucho tiempo?

- Desde la infancia.
 —¿Qué haceis en su casa?
 —Soy ojeador, caballero.

La Briseur no se acostumbraba á llamar caballero á un ser así, tan fino, tan delicado y bonito como aquel que le interrogaba con voz clara é imperiosa, pero dulce como el canto del ruiseñor.

Los rubios cabellos de aquel joven no podían pertenecer sino á una mujer. Sus manos, tan delgadas, y blancas, no eran las de un muchacho.

La Briseur no era otra cosa que un rústico, pero veía claro.

¿Comprendía, pues, el misterio de aquel disfraz, y se contentaba con admirar?

—¿Ojeador?—significó diciendo ella.—Habitaís en medio de los bosques.

—Nuestro país está cubierto de ellos, por todos lados.

—¿Y los señores de Sauvray, son buenos cazadores?

—Sí, señora.

La Briseur, á pesar de su inmejorable voluntad, había equivocado, la palabra con tanto mayor motivo cuanto que su mirada, que en aquel momento se fijaba en el cuerpo de la princesa, le obligó á pensar que era demasiado delicado para pertenecer al sexo masculino.

Ella se sonrió.

—Decid, caballero, para obligarme más—dijo ella con dulzura.

Y continuó:

- ¿Pero suelen errar el tiro?
 —¿Como los demás, señor!

La princesa, satisfecha de su maliciosa alusión, añadió despues de reflexionar un momento:

—¿El casamiento del señor de Taunay se ha celebrado ya?

—En el día de ayer.

—¿Dónde está la marquesa?

—Fué sacada del castillo por unos amigos que la libraron de una muerte cierta.

—¡Oh, cierta! ¿Por qué no se llevaron al marqués al mismo tiempo?

—Sin duda porque las personas que se interesaban por la marquesa abrigaban otros sentimientos respecto al marido.

—¿Le odiaban?

—Eso creo.

—Se explica. Vuestro amo me escribe que la cosa fué admirable.

—Soberbia, señor. Una infinidad de prusianos ahogados.

—O desaparecidos...

La Briseur miró á la princesa.

Era evidente que se burlaba... ¿De quién?

—Os aseguro—continuó—que fué soberbio. Un torrente barriéndolo todo... hombres y caballos.

—¿Y el señor de Taunay estaba encerrado?

—Puedo confiar al señor que ni aun teniendo alas hubiera podido escapar. Le ataron al montante de una sólida puerta. Sólo un milagro...

—¿Y el general Von Gœben?

—Debe hallarse al abrigo de las balas en el fondo del agua. Ya no incendiará más pueblos.

—¿Vais á volver al lado de vuestro amo?

—En cuanto la señora... quiero decir el señor, me dé permiso para irme.

—Entonces, amigo mío, podeis iros en seguida.

La polaca escribió de prisa las siguientes líneas:

«Mi querido conde:

»Conozco muertos que viajan y milagros en los cuales es forzoso creer.

»Los muertos que vos matais gozan de buena salud.

»Es preciso confesarlo. Hago justicia á vuestras intenciones y reconozco que son buenas, mas confío en que las mías serán más eficaces. ¿Tendrán las mujeres más talento que los hombres?

»Mil enhorabuenas...

»W. C.»

Cerró el sobre.

—Para el señor Roberto de Souvray— dijo.— Espero enviarle muy pronto más noticias.

Añadió cinco lises á la carta, que dió al ojeador, y le despidió.

Al salir tropezó con el digno conde Giuseppe Rovero, que regresaba de su exploración.

—¿Y qué hay?—preguntó la princesa.

—He visto al marqués y al general. No me han conocido.

—Me hubiera sorprendido lo contrario. La respetabilidad no es, las más de las veces, mas que cuestión de traje. De un criado, puede un sastre, que sea artista, hacer un barón ó un alguacil, segun como maneje la tijera. ¿Qué más?

—No sé todavía cuáles son sus intenciones.

—¿Dónde está el general?

—Acaba de subir á su habitación.

—¿Qué número ocupa?

—El trece. Ultimo balcón.

—¿Y el marqués?

—Salió.

—Está bien.

La princesa se puso un sombrero de castor, cubrióse el cuerpo con largo chaquetón y salió, diciendo al conde Giuseppe:

—Esperadme.

Encontró sin dificultad ninguna el número 13, y llamó á la deteriorada puerta.

Una voz fuerte gritó:

—Entrad.

Von Gœben escribía, sentado frente á uno de esos detestables *secretaires*, que tanto abundan en fondas de esa clase.

Había envejecido diez años en dos días, y su humor no era ya alegre.

El desastre sufrido le tenía inconsolable.

Volvióse para mirar al recién llegado.

Desde luego pareció sorprendido, querien-

do reconocer [aquella fisonomía; luego, su mirada fué poco á poco iluminándose. Se levantó precipitadamente, y fué al encuentro de la princesa con las manos extendidas.

—¿Vos?—exclamó.

—¡Yo! Creí que no me conoceríais; me consideraba humillada.

—¿Cómo es que estais aquí?

—De incógnito, como vos, general.

—¿Pero por qué? ¿Con qué objeto?

—Ese es mi secreto... ¿Qué estabais escribiendo?

—Una relación exacta...

—¿De vuestro desastre?

—¿Qué? ¿Sabeis?...

—Hasta los menores detalles.

El general volvió á caer abatido en el asiento.

—Mi carrera ha concluido—añadió.—Estoy deshonorado.

—¡Vamos!

—Como lo estais oyendo. ¡Deshonorado!

—Eso no es posible cuando uno ha cumplido con su deber. No perdais la cabeza, amigo mio. Por una desgracia...

—¡Lamentable!

—¿Quién no sufre reveses? Además—añadió, sentándose cerca de él—si la gloria os abandona, ese humo no es todo en la vida.

—¿Qué quereis decir?

—Escuchadme.

La bella polaca sonrió al general con femenil malicia.

Esta sonrisa conmovió al prusiano y le hizo olvidar su derrota.

Y al mismo tiempo la recordaba vestida en traje de baile, hermosa cual ninguna, en el palacio de la avenida Montaigne ó en el de Venecia.

—¿Me amais verdaderamente, general?—preguntó ella de repente.

—Me parece que bastante os lo he demostrado. Yo, que no estoy contento sino en mis cacerías y en mis tierras, he recorrido el mundo entero por seguiros. Y, sin embargo, jamás enamorado alguno se ha visto rechazado con igual obstinación.

—Estaba interesada por otro. Amaba, y yo no soy de las que pertenecen á dos á un tiempo.

—Feliz el hombre á quien preferisteis.

—No lo merecía.

—Eso he pensado muchas veces. ¿Qué sacrificio ha hecho por vos? Mientras que yo hubiera sido capaz de dejar el antiguo castillo de mis padres para vivir en París, que detesto, ó en Venecia, que tampo puedo ver. Yo hubiera hecho locuras de joven á la edad en que todo hombre debe ser formal; yo lo hubiera abandonado todo por seguiros, renunciando á mi independencia...

—¿Y ahora?—preguntó ella, fijando en él su hermosa mirada.

—Ahora...—repitió él vacilando.—¿No amais ya, princesa?

—Al contrario.

—¿Odiais?

—Mortalmente.

—¿Por qué?

—Porque me han engañado, se han burlado de mí; porque ese amor, en que cometí la tontería de creer, no ha sido sino repugnante mentira, vergonzosa comedia; porque, en fin, el hombre á quien me entregué y ofreció ser mi marido, se ha reído de mi candidez, prefiriendo á una rival indigna. Ya conocéis mi franqueza. Confieso mis sentimientos, y nada oculto.

—¿El marqués?...

—El mismo, el marqués, vuestro compañero. Se trata de él. ¿Me habeis conocido otro amante? Yo era viuda. La marquesa, por su enfermedad, estaba herida de muerte. Debíamos unirnos. Yo iba de buena fe, él mentía. ¿Por qué no os habré escuchado á vos? ¿Erais sincero!

—No lo dudeis. Y puesto que sois libre...

El general se puso encarnado como la grana.

—¿Adónde vais á parar?

—Apenas me atrevo á decirlo. Es preciso que esteis aquí, á mi lado, en esta humilde habitación, y que me deis valor con la fuerza de esa mirada que...

—Acabad.

—¿Os burlais de mí?

—Nada de eso.

—Me arriesgo. Borraremos el pasado y os repetiré lo que os he dicho tantas veces...

—¿Qué?

—¿Accedeis á cambiar vuestro nombre y

vuestro título por el de condesa de Von Gøben?

—¡Casaros conmigo! Eso fuera un heroísmo de vuestra parte..

—¿Y si ese heroísmo me agrada?

—Me conmoveis. Sepamos; si acepto, ¿cómo viviremos?

—Debo advertiros que seré un celoso feroz.

—¿Se puede amar sin sentir celos?—exclamó ella suspirando.

—Os llevaré al fondo de mis tierras, de mis bosques.

—¿Qué más cláustro que mis dominios de Polonia?

—¿Pero renunciariais á París, al mundo, á brillar como las estrellas, á las cuales tanto os pareceis?

—Sin pena alguna. Sin embargo, debo ser franca. Antes de condenarme á esa vida de reclusión, tengo un deber que cumplir conmigo misma, y para llevarlo á cabo necesito de vos.

—¿Qué debo hacer para mereceros?

—Poca cosa.

—¿De qué se trata?

—De no negarme un favor y guardar un secreto.

—Hablad.

—¿Estais preso?

—Bajo palabra... Acabo de comprometerme por escrito á no servir en el ejército hasta la paz, que no debe tardar en celebrarse. Mediante la cual me dejan en libertad de ir donde me plazca.

— Acompañais al marqués?

— Me lo ha propuesto.

— ¿A dónde va?

— Nos dirigimos á Ginebra, por el camino más corto.

— Aceptad. Yo deseo tener una última explicación con el señor de Tannay; pero ha de ser de improviso, en el lugar que yo elija; quiero conocer su itinerario.

— Me pedis que cometa una bajeza.

— Solo se trata de una amabilidad.

— Decid más bien de una traición.

— Será posible; pero, ¡es tan insignificante!... ¿Qué hombre verdaderamente enamorado no comete otras mucho mayores con tal de agradar al objeto amado?

— ¿Es la única que exigis?

— Eso es todo. Olvidaba un detalle. Hay en este hotel un italiano, el conde Giuseppe Roverso.

— No he oído jamás pronunciar semejante nombre.

— Es un anciano, antiguo amigo del príncipe, muy rico. Si quiere entablar conversación con vos, sed amable, y si os hace cualquier ofrecimiento, no lo rehuséis. No tendreis que arrepentiros.

— ¡Qué seductora sois! Es preciso obedeceros. Pero decidme al menos si obtendré recompensa.

— No tengo más que una palabra. ¿Habeis comprendido?

— Me ofenderíais dudando.

— Yo desaparezco. Es necesario que el se-

ñor de Tannay ignore mi presencia. No hay más remedio. ¿Me entendéis? No me habeis visto ni os acordais siquiera de que existo en el mundo.

— Convenido.

— Adios, general.

— No. Hasta la vista.

Tomó la mano de la princesa y la contempló largo rato aspirando.

— No es posible que estas manos puedan parecer de hombre.

— ¡Qué importa! He llegado ayer por la noche. Nadie me ha visto ni me verá.

— Confesad que os proponeis hacer algun daño al marqués.

— ¡Cuándo llegará ese momento! Confío en que no seáis como él... mi enemigo.

— Dios me libre.

— ¿Queréis que os confie mis propósitos?

— Prefiero ignorarlos.

— No me consideraré libre hasta el día en que una barrera infranqueable me separe del hombre que puede reirse de mí, ¡porque me he dejado engañar!

— Me haceis temblar.

— Pues ya lo sabeis. Soy de bronce para la fidelidad; de acero para el odio. Complacéme y será leal para vos.

Y acercándose al oído del general prosiguió:

— Ese el precio de mi mano. Obedeced y... consolaré vuestros contratiempos.

— Sois la diosa del amor.

Le dejó aturdido, vencido de nuevo, em-

briagado con su perfume, sus promesas, y sus sonrisas.

—¿Qué violencia!— pensaba él.— Pero ¡qu hermosa es!

Wanda volvió á su cuarto.

El conde Rovero no había abandonado su puesto.

—Giuseppe— dijo ella,— el marqués y el general van directamente á Ginebra. Esta debe ser también vuestra intención.

—Como gustéis.

—Yo me voy. Me encontrareis en vuestro camino, cuando menos lo esperéis.

Abrió una carta geográfica y trazó una línea.

—Pasareis por Louhans, Saint Claude de Moirau y Gex. Es el camino recto. ¿Comprendeis?

—Perfectamente.

—Gastad todo el dinero que haga falta. Os dejo mi gente. Stéfano se queda conmigo. Si ocurre algo, él os advertirá. Sed inteligente.

El conde Giuseppe Rovero sonrió maliciosamente.

—Lo procuraré— contestó.

—Esa será nuestra última campaña. Tales emociones no me suponen nada.

—¿Cómo viajareis?

—Tengo mis caballos de silla. Además, eso corre de mi cuenta. Os dejo un magnífico equipaje. Ofrecédselo al general y al marqués.

—¿Y si no lo aceptan?

—¿Por qué han de rehusar el generoso

ofrecimiento de un caballero tan digno de inspirar confianza?

—¿Y si no aceptan?

—En ese caso, les seguireis de etapa en etapa; pero de seguro aceptarán.

—Bien.

—Hé ahí un hombre— pensó el respetable Giuseppe,— cuya vida pende de un cabello.

Y se fué tranquilamente á dar sus órdenes y á hacer los preparativos de viaje.

XXXI

Cuando La Briseur, montó de nuevo á caballo en el patio de la posada de los Tres Reyes para emprender el regreso, iba descontento.

Las ironías del aquel joven, que parecía una mujer, le causaron mal efecto.

Así es que al ir atravesó alegremente, apesar de la nieve, las nueve leguas que separan Souvray de Antun. Iba animado por el éxito, mejor dicho, por la victoria. Pero en cambio, al volver llevaba en el ánimo la penosa impresión que le produjeron las burlas de la Princesa, como una dacha de agua helada para su entusiasmo; y calculaba, no sin fundamento, que la carta á su amo debía contener una decepción.

A mitad de camino le sorprendió copiosa nevada; y esto contribuyó á hacer más tristes sus pensamientos.

Así es que, sin dar un solo latigazo al ca-

briagado con su perfume, sus promesas, y sus sonrisas.

—¿Qué violencia!—pensaba él.—Pero ¡qu hermosa es!

Wanda volvió á su cuarto.

El conde Rovero no había abandonado su puesto.

—Giuseppe—dijo ella,—el marqués y el general van directamente á Ginebra. Esta debe ser también vuestra intención.

—Como gustéis.

—Yo me voy. Me encontrareis en vuestro camino, cuando menos lo esperéis.

Abrió una carta geográfica y trazó una línea.

—Pasareis por Louhans, Saint Claude de Moirau y Gex. Es el camino recto. ¿Comprendéis?

—Perfectamente.

—Gastad todo el dinero que haga falta. Os dejo mi gente. Stéfano se queda conmigo. Si ocurre algo, él os advertirá. Sed inteligente.

El conde Giuseppe Rovero sonrió maliciosamente.

—Lo procuraré—contestó.

—Esa será nuestra última campaña. Tales emociones no me suponen nada.

—¿Cómo viajareis?

—Tengo mis caballos de silla. Además, eso corre de mi cuenta. Os dejo un magnífico carruaje. Ofrecédselo al general y al marqués.

—¿Y si no lo aceptan?

—¿Por qué han de rehusar el generoso

ofrecimiento de un caballero tan digno de inspirar confianza?

—¿Y si no aceptan?

—En ese caso, les seguireis de etapa en etapa; pero de seguro aceptarán.

—Bien.

—Hé ahí un hombre—pensó el respetable Giuseppe,—cuya vida pende de un cabello.

Y se fué tranquilamente á dar sus órdenes y á hacer los preparativos de viaje.

XXXI

Cuando La Briseur, montó de nuevo á caballo en el patio de la posada de los Tres Reyes para emprender el regreso, iba descontento.

Las ironías del aquel joven, que parecia una mujer, le causaron mal efecto.

Así es que al ir atravesó alegremente, apesar de la nieve, las nueve leguas que separan Souvray de Antun. Iba animado por el éxito, mejor dicho, por la victoria. Pero en cambio, al volver llevaba en el ánimo la penosa impresión que le produjeron las burlas de la Princesa, como una dacha de agua helada para su entusiasmo; y calculaba, no sin fundamento, que la carta á su amo debía contener una decepción.

A mitad de camino le sorprendió copiosa nevada; y esto contribuyó á hacer más tristes sus pensamientos.

Así es que, sin dar un solo latigazo al ca-

ballo, iba á merced del paso que éste quiso llevar.

Las malas noticias llegan siempre demasiado pronto.

Cuando llegó á Souvray hacía ya una hora que había cerrado la noche.

El conde, sentado cerca del hogar de la cocina, pensaba en todos los horrores que había presenciado.

Al fijarse en la triste expresión del semblante de La Briseur, tuvo un desagradable presentimiento.

El le entregó la carta de la Princesa.

Desde las primeras líneas el mayor de los Souvray se mordió los labios y exclamó:

—¡Es imposible!

Y cuando terminó de leer, estrujó el papel y lo echó al fuego.

La Briseur le observaba con inquietud.

El conde era hombre de carácter dulce é igual. Para que él sintiera cólera ó despecho, hacían falta causas excepcionales.

—¿Y qué es lo que esa señora te ha dicho?

—¿Luego es una mujer, señor?

—Sí, una mujer.

—Me lo figuré. No podía menos...

—Contesta.

—Poca cosa, señor. Solamente, si he de hablar con franqueza...

—¿Y bien?

—Me pareció que se burlaba de nosotros. Que me ahorquen si sé por qué.

—En su carta me participa que el marqués está vivo.

—¡Vivo! ¡Oh! señor, cuesta trabajo creerlo. ¿No se ha encontrado nada?

—Nada.

La Briseur daba vueltas á la gorra, que tenía en la mano.

—Come—ordenóle el conde.—Debes tener necesidad.

—Acepto, señor. Un viaje semejante abre el apetito; pero los hemos hecho peores.

El ojeador fué á la repostería y se alimentó perfectamente, no sin beber sendos tragos de buen vino. Luego volvió al lado de su amo, que estaba muy pensativo.

—¿Dónde está el señor Hugo?

—Instalando lo mejor posible en los cortijos y dependencias á las gentes del pueblo. Es preciso alojarlos á todos. Vamos á ver, ¿crees seriamente que el marqués haya podido salvarse?

—No comprendo cómo; pero ese señor, que es señora, hablaba cual si lo hubiera visto.

Roberto se calló.

Esta sorpresa le producía el efecto de un balazo. ¡De suerte que el formidable golpe que imaginaron, no alcanzó á aquel contra quien iba dirigido!

Oliverio escapaba á la muerte y al castigo.

El conde tenía un alma demasiado superior para alimentar pequeñeces de amor propio; pero calculaba las consecuencias de ese acontecimiento.

La causticidad de la princesa era justa.

Era, efectivamente, un milagro, y el resultado tenía que ser desastroso.

Solange quedaría ligada á aquel marido, cuya indignidad conocía, á quien detestaba y del cual quiso librarse á costa de su propia vida.

La *Bigornia* no hacía misterio de la escena que presenció, representando en ella un papel. Roman Tremor sabía por ésta la prueba de amor que Solange estaba decidida á darle.

Aquel matrimonio, cuyos lazos no podían romper, les separaba para siempre.

Elena de Rochevieuille no sería vengada.

El asesino, cuyo crimen quedaba impune, por mucho que se burlara de ellos, nunca sería bastante; ¡de ellos, sí, que se erigían en jueces y no sabían castigar!

Era al conde, en suma, que todo lo había dirigido, á quien correspondía emplear el único remedio que podía cambiar una situación tan intolerable.

En vano se proponía dudar de la penetración de la polaca. No ignoraba que tenía mucho talento y que odiaba al marqués.

No podía equivocarse en eso, ni tampoco tratar de engañarle á él.

La Briseur observaba de reojo la fisonomía del conde, dispuesto á ejecutar todo lo que le ordenara.

—¿Y mañana, señor?—preguntó.

—Partiremos antes del amanecer.

—Está bien, señor: ¿A caballo?

—Sí, como si fuéramos de caza. Probablemente estaremos ausentes unos cuantos días.

—¿Vamos lejos?

—Es posible.

—En ese caso aconsejaré al señor conde que monte *Bugot*; parece una cebra, pero se puede ir con él al fin del mundo.

—Bueno.

—¿El señor no tiene más que mandar?

—Es indispensable callar y guardar para nosotros lo que hemos sabido. Partiremos los dos solos.

—Perfectamente.

—Ve á descansar... y ya sabes: ni una palabra á nadie, sea quien sea.

El conde subió á su habitación. Sentía una tristeza mortal.

Después de las horas de alegría, pues como el maestro de Oullans y como los Tremor, experimentó desde luego la inmensa satisfacción del triunfo, se encontraba abatido, descorazonado, por tan grande como inesperado conflicto. Creyó en una especie de juicio de Dios, que mataba á aquel infame, envolviéndolo en la catástrofe en que perecieron multitud de enemigos, contra los cuales no mediaba tan grande odio; se combate cuerpo á cuerpo y se les honra, vivos ó muertos... Y ahora resultaba que sólo se había salvado, probablemente y por un milagro, el más digno de perecer, el merecedor de todos los castigos, ¡el más criminal y cínico de los hombres!

Era para dudar de Dios, que le salvaba, y que debió aniquilarle con sus rayos.

Antes de acostarse, Roberto escribió cuatro líneas á su hermano, para avisarle que se ausentaba por poco tiempo; pero no le

decían por qué motivo ni con qué objeto. A eso de las diez le oyó que entraba silbando una canción de caza.

Hugo se aproximó á la puerta y preguntó:

— ¿Duermes, Roberto?

— Todavía no.

— Todo va bien. Buenas noches.

Todo iba bien, en efecto, para él. Había cuidado de su gente, interesándose en que nadie careciera de lo necesario.

Para él, Chavagnés quedaba destruído enterrando bajo sus ruinas á los enemigos de la patria y á un culpable.

En la lealtad de su alma, Hugo no se echaba en cara nada.

Le habieran dicho que el marqués sobrevivía al desastre, y hubiera tomado tal noticia por una fábula.

Y se encerró en su cuarto con la misma tranquilidad que si, en vez de prusianos, hubiera cazado unas cuantas liebres el día antes. Durante nueve horas durmió como duerme todo el que tiene la conciencia tranquila, profundamente.

Cuando salió de la habitación, al día siguiente, no halló en casa á su hermano.

El conde se puso en camino antes de que amaneciera, y partió cautelosamente.

La Briseur le esperaba á cincuenta pasos de la casa; montaba un buen caballo y tenía otro sujeto de la brida.

Era *Ragot*.

Llevaba detrás de la silla un maletín sólidamente sujeto.

A pesar de no ser muy airoso, *Ragot* pasaba en todo el Morvan por un caballo sin rival para verificar largas jornadas.

El conde parecía de buen humor.

Había tomado una resolución, y las nubes de la noche anterior se habían disipado.

Ambos jinetes iban provistos de revólver de grueso calibre, y apenas hablaban.

La nieve seguía cayendo.

Espesa capa cubría toda la campiña.

A pesar de todo, los dos rocines avanzaban valerosamente, sacudiendo las orejas de vez en cuando para quitarse la nieve.

En los alrededores de Saint-Léger cambió la decoración.

La nieve cesó de pronto y el camino estaba seco y endurecido por la helada.

Los caballos relincharon de contento y recorrieron los kilómetros con nuevo empuje.

A las nueve de la mañana el conde y La Briseur distinguieron los campanarios de Autun.

Las herraduras de los caballos resonaron sobre el desigual empedrado de las calles, y poco después en las baldosas del pórtico del hotel Tres Reyes.

El hostelero se hallaba á la puerta.

El señor de Taunay, que apenas salía de París, era casi desconocido en aquellos contornos.

Pero á los Souvray, en cambio, los conocía todo el mundo.

Con amistoso ademán el fondista saludó al conde, que le tendió la mano, diciendo:

—Una palabra si gustáis, Larive.

—Estoy á vuestras órdenes, señor conde.

Los Souvray gozaban en todo el Morván de sólida reputación, como honrados y leales á carta cabal.

Su amabilidad era proverbial; llevaban el corazón en la mano, como suele decirse, y trataban de igual á igual á sus servidores.

No vacilaban en el cumplimiento del deber.

A todos los que eran algo de ellos, llamáranse colonos, guardas, leñadores, vecinos ricos ó pobres, los consideraban como si fueran de su familia.

Hijos del Morván, amaban á su país, y el país les amaba á ellos.

El sitio de su casa que más frecuentaban era la cocina, hospitalaria y monumental sala, vasta y casi artística, digna de ser copiada como pintoresca decoración.

Allí era donde recibían á los subalternos, frente al fuego del hogar, que lo mismo templaba la húmeda y glacial atmósfera de los bosques, que asa trozos de buey ó liebres.

El hostelero de los Tres Reyes recibió más de una vez, yendo de caza con numerosos amigos, hospitalidad en Souvray.

Mientras que La Briseur llevaba los caballos á la cuadra, el dueño del establecimiento entraba con el conde en una sala reservada, cuyo papel antiguo representaba una cacería de la época de Luis XV.

—Espero que almorzaremos juntos, Larive—dijo el conde.

Siempre ha sido este el mejor modo de tratar cualquier asunto.

Concluido el almuerzo, el mayor de los Souvray sabía todo cuanto deseaba saber.

Y eso que todavía no había hecho una sola pregunta á su convidado.

Larive le refirió que, dos personajes italianos habían llegado la antevíspera en silla de posta, seguidos de dos caballos de silla que conducían dos lacayos.

Que el más joven había partido con un criado, no se sabía á dónde.

Apenas se notó su marcha.

Todo lo que podían decir es que era muy delicado, muy elegante y tendría veinte años á lo sumo.

El viejo representaba unos sesenta.

Era un anciano respetable, de una corteza exquisita, y que, según la manera de viajar, parecía muy rico.

Otros ca balleros habían llegado al día siguiente.

El uno era grueso, fuerte, alto, sin barba, ni viejo ni joven; el otro más joven, de unos treinta y cuatro á treinta y cinco años, muy distinguido; usaba patillas, y parecía inglés. Dijeron que tenían intención de ir á Suiza, á Ginebra ante todo, por el camino más corto, á pasar allí unos cuantos días. Era precisamente el mismo plan del señor italiano. Como este se hallaba solo, pues su sobrino, según él decía, estaba en Turina con sus padres, ofreció asiento á los otros en su carruaje. FIN DE LA OBRA. MAS HÉ TAN O

lo que instó, que concluyeron por aceptar.

—¿Qué camino siguen?

El hostelero hizo un gesto de duda.

No lo sabía de seguro. Se pueden tomar varios.

Una carta geográfica que había pegada á pared, sirvió á Souvray de mucho.

—Guilland les guía. Se puede preguntar, si teneis empeño.

—¿Cuándo se han ido?

—Esta mañana, á las siete.

La Briseur entró á almorzar.

Guiñó el ojo, con expresión de inteligencia, al conde, que le contestó, haciendo un imperceptible movimiento con los labios.

La mirada quería decir:

—Sé lo que hace falta saber. No os tomeis trabajo ninguno.

—¿Pero — repuso el conde, — si os dieran á elegir, qué camino seguiríais?

—Hay donde escoger.

—Alguno preferireis.

—El mas corto es por Chalons, Louchans, la Foncille y Gex. Unas cincuenta leguas, Pero no es fácil alcanzar al italiano. Va muy adelantado.

—¿No conocéis á los dos últimos?

—No. Va y viene tanta gente, y está uno tan preocupado de algun tiempo á esta parte, que no repara en nada ni en nadie. Cada cual piensa en sí mismo y lo demás le importa un bledo.

Los tres hombres, se separaron despues del frugal almuerzo.

A la una, cuando ya los caballos habían tenido tiempo de descansar, trotaban, sin apresurarse, por el camino de Chalons-sur-Saone.

Era la dirección que el conde Rovero y su acompañamiento habían tomado.

Mientras que el amo se ocupaba de adquirir noticias por conducto del hostelero, el ojeador hacía lo propio en la cuadra.

Los dos caballos no daban señal de fatiga.

—Les queda aún que recorrer cuarenta leguas más — dijo La Briseur. — Despues será preciso el ruido de una trompa ó el de los perros, para sostenerlos.

Roberto no hablaba. Iba pensando en lo que había perdido, en los que ansiaba ver dichosos y libres, y en su vida, que iba á exponer por ellos.

XXXII

El conde Giuseppe Rovero era un compañero de viaje muy agradable.

Lo que los demás querían, también lo quería él.

No había hombre más conciliador.

Pero había que ser indulgente con su *patois* cuando se expresaba en francés.

Confesaba con singular modestia que no tenía facilidad para los idiomas, y que, á pesar de haber viajado mucho, su ignorancia en ese punto era completa.

¡Qué exquisita cortesía la del conde!

El italiano se presta á ello.

Es el idioma del amor y de la galantería, de la ternura y de las caricias.

Nadie hubiera podido sospechar que representaba una comedia; el hombre más listo y desconfiado hubiera caído en sus redes.

Sus criados eran inmejorables; tanto, que el marqués no echaba de menos á su fiel Servais.

El conde Rovero conocía Venecia, Florencia y Roma tan perfectamente, y dió con cierta malicia algunos detalles al marqués, que éste se hallaba asombrado.

Sea como sea, el viaje hubiera sido magnífico para sus compañeros si estos no hubieran tenido tantos motivos para hallarse preocupados.

El marqués envidiaba la fisonomía tranquila y reposada del italiano.

Y así se lo dijo.

— ¡La filosofía! — contestó Giuseppe con entusiasmo. — ¡Una vida exenta de pasiones violentas, sin ambición! ¡Por qué no me imitais! ¡Sobre todo hay que guardarse de las mujeres!

¡Las mujeres! Esta palabra produjo muy mal efecto en Oliverio. ¡Solange! la princesa Wanda, Elena, la dulce Elena, su víctima, todas pasaron por su imaginación.

De Antun á Moirans, todo fué bien.

Pero al día siguiente, después de haber pasado la montaña del Jura, llegaron á un accidentado camino, sembrado de lagos formados en las inmensas rocas que forman las fronteras francesas entre el Ródano y Ginebra.

Si el marqués y el general Von Goeben hubieran observado atentamente á su compañero, le hubieran visto bajar del carruaje mientras que los caballos soplaban como locomotoras, y dar órdenes á un criado que las transmitió al postillón, con el cual cambió una de esas miradas que no prometen nada bueno.

Hubieran observado además que el conde entabló conversación con un jinete barbudo y moreno como un árabe, que se hallaba en el patio de un mal mesón donde se detuvieron para cambiar de caballos.

El jinete desapareció como una exhalación, mientras que el marqués y Von Goeben entraban en la posada para calentarse un poco.

Ello es que en el momento en que el carruaje descendía de prisa por una cuesta para subir otra más violenta y sobre todo más larga, uno de los caballos dió una brusea huida hacia la derecha. El postillón quiso detenerlo vigorosamente, pero con tanta desgracia, que la lanza se partió.

El accidente no era grave, pero los obligaba á detenerse.

La noche se acercaba, amenazando ser muy mala.

Los viajeros bajaron del coche para deliberar.

No había nada que hacer, puesto que no encontraron en todos aquellos alrededores quien arreglara los desperfectos ocurridos. Lo mejor era buscar cualquier albergue.

Por fortuna, supieron de uno que no se hallaba á gran distancia.

—Es El Aguila—dijo el conductor—buena posada para pasar una noche.

El amable conde Giuseppe Rovero se mostró muy complacido.

Su filosofía le acorazaba para todas las desgracias.

XXXIII

Por la mañana, dos viajeros habían recorrido el mismo camino que debían seguir por la tarde el conde Giuseppe y sus compañeros.

Uno de ellos era el joven del hotel de los Tres Reyes, que iba envuelto en un chaquetón forrado de pieles y calzado con botas á la rusa para defenderse del frío, que iba siendo cada vez mayor, á medida que iban acercándose á las alturas.

Montaba un caballo alazán, muy ligero y fogoso.

El lacayo iba vestido poco más ó menos lo mismo que el amo, y su caballo parecía tan vigoroso como el otro.

El sirviente tendría unos treinta años; la nariz aplastada; barba negra y rizada, que casi le tapaba todo el rostro; ojos brillantes y espesas cejas.

La tez del amo era, por el contrario, de una blancura transparente, y el pelo era largo y abundante, recogido con cuidado y tapado con una gran gorra de pieles.

Ya sabemos el por qué de esto.

Cuando llegaron á la cúspide de las montañas del Jura, entre Septmoncel y Gex, el jóven de la tez pálida se orientó y buscó con la mirada un punto que parecía conocer ó que debieron indicarle, cual si se tratara del objeto de su excursión.

El sitio donde se detuvo era soberbio, encantador; estaba rodeado de precipicios.

La princesa Wanda hizo que el caballo diera unos pasos más, y descubrió entonces al borde del camino, escondido entre un ramillete de abetos, un chalet bastante espacioso, sólidamente edificado, de forma cuadrada, y en cuya fachada se balanceaba una muestra en la cual había pintada un águila con las alas abiertas, y esta inscripción:

AL AGUILA DEL JURA.

Aquel chalet no tenía más que dos pisos, y cuatro ventanas en cada uno.

Las cuadras y cocheras estaban en el fondo y daban al bosquecillo de abetos.

El sitio era uno de los más pintorescos del mundo.

La princesa fué directamente á la puerta principal y llamó dando en ella un golpe con el látigo.

Una mujer de bastante edad se presentó en seguida y pareció sorprenderse al ver á los dos ginetes.

—¿El señor Servoz?—preguntó la polaca.

—Está ausente.

—¿Cuándo volverá?

—Mañana por la noche.

El ginete murmuró algunas palabras entredientes.

Aquello era un contratiempo.

—Eso me contraría mucho —dijo.—¿Dónde está el señor Servoz?

—En Ginebra. ¿Qué deseais?

—Alojarme aquí por un día ó dos. ¿Podeis darme una habitación?

—Ya lo creo.

La Princesa puso en seguida pié en tierra y entregó las bridas al criado para que llevara el caballo á la cuadra, siguiendo á la anciana á la cocina, que estabasumamente limpia y daba un calor muyagradable.

La princesa había tomado informes.

Los Servoz se hallaban muy apenados; expuestos á que les echaran de su casa, en la que hubieran podido vivir tranquilos con el fruto de su trabajo, á no haberse visto agobiados por antiguas deudas. Aquel asilo tan frecuentado en la buena estación del año, fué edificado por ellos y no estaba pagado más que en parte.

La calamidad de la hipoteca devoraba en invierno los beneficios del verano. Durante la excursiones de los *touristas*, Servoz, el mejor guía de la comarca, ganaba buenos salarios, pero despues de setiembre nadie se aventuraba á pasar por aquellas áridas regiones invadidas por las nieves.

La familia se componía del guía, su mujer y una joven de dieciseis años, que al presen-

tarse los aquellos huéspedes se levantó y acompañó al lacayo á la cuadra.

Esta joven era blanca y fresca, algo tímida, y con ojos y dientes de extremada belleza.

Cuando volvió, quedóse en un rincón, de pié, observando á aquel extraño ginete con cierto asombro mezclado de admiración.

—¿Se puede almorzar?—preguntó la polaca.

—Sí, señor.

—Os agradeceré que me guieis á mi cuarto.

—La casa está vacía. Podeis elegir la habitación que más os guste. ¿Pasareis la noche?

—He recorrido un largo trecho y deseo descansar hasta mañana.

La polaca, mientras hablaba, estudiaba la fisonomía de las dos mujeres. Estaban tristes. ¿Qué pena tendrían? La madre no pasaría de cincuenta y seis años y representaba másde sesenta.

Mientras preparaba el almuerzo, Wanda se informó, meditando su plan.

La madre era comunicativa.

Y lo refirió todo en seguida.

Quince años antes les había costado el *chalet* doce mil francos. Debían la mitad, y no podían llegar nunca á nivelarse.

¡Una verdadera miseria! Es una gran lecura edificar cuando no se tiene dinero.

La buena mujer repetía esto en todos los tonos y se lamentaba mucho.

¡No tenían crédito!

Confió á la princesa que Servoz estaba en

Ginebra para obtener una dilación, pero que no confiaba en conseguirla. Tenía que habérselas con un acreedor intratable. Acababa de irse á pié.

Wanda estaba próxima á decidirse.

Después de almorzar llamó aparte á la anciana.

— Luego estais sola aquí? — le dijo.

— Con mi hija. En invierno no viene nadie.

— Hoy tendreis viajeros.

— No es posible.

— Estoy seguro. Gente muy distinguida.

— Si nos hubieran avisado!

— Ya lo estais.

— ¿Cuántos serán?

— Tres señores y otros tantos criados.

— ¿Les conocéis?

— Sí. Tengo poderosas razones para desear que ignoren mi presencia en vuestro hotel.

— Eso es fácil. ¿A qué hora llegarán?

— A la noche.

— ¿Cómo recibirlos?

— No os preocupéis. Teneis vino, huevos y algunas provisiones.

— Sí, una liebre y conservas.

— Es más de lo que hace falta. Mi criado es un excelente cocinero. El os ayudará. Llevadlo ante los fogones. Os felicitareis de ello, y por tanta complacencia...

La princesa magnetizaba á la hostelera con la mirada.

— Dareis una sorpresa á vuestro marido cuando vuelva.

— ¿Cual?

— Os prestaré ú os regalaré probablemente lo que os falte para pagar vuestras deudas.

— ¡Oh! caballero...

Esta inesperada liberalidad parecía tan misteriosa á la anciana, que no podia creer en ella.

La princesa sonrió.

Sacó la cartera del bolsillo. Estaba repleta de billetes. Cogió seis y los colocó delante de la mujer, que estaba maravillada.

— Serán vuestros mañana, después que se hayan ido los extranjeros esos, y siempre que sigais mis instrucciones. Y para empezar, á fin de inspiraros confianza, he aquí uno á título de arras.

— ¿Quién sois, pues? — preguntó la infeliz, deslumbrada.

— Soy la Fortuna. ¿Teneis necesidad de conocer mi otro nombre?

El semblante de la princesa era tan tranquilo, tan dulce, sus azules ojos miraban tan cariñosamente, que la vieja tuvo una inspiración.

— ¿Sois una mujer? — exclamó.

— Puesto que os pido un favor, no quiero ocultaros nada. Sí lo soy.

— Se trata, probablemente, de una historia de amor.

— Es, en efecto, una historia de amor la que aquí me trae, como decís bien. Quiero que lo ignoren, ¿comprendeis?

— Sí.

—¡Cuando conozeais el desenlace, ya vereis hasta qué grado es inocente!

La polaca pronunció estas palabras de tal modo, que hubiera ahogado los escrúpulos de la más severa de las criaturas.

La mujer la miraba con creciente admiración.

Jamás había pisado aquel suelo una mujer tan hermosa y tan rica.

Los Servoz se amaban. Eran un matrimonio modelo.

El maná caía al fin en su desierto.

¡Qué alegría la de Servoz, cuando ella le entregara aquella suma! ¡Qué felicidad, ser libres!

—Estais en vuestra casa—dijo.—Mandad, y se os obedecerá.

A las cinco, cuando concluía el día, la polaca, sola, á la ventana, contemplaba con mirada inquieta los últimos resplandores del sol poniente, cuando distinguió la silla de posta del conde Giuseppe.

Los ojos de Wanda miraron siniestramente, y suspirando con ahogo, exclamó:

—¡Al fin!

XXXIV

Cuando los tres viajeros se acercaron al chalet de los Servoz, pudieron convencerse, con gran contentamiento, de que la cocina del guía estaba bien provista.

El conductor no les había engañado.

El albergue era bueno.

Las cacerolas y demás utensilios abundaban, y estaban limpios como una patena.

Parecía que les esperaban.

Un cocinero, de buena presencia, se ocupaba en condimentar los guisos, que exhalaban exquisito olor.

El conde Giuseppe, antes de entrar, miró con disimulo al piso principal, y vió luz á través de las cortinas.

La princesa vigilaba.

Se sentía un agradable calor en toda la casa.

En el comedor estaba todo preparado.

El italiano se deshizo en elogios, y manifestó que no esperaba hallar un lugar tan confortable.

La hostelera y su hija, cuya alegría no podía ser mayor, le acogieron con tal solicitud, que el buen caballero parecía conmovido.

Acarició las sonrosadas mejillas de la muchacha, como hubiera podido hacerlo un prelado dando la confirmación; pidió que le indicaran en seguida una habitación donde pudiera arreglar un poco su desordenada *toilette*, desaliño inevitable siempre que se hace un largo viaje.

El conde Giuseppe Rovero salió del aposento perfectamente vestido de pies á cabeza, atildado como una dama, empolvado y perfumado como un abate presumido.

Sus compañeros hicieron lo propio. El general y el marqués se procuraron en Autun y Chalón los objetos que les faltaban des-

—¡Cuando conozeais el desenlace, ya vereis hasta qué grado es inocente!

La polaca pronunció estas palabras de tal modo, que hubiera ahogado los escrúpulos de la más severa de las criaturas.

La mujer la miraba con creciente admiración.

Jamás había pisado aquel suelo una mujer tan hermosa y tan rica.

Los Servoz se amaban. Eran un matrimonio modelo.

El maná caía al fin en su desierto.

¡Qué alegría la de Servoz, cuando ella le entregara aquella suma! ¡Qué felicidad, ser libres!

—Estais en vuestra casa—dijo.—Mandad, y se os obedecerá.

A las cinco, cuando concluía el día, la polaca, sola, á la ventana, contemplaba con mirada inquieta los últimos resplandores del sol poniente, cuando distinguió la silla de posta del conde Giuseppe.

Los ojos de Wanda miraron siniestramente, y suspirando con ahogo, exclamó:

—¡Al fin!

XXXIV

Cuando los tres viajeros se acercaron al chalet de los Servoz, pudieron convencerse, con gran contentamiento, de que la cocina del guía estaba bien provista.

El conductor no les había engañado.

El albergue era bueno.

Las cacerolas y demás utensilios abundaban, y estaban limpios como una patena.

Parecía que les esperaban.

Un cocinero, de buena presencia, se ocupaba en condimentar los guisos, que exhalaban exquisito olor.

El conde Giuseppe, antes de entrar, miró con disimulo al piso principal, y vió luz á través de las cortinas.

La princesa vigilaba.

Se sentía un agradable calor en toda la casa.

En el comedor estaba todo preparado.

El italiano se deshizo en elogios, y manifestó que no esperaba hallar un lugar tan confortable.

La hostelera y su hija, cuya alegría no podía ser mayor, le acogieron con tal solicitud, que el buen caballero parecía conmovido.

Acarició las sonrosadas mejillas de la muchacha, como hubiera podido hacerlo un prelado dando la confirmación; pidió que le indicaran en seguida una habitación donde pudiera arreglar un poco su desordenada *toilette*, desaliño inevitable siempre que se hace un largo viaje.

El conde Giuseppe Rovero salió del aposento perfectamente vestido de pies á cabeza, atildado como una dama, empolvado y perfumado como un abate presumido.

Sus compañeros hicieron lo propio. El general y el marqués se procuraron en Autun y Chalón los objetos que les faltaban des-

pués del naufragio en que creyeron perecer.

Por una casualidad, que no debió ser fortuita, la habitación del estimable Giuseppe se hallaba justamente al lado de la que ocupaba el viajero que llegó antes que nadie al chalet.

Por otra casualidad, no menos singular, había una puerta de comunicación entre esos dos aposentos.

El conde no tenía más que empujarla para entrar en el cuarto de su vecino, que al ruido de sus pasos se apresuró á descerrar el cerrojo.

El joven había cambiado también de traje. Wanda volvía á ser mujer.

Púsose un vestido de terciopelo negro, fino como el raso; el cuerpo dejaba descubierta parte de la garganta hasta el nacimiento del pecho, cuya admirable blancura contrastaba con el oscuro color del traje.

—¿Qué hay?— preguntó ella.

—Aquí están, princesa.

—¿Os acordais de mis instrucciones?

—Como si las acabara de oír.

—¿Las ejecutaréis, Giuseppe?

—Al pié de la letra. Todo está preparado. Os ruego, princesa, que os digneis no olvidar lo que me habeis prometido.

—Sí. La tranquilidad para el resto de nuestra vida. Nos retiraremos á algun puerto de mar, del lado de Spezzia. Hoy se trata de un acto de justicia! Ese hombre me ha empujado al asesinato. A no ser por él, lo juro, no

hubiese abrigado ni por asomo semejante idea.

Y continuó en voz baja, pero animada:

—Con el príncipe, ¿qué me faltaba? Nada. Era generoso y bueno. Yo tenía honor, fortuna y tranquilidad. ¿Qué importa el resto? ¡Tormento y miseria, el mentido amor que rebaja y enloquece! De nuestras víctimas, Giuseppe, una sobre todo me causa terribles remordimientos. Es aquella pobre mujer tan noble, tan buena, que, hasta muriendo salvó á su asesino. ¡El fué quien la mató! ¿Por qué lo habré querido? ¿Qué daño me hizo ella? ¡Ninguno!

El, sí, perecerá; y ha de ser del mismo modo que los que le han precedido en la tumba; no dejará ningun remordimiento en mi alma. ¡Ah! qué rabia se apoderará de él cuando comprenda que á su vez ha caido tambien en el lazo! Quiero verle expirante, y decirle: Soy yo, Wanda, quien te mata; la mujer de quien te has burlado como si fuera una chiqueta ó una cortesana despedida para que otra, la predilecta, ocupe su lugar, caliente aún.

Sí, soy yo. Mirame. Estaba ahí. Te seguía la pista. Creíste que te perdonaba, y que después de haberme librado de mi marido, para no dejarte; después de haber envenenado á una mujer inocente y desgraciada, para poseerte yo sola, en la locura de un amor imbecil, me iba á dejar insultar con tanta audacia y cinismo sin devolver, centuplicado, el mal que me hacías. ¡Me conoces tan poco y tan mal! Hombre ciego y estúpido!

Se detuvo un instante, y luego repuso:

—¿Pero á qué hablar tanto, no ha llegado el momento de castigar?

—Sí, princesa.

—Idos pues.

Giuseppe se inclinó ante su señora en ademán sumiso; luego bajó al comedor.

Los otros le habían precedido.

Los dos criados del italiano estaban sobre aviso.

Apesar del buen alojamiento que tenían, el marqués se hallaba de muy mal humor.

A medida que se alejaba del Morvan, su deseo de volver era más violento. Estaba arrepentido de tal resolución. En el primer momento de la catástrofe de Chevagnes se apresuró á huir del teatro del desastre, como se huye del volcán en erupción, temiendo que ésta se reproduzca; pero el recuerdo de Solange le atormentaba. Quería volver á verla, recuperarla, aunque tuviera que encerrarla entre las cuatro paredes de un castillo convertido en prisión, para alejarla de sus cómplices y ¿quién sabe? puede que de su amante.

Cuanto más iba alejándose de ella, más la recordaba y mejor creía verla; los celos, cada vez mayores, torturaban su alma.

En vano trató el conde Rovero, durante la comida, de distraerle con su verbosidad meridional; en vano también el cocinero empleó todo su talento en los exquisitos manjares.

Apenas probaba ninguno.

Von Gæben bebía para aturdirse y olvidar su derrota.

Al final de la comida el conde hizo una seña á uno de los criados, que destapó dos botellas y llenó las copas de los invitados.

—Permitidme que os ofrezca una copita de *lacryma-christi*—dijo galantemente Giuseppe,—para borrar el recuerdo del pésimo vino que hemos bebido.

Von Gæben aplaudió y bebió su copa de un trago.

Oliverio le imitó maquinalmente, por pura cortesía.

A una nueva seña de Giuseppe, el criado desapareció, después de haber colocado una de las dos botellas frente al general.

Von Gæben demostró su admiración por el célebre vino, vaciando la botella hasta el fondo, gracias á lo cual cambió el color de sus ideas, que fueron mucho más risueñas; pero en cambio el marqués cada vez estaba más taciturno y más lúgubre.

El alemán y el italiano se engolfaron entonces en una discusión acerca de la guerra y sus consecuencias, cuando de repente, el conde Giuseppe interrumpió á su compañero preguntándole:

—¿Qué ruido es ese?

Dos caballos se detuvieron á la puerta.

Eran cerca de las nueve; la noche no podía ser más oscura.

—¿A ver que pasa?—ordenó el italiano á su gente.

El marqués despertó de su somnolencia y

aguardó, levantando la cabeza, á que se presentara aquella nocturna visita.

—Dos viajeros que desean pasar la noche en el *chalet*—dijo uno de los criados.—El amo pregunta si los señores quieren admitirlos en su compañía.

La serena frente del conde se nubló.

—¿Su nombre?—preguntó.

—He aquí la tarjeta.

El italiano la miró, y leyó en alta voz:

El conde Roberto de Souvray.

Oliverio se levantó bruscamente, como si hubiera recibido una conmoción eléctrica.

Hay, en efecto, una fuerza mucho más poderosa que la voluntad del hombre, para dirigir siempre sus acciones.

○ Puede llamársele casualidad, si se quiere.

El conde de Souvray no dejó de hallar dificultades en el camino, y no sin riesgo logró llegar al *chalet*. Fueron siguiendo las huellas del conde Rovero y su séquito; pero el italiano tenía la ventaja de poder cambiar de caballos, mientras que Roberto y La Briseur no pudieron hacer otro tanto.

Hasta Moirans, todo fué bien.

Souvray pudo calcular que esperaría al enemigo en los alrededores de Gex.

Pero entre Morains y la Faucille, en un pedregoso camino que aumentaba la fatiga de la marcha, el caballo de La Briseur, que hacía tiempo iba trotando con la cabeza baja, comenzó á dar señales de cansancio.

Las cuarenta leguas que había recorrido, eran la medida de sus fuerzas.

Estaba rendido.

Ragot, por el contrario, trotaba con igual ligereza que al principio.

Fué, pues; á costa de muchos trabajos como los dos ginetes llegaron al *chalet*; lo cual fué una sorpresa inesperada para ellos, que no contaban ni con aquel albergue, ni con que el conde Rovero pasara allí la noche; cuando no había más que descender por un buen camino para llegar á Gex, y de allí encontrarse sin dificultad en Ginebra.

Así es que cuando el mayor de los Souvray entró en la sala donde el italiano y sus compañeros acababan de comer, experimentó la misma sensación que el marqués de Taunay cuando oyó pronunciar el nombre de su primo.

Se detuvo un instante en el dintel, estupefacto.

La casualidad le colocaba frente al enemigo cuando menos lo esperaba.

Su vacilación no pasó inadvertida al marqués.

—¡Por Dios, caballero!—dijo burlescamente, que la aventura es singular, no para nosotros, sino para vos.

—¿Por qué, caballero?—preguntó Roberto, recuperando su sangre fría.

—¿Quizá os parezca raro hallar sentadas á esta mesa á las mismas personas que creíais haber mandado al otro mundo y que faltan á lo que os deben al hallarse todavía en este?

—Efectivamente, caballero. Si hubieran sido tratados según sus méritos, Dios no hu-

biera hecho ningún milagro para salvarlos.

—Ha hecho uno, sin embargo...

—Os engañais, en esto no hay milagro. Tenia aviso de que existiais...

—¿Ya?

—Y precisamente por esa razón es por lo que me veis aquí.

—¿Se puede saber qué venis á hacer?

—Vengo á deciros que uno de nosotros está demás en el mundo, y que es preciso que vos ó yo salgamos de él.

—¿Por qué camino?—preguntó el marqués con altanería.

—Por el más corto,—dijo friamente Roberto.

—¿Es una provocación?

—Bien neta.

—¿Un duelo de familia, entónces?

—No sois para mi más que un extraño.

—Bueno. Decid más bien que un enemigo, y mortal.

—Caballeros...—dijo en tono conciliador Giuseppe.

—Caballeros...—repitió Von Gøben, levantándose para interponerse.

—Dejadnos—dijo el marqués;—son cuentas antiguas que solo nosotros debemos saldar. Durarán poco tiempo.

Y dirigiéndose á su primo:

—Abreviemos. ¿Venis á buscarme que-
lla?

re —Ya os lo he dicho.

—¿Quereis batiros?

—Es mi deseo.

—¿No habiendo logrado asesinarme, pretendéis suprimirme de otro modo?

—No hablemos aquí de asesinato, señor de Tannay, os lo ruego,—dijo el conde con tal acento, que hizo estremecer al conde Giuseppe.

—¿Vuestras armas?

—Las que elijais.

—¿Sitio?

—Este en que estamos.

—¿Hora?

Roberto miró á un reloj de pared, que estaba colgado en un ángulo de la sala, y contestó:

—Dentro de cinco minutos puede esto quedar terminado, si quereis.

—¡Diablo! Mucha prisa teneis, primo mío.

—¿Acáso no es igual la vuestra?

—¡Ya lo creo! No podeis hacerme proposición que más me agrade, puesto que os odio. ¿Vuestros testigos?

—¿Los necesitamos?

—Ciertamente.

—Confio en que estos caballeros consentirán en prestarse á ello.

Oliverio, presentándolos, dijo:

—El general Von Gøben, una de vuestras víctimas. El conde Giuseppe Rovero. Para que todo esté en regla, dos criados asistirán también como caballeros en desgracia. ¿Os agrada así?

—Como gustéis.

Giuseppe comprendió que resultaba inútil intentar todo arreglo.

El conde de Souvray estaba tranquilo; pero no el marqués, cuyos ojos brillaban de cólera. Todo su ser respiraba uno de esos implacables odios de familia que, semejante á los odios religiosos de otros tiempos, son más feroces entre dos hermanos que entre dos extraños.

Buscaron armas. El italiano era hombre prevenido. El cofre de su carruaje contenía armas y cartuchos.

Eran pistolas de grueso calibre, con las cuales hubiera uno podido defenderse de una manada de lobos.

Ambos primos las aceptaron.

Quedó convenido que se colocarían cada uno en un extremo de la sala y que, dada la señal, dispararían, á voluntad, cambiando cuatro balas.

El marqués impuso las condiciones.

Estas eran la muerte de uno de los adversarios; quizás de los dos.

El italiano cargó las armas con lentitud.

Observaba al mismo tiempo la fisonomía del marqués, y estaba sorprendido de hallarla tan animada.

Sin embargo, el buen Giuseppe conocía la eficacia del elixir que Oliverio debió tomar, mezclado al *lacryma-christi*.

Fué precisamente él, Giuseppe, quien llenó la copa del príncipe Cavalli en el palacio de los Morosini, en Venecia; él, quien echó agua perfumada en el vaso de la desgraciada Elena, en la avenida Montaigne, la noche de la fiesta dada en su obsequio, para ocultar tan abominable crimen.

Jamás había tardado tanto en surtir efecto el veneno de la bohemia.

La querrela entre ambos primos pasó sin ruido, sin levantar la voz siquiera, y á puerta cerrada.

La hostelera y su hija, ocupadas en la cocina, no oyeron nada.

—Démonos prisa, os lo ruego—dijo el marqués al italiano.

Después de haber experimentado desde luego una especie de salvaje satisfacción, pensando en que iba á poder saciar su deseo de venganza, obedeciendo los impulsos del odio, tornóse nervioso, inquieto.

Y al cabo de algunas tentativas por dominarse, se pasaba la mano por la frente para enjugar el sudor.

Poco después se pudo observar que apenas podía sostenerse y defenderse de una especie de languidez que se apoderaba de él por momentos.

—¿Está todo?—preguntó haciendo un vigoroso esfuerzo para abandonar el asiento.

—¿Os empeñáis?—dijo suspirando el estimable Giuseppe.

—Dadme el arma—contestó el marqués.

Von Gœben, siquiera por fórmula, intentó una última tentativa de conciliación.

—¡Es una lucha salvaje!—exclamó.

Souvray esperaba á que acabaran los preliminares con el semblante impasible, como el de la justicia.

Von Gœben colocó por sí mismo á los dos adversarios en sus respectivos puestos; á pe-

sar suyo les entregó las armas y se retiró á un lado.

Luego dió tres palmadas que eran la señal.

Era tal el silencio que habia en la sala, que se hubiera podido oír la respiración de un niño dormido.

Souvray miraba á su adversario y aguardaba.

No sin gran sorpresa, vió que el señor de Tannay dejó caer el brazo, cual si estuviera cansado, desfallecido, y que no disparó el arma.

El conde creyó ver tambien que se tambaleaba, apoyándose contra la pared para no caer.

—¿Qué teneis, caballero?—preguntó, adelantando unos pasos.

Pero de súbito, experimentando algo así como un espasmo, más rápido que el pensamiento, el marqués levantó la mano.

Oyóse una detonación.

El conde sintió como un latigazo, cerca del hombro, en el brazo izquierdo, y contestó en seguida con otro disparo.

Oliverio cayó al suelo y el arma se desprendió de su mano.

Von Gœben se acercó para levantar al marqués.

—¿Estais herido?

—Por toda respuesta, Oliverio fijó en él una mirada extraviada, se llevó la mano al pecho y balbuceó algunas palabras incoherentes.

—¡No! es aquí.

Su voz era opaca, confusa e ininteligible. Le

pesaba tanto la cabeza, que no podía levantarla.

La llegada del conde de Souvray, al enardecerle la sangre, le dió fuerzas ficticias contra el terrible veneno de Miska, la bohemía; pero esas mismas fuerzas estaban agotadas. Von Gœben no tenia en sus brazos más que un cuerpo inerte.

—Le habeis matado, caballero,—dijo á Roberto de Souvray, que estaba muy pálido.—Es preciso que alguien monte á caballo, vaya al pueblo y traiga un médico.

El conde Giuseppe apoyó con calor las palabras del general.

—Un médico, un médico en seguida—dijo.

Peró habia algo de ironía en su rostro; sabia á qué atenerse respecto de la herida del marqués y el mal que acababa con él.

Las dos mujeres del *chalet*, que eran muy devotas, acudieron á las detonaciones, arrodilláronse á un lado, y se pusieron á rezar.

De súbito, al observar al herido, Von Gœben vió que abría desmesuradamente los ojos y miraba espantado algo que se hallaba frente á él. Al mismo tiempo, y por un movimiento convulsivo, extendió la mano hacia la pistola, arrastrándose por el suelo, como para defenderse contra alguien.

El general se volvió.

—¡Ves!—dijo.—¡Ves aquí!

La Princesa estaba á su lado, hermosa como nunca, tranquila y fría como una aparición, y fijando en su antiguo amante el rayo de su profunda mirada:

—¿No os advertí que deseaba tener una última explicación con el señor de Taunay? —contestó ella.—He escogido este lugar, en la esperanza de que nadie nos estorbaría. Según parece, no soy la única enemiga del marqués; pero confiaba en no hallar aquí á ninguno de los otros.

Hablaba lenta y despreciativamente.

Y dirigiéndose á Souvray, repuso:

—¿Estáis herido, caballero?

—En el brazo.

Vuestra bala se ha perdido—siguió diciendo friamente la Princesa, señalando un agujero que había en la pared, debajo de la cabeza del general.

Y continuó en voz más baja, de manera que sólo la oyese el conde:

—Felizmente estaba yo aquí. ¿Sufrís mucho?

—No os ocupéis de mí, sino del señor de Taunay—dijo.

La sangre manaba de su herida; pero no podía ocuparse en contenerla. La bala de su adversario le había atravesado las carnes de parte á parte; pero aquella escena le interesaba demasiado para dar importancia al dolor que sentía.

Adivinó el drama preparado por la polaca, y acordóse de Elena de Rocheville, que en la estufa del hotel Cavalli sucumbió también víctima del mismo veneno que mataba á su asesino.

—¡La pena del Talión!

Y la envenenadora estaba allí, altanera y

expléndida, frente á su nueva víctima, desafiando, gracias á su fortuna, á su secreto y á su infernal habilidad, todo castigo.

—Pero entonces, si el marqués no estaba herido—dijo el general asombrado, y buscando en vano el hilo de todo aquello—¿qué sucede?

—¿Qué sé yo!—dijo la polaca.—Quizás no sea más que un mal pasajero. El marqués está sujeto á estas crisis. Además, ¿qué os importa?

—¿Que busquen á un médico! La ciencia...

—¡La ciencia!—exclamó con cruel ironía la Princesa.—¿Creeis que habita en esta montaña árida y desierta, donde no ganaría nada? Llamadla si quereis, amigo mio.

Se expresaba con altivez, dirigiendo al general una mirada de desafío, como si él hubiera querido disputarle su presa.

A una seña suya los criados levantaron al marqués y le llevaron á su habitación.

El digno Giuseppe Rövero siguió el convoy paso á paso, con triste mirada etal si todo aquello le llegara al alma.

—¡Terrible noche! ¡Cuántas desgracias!—decía.

Si se hubiera tratado de su hermano ó de su mejor amigo, no hubiera demostrado mayor aflicción.

Von Góben se hallaba sinceramente conmovido.

Cuando el enfermo fué colocado en el lecho, parecía estar en el período de la agonía. Tenía los ojos cerrados.

La Princesa, acercando un pomo á sus labios, le hizo beber el contenido.

Entonces, el fenómeno que se operó en Elena de Rocheville, gracias al remedio del doctor Durand, se reprodujo en Oliverio.

Poco á poco fué abriendo los ojos y recordando el sentido.

—Dejadnos solos.—ordenó la polaca á Von Goben y á los criados.

Y dirigiéndose al conde de Souvray, que estaba pálido como la cera y próximo á caer desfallecido, le dijo:

—Vos, caballero, quedaos. Podeis oirlo todo.

XXXV

La habitación donde se desarrollaba esta lúgubre escena, estaba casi vacía.

Nada más que dos ó tres miserables muebles constituían su adorno; y colgado en la pared había un crucifijo de cobre sobre una cruz de madera negra, que destacaba sobre el tono claro de la pared.

Los Servoz eran religiosos.

Aquello parecía la celda de un monje.

La Princesa estaba de pie á la cabecera del lecho de su amante.

Roberto de Souvray, agotadas las fuerzas, se sentó en una silla.

Su primo paseó en torno suyo una mirada velada ya por la proximidad de la muerte, y advirtió que Wanda esperaba á que recobrará el sentido por completo.

Entonces coordinó sus ideas, sus recuerdos, y lo comprendió todo.

—¿Me ois y me veis?—preguntó.

El contestó con voz débil:

—Sí.

—Vais á morir dentro de breves instantes—dijole, acercándose más al lecho.—Los otros quisieron mataros. Sin duda no os odiaban bastante, puesto que os han dejado escapar. Yo, os hubiera dado de puñaladas, con mi propia mano, en plena calle, antes que permitir que vivierais.

El no contestó, y quiso volverse del otro lado.

Ella lo impidió y continuó diciendo:

—¿Me has perdido con tu maldito amor! No sé por qué te he amado, puesto que, no tienes fé en nada; eres odioso, falso, ¡y... yo tan insensata! Has sido el único hombre que hizo latir mi corazón. Los demás, como si no existieran. Fuí esclava de tu voluntad, al extremo de que si me hubieras dicho que matara á mi madre, te hubiese obedecido. Es raro, ¿no es verdad? ¡Y, sin embargo, es lo cierto! Antes de conocerte, era feliz y brillante. No amaba al príncipe, pero le estimaba. No me había hecho más que bien. A él se lo debo todo, la riqueza y la vida, puesto que sin él no me quedaba más recurso que uno: descender á la vergüenza de las mujeres que se venden, el último grado de abyección, echarme al agua ó despedazarme tirándome á un precipicio. Y á ese hombre le maté por tu causa, por seguirte, por no separarme nunca de tí.

La Princesa, acercando un pomo á sus labios, le hizo beber el contenido.

Entonces, el fenómeno que se operó en Elena de Rocheville, gracias al remedio del doctor Durand, se reprodujo en Oliverio.

Poco á poco fué abriendo los ojos y recordando el sentido.

—Dejadnos solos.—ordenó la polaca á Von Goben y á los criados.

Y dirigiéndose al conde de Souvray, que estaba pálido como la cera y próximo á caer desfallecido, le dijo:

—Vos, caballero, quedaos. Podeis oirlo todo.

XXXV

La habitación donde se desarrollaba esta lúgubre escena, estaba casi vacía.

Nada más que dos ó tres miserables muebles constituían su adorno; y colgado en la pared había un crucifijo de cobre sobre una cruz de madera negra, que destacaba sobre el tono claro de la pared.

Los Servoz eran religiosos.

Aquello parecía la celda de un monje.

La Princesa estaba de pie á la cabecera del lecho de su amante.

Roberto de Souvray, agotadas las fuerzas, se sentó en una silla.

Su primo paseó en torno suyo una mirada velada ya por la proximidad de la muerte, y advirtió que Wanda esperaba á que recobrará el sentido por completo.

Entonces coordinó sus ideas, sus recuerdos, y lo comprendió todo.

—¿Me ois y me veis?—preguntó.

El contestó con voz débil:

—Sí.

—Vais á morir dentro de breves instantes—dijole, acercándose más al lecho.—Los otros quisieron mataros. Sin duda no os odiaban bastante, puesto que os han dejado escapar. Yo, os hubiera dado de puñaladas, con mi propia mano, en plena calle, antes que permitir que vivierais.

El no contestó, y quiso volverse del otro lado.

Ella lo impidió y continuó diciendo:

—¿Me has perdido con tu maldito amor! No sé por qué te he amado, puesto que, no tienes fé en nada; eres odioso, falso, ¡y... yo tan insensata! Has sido el único hombre que hizo latir mi corazón. Los demás, como si no existieran. Fuí esclava de tu voluntad, al extremo de que si me hubieras dicho que matara á mi madre, te hubiese obedecido. Es raro, ¿no es verdad? ¡Y, sin embargo, es lo cierto! Antes de conocerte, era feliz y brillante. No amaba al príncipe, pero le estimaba. No me había hecho más que bien. A él se lo debo todo, la riqueza y la vida, puesto que sin él no me quedaba más recurso que uno: descender á la vergüenza de las mujeres que se venden, el último grado de abyección, echarme al agua ó despedazarme tirándome á un precipicio. Y á ese hombre le maté por tu causa, por seguirte, por no separarme nunca de tí.

El marqués exhaló un quejido. Se ahogaba.

—¡Envenenadora!—gritó.

—Tú lo has dicho. ¡Envenenadora! El veneno que tiones en las venas cumple su misión. Por él morirás como el príncipe ¡mi marido, mi bienhechor!, como aquella mujer tan dulce, tan inocente, tan sublime de bondad, que envenené también, porque me lo pediste. Tú conocías mi debilidad, mi demencia; ¡yo estaba loca con tu mentido y execrable amor!

Ansiasabas recuperar tu libertad, y quisiste que fuera yo quien rompiera esas cadenas con mis propias manos. Te devolví esa codiciada libertad, y el uso que hiciste de ella fué hacerme traición. ¡En verdad que era demasiada audacia! ¿Creías que yo no iba á castigarte? Otros te perseguían, indignados de tener un asesino en la familia, deseosos de vengar la muerte de una mujer angelical; pero su odio no era igual al mío, y yo vigilaba por mi parte. ¡Qué ciego y estúpido es el hombre si cree que una mujer engañada en su amor, desdoliada para que otra ceupe su lugar, abandonada del amante por quien se ha perdido, y deshonrada, ha de soportar esa afrenta en silencio y no devolver golpe por golpe!

Yo, con tal de vengarme, lo hubiera sacrificado todo: riqueza, honor, hasta la misma vida. ¡Ah! ¡tú amabas á esa lugareña cuando yo cometía crímenes por tí! ¡Querías casarte con ella! ¡Le prometías tu nombre, como á mí! ¡Entre la princesa Wanda Cavalli, la

igual de los Borghesse y de los Colonna y una muchacha sin raza y sin nombre, preferías esta última! Le diste el mejor lugar. ¡Y creiste que yo lo toleraría, que me iría á un rincón de Polonia á ocultar mi vergüenza y llorar mi abandono, como una mujer sin alma y sin altivez!

—Dádme de beber—dijo con voz ronca el marqués.

—Sufré. Eso será corto. ¿No sufrieron los otros como tú? Tus momentos son contados. No volverás á ver á la marquesa que has elegido últimamente; esa Solange que te detesta y que ama á otro. También, ella vá á ser libre y se felicitará. ¡Por mí, siempre por mí!

Oliverio cerró los ojos, y se retorció, presa de una convulsión.

—Agua, por piedad—suplicaba.

La princesa se encogió de hombros, y se volvió, buscando algo en la habitación.

En aquel momento, el marqués hizo un supremo esfuerzo, é introdujo la mano en uno de los bolsillos del traje.

Cuando la princesa volvió cerca del moribundo, llevándole un vaso de agua, los brazos de su antiguo amante descansaban sobre el lecho, y su temblorosa y febril mano, oprimía un objeto cuyo color se confundía con el tinte gris de la colcha.

Se acercó á él para observar sus últimos instantes y recoger su último suspiro.

El veneno produjo su asombroso efecto, contenido un momento por el cordial de la princesa.

El marqués parecía ébrio como un bebedor de ópio, dormido como si hubiese aspirado una dosis de cloroformo.

Pudo ver por última vez, á través de los vidriados ojos, el cuello escultural de su querida, blanco y flexible como el del cisne; sus purpúreos labios, que tantas veces le habían sonreído en los éxtasis del amor que la enloquecía.

Acercóle el vaso á la boca.

—Bebe,—le dijo con sombría expresión, dirigiéndole una mirada vengativa hasta en la agonía.—Esto es muy poco para extinguir el fuego que te devora. Adiós.

Las pupilas del moribundo brillaron por última vez.

Wanda experimentó la sensación del peligro, y dió, con brusquedad, un paso hacia atrás.

Vió á su víctima levantar la mano, incorporarse un poco, agotando, en una suprema tentativa, la poca vida que le quedaba.

Y al mismo tiempo oyó un ruido seco, el de una pistola cuando la arman.

Luego una explosión.

Todo esto duró lo que un relámpago.

Cuando Von Gøben y Giuseppe, asustados, entraron precipitadamente en el cuarto, exhalaban un grito de horror.

La polaca yacía en tierra, herida por una bala que la atravesó el pecho, y el marqués yacía en su lecho estremeciéndose convulso. Aquella vida, consagrada á la destrucción, se extinguía.

Roberto de Souvray, desfallecido por la pérdida de la sangre, quebrotaba de su herida como de una fuente, estaba sin sentido y con la cabeza apoyada en la mesa.

Wanda no exhaló una queja.

La justicia divina les mataba al uno por causa del otro.

Sin embargo, ella respiraba todavía.

El señor de Tauuay conservaba en la mano el arma.

Era una pistola de un solo tiro, de un trabajo artístico, con incrustaciones de oro, y en la cual se leía el nombre de un famoso armero: «Leone Bardi, Milano».

La princesa se la había regalado en tiempo de sus fatales amores.

Cuando Roberto de Souvray volvió en sí, media hora después, hallóse en otra habitación del *chalet*, parecida á aquella en que se acababa de desarrollar el último acto del drama.

Su fiel La Briseur velaba cerca de él y le curaba la herida con la experiencia adquirida en las cacerías del Morván, teatro de graves accidentes de caza.

—Eso no es nada, señor—dijo.—Solo se trata de una sencilla herida. El hueso está intacto. No hay necesidad de cirujano. Lo conozco.

El conde no había oído más que la primera parte de la escena entre su primo y la polaca.

Luego le faltaron las fuerzas y no se dió cuenta de nada más.

Así es, que como ignoraba el desenlace, preguntó:

— ¿Y el marqués?

— Muerto, señor.

— ¿Y la princesa?

— Todavía no, pero no está nada bien.

En efecto, la mujer que había inspirado tantas pasiones, que había levantado á su paso tantos murmullos de admiración, yacía en un miserable lecho de una posada, palpitante, sofocada por la sangre que la ahogaba.

Cerca de ella, Von Geben, su admirador, anonadado por este nuevo golpe, tenía una de las manos de la enferma entre las suyas, esperando en una agonía difícil de expresar, el instante en que exhalara su último suspiro.

El respetable Giuseppe estaba aterrado. Sus esperanzas de riqueza se desvanecían como el humo, con la vida de la Princesa.

Daba muestras de la mayor desesperación, y dicho sea en justicia, haremos constar que la avaricia no era lo único que le hacía sentir aquella catástrofe.

Giuseppe profesaba un afecto sin límite á la princesa. La quería como el perro quiere al ama que le cuida y á la mano que le acaricia. Como tantos otros, obedecía al ascendiente de aquella belleza soberbia y triunfante, de aquella inteligencia lúcida, viva, que todo lo comprendía, que nada se le escapaba; fué precisa una increíble fatalidad para que se dejara sorprender y abatir...

Hubo un momento en que volvió en sí.

La sangre que á borbotones echaba por la boca no la dejaba hablar.

Pudo abrir los ojos, y su inteligencia se reanimó.

Acordóse de lo que había sucedido, y lo comprendió todo, con la misma lucidez que si se hubiera hallado en plena salud.

A una seña que hizo al general, éste se acercó más aún á su rostro.

— ¿Él? — dijo Wanda.

— Concluyó.

— Entónces vamos juntos — murmuró.

Descubrió á la hija de Servoz, que estaba de rodillas en un ángulo del cuarto, y llamó á Giuseppe con gesto casi imperceptible, pero que él comprendió.

Como Elena de Rochevieuille, quiso emplear el resto de sus fuerzas en escribir algunas líneas.

Los Servoz recibieron la cantidad que les había ofrecido.

Legó á su adicto Giuseppe una verdadera fortuna, y á sus otros servidores la suficiente renta para vivir libre y desahogada mente.

Manifestó que deseaba, por última morada el pedregoso suelo donde moría.

El resto fué arreglado en pocas palabras con claridad.

En seguida espiró sin exhalar una queja, con toda valentía, casi sonriente, soportando los sufrimientos con el indomable valor y toda la energía que le fueron peculiares.

Solo revivió veinte minutos y esto la bastó para saldar sus cuentas con los hombres.

Así murió esta mujer de admirable belleza y de un temple superior, en cuya alma un amor indigno vició las buenas cualidades, despertando los salvajes instintos y las ferocidades de una raza de bárbaros que no están civilizados más que aparentemente.

Esta sombría tragedia que en otros tiempos habría excitado la curiosidad pública, pasó casi inadvertida en una época en que no se ocupaba nadie más que de las calamidades que affligian á la patria.

Los periódicos que se publicaban aún, no hablaban sino del sitio de París, de las batallas, y de las tiránicas y odiosas exigencias de los vencedores sin nobleza, que arruinaban á un pueblo vencido, como esos espantosos buitres que devoran su presa.

Los Souvray procuraron ahogar, por cuantos medios pudieron, el ruido que produjera aquella doble muerte.

La princesa Wanda no dejó más herederos que el sobrino de su marido, el cual debía entrar después de ella en posesión de sus bienes.

Oliverio de Taunay era para los suyos un hombre despreciable.

De común acuerdo, ambas familias compraron un vasto terreno en las alturas donde se cometió aquel doble asesinato.

Y en la primavera levantaron un monumento de gran solidez.

Consiste en dos columnas de mármol ne-

gro, al pié de las cuales hay dos colosales urnas.

En las columnas se leen dos nombres:

WANDA BRAUSKI, PRINCESA CAVALLI.
OLIVERIO, MARQUÉS DE TAUNAY-COULANGES.

La fecha:

7 DICIEMBRE DE 1870.

Y debajo, esta palabra:

¡PAZ!

Allí es donde duermen el eterno sueño, el uno cerca del otro, separados únicamente por las paredes de mármol de sus tumbas, aquellos dos seres que pudieron hacer tanto bien; pero que causaron tantas desgracias.

Los Servoz, enriquecidos por las liberalidades de los Souvray, y del príncipe Pésaro Cavalli, heredero de los títulos é inmensos bienes de su tío, son los guardianes de aquellas tumbas.

El turista, que pasa por aquella cumbre, donde no se oye más que el ronco grito de las águilas y el ruido de las fuentes, derramando el agua á cascadas por los precipicios y barrancos que descienden gradualmente hasta los valles de Suiza, no tiene más que alejarse á unos cien metros del *chalet* de los Servoz, para descubrir las columnas ocultas entre abetos.

Nada turba la paz de aquellos sepul-

El deseo de los fundadores se realizó.

Los Servoz han guardado el secreto de las escenas allí ocurridas, y nadie, ni aun en el pueblo mismo, ha podido penetrar el misterio de tan siniestra noche.

Tres semanas después, Roberto de Souvray, después de haber hecho enterrar provisionalmente á la princesa y al marqués de Taunay en el cementerio de un pueblo vecino, llegaba, no repuesto aún de su herida, á Chevagnes, y decía á Solange Fargeas, como Catalina la noche de la rotura del dique, pero esta vez sin equivocarse:

— Sois viuda.

Ella elevó los ojos al cielo y cayó desvanecida en brazos de su madre.

XXXVI

Seis meses después, aquel terrible y nefasto invierno, había pasado.

Apenas terminó la guerra, cambió también bruscamente la temperatura, que fué suave y fecunda en bienes para la tierra; esta se cubrió de un manto de verdura y de flores, como si quisiera de este modo borrar las huellas del extranjero.

A fin de junio, el pueblo de Chevagnes estaba reedificado. Los jardineros habían sembrado césped donde estuvieron las dependencias del castillo.

Y de esta mansion tan antigua y magnífica, no quedaba sino el pabellón ocupado en otro tiempo por Labranche.

El hallarse situada á mitad del valle lo preservó de la destrucción. Este pabellón, al que se añadieron á toda prisa unas cuantas habitaciones más, servía de residencia á los Fargeas, que no habían cambiado nada en sus rústicas costumbres.

Lo habitaban con su hija, la marquesa de Taunay-Coulanges y el hijo de ésta, que el conde de Souvray iba á ver casi diariamente.

Solange pidió al mayor de los Souvray cual le hiciera el favor de dirigir los asuntos de la casa de Taunay, único heredero era ya aquel niño, bien ajeno del magnífico porvenir que le aguardaba.

La casa de la joven marquesa no era más que una especie de choza en medio de un soberbio parque.

Hugo de Souvray, que tenía gran afición á la arquitectura, varió la habitación del guarda, sin quitarle su agreste y poética apariencia. La cuadra y los depósitos de leña quedaron convertidos en salones, que los jardineros rodearon de cestas y macetas de flores y plantas, que casi tapaban por completo las paredes.

En suma, que un príncipe hubiera podido habitarlo, sin descontento, y pasar allí una temporada de verano, ó hacer una excursión cinegética.

Fargeas seguía haciendo la misma vida.

Se iba á pasear al bosque, con la escopeta al hombro y acompañado del perro, como si su situación fuera la misma de antes, y no tuviera derecho á percibir la renta legada por

el marqués, y de la cual no se ocupaba para nada.

Pero entraba más amenudo en su casa y permanecía más tiempo en ella para cuidar á su hija.

Las emociones de Solange fueron demasiado violentas. Despues del trágico fin del marqués, una terrible fiebre la tuvo durante dos meses entre la vida y la muerte.

Catalina y la *Bigornia* no se separaron de ella. Pasaban á la cabecera de su cama los días y las noches. Despues que perdió á su marido, la Simona no conservaba más que un afecto. Consagró á Solange todo el ardor de su adhesión. No debían separarse jamás. Solange no lo hubiera permitido. Su unión no necesitaba palabras ni protestas. Solange sabía que la Simona le pertenecía, que se dejaría matar por ella, y que con la *Bigornia* su hijo estaría defendido por una mujer que no se dejaba engañar.

Estaba, pues, contenta de aquel arreglo, que le parecía muy sencillo, y que lo era en efecto. En fin, la viuda del cazador furtivo la cuidó durante su enfermedad, con tanta solicitud y tanto esmero, que el lazo que las unía se estrechó mas aún.

En la primera, la juventud triunfó del mal.

El médico declaró á Solange fuera de peligro, pero la pobre no recuperaba las fuerzas.

Iban á dar las dos de la tarde del último domingo del mes de junio. La temperatura no podía ser mas agradable.

Los grandes árboles del parque que ha-

bían resistido á la inundación, se revestían de ropaje de verano. Era una mezcla de hojas en que todos los tonos del verde formaban armonioso conjunto.

Los Souvray, convertidos por voluntad de la marquesa en dueños del dominio y de todos los bienes de la familia, conservaron en sus puestos á los antiguos criados, escepción hecha de los que resultaban inútiles para el servicio de un niño tan pequeño.

El viejo Brodin seguía en su puesto, al frente de una cuadra provisional, obra de los carpinteros del pueblo.

Todo el personal, jardineros y guarda, se hospedaban en las casitas de la vecindad, en Gué-aux-Biches y por todas partes.

Una joven muy pálida, envuelta en una bata de cachemir negro, bajó los cuatro escalones del pabellón apoyada en el brazo de otra mujer, alta y delgada, de cabellos grises é igualmente vestida de negro.

La joven era Solange, casi desconocida, siempre tan bonita, mas aun, si cabe, más diáfana, pero fatigada por largos días de enfermedad.

Andaba con trabajo.

La otra era la Simona; no parecía la misma; sus facciones eran más finas, sin duda por la nueva vida que llevaba y la vuelta á las costumbres delicadas de su juventud, cuando servía en el hotel de la avenida Matignon.

—¿Que tal?—preguntó, ayudando á la convalciente á sentarse en un banco cerca de unas plantas de verbenas y rosas.

Solange movió la cabeza con aire desolado, se llevó la mano á los ojos como para evitar los rayos del sol, pero en realidad, para enjugar una lágrima.

En aquel momento un niño de dos años fué á refugiarse en sus faldas, huyendo de las caricias de un perro de caza que ladraba cerca de él. Fijó en el animal su dulce é inocente mirada, balbuciendo palabras tiernas y confusas, melodiosas como el gorjeo de los pájaros.

La Simona le colocó en las rodillas de su madre, que prorrumpió en sollozos y lágrimas.

Un jinete apareció entonces por la avenida que conduce á la iglesia de Chevagnes y al pueblo, y dirigióse al trote hacia el pabellón de los Fargeas.

Cuando llegó donde estaban las dos mujeres, su varonil semblante se iluminó con una sonrisa.

—Hay lágrimas—dijo,—luego hay mejoría. Y además, ya os vemos aquí al aire libre; el sol os devolverá las fuerzas.

—¡Ay!—exclamó suspirando la joven.

El jinete se apeó del caballo, y entregó la brida al viejo Brodín, que acudió á su encuentro.

—¡Vamos!—dijo el palafrenero,—todo el mundo se repone. ¿Y vuestro brazo, señor conde?

—Bien. Estoy todavía algo débil.

Y dirigiéndose á Solange, añadió en voz baja:

—Todo pasa, todo se borra.

Sentóse en una silla, frente á la enferma.

—¡Hemos pasado por pruebas muy duras!—repuso.—Pero ya todo ha concluido. Las flores cubren las ruinas. El olvido cubrirá el pasado, y el porvenir os consolará.

Y enseñaba el niño á la madre.

—Ya he dicho que haremos de él todo un hombre. Hugo y yo cumpliremos nuestra promesa. Hugo no quiere casarse. Yo... ¡vivo de recuerdos. Este será nuestro hijo.

Y besó al niño.

El chiquitín le rodeó el cuello con sus brazos y le sonrió carinosamente, como suelen hacer todos los niños con los que les demuestran afecto.

—Habrás de andar muy derecho, caballero—dijole el conde. Tus padres nada tendrán que ver con tu educación. Si no eres el hombre más querido de todo el Morván, nos veremos las caras.

Dejando al niño que siguiera jugando, varió de conversación y habló del pueblo y de los proyectos de Hugo.

Trabajaban en Chevagnes todos los albañiles de la comarca. Las casas parecía que salían de la tierra como por obra de encanto. El viejo Chadonin se multiplicaba y vigilaba los trabajos. Renunciaba al tráfico de los negocios y vivía en casa de los Tremor, á los cuales daba su riqueza, que era considerable. El Priorato, gracias á él, volvería á ser lo que fué, y aun quedaría mejor; resultaría verdadera mansión señorial.

Mientras hablaba, no perdía de vista á Solange, que al oír nombrar á los Tremor se puso más pálida todavía.

Añadió que la fortuna del cantero y la del alcalde rennidas darían más de treinta mil francos de renta, bonita cantidad para aquel pueblo.

Habló largamente con su proverbial bondad. Hizo referencia á lo del dique. Hago se decidía á levantar otro con el beneficio que dejara el bosque.

Al principio no se decidía, porque aquella obra representaba grandes gastos; pero añadió, poniendo la mano en la cabeza del niño, que no se separaba de él:

—Ya habrá tiempo de atesorar economías hasta que sea mayor de edad.

Dió el brazo á Solange y paseó un rato con ella.

—Estais instalada como un cura de pueblo—dijole;—y para una marquesa tan rica es una exageración tanta modestia. Cuando tengan hogar las pobres gentes de Chevagnes, hay que pensar en vos.

Solange sonrió tristemente.

—Mi padre está contento ahí—dijo.—Quería quedarse en Gue-aux-Biches. Es aquello muy reducido para todos nosotros. Aquí estamos entre árboles y flores. No ambiciono más.

A las cuatro se separaron sin hacer referencia alguna á otros tiempos.

Cuando el conde montaba á caballo acercósele la *Bigornia*.

—Señor Souvray—le dijo—quisiera hablaros un momento.

—¿A mí?

—A vos solo; tengo que confiaros un secreto.

—Bien. ¿Cuándo quieres verme?

—Mañana, á la hora que os parezca.

—¿A las diez de la mañana?

—Sí; en la ruina de Percemousse.

—¿Por qué en ese sitio?—preguntó Roberto sorprendido.

—Ya os lo diré.

Y añadió tristemente:

—¿No teneis miedo de mí, señor Souvray? Eramos cazadores furtivos; pero gente honrada, casi.

El conde le tendió la mano, que ella estrechó.

—Tu marido era un valiente, Simona; y yo no he querido ofenderte. Hasta mañana.

XXXVII

Al día siguiente, y por las alturas del bosque de Chevagnes, á eso de las nueve y media de la mañana, la *Bigornia*, recordando los tiempos en que atravesaba aquellos senderos con su Simón, se dirigía hácia las alturas de Percemousse.

La ruina estaba poco más ó menos en el mismo estado; pero desde su última visita, dos primaveras la habían cubierto de escaramujos y de espinos.

Así es que se hacía más difícil todavía en-

trar allí, y, por supuesto, sospechar su existencia.

La *Bigornia* se sentó en la misma roca donde también Labranche descansó aquella funesta noche que el desgraciado Simón no había podido olvidar.

Casi en seguida oyó el trote de un caballo, y el conde de Souvray se presentó exacto á la cita.

La Simona se estremeció.

Le costaba trabajo confesar aquella falta.

El conde puso pie en tierra, y aguardó á que hablara Simona, cuya visible contrariedad no dejaba de intrigarle.

—Señor de Souvray—comenzó diciendo, no sin tener que hacer un esfuerzo para hablar,—¿sabéis por qué ha muerto mi marido?

—Por heroísmo, por abnegación.

—Y por otra causa además. El pobre hombre era valiente y bueno; pero tenía un romordimiento, y esto le ha matado.

—¿Qué quieres decir?

—Simón odiaba á un hombre, ó más bien era yo quien lo odiaba, porque nos había hecho mucho daño.

—¿Te referes á Labranche?

—Sí.

—Era un ladrón, y algo peor que eso todavía...

—Es verdad; pero la gente cree que atravesó los mares con el dinero del viejo marqués, y que está disfrutando de esos tesoros en el extranjero.

—En efecto, eso dicen.

—Labranche no está tan lejos.

—¿Dónde está?

—En un hueco del bosque, en la *venta de los lobos*.

El conde tenía miedo de comprenderlo todo.

—¿Quién le ha matado?—preguntó.

—Yo, yo sola; lo odiaba. Simón estuvo á punto de morir en la cárcel, enfermo y miserable; yo no pude obtener nada de él; ¡no tuvo piedad de mí! Estrangulé al guarda tendiéndole un lazo, aquí, en esta misma piedra donde estoy sentada.

—¡Es horrible!

—Yo es aba loca de ira. Cuando amo, es hasta la muerte. Si detesto, sucedería lo propio; ¡hasta la muerte también!... Simón me dejó obrar. Pero Simón no pudo olvidar ese crimen; y luego todas las noches, creía ver á la víctima. Hé aquí por que se entregó á los prusianos.

—Y también para salvar al viejo Tremor.

La *Bigornia*, tan exaltada para el bien como para el mal, tuvo esta frase, sublimemente leal:

—Porque era él quien disparó sobre los alemanes.

Luego refirió con gran vehemencia, con imágenes y palabras que pintaban exactamente la escena, cómo encontraron á Labranche, trasportando á media noche á la ruina el dinero robado, su espanto al verse sorprendido por los Simón, y, en fin, el ase-

sinato tal como lo había cometido, sin excusarse ni paliar el crimen.

Y con su brusca y sincera franqueza no omitió nada.

Quizás á ella la hubiera seducido el dinero; á Simón jamás.

—Su tesoro está allí—añadió.—Tomadle. Es vuestro y guardadme el secreto, por la memoria de mi pobre hombre. Estoy bastante castigada, puesto que lo he perdido. Ahora no tengo más que un deseo, y es que aun cuando yo no sea digna de ello, me permitan vivir al lado de Solange y de su hijo.

Y señaló la piedra que cerraba la entrada de la cueva.

Los montones de oro estaban allí, sin que faltara nada, excepto la pequeña cantidad que la *Bjørnia* había retirado para su querida Solange.

El herrador no había tomado ni un franco.

—Tienes razón, Simona—dijo el conde—tu marido tenía todas las valentías y todos los heroísmos.

XXXVIII

Quince años han pasado.

Si vais á Chevagnes vereis, en la plaza del pueblo, dominando las casitas nuevas de los zapateros, leñadores y demás humilde gente, un edificio de construcción reciente, y por algún lado antigua, en el cual una mano hábil ha copiado fielmente el estilo de la Edad Media y le ha puesto el sello del mejor gusto.

Ese edificio es el Priorato.

Lo habitan tres hombres y algunos servidores, que son siempre los mismos.

Uno de ellos es el viejo Tremor, que ha llegado á los últimos años de la vida y disfruta de excelente salud.

El otro es el cantero de Oullans, el maestro Chadonin.

Después de la formidable explosión del estanque de Chevagnes, padece una sordera, casi completa, pero que no ha turbado en lo más mínimo su buen humor.

Al contrario, recuerda siempre con creciente satisfacción lo de la voladura.

No echa de menos mas que una cosa: que Von Goeben lograra escapar. Hubiera querido ofrecerlo en holocausto á la memoria de su padre, el granadero de Leipzig.

Con estos dos ancianos vive un intendente, que es de la familia y el encargado de administrar y cultivar los importantes bienes de la casa.

Este intendente es Juan Tremor, un solterón implacable.

Román Tremor no habita en casa de su padre.

En la costa de Chevagnes, hácia el Mediodía, por encima del parque más espacioso aún, porque se le ha dado terreno del bosque, Hugo de Souvray, que administra los bienes de los Tannay-Coulanges, como Juan Tremor los del Priorato, Hugo el arquitecto y el *factotum* de la familia, ha edificado una gran casa, de magüfica apariencia, estilo

Luis XIII; y los dos hermanos han obligado á la marquesa á que resida allí con su hijo, para que viva conforme á su rango.

Los Fargeas han conservado el pabellón de Labranche para habitación particular.

La marquesa no vive sola en su nuevo castillo.

Ha cambiado su nombre por el de Tremor, ¡el nombre que debió llevar antes!

Este cambio no ocurrió sino mucho tiempo después del drama del *chalet* del Aguila.

Román, dominado por una tristeza cada vez mayor, vagaba casi todos los días por los alrededores del parque, y se encontraba muy á menudo á Solange, cuya convalecencia había sido larga. Y paseaban reunidos, sin hablar jamás de sus pasados amores.

En 1873, en el mes de junio, Roberto de Souvray les encontró en la gran avenida de la iglesia.

Solange estaba pálida.

Román iba callado junto á ella.

El conde cogió la mano de la una y la del otro, y las unió.

El niño jugaba á corta distancia de ellos.

—Yo seré su padre—dijo.

Ha cumplido su palabra. Los Souvray no faltan nunca á ella.

El hijo de Oliverio de Taunay es de carácter dulce, serio y bondadoso.

Su inmejorable preceptor es el conde de Souvray, que no se separa de su lado.

Viajan muy á menudo.

El verano anterior hicieron una excursión á Suiza por Gex y la Fancille.

En el *chalet* de los Servoz, cerca de las columnas que guardan los restos del marqués y la princesa Cavalli, el niño, casi un joven ya, abrazó á su tutor y le preguntó:

—¿Por qué no me hablas nunca de mi padre?

—Todavía no es tiempo. Más adelante lo sabrás todo. Respeta su memoria, y reza alguna vez por él.

Servais y Giuseppe viven de sus rentas, á lo burgués: el uno en su ciudad natal, Amiens; y el otro en Venecia, que puede honrarse de que haya visto allí la luz primera...

¡Cuando se acerca la hora de la muerte, se vuelve al hogar!

La baronesa de Montalambert ha reconquistado á su marido, espantado de aquellas catástrofes, cuyo secreto adivinaba.

Es un matrimonio modelo.

Felisa se dedica á obras de caridad en una importante población del centro, donde hace todavía, con misterio, las delicias del prefecto, retirado con suerte, de los negocios.

En Chevagnes y en Souvray no hay ya penas, como no sea la del conde de Souvray, que ha consagrado á su Elena un culto religioso y tierno.

Briehet renunció después de la guerra á sus ambiciones, y traspasó el establecimiento. Ejercita sus talentos de cocinero en casa de los Tremor. Rosa, su pasión, con quien se

